

Selección RNR

COMO UN SUEÑO EN UN SUEÑO



MINA VERA



Juvenil Paranormal

Como un sueño en un sueño

Mina Vera



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

CAPÍTULO 1

La alarma de mi móvil me hizo brincar en la silla de mi escritorio cuando anunció las seis, hora a la que debía cerrar los libros y empezar a vestirme. Realmente no tenía que recoger a la repelente de Carolina hasta las ocho. Pero conociéndola como la conocía, tras tres años siendo su canguro, más me valía estar en la fiesta de carnaval de su también insoportable amiguita Soraya al menos una hora antes. El año anterior ya me la había jugado con su fingida cara de niña buena y sus «un poquito más» y sus «*porfaaa*», y habíamos acabado llegando a su casa casi una hora tarde, lo que me costó una merecida reprimenda de sus padres. Para ellos era más que evidente que una niña de siete años no podía tener la culpa. Pero en esta ocasión no me la iba a colar, porque pensaba presentarme allí una hora antes para que, por mucho que se hiciera de rogar, pudiera tenerla en su casa a las ocho y treinta minutos exactos.

Aunque, al igual que los dos años anteriores, tuviera que ir disfrazada a recogerla, por lo menos me dejaban elegir mi disfraz. Siempre acababa reciclando alguno de los que había llevado cuando me disfrazaba con mis amigas del colegio. Pero este año me había prometido a mí misma que llevaría algo que me gustara de verdad, algo que me hiciera sentir yo misma, sin ser realmente yo, claro está. Fue entonces cuando encontré casi por casualidad el traje de Dama Oscura. Parecía estar esperándome a mí, allí, en un maniquí oculto tras varias cajas en la tienda de disfraces. A pesar de que cuando mi madre lo había visto me había dicho que si me ponía unos colmillos falsos parecería una vampiresa, mi disfraz era más que eso. No era el típico vestido negro ceñido y una capa del mismo tejido carnavalesco sumado a una peluca larga con mechones descoloridos. No. Mi disfraz era de

dama del siglo XIX, y parecía auténtico. De hecho, tal vez lo fuera, porque había pagado un buen pico por él.

La tela de color gris marengo estaba recubierta de un encaje negro con pedrería —en teoría de imitación— en partes estratégicas como el busto, los puños y la mitad superior de la falda. El cuello también llevaba algunos bordados y era tan alto que casi me llegaba hasta la barbilla. Las mangas eran abullonadas y la cintura se estrechaba hasta tal punto que el contraste con mis caderas hacía que la falda pareciera tener aún más vuelo del que de por sí tenía, que no era poco. Tuve que ponerme unos zapatos de tacón algo más altos de lo que yo acostumbraba a llevar para no arrastrar demasiado el bajo. Y teniendo en cuenta que por esas fechas en Bilbao, mi ciudad natal, y al igual que en el resto de la costa del mar Cantábrico, era más que probable que lloviera, no quería acabar con la ropa hundida en agua. No obstante, la parte trasera iba a arrastrarla de todas formas, ya que tenía un poco de cola. Al menos, el paraguas que venía incluido en el lote podría serme útil en ese caso. Lo que sí me iba a venir de perlas, ya que el vestido no tenía un solo bolsillo, era el bolsito a juego, pequeño y con un brazalet para llevarlo colgado de la muñeca. Como toque final, el gorrito del mismo tejido era un detalle muy cuco sobre mi recogido bajo, haciendo parecer mi melena castaña casi dorada en contraste con aquellos colores oscuros.

Me pinté con sombras ahumadas, haciendo que mis ojos castaños adoptaran un brillo especial, y los labios de un rojo mate, sin cargarlos demasiado. Aunque fuera solo un disfraz, lo que yo quería era parecer una auténtica dama londinense de la época victoriana. En concreto, una que pareciera haber deambulado por las calles desde entonces hasta nuestros días. Podía resultar algo siniestro, pero ese era precisamente el tipo de literatura que más me gustaba. ¿Y acaso la etiqueta de mi disfraz no decía: «Dama Oscura, Modelo Valeria: vestido, sombrero, bolsito y paraguas, 150 €»? Había que hacer honor a ese nombre. Aunque el vendedor podría haber disimulado mejor el tachón en la palabra «pesetas» y en los dos últimos ceros de la cifra que delataba que antes de la conversión al euro, el vestido era mucho más barato. En más de diez años con la moneda común, podría haberse dado cuenta de que aquello era más que una notable diferencia. Me quedaba el consuelo de pensar que el vestido llevaba allí, como poco, dos terceras partes de mi vida, como si

realmente hubiera estado esperando por mí.

De todas formas, de nada valía lamentarse, porque ya estaba hecho. Ahora quería disfrutar del pequeño despilfarro de mis duramente conseguidos ahorros, a los cuales era la primera vez que echaba mano en meses. Este era un lujo que creía haberme ganado después de casi anular mi vida social. El vestido era mi primer capricho desde aquella loca semana con mis amigas antes de empezar el curso, en la casa de la playa de los tíos de Esther, mi mejor amiga y compañera de pupitre. Pensar en aquello casi logró que estropeará el exagerado efecto ahumado de mis ojos con unas inoportunas lágrimas. Todas mis amigas iban a salir, juntas, con sus disfraces de estrellas del pop actual, a bailar por ahí. No es que envidiara poder disfrazarme como ellas, mi vestido era mil veces mejor y más abrigado que los que ellas llevaban en pleno febrero. Pero poder pasar una tarde de sábado con mis amigas como una adolescente normal era algo que echaba de menos. Mientras ellas se divertían, yo tenía que ir a recoger a Carolina, porque ese era mi trabajo. Un trabajo que no podía arriesgarme a perder, aunque eso supusiera no poder disfrutar de los fines de semana más importantes de la vida de cualquier chica de mi edad.

Tras la foto de rigor en el recibidor de mi casa, mi madre me deseó que me divirtiera y me despidió hasta que las puertas del ascensor se cerraron. ¿Acaso alguien que va a recoger a una mocosa mimada, a una fiesta montada en un local alquilado para las veinte compañeras snobs del colegio de pago al que les llevan sus aún más snobs padres, podría divertirse? Ni yo ni las otras tantas canguros que nos encontraríamos allí hacíamos esto por diversión. Lo hacíamos por dinero y, yo concretamente, para poder pagarme la universidad en pocos meses. Nunca se sabe si van a acabar concediéndote la beca por la que llevas luchando desde que aprendiste a leer, y si se quiere estudiar Literatura en una de las universidades más importantes del país, o incluso del extranjero, la cosa se complica aún más. Por eso llevaba tres años soportando a Carolina, a su familia, a sus amiguitas y sus tonterías de gente bien. Y por eso estaba metida en el metro intentando averiguar con mi móvil qué parada era la más cercana a la dirección que, lista de mí, había dejado olvidada en una nota pegada en la puerta de la nevera. *Mazarredo 67*, creía recordar.

Cuando bajé del vagón abarrotado de gente disfrazada —la cual no había

derrochado tanto dinero en su disfraz como yo, lo que me hizo sentirme un poquito culpable otra vez—, me dirigí a la dirección que recordaba, leyendo uno a uno los portales para buscar el número. Crucé a la calle de los impares y cuando llegué al 67 me dije que no podía ser. Allí no había nada parecido a un bar repleto de niñas disfrazadas. Me planteé que quizás el número fuera el 77, ya que como mi madre había cogido el mensaje por teléfono, y ambos números sonaban parecidos, podría haberse confundido. Yo recordaba bastante claramente haber leído un 6 y un 7. ¿Podría ser sino el 76? Recorrí la calle arriba y abajo. Crucé de nuevo la carretera y acabé entrando en un hotel, por si el lujo de este año había tocado las cotas más altas y las niñas tenían su propio salón reservado mientras los padres se libraban de todas ellas durante unas horas. Pero nada, en el hotel me miraron con cara rara y me dijeron que no tenían en la agenda ninguna fiesta de disfraces infantil ni ningún octavo cumpleaños de ninguna niña llamada Soraya.

Cuando, ya desesperada, estaba a punto de llamar a casa para que mi madre me relejera la nota de la nevera, no fuera a ser que el problema no estuviera en el número sino el nombre de la calle, vi a una chica que vestía un traje antiguo algo parecido al mío dirigiéndose hacia una zona de edificios en construcción. Dobló una esquina y la perdí de vista, pero cuando me acerqué pude ver que en una de las lonjas de los edificios apenas terminados había luz. Tal vez alguno de los padres trabajara en esa obra, como arquitecto o inversor, no como albañil, ya que se trataba de la *jet set* de la ciudad, y hubiera decidido utilizar uno de esos locales aún sin vender para que los gritos de las veinte niñas endemoniadas no molestaran a nadie. Busqué la puerta de entrada de esa lonja iluminada, que hacía esquina en el edificio más alejado de la zona transitable de la acera, y encontré una puerta cerrada de la que colgaba una aldaba. Tenía un aspecto algo siniestro, además de inusual para ese edificio tan moderno, pero por lo demás parecía invitar a llamar. Así que lo hice y la puerta se abrió casi de inmediato.

Un hombre alto y fuerte, perfectamente peinado con raya a un lado, se presentó frente a mí, mirándome de arriba abajo. Vestía un traje de levita aterciopelada que parecía ser de la misma época que el mío, por lo que me dije que mi disfraz ya no era tan original como me había parecido el día que lo compré. Me pregunté si los camareros o vigilantes de la fiesta habían sido

obligados a disfrazarse también. Todos estábamos a merced de ese grupo de brujas disfrazadas de niñas, y no al revés, niñas disfrazadas de brujas, como había decidido unilateralmente la anfitriona de la fiesta, informando a sus invitadas durante un recreo de la semana anterior que ese era el único disfraz permitido en su fiesta. Nada sorprendente viniendo de aquella brujita.

El hombre se adelantó hasta mí, me dio un delicado beso entre ceja y ceja y pronunció:

—*¡Toma este beso en tu frente! Y, en el momento de abandonarte, déjame confesarte lo siguiente...*

Me quedé paralizada. ¿A qué venía eso? El portero de una fiesta infantil no recitaba a Edgar Allan Poe como bienvenida a una pobre pringada que solo está allí para hacer un trabajo que está deseando dejar. Pero claro, esa pobre pringada ha leído a Poe desde los diez años, y ha memorizado sus poesías hasta sentir las como suyas, por lo que en situaciones así, no puede hacer otra cosa que seguir el poema.

—*No te equivocas cuando consideras que mis días han sido un sueño; y si la esperanza se ha desvanecido en una noche o en un día, en una visión o fuera de ella, ¿es por ello menos ida?*

El hombre me sonrió y me invitó a pasar con un gesto de la mano, casi una reverencia, y yo acepté.

—*Todo lo que vemos o parecemos no es más que un sueño en un sueño.*

Y tras recitar con solemnidad esos últimos versos, cogió mi paraguas y desapareció sin que yo pudiera terminar el poema. Aún alucinando por lo ocurrido, y dándole vueltas al porqué de esas palabras, atravesé unas pesadas cortinas color granate que hacían las veces de puerta. Como si hubiera viajado dos siglos atrás, me adentré en una amplísima sala repleta de gente que parecía salida de una película de época. Sí, gente, vestida casi como yo, pero no niñas disfrazadas de brujas. ¿Sería aquello una fiesta de disfraces para adultos y en alguna otra sala habría otra para niñas? Quizás al portero, al verme vestida de forma similar al resto, se le hubiera ocurrido que me podría gustar la poesía del siglo XIX. A saber.

Decidí buscar alguna cara conocida. Tal vez los padres tuvieran una fiesta paralela a la de sus hijas. Pero la verdad era que aquellas personas no tenían pinta de padres adinerados. Eran demasiado jóvenes, salvo alguna excepción,

y casualmente sus disfraces iban en la línea del mío. Alguno parecía de una época anterior, un par de siglos más atrás, por lo que deduje que me había colado en una fiesta temática que, aunque tenía muy buena pinta, con mesas donde poder conversar, música en directo a manos de un pianista y un cuarteto de cuerda y camareros sirviendo bebidas en unas copas de color bronce, no era adonde me dirigía. Cuando finalmente me di la vuelta para marcharme, convencida de que había confundido la dirección, choqué contra el pecho pétreo de un hombre alto y reboté casi dos pasos. Él me cogió del codo evitando que me cayera y su tacto fue como el de una pluma.

—Disculpe, señorita, he sido un torpe. Por un momento la había confundido con otra persona.

La voz era suave, juvenil y llena de tristeza. Cuando le miré a la cara pude comprobar que, si bien su cuerpo me había parecido el de un hombre, su rostro era el de un adolescente.

—No, ha sido culpa mía —repuse sonrojándome sin poder evitarlo por el modo en el que él me miraba de repente. La tristeza había desaparecido por completo y la sustituía una especie de esperanzada curiosidad—. Me he girado de golpe y no te he visto justo detrás de mí.

Exactamente. Tenía que estar completamente pegado a mí porque había impactado de lleno contra él. En cambio, yo no había sentido ninguna presencia a mi espalda.

—De todas formas, me alegra haber topado con usted. —La mano que sostenía mi codo subió hasta mi mejilla y la perfiló sin apenas tocarla—. No es muy común encontrar caras nuevas por aquí. Menos aún rostros de tan perfecta simetría.

Me dije que con «por aquí» se referiría a esa fiesta. Quizá era la fiesta de una universidad o asociación cultural, porque el edificio era claramente nuevo y ese lugar no podía ser un bar de copas, eso seguro. Y en cuanto a la simetría de mi cara... Sinceramente, nunca me había parado a medírmela.

—Estoy buscando a alguien —dije sin dar más detalles, porque realmente mi labor no era algo de lo que me gustara alardear delante de un chico que acababa de conocer y que además de educado tenía una sonrisa increíble y enigmática.

—Eso me había parecido desde que ha entrado. Aunque la verdad es que no

esperaba que la mensajera fuera a ser —se acercó a mí y juro que me olisqueó como un sabueso— así.

—¿Así, cómo? —exigí saber, algo molesta.

—Tan familiar. Pero sobre todo —volvió a acercarse a mí, y esta vez su nariz rozó mi mandíbula—, tan tentadora.

Me lo quedé mirando, creo que con la boca abierta. Había sido objeto de algunos piropos a lo largo de mi vida, unos más originales que otros. Pero aquello no tenía parangón. ¿Tentadora? ¿Con un traje de cuello cerrado, de lo más recatado, y con los ojos ennegrecidos? Aquel chico tenía unos gustos bastante raritos. Aunque claro, tal como me había olisqueado, igual lo que le atraía de mí era mi perfume, y eso que me lo había echado por la mañana después de ducharme y no podía quedar mucho rastro de él.

—¿Gracias? —respondí, o pregunté, y de inmediato me eché a reír.

A él pareció sorprenderle mi reacción, casi tanto como a mí su piropo, si es que podía llamarse así, pero acabó sonriendo y el efecto que eso tuvo en mí fue devastador. Hasta que no vi su afilada sonrisa luciendo una dentadura impoluta no me paré a pensar en lo increíblemente guapo que era. Pero no eran solo las formas perfectas de su rostro, nariz estrecha y recta, ojos profundos de forma almendrada y una mandíbula fuerte y cuadrada enmarcada por una media melena rizada y tan negra como sus ojos. Tenía algo que lo envolvía, un atractivo que tiraba de ti como una cuerda, que te arrastraba hacia él casi de un modo físico. Más que casi. Su mano rodeó mi cintura y me atrajo contra su cuerpo, pegándome a él. De pronto estábamos bailando al son de la música y me sentí flotar entre sus brazos.

—Por mucho que valore que Galiana se haya esmerado tanto en encontrar a alguien de mi más absoluto agrado, no puedo evitar sentir inquietud por no haber previsto las consecuencias que podría desencadenar tu pureza en un lugar como este —susurró mientras me guiaba en un baile que parecía conocer a la perfección—. Está poniendo en peligro al mensajero. Y con ello las negociaciones.

Antes de poder preguntarle de qué estaba hablando, le vi llevarse la mano al interior de su levita y, rápido como un rayo, volver a agarrarme la palma de la mano como si fuera a seguir guiándome en el baile. Pero en lugar de limitarse a hacer eso, sentí cómo su mano se deslizaba sigilosamente por mi muñeca y

se introducía en mi manga a través del puño, que me quedaba algo flojo. Empujando con la mayor de las delicadezas, encajó algún tipo de papel entre mi codo y mi muñeca izquierda. Miré a mi alrededor, de pronto preocupada por que alguien pudiera haber visto aquello. Pero lo que descubrí fue que, al parecer, habíamos abierto el baile, ya que varias de las personas que estaban sentadas en las mesas cuando yo había entrado habían dejado de conversar y se habían unido a la danza.

—Dile que exponerte aquí delante de todos ha sido descabellado —prosiguió el chico como si yo tuviera que saber de qué me estaba hablando—. Y que espero su respuesta en un lugar que sea seguro para ti. Un lugar público.

—Hay un hotel aquí enfrente —solté sin pensar, como si la conversación fuera conmigo, que claramente no.

—Muy bien. Exactamente en una semana, a medianoche. En cuanto llegues pregunta en recepción por Elías. —Me guio con sublime habilidad en los pasos de baile hasta que la canción terminó. Hizo una reverencia sin apartar sus ojos de los míos y me empujó de forma muy suave por la cintura en dirección a la puerta—. Ahora vete. Corre.

Iba a obedecerle. Obedecerle se había convertido en una especie de necesidad vital para mí. Pero él mismo tiró de mi brazo antes de que pudiera dar el primer paso y me apretó contra su costado.

—Bueno, bueno, Elías. —Un hombre de unos cuarenta años se acercó a nosotros y aunque sus palabras se dirigían al chico que estaba a mi lado apretándome con excesiva fuerza, me miró en todo momento a mí. Mi cara, mi vestido. Moviendo las aletas de su nariz como si también me estuviera olisqueando. Al parecer, algo muy común en aquella fiesta—. Veo que no pierdes el tiempo.

—Mi amiga ya se iba —se apresuró a indicar Elías y tiró de mí en dirección a la puerta.

—¿Eres una donante?

Sentí la mano de Elías apretar mi costado con muchísima fuerza, y no supe si quería que respondiera sí, no, o que no contestara. Pero acabé simplemente diciendo la verdad, y no porque lo hubiera decidido yo. De alguna manera, aquel hombre me lo exigía con la mirada. Una mirada extrañamente parecida

a la de Elías, al igual que algunos rasgos de su rostro.

—Sí —respondí de inmediato.

Y así era. Donaba sangre desde el mes anterior, nada más cumplir los dieciocho años, y me había hecho el carnet de donante de órganos a la vez que mi madre.

—Ella no se quedará hasta el final de la noche, Armando. Así que, ¿por qué no te vas a dar una vuelta, a ver qué encuentras por ahí?

—No sé dónde la has encontrado ni me importa, Elías. Pero sabes que la exclusividad tiene un precio. —Por primera vez el hombre dejó de mirarme para mirar al muchacho, Elías—. Y dudo que estés dispuesto a asumirlo.

—Métete en tus asuntos, Armando —replicó el joven con una autoridad que denotaba auténtico poder—. No te lo repetiré una segunda vez.

La temperatura del ambiente se disparó, literalmente. Sentí calor que provenía del cuerpo de Armando y también de la mano que me mantenía sujeta por el costado. Y de la misma forma que vino, se fue, pero no sin dejarme medio mareada entre tanto. Para cuando quise darme cuenta, Armando había desaparecido, Elías me había ladeado la cabeza y me estaba besando en el cuello, justo en el punto anterior a la clavícula. Estaba pensando en qué momento me había desabrochado los botones del vestido para dejar a la vista esa parte de mi piel cuando, con la misma fugacidad que me había llevado a ese beso, estábamos en la puerta y él la abría para mí.

—¿Qué ha pasado? —Me sentía completamente desorientada.

—Armando puede causarnos problemas si se entera de que estoy en contacto con Galiana. Debes irte. —Me miraba tan preocupado que sentí profundas ganas de consolarle—. Yo me encargaré de que él no salga detrás de ti.

—¿Para qué iba a venir detrás de mí? —No entendía nada.

—Para lo mismo que cualquiera que no sea yo querría un bocadito como tú.

Esta vez el gesto fue más allá de la preocupación. Su ceño se frunció con rabia y en sus ojos pude ver que era más peligroso de lo que parecía a simple vista. Después, en un visto y no visto, volvió a ser el chico encantador que había bailado conmigo haciéndome sentir como si flotara en un sueño. Un sueño del que acababa de despertarme.

¿Bocadito? ¿Me había llamado bocadito? Aquello ya era el colmo. Iba

siendo hora de que le dijera que se había confundido de chica, que no era la que él estaba buscando, que no conocía a ninguna Galiana y mucho menos era su mensajera, y que fuera lo que fuera lo que hubiera metido en mi manga, se lo pensaba devolver de inmediato. Y, por supuesto, que ni se le ocurriera volver a besarme, aunque fuera en el cuello y con aquella sutileza... Precisamente de esa forma menos que de ninguna otra. Solo de recordarlo se me encendía la sangre, y no de rabia. Lo que me hacía sentir era algo que no comprendía. No podía decir si me gustaba o por el contrario me repelía.

Pero antes de poder abrir la boca, el portero me cogió con galantería del brazo para posarlo en el suyo, me devolvió mi paraguas y me acompañó a un taxi que parecía estar esperando ya por mí.

—¿Adónde, señorita?

—No estoy segura —confesé desde el asiento trasero, viendo al portero poeta entrar de nuevo en la lonja y cerrar la puerta.

—¿Quiere que la lleve a su casa?

—No. —De pronto me di cuenta de que tenía un deber por encima de cualquier situación surrealista por la que hubiera podido pasar.

Saqué mi móvil del bolsito y llamé a casa. Mi madre supo que quería que me recordara la dirección antes de que se lo preguntara. Y, efectivamente, el número era correcto, pero la calle no.

—A *Madariaga 67*, por favor —indicé al taxista y me despedí de mi madre antes de colgar el teléfono.

Me revolví en el asiento, tratando de tranquilizarme después de lo que acababa de sucederme. ¿Pero qué narices acababa de sucederme? Mis movimientos hicieron sonar algo en mi manga. El ruido de un papel. Metí la mano y saqué un sobre lacrado, lo que deduje que era una carta para la tal Galiana, ya que no tenía destinatario ni remitente, solo las letras *LZ* marcadas con un sello sobre lacre rojo. Podría haberle pedido al conductor que diera la vuelta y devolver aquella carta. Pero Elías me había dicho que podía correr peligro si Armando me encontraba con ese mensaje encima. Y bueno, si en una semana le iba a ver de nuevo, ya se la devolvería, ¿no? Sentí unas extrañas ganas de volver a verlo, casi acuciantes, y sacudí la cabeza tratando de no pensar en él. Guardé el sobre en mi bolsito y crucé los dedos para que el taxi llegara cuanto antes y no tuviera problemas con mi horrible pero bien

pagado trabajo.

En *Madariaga 67* había un bar que a todas luces iba a tener que cerrar por reformas durante un par de semanas. Llegué solo dos minutos más tarde de la hora a la que se suponía que debía recoger a Carolina. Y la muy bruja había decidido que ese día no quería quedarse una hora más. Al contrario. Quería haberse ido antes, y encima yo llegaba dos minutos tarde. Tuve que aguantarla todo el trayecto de vuelta en el metro quejándose por lo aburrida que había sido la fiesta, que ellas ya eran mayores para payasos y magos y que el año siguiente lo que quería era ir a un concierto. ¡Toma ya! A partir de eso, dejé de escucharla y me puse a repasar mentalmente lo que había sucedido.

Lo más reciente era el taxi que había salido de la nada, me había llevado adonde yo había querido y después no me había cobrado ni un céntimo. Al parecer, Elías se hacía cargo. Sí, qué majo. Pero qué sospechoso. Y qué mal rollo cuando se enterara de que yo no era quien él se esperaba y que tenía una carta para Galiana que no iba a recibir, al menos de momento. Luego empecé a pensar en la fiesta. ¿Por qué había bailado conmigo Elías? ¿Solo para poder esconder la carta en mi manga con disimulo? ¿Por qué la gente no había bailado hasta que lo hicimos Elías y yo? ¿Y por qué Elías me había mirado todo el tiempo de aquella manera tan intensa? Y lo más raro de todo. Aquel hombre. Armando. ¿Por qué le molestaba que Elías bailara conmigo? ¿Por qué estaba interesado en si era donante? ¿Y por qué debía temerle?

Demasiadas preguntas y ni una sola respuesta.

De pronto caí. ¡Cielos! Tal vez estuviera metido en asuntos de contrabando de órganos. Había visto algún reportaje sobre el tema en la tele, y era absolutamente escalofriante. Por eso Elías me quería proteger de él y me había apretado el costado para que no dijera nada. ¿Pero a quién había estado esperando él? A nadie que conociera, al menos en persona, porque de ser así no la habría confundido conmigo. ¡Si ni siquiera me había preguntado mi nombre!

Frustrada por no tener más que preguntas, saqué la carta de mi bolsito y la miré a trasluz, tratando de ver algo escrito en el interior, pero el papel era

muy grueso y la luz no lo atravesaba. Revisé entonces el sobre, sin remitente ni destinatario, yo no podía hacer nada por hacérsela llegar a aquella mujer. Traté de abrir el lacre, pero estaba demasiado bien pegado para poder separarlo sin romperlo. Vistas las opciones que me quedaban, o más bien la ausencia de ellas, decidí esperar al sábado para devolverle la carta a Elías y explicarle la terrible confusión en la que habíamos caído. Esperaba que no se enfadara conmigo, al menos no demasiado.

Volví a guardar el sobre en el bolsito y, cuando alcé la vista, vi a un chico rubio que se sentaba frente a Carolina apartar rápidamente sus ojos de mí para mirar por la ventana algo tan interesante como los túneles de hormigón. Vaya, esa noche estaba que me salía. Desde luego ese disfraz tenía más tirón del que había imaginado.

Llegamos a la parada que quedaba más cerca de casa de Carolina, quien cuando volví a prestarle atención, criticaba a Soraya por el mal gusto a la hora de elegir el color de su peluca porque no combinaba con las uñas postizas y el pintalabios. Al parecer, había hecho bien en desconectar mi sentido del oído durante el trayecto. Para cuando por fin la dejé en casa con sus padres, había puesto a caldo a todas sus compañeras.

—Hemos venido en metro y he visto a gente disfrazada de basura —fue la respuesta de Carolina cuando su madre le preguntó qué tal lo había pasado. Valiente resumen después de lo que me había contado a mí.

—¿Has traído a mi hija en metro?

Los ojos de la madre de Carolina me atravesaron como si hubiera llevado a su hija en moto a doscientos por hora y sin casco.

—Es que la pobrecita se ha aburrido un montón en la fiesta —se me ocurrió de repente—. Me ha contado muy triste que ya no le parecían divertidos los magos y los payasos porque ella ya era mayor. Así que me ha parecido que un pequeño trayecto en metro podría resultarle emocionante. Además, así ha podido comprobar que su disfraz era el más bonito de todos.

—Iban disfrazados de basura de verdad —insistió la niña, claramente escandalizada.

Me imaginé que, aunque yo no los había visto porque apenas había mirado a mi alrededor en el metro, se refería a los típicos disfraces modestos pero originales que cualquier niño o adulto ha hecho con una bolsa de basura,

limpia, y algunos complementos. Pero claro, en el colegio de Carolina esas cosas no se hacen.

—La próxima vez coged un taxi —fue lo único que me dijo su madre antes de pagarme mi semanada y cerrarme la puerta sin despedirse.

¡Menuda metedura de pata! Me fustigué mentalmente mientras me dirigía al ascensor. Pero por suerte había salido airosa. Estaba tan ida por lo que me había pasado que ni me había dado cuenta de que Carolina no podía viajar en metro. Un sábado a las ocho de la tarde. En fin, no me cabía duda de que sus padres no habían montado nunca si pensaban que era peligroso. O tal vez solo les pareciera poco clasista compartir transporte con gente corriente. A mí ese tipo de cosas me habían empezado a dar lo mismo desde mi primer año como canguro. Y mientras no me despidieran, sus aires de grandeza me traían sin cuidado.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, vi a uno de los vecinos de las plantas superiores, uno que tenía un enorme perro negro llamado Rocky. Me caían bien, el dueño siempre tenía alguna palabra amable para mí y Rocky siempre se interesaba por mis zapatos.

—¿Subes? —me preguntó extrañado.

—No, bajo. —Pero el ascensor no sabía mis intenciones y se habría parado al pulsar yo el botón—. Esperaré.

—Pulsa el botón en cuanto oigas que cierro la puerta. Hay gente abajo y si no te das prisa te lo quitarán —me indicó haciendo a Rocky entrar de nuevo, ya que había salido a olisquearme—. ¡Lo que hay que ver! Que a unos hombretones como esos les dé miedo Rocky, que no ha hecho nada más que olfatearles como saludo. No han querido subir con nosotros.

—Hay gente a la que no le gustan los perros en general —justifiqué yo, aunque no podía entender cómo a alguien podía no gustarle este en concreto, con su lustroso pelo corto negro y aquellos ojos dorados que decían «quiero jugar contigo».

—Ellos se lo pierden. Bonito disfraz —me dijo con una sonrisa sincera mientras se cerraban las puertas, demostrando una vez más que no toda la gente de dinero era igual.

Aproveché para guardar en mi bolsito el salario que acababan de pagarme y que yo aún llevaba en la mano. Me distraje cerrando el enganche que no

funcionaba demasiado bien, así que cuando quise darme cuenta, ya habían solicitado el ascensor y este pasaba de largo delante de mis narices. Genial.

Deseosa de llegar a mi casa, decidí no esperar y utilizar las escaleras. Tampoco me iba a morir por bajar diez pisos andando, otra cosa habría sido subirlos. Empecé a bajar y, en cuanto mis zapatos taconearon un par de veces, oí a alguien correr escalera abajo desde el piso inferior. Miré por el hueco de la escalera, que se iba iluminando según quien fuera iba pasando por cada piso, y pude ver una manga azul y una mano masculina agarrarse al pasamanos mientras bajaba a la carrera. Me aseguré de oír la puerta del portal antes de seguir bajando. Me daba mala espina, tanto por la reacción del supuesto vecino como por aquella prenda azul, ya que me sonaba haberla visto antes en algún sitio, y no hacía demasiado tiempo.

Cuando llegué a la planta baja, alguien me agarró por la cintura y tiró de mí hasta ocultarme entre las sombras que dibujaba en el amplísimo portal la fila de buzones y una maceta con un ficus de más de un metro de altura. Sentí una mano taparme la boca con fuerza justo cuando la puerta del ascensor se abrió y un grupo de cuatro hombres vestidos de negro salió de él. En silencio y moviéndose completamente sincronizados, abrieron la puerta del portal y se marcharon sin percatarse de nuestra presencia. Antes de que la puerta se cerrara del todo, la luz de la calle iluminó tanto la mano masculina que tapaba mi boca como la manga de una chaqueta, una chaqueta de color azul.

—Voy a soltarte, pero si gritas tendré que amordazarte. ¿Entendido?

Sacudí la cabeza afirmativamente y me liberó. Me giré y retrocedí dos pasos.

—¿Quién eres? —pregunté, pero en cuanto le vi la cara lo supe. Era el chico rubio que me había estado mirando en el metro.

—Ahora mismo, tu único seguro de vida. Ven conmigo. Tienes que darnos muchas explicaciones.

¿Darnos? ¿A él y a quién más? Daba igual, porque no estaba dispuesta a irme con un desconocido.

—Perdona, pero creo que las explicaciones me las tienes que dar tú a mí.

—Eso es discutible.

—Oh, me encanta discutir. —Y lo iba a hacer si no me dejaba en paz y si no dejaba de mirarme de arriba abajo en la penumbra como tratando de

averiguar algo de mí solo por mi aspecto.

—No tenemos tiempo. Los sicarios de Armando te están siguiendo. Te libraste de ellos al entrar en el metro, pero tenían controladas todas las salidas y estos cuatro te estaban esperando fuera. Tenemos que ponerte a salvo.

Algo se retorció en mi estómago.

—¿Conoces a Armando?

—Demasiado bien.

—¿Y a Elías?

Su gesto se endureció y se acercó hasta estar completamente pegado a mí.

—Lo que me sorprende es que los conozcas tú.

Sin previo aviso, me cogió por las muñecas y las inspeccionó, subiendo mis mangas hasta los codos. Luego me miró el cuello, incluso bajó un poco la tela de mi vestido hasta la clavícula. Cuando me subió las faldas y miró descaradamente mis muslos, girándolos para mirar la cara interna, le atacé con mi paraguas —que por fin me iba a resultar útil ya que al final no había llovido nada— pero él lo esquivó muy ágilmente y después me lo arrancó de la mano.

—¡Eh! —protesté, por todo en general.

—¿Eres una donante? —me preguntó enfurecido, amenazándome con el paraguas. ¡No se atrevería!

—¿Qué manía le ha dado a todo el mundo con eso de los donantes! ¿Qué más da? ¿O es que vais a traficar con mis órganos?

El paraguas hizo amago de caerse de su mano, pero él estuvo rápido de nuevo y lo cogió al vuelo. Apoyó las dos manos en él y se inclinó hacia mí con los ojos entrecerrados.

—No donante de órganos, estúpida. Donante de sangre.

Lo mismo daba. Aquello no tenía sentido. ¡Y encima me insultaba! Si hubiera podido recuperar mi paraguas se lo habría estampado en su cara dura. Pero estaba en desventaja, así que cedí a responder a sus absurdas preguntas.

—Desde el mes pasado voy a donar sangre al autobús que aparca delante del ambulatorio.

Oí un crujido, posiblemente era el paraguas rompiéndose bajo sus manos, por lo que me dije que la respuesta no le había gustado.

—¿Me estás tomando el pelo o es que realmente no tienes ni idea de dónde

te has metido?

—No te estoy tomando el pelo. —Me froté las sienes. Me empezaba a doler la cabeza. Quería acabar con aquello, así que le conté lo que había desencadenado todo—. Y hoy me he colado en una fiesta que no era a la que debía ir. Me he equivocado de dirección.

—¿Y cómo te han dejado entrar? —preguntó enseguida, lo que me resultó muy sospechoso—. ¿Cómo sabías la contraseña?

—¿Contraseña? —Así que eso era...—. Oh, bueno, por un poema de Edgar Allan Poe. Los conozco todos. El hombre que me abrió la puerta comenzó a recitar uno y yo lo continué. Así me dejó entrar.

—Increíble. —Sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco—. ¿Qué pasó ahí dentro?

¿Por qué tendría que contárselo a él? Era una pregunta más para la que no tenía respuesta. Pero por lo menos él parecía tener más información que yo, así que pensé que si le contaba algunas cosas, él podría contarme otras a mí.

—Elías me debió de confundir con otra persona. La mensajera. Y...

—Y te dio un mensaje —concluyó él—. La carta que sacaste en el metro. Dámela.

Eché mano a mi bolso pero yo tiré de él y lo escondí tras mi espalda.

—De eso nada. Primero dime quién eres tú.

Resopló. Lo hizo con tanta fuerza que hizo eco en las paredes del portal. No hacía falta tener muchas luces para darse cuenta de que la paciencia no era una de sus virtudes, pero por algún motivo que no alcanzaba a entender, no despertaba en mí temor alguno.

—Ahora mismo soy la única persona en la que puedes confiar si quieres seguir viva.

—¿Me estás amenazando?

—No. Te estoy advirtiéndote que más te vale tener aún el mensaje o no podré ayudarte. No porque no quiera, sino porque no sabré cómo hacerlo. —Esta vez su rostro se dulcificó, como si realmente le preocupara no ser capaz de ayudarme—. Ese mensaje es la clave de todo.

—¿Y qué si lo tuviera?

No había admitido tenerlo aún, pero él lo supo y eso pareció tranquilizarlo lo suficiente como para permitirse tocarme el brazo con gesto amistoso. No

me fié.

—Podríamos adelantarnos a los planes de los vampiros. Tal vez así podría evitar que te desangren.

Me atraganté y la pregunta tardó en salir de mis labios más de lo que tenía previsto.

—¿Vampiros?

—Sí, bonita. —Ahora me hablaba en un tono condescendiente que me irritó sobremanera, tanto como para pensar que, además de los delirios que le hacían decir semejante disparate, iba a tener un buen dolor de cabeza en cuanto recuperara mi paraguas—. Te has metido en medio de una disputa de poder entre dos clanes vampiros. Y tienes frente a ti a uno de los Conciliadores que pretende evitar una guerra que salpique a los humanos.

CAPÍTULO 2

—¿Vas a decirme tu nombre en algún momento o debo llamarte «eh, tú»?

—Max.

—Muy bien. Hola Max. Yo soy Abi. —Si él se iba a limitar a darme la abreviatura de su nombre, yo haría lo mismo con el mío—. ¿Y ahora vas a explicarme qué está pasando y adónde me llevas?

—Te lo diré en cuanto lleguemos.

Imaginé que no se fiaba del taxista. O que no quería que le tomara por loco, como yo había hecho al principio. Pero después de tirar de mí escaleras arriba y ver desde una de las ventanas del edificio donde vivía Carolina que aquellos hombres de negro seguían esperando frente a la puerta del portal, según él a que yo saliera, empecé a creerle un poco más. Sin soltarme el brazo como si fuera a escaparme, había hecho una llamada pidiendo algo así como «apoyo de dispersión» en la dirección en la que estábamos. En tres minutos, unos tipos en moto habían dado varias vueltas a la manzana hasta que los hombres que estaban vigilando la puerta se habían marchado.

Cuando llegamos a lo que parecía ser una nave industrial situada en una zona que reconocí enseguida —ya que se trataba de una especie de península en mitad de la Ría de Bilbao, de la cual realmente sabía poco, solo que contaba con unas cuantas viviendas antiguas y el depósito municipal de vehículos— el taxista se despidió de Max por su nombre y se marchó sin cobrarnos.

—¿Es amigo tuyo? —pregunté por preguntar.

—Trabaja con nosotros.

—¿Y quiénes sois vosotros?

Para mi irritación, no dijo nada, solo me devolvió el dichoso paraguas y,

simplemente apoyando su mano en una pantalla, abrió la puerta del enorme edificio rectangular y gris sin ningún tipo de cartel ni identificación por ningún sitio. Una vez dentro, encendió una luz que apenas me reveló lo que parecía una sala de ordenadores sin más techo encima que lo alto del edificio, rodeada de un maremágnum de escaleras que llevaban a los pisos superiores donde la penumbra dejaba ver diferentes puertas.

Max extendió las manos, como queriendo abarcar la totalidad del edificio.

—Bienvenida a la sede local de los Conciliadores.

Hubo un silencio. Carraspeé, pero él siguió sin decir nada, así que tuve que hablar yo.

—¿Sois un grupo musical? ¿Un bufete de abogados?

Mi chiste no pareció hacerle gracia. Comenzó a caminar tan rápido que casi tuve que salir corriendo detrás de él.

—Somos quienes, desde hace más siglos de los que puedas calcular, evitan que los vampiros masacren poblaciones enteras. —Siguió hablando sin mirar atrás, dando por hecho que le seguía, y comenzó a subir por un tramo de escaleras metálicas que resonaron bajo nuestros pies haciendo eco en el hueco central del edificio—. En pocas palabras y para que lo entiendas rápidamente, somos policías, jueces e incluso verdugos. Si así lo decidimos, cualquiera de ellos muere. Por lo que imaginarás que procuran no hacernos enfadar y cumplir nuestras condiciones.

—Creía que los vampiros estaban técnicamente muertos —comenté.

Se detuvo delante de una puerta y llamó con los nudillos. Pude ver que a media altura había una letra, una A mayúscula sencilla y sin ornamentos. Al no obtener respuesta, Max abrió directamente y me hizo pasar sujetándome de nuevo por el brazo, pero más bruscamente que antes. Como siguiera así iba a dejarme marcas.

—Si dejaras de tomarte esto a broma tal vez podría ser capaz de hacerte entender la magnitud de lo que tienes entre manos.

Estaba enfadado. Mucho. En su cara se reflejaba una mezcla de irritación y preocupación que reveló que él creía cada palabra que me estaba diciendo. Traté de decirlo con suavidad.

—Perdona, pero es que no creo en los vampiros. Lo siento.

Sus dedos se clavaron un poco más en mi brazo antes de soltarme casi con

un empujón. Pero eso me asustó menos que la risa gutural que casi escupió y que resonó por toda la habitación, un despacho sencillo de apenas diez metros cuadrados.

—Has estado rodeada de vampiros todo el tiempo que has permanecido en esa reunión clandestina.

—Parecía una fiesta de disfraces —le aclaré, frotándome de paso el brazo y mirándole con desaprobación para que se diera cuenta de que se había pasado con los apretones.

—La única disfrazada allí eras tú.

—Muy bien —cedí para poder avanzar en todo aquello—. Imaginemos que te creo. ¿Qué se supone que tenéis vosotros de especial para que ellos os respeten tanto?

—Somos los únicos que sabemos cómo matarlos.

—¿Estacas de madera? —Levanté mi paraguas como una posible arma y él me lo arrancó lanzándolo después contra el escritorio. Probé suerte otra vez—. ¿Cortarles la cabeza?

—No a lo primero, eso apenas los hiera. Sí a lo segundo, aunque lo difícil es saber cómo hacerlo sin que ellos te desangren primero. Algo bastante probable teniendo en cuenta que pueden manipular tu mente con solo pestañear.

—Ya, eso sí me lo creo.

Ya me había parecido a mí que el tal Armando me había forzado a responderle con la verdad. Sin contar la laguna mental que tenía con respecto al momento en el que Elías me había desabrochado el cuello del vestido.

—Se supone que no deben hacerlo, es una de las reglas primordiales —continuó Max—. Se supone que desde que los últimos Concilios fueron firmados, todos los vampiros los respetan a rajatabla, como por ejemplo vivir en comunidad, ya que de esa forma se controla que ninguno se salga de las normas que rigen en cada uno de los clanes.

Tenía sentido. Estábamos en el siglo XXI y hasta los vampiros debían amoldarse a los tiempos modernos. Tal vez de esa manera pasaran desapercibidos y por eso en nuestros días todo se limitara a leyendas sobre ellos. ¿Podría ser que el mito no fuera tal? Necesitaba más información.

—Antes me has dicho que hay dos clanes en guerra.

Max estaba haciendo una llamada desde el teléfono del escritorio. No pude oír lo que dijo, pero la llamada solo duró tres segundos. En cambio él sí pareció oírme a mí.

—Sí, los dos clanes que controlan esta ciudad desde su mismísima fundación en 1300.

Caramba, eso sí que era tiempo.

—Déjame adivinar. Galiana es la líder de uno de esos clanes.

—Premio para la señorita incrédula y postre de vampiros —vaciló Max sin pizca de humor en el rostro. Yo ignoré su desdén y seguí con mis cavilaciones sentándome en el borde de la mesa.

—¿Por qué no me mordieron? Podrían haberlo hecho.

Max se asomó a la puerta. Estaba esperando a que llegara alguien, probablemente la persona a la que había llamado y la que había esperado encontrar en aquel despacho.

—Son más civilizados de lo que las novelas y las películas cuentan. Al menos hace tiempo que lo son, y así debe seguir siendo. Llevan siglos de ventaja a la humanidad, puesto que algunos cuentan con más edad de la que yo mismo puedo imaginar. Son conscientes de que masacrar a la población no les conviene, ya que necesitan su sangre. Por eso firmaron los Concilios. Para no pelear entre clanes y para asegurarse alimento y la continuidad de sus comunidades y su estilo de vida.

—Estilo de muerte —murmuré, aunque ni siquiera a mí me hizo gracia.

—Muy chistosa, teniendo en cuenta que puedes ser su aperitivo en cualquier momento. Te recuerdo que hay amenaza de guerra, lo que podría echar por tierra cualquier acuerdo firmado.

Eso parecía ser lo que más le preocupaba. Los acuerdos, o los Concilios como él había dicho. Debían de ser muy importantes si a través de ellos habían conseguido que los humanos estuviéramos a salvo, tanto que ni siquiera creyéramos que los vampiros existían en realidad.

—Y si ya no matan para sobrevivir, ¿cómo se alimentan? —De pronto me di cuenta—. Vale, donantes. ¿Quién estaría tan loco como para dejarse morder? ¿O beben directamente de esas bolsas que se usan para las transfusiones?

Max dejó de dar vueltas entre el pasillo y el despacho y se retiró el pelo

hacia atrás con ambas manos, con frustración. No supe si estaba harto de esperar o de escuchar mis dudas sobre el tema. El caso es que aquel gesto me hizo fijarme en su pelo, unos mechones dorados desordenados y de diferente largura que le harían parecer descuidado si no fuera porque cada uno de sus movimientos era concienzudo y controlado. Noté cómo apretaba los dientes mientras me miraba fijamente a los ojos. No sé lo que vio, pero la mandíbula le palpitó antes de responderme con más paciencia de la que había demostrado hasta entonces.

—Ningún vampiro aceptaría beber sangre empaquetada. Necesitan succionarla directamente del cuerpo. El flujo sanguíneo tiene que estar circulando, deben sentir el latido del corazón de la persona a la que le extraen la fuerza vital. Porque no están muertos, simplemente están infectados.

—Vaya, ¿en serio? —No sabía si estaba más impactada por su última explicación o por cómo sus ojos de un verde oscuro y brillante me habían taladrado segundos antes.

—He visto muchas cosas en mi vida, pero nunca he visto resucitar a un muerto. Un vampiro no es un zombi, es un ser vivo cuyo cuerpo es extremadamente fuerte y longevo pero que necesita sangre fresca para seguir manteniéndose así. Sangre humana directamente extraída de un cuerpo sano.

Parpadeé, varias veces.

—Acabas de tirar por tierra la mitad de las novelas que he leído.

—Eso igual te ayuda a poner los pies en la tierra, Abi. Armando ha mandado a sus secuaces para encontrarte, les vi salir detrás de ti de esa reunión. Quiere la carta, y probablemente también a ti. Eres un cuerpo imaculado, y hoy en día se cotiza muy alto el privilegio de alimentarse de un cuerpo sin estrenar. Los donantes son compartidos durante toda su vida, pero viven de media los mismos años que el resto de los humanos. Eso les hace tener que estar buscando voluntarios constantemente.

—¿Voluntarios?

—Sí. Un donante debe ser un humano voluntario. Es algo que existe desde que existimos los Conciliadores. Pero hay algunos vampiros que se están sublevando. Los más radicales y conservadores que votaron *no* a los Concilios. Pero la mayoría dijo sí y ellos tuvieron que acatarlo si no querían sufrir la pena máxima. La pena de muerte —aclaró, por si no había

imaginado cuál era—. Ahora se están agrupando y quieren total libertad para, entre otras muchas cosas, tener un donante en exclusiva. Eso supone un control mental demasiado fuerte para el cerebro humano, por lo que el donante acaba volviéndose loco por la dependencia que siente hacia su vampiro. Por eso está prohibido y castigado con la muerte, al igual que beber de alguien que no dé su consentimiento.

—Vale. Creo que tengo bastante información para lo que queda de día.

Tampoco habría tenido oportunidad de seguir dándome una clase magistral sobre la realidad vampírica de hoy en día, porque un hombre que apenas cabía por la puerta apareció como de la nada.

—Max, explícame por qué has movilizado a los motoristas por cuatro miserables chupasangres que podrías haber aplastado con una mano.

Estaba tratando de identificar el extraño acento que había detrás de las furiosas palabras de aquel corpulento hombre de edad indefinida cuando oí hablar a Max y me dieron ganas de estirar mi mano hacia el paraguas para estampárselo en la cabeza.

—Llevaba lastre, Alfa —se excusó haciendo un gesto hacia mí para dejar claro a quién se refería—. No podía arriesgarme a perderla de vista machacando algunos huesos viejos. La necesitamos. Viva.

—Explícate —exigió y se sentó tras el escritorio, mirando con curiosidad mi paraguas, lo que le hizo mirar también mi atuendo—. Y tú, muchacha, más vale que no hayas puesto en peligro la operación.

—Me temo que sí lo ha hecho.

Iba a protestar cuando sentí la mano de Max deslizarse en mi bolsito y arrebatarme la carta. Ni me molesté en intentar recuperarla.

—Elías se la dio pensando que era una mensajera enviada por Galiana. Pero ella no es más que una civil que estaba en el lugar equivocado con los gustos literarios precisos para meterse en la boca del lobo.

Me desconcertó que en lugar de enfadarse, el tal Alfa se riera tras las palabras de Max. Se levantó de la silla y se acercó a nosotros. Miró la carta con detenimiento y luego sacó una enorme navaja del bolsillo, como quien saca un pañuelo, y comenzó a levantar el lacre con el filo con sumo cuidado, milímetro a milímetro.

—Te pidieron una contraseña y tú acertaste por pura casualidad —dedujo el

tipo alto y tan fuerte como un oso que ahora estaba tan cerca de mí que parecía aún más gigante.

—No sabía que era una contraseña —me defendí—. Era un poema de Edgar Allan Poe que yo conocía, me limité a continuar los versos que me dijeron.

—Poe, qué previsibles. —Parecía decepcionado—. Y te dieron esta carta, así sin más.

—Elías se acercó a mí, yo le dije que buscaba a alguien, y dio por hecho que era a él. Pero no, yo solo iba a buscar a la niña que cuido. Soy canguro, y estudiante.

Alfa resopló de forma muy parecida a como había visto hacerlo a Max y este se frotó los ojos. ¿A quién esperaban? ¿A *Buffy cazavampiros*? ¿Qué culpa tenía yo de no ser una *superchica*?

—Serías la única persona desconocida allí, por lo que solo podías ser tú. Las donantes suelen vestir como sus vampiros, a ellos les gusta. Y has elegido un disfraz muy desafortunado. —Me miró y sacudió la cabeza, entre decepcionado y preocupado—. ¿Te vio alguien más?

—Armando —respondió Max por mí—. Por eso envió a sus sicarios tras ella. Debe saber algo.

—Elías me dijo que debía irme cuanto antes, que él se encargaría de distraer a Armando. Le dijo que éramos amigos.

—Amigos para ellos es el desayuno. ¿Te mordieron?

—No —respondió Max por mí de nuevo—. La he inspeccionado antes de arriesgarme a traer algo peligroso.

—¿Perdona? —¿Algo? ¿Ahora era una cosa?

—Si te hubieran mordido tendrías un contacto mental con todo aquel que te hubiera probado. Y ahora sabrían dónde está la sede. En otras circunstancias no tendría mayor importancia. Pero ahora que está a punto de estallar una rebelión, podría suponer la guerra. Y no entre ellos, sino contra nosotros. Y vosotros.

Si eso era una disculpa por parte de Max, no me valía.

—O no —intervino Alfa, quien por fin había conseguido separar el lacre de una pieza y sin romper el papel—. La carta que te dio Elías está escrita por su padre. Al parecer, hemos perdido el contacto con él no porque esté pensando

en sublevarse contra nosotros, ni contra el clan de Galiana, sino porque alguien de su propio clan lo envenenó a través de uno de sus donantes. Lope propone una alianza con Galiana, unir ambos clanes, para que los rebeldes sean reducidos.

—¿Cómo es posible? No hay precedentes de una unión de clanes. —Max parecía aún más desconcertado que Alfa, aunque desde luego, ni la mitad que yo.

—Aquí dice que hay deslealtades en los dos clanes y opina que si se unen, darán con ellos. Y lo mejor de todo, propone que nos los entreguen a nosotros, para que hagamos lo que creamos conveniente con los traidores. —Extendió la carta a Max para que la leyera y en el rostro de Alfa asomó un ligera esperanza que le hizo parecer más joven de lo que había pensado en un principio. Cuando perdía la dureza del gesto, se le escapaba una sonrisa de niño—. Ya decía yo que Lope no podía haberse vuelto contra los Concilios de repente. Fue uno de los primeros en firmarlos y probablemente el causante de que otros muchos reyes lo hicieran.

—¿Y por qué necesitaban un mensajero para hacerle llegar esta carta a Galiana? —pregunté después de asimilar las novedades.

—Los clanes no se cruzan entre sí. A cada uno le pertenece una zona de la ciudad, es así en todas partes. Pero los rebeldes deben de estar incumpliendo esto si se han unido para sublevarse.

—¿Y si yo no soy la mensajera, quién es?

Alfa miró a Max esperando su respuesta.

—Mi equipo no vio entrar a nadie que no fuera del clan de Lope en esa lonja, solo a ella. Por eso la seguí. Si Galiana envió a un donante propio o incluso a uno de sus vampiros, no llegó a entrar allí, ni antes ni después que Abi.

—Elías esperaba a alguien desconocido, o no me habría dado a mí la carta —insistí yo.

—Puede que fuera una trampa —vaticinó Alfa—. Puede que Armando lo supiera y se adelantara, capturando a la mensajera antes de que llegara.

—O que los traidores la capturaran en el propio terreno de Galiana, incluso antes de que saliera —aportó Max.

—O puede que nunca haya existido tal mensajera, y que Galiana no esté en

el bando que creéis —pensé en alto.

Se hizo un silencio, por lo que vi que no habían contemplado antes esa posibilidad. Alfa resolvió qué hacer al cabo de unos segundos.

—Sea como sea, hay que hacer llegar esta carta a Galiana. Y ningún Conciliador debe llevarla, o desconfiará de Lope y de Elías y todo se irá al traste.

Se hizo otro silencio hasta que Max lo rompió.

—¿Sugieres que la lleve ella?

—¿Yo? —pregunté con un graznido que ignoraron.

—Sí. Ella. Que diga que Elías manda a su propia mensajera ya que la otra nunca llegó. Es lo más parecido que tenemos a la verdad.

—Eso es ponerla en peligro —protestó Max, y por primera vez no me molestó que hablara en mi nombre.

—Ya está en peligro si los esbirros de Armando la siguen.

—Se supone que debo reunirme con Elías en el hotel que hay frente a aquella lonja el sábado que viene a medianoche, con la respuesta de Galiana —les informé, culpándome por lo tonta que había sido permitiendo que Elías creyera que yo era quien no era.

—Precisamente este sábado —murmuró Max entre dientes y Alfa levantó la mano a modo de advertencia, evitando que continuara lo que fuera a decir.

—Este sábado. Muy bien, entonces así será. Max, prepara el operativo.

—No voy a dejar que entre sola en los dominios de Galiana, y mucho menos que se vea con Elías el próximo sábado. —Le vi apretar la mandíbula con gesto de dolor, como si contradecir las órdenes del que parecía ser el que mandaba allí le hiciera daño—. Se la comerán viva.

—No si Galiana cree que pertenece al clan de Lope y no quiere desencadenar una guerra —aclaró Alfa—. Ya sabes que no les gusta que otros toquen su comida.

Genial. Aquello mejoraba por momentos. Al menos Max no se daba por vencido.

—¿Y si Abi tiene razón y Galiana está del lado opuesto? No tendrá pegas en desencadenar esa guerra y de paso probar un bocado fresco.

¡Qué manía con lo de bocado! No me gustaba nada que se refirieran a mí con ese término. Me estaba incluso empezando a hacer a la idea de que

alguien me iba a acabar hincando el diente.

Mientras Max esperaba visiblemente impaciente a que Alfa rebatiera sus argumentos o le diera la razón, este calentó con un mechero un bloque de cera roja que sacó de un cajón, por lo que deduje que no era la primera vez que interceptaban una carta de ese tipo, y volvió a cerrar el lacre de un puñetazo tan fuerte que hizo saltar mi paraguas varios centímetros sobre la mesa.

—Toma, guárdala hasta que el operativo esté listo. Confío en que los fondos que recibe esta sede hayan dado para que contéis con la tecnología precisa y con un equipo bien entrenado para que si resulta que Galiana pretende sublevarse, saquéis a la civil de allí antes de que se la merienden.

Estaba más que clara la posición de Alfa, quien por lo visto no era asiduo en aquella sede si no sabía hasta qué punto el equipo estaba preparado. Me planteé que lo que sucedía en la ciudad podría ser tan importante que un superior de los Conciliadores había viajado hasta aquí para supervisar la situación personalmente. Y si eso era cierto, significaba que me había metido en un lío aún más gordo de lo que me temía.

Vi en los ojos de Max que cedía a sus órdenes muy a su pesar.

—Hablaré con Anika esta misma noche. —Suspiró profundamente—. Tendré el operativo en cuarenta y ocho horas.

—Perfecto. Ahora acompaña a la mensajera a su casa y tenla vigilada por si Armando consigue dar con ella.

—¿Cómo que vigilada? —inquirí, pero Alfa ni me miró. Dio por terminada la conversación y salió del despacho.

—Considérate un testigo protegido —me propuso Max y salió por donde habíamos entrado.

Al ver que no le seguía, entró de nuevo. Con una mano cogió mi paraguas y con la otra tiró de mi brazo como ya era su costumbre y me llevó a un garaje donde había montones de coches y motos. Por los huecos que había libres entre unos y otros, se apreciaba que faltaba otro montón de ellos. Me abrió la puerta del copiloto de un vehículo pequeño y oscuro antes de indicarme con un gesto que entrara.

—Te llevo a casa. A no ser que quieras ir andando. Por lo que me obligarías a seguirte, y ya me he cansado de hacerlo por hoy.

No tardé en decidirme por meterme en el coche. Estaba tan cansada física como mentalmente.

—¿Vas a vigilarme tú mismo? —me atreví a preguntar una vez en marcha.

—Yo me dedico a otras cosas más importantes.

—Pero hoy me has seguido tú —contraataqué a su prepotente respuesta.

Giró en una rotonda tomando la curva demasiado cerrada, lo que me obligó a agarrarme para no caer sobre la ventanilla y después, al salir de la curva, sobre él. Estaba segura de que lo había hecho a propósito, lo que me indicaba que había dado en el clavo con mis palabras.

—Hoy seguirte era importante. Y menos mal que lo he hecho. Aún no me has dado las gracias.

Lo medité unos instantes. Acabé tragándome mi orgullo y reconocí que tenía razón.

—Gracias.

—De nada.

Aquellas sencillas palabras parecieron relajar una pizca la tensión que había habido entre nosotros desde el primer momento. Recorrimos en silencio el trayecto hasta a mi casa, por lo que pude pensar con más detenimiento en todo lo que me había pasado y lo que me habían contado esa noche.

—Si me encuentran, me morderán o me...

—No te encontrarán. Y si lo hicieran, habrá varios miembros de mi equipo esperándolos. Estás a salvo mientras estés de nuestro lado. —Me miró de refilón—. ¿Estás de nuestro lado?

—Si todo lo que me habéis dicho es verdad, sí.

—No te he mentado en nada.

—Pero tampoco me has contado toda la verdad. —Eso estaba claro.

—No. Hay ciertas cosas que es mejor que no sepas. Todavía.

—Creo que por hoy he tenido más que suficiente.

Volvió a mirarme, esta vez más a conciencia. Algo le hizo decidirse a decirme lo que le rondaba por la cabeza.

—Hay una cosa que sí debes saber cuanto antes. Cuando un vampiro elige una presa, no la olvida.

—¿Lo dices por Armando o por Elías?

Alzó exageradamente una ceja. Yo me había sentido como presa de

Armando por cómo me había mirado, pero el extraño beso en el cuello de Elías había sido, cuanto menos, especial. Me callé ambas cosas.

—Elías no te haría daño. Al menos no si es como su padre. Y por lo que me has contado, te intentó alejar de Armando en cuanto se acercó a vosotros. Armando tiene todas las papeletas para ser el traidor, y el príncipe del clan debe saberlo.

—¿El príncipe?

Max se pasó la lengua por los dientes y se mordió un labio. Parecía incómodo. Pero era él quien había sacado el tema.

—Las estirpes son muy antiguas, y se rigen en una especie de feudos. Elías es el hijo de Lope, el rey de la margen izquierda. Galiana es la reina de la margen derecha. Así se dividieron la ciudad. La ría es su frontera. En eso sí que puedes hacerle caso a tus novelas. Los vampiros no soportan el agua corriente, ni aunque la crucen sobre un puente metidos en un coche, o en un vagón de metro en un túnel bajo la ría. Pueden hacerlo, por los debilita.

Vaya, por eso no habían entrado en el metro para seguirme.

—Dividirse así la ciudad fue una buena idea entonces, sino querían cruzarse unos en el camino de los otros, claro.

—Ni el teléfono ni Internet saben de ríos ni mares. Pueden estar urdiendo todo tipo de planes para derrocar a los actuales reyes. También pueden comunicarse mentalmente entre ellos si han compartido su propia sangre.

¡*Puag!* Aquello empezaba a darme más que escalofríos. En cambio él parecía impasible.

—¿Cómo sabes tanto sobre ellos?

—Es mi trabajo.

—Pero solo tienes ¿veintidós, veintitrés años?

Le vi sonreír de verdad por primera vez. Y aunque solo fue una media sonrisa, le hizo salir un hoyuelo encantador en la mejilla.

—Diecinueve. Uno más que tú.

—¿Cómo sabes mi edad?

—*Abigail Izarra...* —comenzó a leer mi nombre y apellidos en mi carnet de identidad tras sacarlo del bolsillo de su chaqueta.

—¡Eh! ¿Cuándo lo has cogido? —Se lo arranqué de la mano. Imaginé que lo había sacado a la vez que la carta de mi bolsito.

—Soy muy rápido. ¿Cómo creías si no que sabía adónde debía llevarte? No me has dicho dónde vives.

Frenó delante de mi portal. Había leído mis datos en el carnet y yo no le había visto hacerlo, y eso que había estado todo el rato a su lado. Al ver que no salía del coche se me quedó mirando. Sabía que tenía más preguntas.

—¿Pueden... entrar en mi casa si no les invito?

Se rio. Con eso me habría bastado como respuesta.

—Desde luego, eso es un mito. Pueden, pero no deben. De nuevo los Concilios, ¿recuerdas? Aunque mi equipo vendrá en cuanto haga una simple llamada. Mientras esperaré aquí yo mismo. No voy a permitir que te ocurra nada.

—¿Me lo prometes?

Se llevó la mano al pecho y la cerró en un puño.

—Te doy mi palabra.

Aquel gesto tuvo más significado para mí del que podía explicarme a mí misma, y me produjo una especie de liberación. Seguía asustada, pero menos, mucho menos.

—Gracias. Otra vez.

—Nunca están de más.

Salí del coche y cuando llegué al portal me giré, simplemente para comprobar que seguía allí, aunque ya sabía que estaría. Lo que no me esperaba era verle justo detrás de mí.

—Llevas toda la tarde cargando con él y ahora te lo olvidas. —Me entregó el paraguas de mi disfraz—. ¿Lo has hecho a propósito?

Esta vez la sonrisa fue completa, y fueron dos hoyuelos los que aparecieron en ambas mejillas. Yo estaba tan desconcertada que no capté a qué se podía referir con su pregunta.

—¿Por qué iba a hacerlo a propósito?

Se retiró el pelo hacia atrás y se cruzó de brazos antes de apoyarse en la puerta del portal con un hombro.

—No me has dicho adiós.

—Adiós —solté inmediatamente.

El frunció el ceño y entrecerró aquellos enormes ojos verdes que parecían brillar en la oscuridad de la noche. Yo no podía hacer nada. Me estaba

bloqueando el paso, como esperando a que yo dijera o hiciera algo.

—Sabes que no puedes hablar de esto con nadie, ¿verdad? Ni siquiera con tus padres.

—No voy a decir nada en casa, ni en el instituto, ni a nadie. Aunque lo hiciera, tampoco me creerían. Bueno, mi madre probablemente sí —me corregí enseguida.

Eso pareció llamar su atención.

—¿Ella sí y tu padre no?

Aunque mi corazón se saltó un latido, respondí con firmeza.

—Mi padre también, si estuviera vivo.

Las palabras fueron como una bofetada para Max, lo supe por cómo dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo y por cómo su expresión cambió por completo.

—Lo lamento. No debería haber abierto la boca.

—No importa —suspiré pero el aire no entraba hasta donde debería, como siempre que ese tema salía a la luz—. ¿Me dejas pasar?

—No.

Me quedé sin aliento cuando él me cogió del brazo de modo demasiado suave en comparación con cómo lo había hecho el resto de la tarde. Deslizó su mano hacia mi muñeca y cogió el bolsito que llevaba colgado de ella. Dejé de pensar lo que no era cuando sacó mi móvil y tecleó algo antes de coger el suyo y llamarse desde el mío.

—Sé que no te hará falta porque mi equipo es cien por cien eficiente, pero quiero que lo tengas. —Esperó a oír un tono en su móvil y volvió a guardarlo en el bolsillo de su pantalón—. Por si tienes que llamarme, para cualquier cosa.

—¿Por ejemplo? —Necesitaba preguntarlo, porque no sabía qué nos había llevado de querernos atizar con el paraguas el uno al otro a intercambiar nuestros números de teléfono.

—No sé. Si recuerdas algo más que creas que es importante. Algo que vieras u oyeras en la reunión del clan de Lope.

Ya recordaba cosas y me sentía fatal por no decírselas. Pero no las comprendía y no sabía si era peor decirlas sin poder explicarlas correctamente a callarlas por completo. Me decanté por lo último.

—Lo tendré en cuenta. Adiós Max.

—Buenas noches, Abi.

Metió mi móvil en el bolsito y antes de soltarme la mano, la besó de refilón, casi sin tocarme, solo un roce de sus labios en mis nudillos. En cambio sus ojos parecieron tocarme allí donde se posaron. En mi boca. Y, a diferencia de lo sucedido con Elías, esta vez fui muy consciente de cada instante anterior y posterior a aquel gesto.

Cuando entré en el portal con movimientos lentos y comencé a subir las escaleras, pude comprobar que me temblaban las piernas. Traté de convencerme de que era por miedo a los vampiros, y de que no podía reaccionar así ante Max cuando hasta hacía un minuto prácticamente lo odiaba. No obstante, siempre se me había dado fatal mentirme a mí misma. Esta vez no iba a ser una excepción.

CAPÍTULO 3

El domingo era mi día libre ya que Carolina lo pasaba o bien con sus tíos o bien con sus abuelos. Teniendo en cuenta a las horas que sus padres llegaban a casa entre semana y que casi cada sábado la niña tenía algún evento infantil, por llamarlo de alguna manera, me preguntaba cuántas horas a la semana pasaban con su hija. Menos que yo, eso seguro. Y tal vez las mismas que yo con mi madre, quien trabajaba casi todos los fines de semana porque la hora se la pagaban al doble que entre semana. Así era la dura vida de las cocineras.

Pasé prácticamente todo el día conectada a Internet, revisando mis libros de ocultismo y las novelas de vampiros que más detalles recordaba que narraban. Acabé optando por acudir a la biblioteca municipal el lunes al salir de clase. Confiaba en la sabiduría de los libros antiguos, ya que en todo el día solo había podido encontrar un cúmulo de contradicciones en las leyendas que había leído. Lo único en lo que todas las historias coincidían era en que los vampiros bebían sangre para subsistir. Y, que yo supiera, había animales en la naturaleza que también se alimentaban así. Las sanguijuelas, por ejemplo. Bonita comparación.

Traté de no mirar por la ventana, pero me fue imposible. Tras cinco o seis ojeadas, acabé por descubrir un coche que no se había movido en todo el día de allí, aparcado delante de mi casa, con dos hombres pacientemente sentados en el interior. Podrían ser los hombres de Armando, pero algo me decía que no, que eran miembros del equipo de Max. Él me lo había prometido, y eso me había dado una tranquilidad de lo más sorprendente. ¿Cómo podía confiar tanto en alguien con quien solo había pasado unas horas de mi vida?

No pude evitar pensar en él durante toda la tarde, a excepción de los involuntarios instantes en los que mi mente viajaba hasta el momento en el

que Elías me había besado. Era como si de repente volviera a tener sus labios en mi cuello, prácticamente seguía sintiéndolos allí apoyados. No pude evitar darle vueltas a la cabeza con el extraño beso. Si Elías hubiera tenido intención de mordirme, podría haberlo hecho. Pero no lo hizo. ¿Entonces por qué me besó precisamente ahí? ¿Y por qué yo me había sentido tan desorientada en esos momentos?

Ahora que intentaba recordarlo, lo veía algo más claro. Veía que efectivamente sus dedos habían desabrochado los botones del cuello de mi vestido, pero lo veía como a cámara lenta, con una sensación que me producía un extraño desasosiego. En cambio, recordar a Max, sus fuertes brazos rodeándome en las sombras y tapándome la boca para que no gritara... A pesar de estar retenida, no había sentido miedo. Max me producía una agradable sensación de seguridad, incluso tratándome a empujones y con desdén, al menos hasta que me había traído a casa. También se había preocupado por mí, hasta el punto de cuestionar las órdenes de aquel jefe imponente e intimidante. Y todo porque consideraba que me estaba poniendo en peligro. Apenas me conocía pero quería que estuviera a salvo. Y yo apenas le conocía a él pero no podía quitármelo de la cabeza. Si no era el roce de su mano tirando de mi brazo, era su aliento susurrándome que no gritara o, si no, su pelo desordenado cayendo en mechones dorados sobre su frente, amenazando con ocultar aquellos maravillosos ojos verdes tan oscuros y brillantes que parecían hablarme... y hasta tocarme. Max, completamente brusco y desaliñado en comparación con Elías, tan educado y elegante. Tan distintos y tan capaces de obsesionarme casi por igual. Casi. Porque a pesar de sentir los labios de Elías en mi cuello, como tatuados en mi piel, los labios de Max en el dorso de mi mano habían sido como una bola de fuego que se había metido por mis venas. Aquel gesto y aquella mirada antes de irse habían sido tan desconcertantes como reveladores. Detrás de toda aquella fachada de tipo duro había otro Max. Y me moría por descubrirlo.

Esa noche me metí en la cama temprano, ya que la noche anterior había tenido unas extrañas pesadillas en las que me veía a mi misma sentada en una especie de trono y siendo coronada a la vez que sentía una profunda y acuciante sed que me hizo levantarme dos veces a beber agua.

Necesitaba dormir una noche del tirón. Pero fue imposible. Lo intenté

incluso con unas infusiones de efecto somnífero que tanto mi madre como yo habíamos bebido casi a diario tras la muerte de mi padre. Sin embargo, las pocas horas que dormí sufrí las mismas pesadillas. Esta vez, después de la corona, me entregaban algo más. Un cuerpo arrodillado a mis pies. El cuerpo de Max, desnudo de cintura para arriba. Por puro instinto, mi boca se dirigía a su cuello, donde una vena latía, llamándome por mi nombre con la voz del propio Max.

En cuanto me desperté, justo antes de hincar mis dientes en aquel atractivo hueco entre su garganta y su hombro, me di una ducha y me puse a estudiar para así despejar la mente. Solo eran pesadillas, me repetí una y otra vez. Pesadillas provocadas por lo que había sucedido el sábado, algo tan impactante para mí como para cualquiera, por lo que era normal sufrir malos sueños al respecto. Desde luego no era nada premonitorio y nada que yo deseara, ni mucho menos algo que fuera a hacer. Nunca. Jamás. O eso esperaba.

La mañana del lunes en el instituto fue tan normal que por un momento llegué a pensar que nada de lo sucedido el fin de semana había sido real. Recordé algunos versos del poema de Poe.

Todo lo que vemos o parecemos no es más que un sueño en un sueño.

¿Cabía la posibilidad de que lo hubiera soñado todo? Ojalá, ojalá fuera eso. Pero la idea de no volver a ver a Elías ni a Max se me antojó imposible. Tenía que volver a verlos, quería verlos, necesitaba verlos. Pero claro, no justo en la puerta del instituto y mirándome descaradamente cuando estaba con todas mis amigas, de forma que se dieran cuenta de inmediato que un chico que no era del instituto estaba allí, esperando por mí.

El muy kamikaze estaba apoyado contra uno de los muros que flanqueaban las escaleras de la entrada, cruzado de brazos de forma despreocupada, en manga corta en un mediodía de febrero no especialmente caluroso, y luciendo unos bíceps que no se merecía. Por lo menos se había peinado y tenía sus rebeldes mechones dorados ordenados y echados hacia atrás, por lo que no

parecía haber salido de una batalla vampírica.

Dejé a mis amigas atrás a propósito y me acerqué a él.

—Caramba. Sin pintarrapear y con ropa de este siglo casi ni te reconozco. —Max me echó una atrevida mirada de pies a cabeza—. Ganas bastante.

—¿Qué haces aquí? —pregunté obviando su comentario. Era evidente que me había reconocido a pesar de ir con el pelo suelto, el rostro sin maquillar y vestida con vaqueros y una sencilla chaqueta negra.

—Vengo a escoltarte hasta tu casa —me indicó, demasiado sonriente—. Mi equipo también se merece un descanso.

—Podrías haber permanecido oculto como ellos. Ahora todo el mundo me está mirando. Se preguntan quién eres. ¿Qué les voy a decir?

El impertinente de él saludó a mis amigas y sonrió aún más, mostrando prácticamente toda su amplia y perfecta dentadura. Después me cogió por la barbilla y me dio un beso en los labios que sentí casi como un mordisco, rápido e intenso.

Me obligué a permanecer impasible, aunque no sé cómo lo conseguí.

—Ahora ya no sospecharán —explicó satisfecho, jugueteando con un mechón de mi pelo—. Si soy tu ligue de este fin de semana, mi presencia a tu lado estará más que justificada.

—Saben que no he salido este fin de semana, que me he limitado a trabajar y a estudiar. —Miré de refilón hacia mis amigas. Estaban quietas y con la boca medio abierta—. Y yo no soy así, no voy teniendo ligues cada fin de semana —añadí, por si él lo había dudado en algún momento.

—Me has podido conocer en la fiesta de disfraces de esas niñas. Dime el nombre de una de ellas, la que sea.

—Soraya. —Me di por vencida—. Era la que cumplía años.

—Perfecto. Hola chicas. —Las saludó y ellas no tardaron ni dos segundos en acercarse a nosotros—. Así que sois las amigas de Abi. Me ha hablado mucho de vosotras. Yo soy Max.

¡Valiente descarado! ¿Dónde estaba mi paraguas cuando lo necesitaba? En cuanto estuviéramos a solas se iba a enterar.

—Vaya, pues ella no nos ha hablado de ti —comentó Esther, mirándome con cara de reproche. Encima ahora la iba a tener enfadada por no haber confiado en ella para contarle mi supuesto nuevo ligue. Era el colmo.

—¿Nooo? —Max alargó exagerada y dramáticamente la o—. Qué decepción. Soy el hermano mayor de Soraya, la que cumplió años el sábado. Conozco a Abi desde hace tiempo, pero no me ha hecho ni caso hasta la fiesta de este fin de semana. —Sin venir a cuento, me rodeó la cintura con un brazo y, aunque di un respingo, me contuve y no se la aparté de un manotazo—. Nos fuimos por ahí juntos después de dejar a nuestras brujitas en casa.

Me di cuenta de que no le había dicho el nombre de Carolina, pero él había salido muy bien del paso. Sospechosamente bien.

—Sí —confirmé para no parecer una tonta, sabiendo que ya no podía hacer otra cosa que seguir con la mentira—. Estuvimos hablando y...

—Y algo más —terminó él, provocando la risa de mis amigas. Traidoras.

—No pensé que fueras a venir a buscarme —apostillé entre dientes, forzando una sonrisa.

—¡Sorpresa! —gritó con un brazo en alto como si saliera de un pastel gigante, acompañado por la sonrisa más grande que había visto en mi vida—. ¿No os parece romántico? —les preguntó a las chicas, buscando su apoyo con desfachatez.

—Mucho —admitieron al unísono todas ellas. ¿De parte de quién estaban?

—No os importará que me la lleve, ¿verdad? —Por cómo tiró de mí, parecía que fuera a llevarme a cuestas—. Está tan ocupada que tengo que robarle estos ratitos.

Como ya era habitual en él, me cogió del brazo y me arrastró para que le siguiera de cerca, además de quitarme la mochila y colgársela de un solo hombro.

—Hasta otro día —les gritó, ya a lo lejos. El muy sinvergüenza ya se las había ganado.

—Creo que te estás excediendo un poco —protesté en cuanto estuvimos algo alejados—. No creo que sea necesario llegar a estos extremos.

—¿Qué extremos?

Si trataba de hacerse el inocente conmigo no iba a colar. Podía parecer muchas cosas, pero inocente no estaba entre ellas. Y que a mí me gustara tenerle cerca, sobre todo por aquel olor que desprendía y que hasta ese momento no me había dado cuenta de lo penetrante que era, no hacía mi protesta menos válida.

—Besarme, o que intentes arrancarme el brazo.

—Lo siento, a veces no controlo mi fuerza. —Aflojó un poco pero no me soltó—. Aunque lo otro me parece una estrategia muy válida. Cuando despliego un operativo cuido todos los detalles.

¿Estrategia? ¡Cómo no! Tendría que haberlo imaginado antes.

—Así que no ha sido improvisado dejarte ver por todo el mundo.

—Voy a seguirte muy de cerca hasta que esto se solucione. No vamos a estar escondiéndonos por las esquinas. —Se le escapó una risilla—. A no ser que sea para otra cosa...

Ignoré su chiste fácil y el movimiento provocador de sus cejas. Mi estómago no pudo hacer lo mismo y dio un pequeño brinco.

—Puedo caminar sola, no hace falta que me arrastres. —Lo empujé y me solté de él, necesitaba un poco de espacio.

—Si somos pareja es normal que vayamos cogidos de la mano o del brazo. —Volvió a intentar agarrarme y yo me alejé un par de pasos. Eso pareció herirlo, así que volví a caminar a su lado pero sin llegar a tocarlo.

—Si parece que me llevas obligada no es tan normal —alegué sintiéndome culpable por ser tan borde.

—Entonces representa tu papel y deja de quejarte. —Ahora parecía irritado—. Eres la primera interesada en que esto salga bien. No es mi vida la que corre peligro, sino la tuya.

Me ofreció el brazo y decidí aceptarlo pero sin pegarme demasiado a él. La postura era completamente forzada, así que él acabó tirando de nuevo de mí hasta que rodeó mi cintura con el brazo y acompasó su paso al mío. Cedí del todo y acabamos caminando por el parque en silencio unos minutos.

—Si vas tan despacio no cruzaremos este parque ni en una hora —protestó él esta vez, cuando a mí me parecía que el paso era normal e incluso ligero—. ¿No tienes hambre? Yo me comería un buen chuletón ahora mismo.

—Haber comido antes de venir a buscarme —repuse volviendo a ajustar mis pasos a los suyos con dificultad.

—Lo hice. Hace dos horas.

—¿Y tienes hambre otra vez?

—Sí. —Se encogió de hombros. Menudo glotón.

—En cuanto me dejes en casa te puedes ir a comer lo que quieras, tienes

tiempo de sobra. Hasta las cinco no saldré para recoger a Carolina.

Hizo una mueca de desagrado.

—¿Hasta qué hora tienes que estar con ella?

—Hasta las nueve, más o menos. Depende de lo que tarden sus padres. Nueve y media a lo sumo.

Mientras nos adentrábamos en la parte central del parque, en la que había una zona llana y salpicada de bancos entre senderos que rodeaban diferentes grupos de arbustos, Max se quedó pensativo un momento, como si estuviera recalculando algo.

—Bueno, con empezar a las diez será suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Esta noche entregarás la carta.

Tropecé con mis propios pies y, si no hubiera sido porque él me llevaba agarrada, me habría caído al suelo. Después de todo, igual sí que me daban un poquito de miedo los vampiros.

—¿Esta noche?

—Cuarenta y ocho horas, ¿recuerdas? —Ahora que lo decía, sí lo recordaba—. No estaría de más que fueras buscando una excusa para que tu madre no te espere a dormir. No sé cuánto nos llevará el operativo, posiblemente algunas horas.

Genial, sencillamente genial. Y yo con un examen de inglés al día siguiente. Me abstuve de decírselo, sabía su respuesta. Mis exámenes eran irrelevantes en comparación con impedir la guerra con los vampiros. Ya me sorprendía bastante que no me hiciera dejar mi trabajo esa tarde para, como él decía, preparar el operativo.

—¿Y qué le digo?

—Lo que sepas que va a creerse mejor. ¿Qué sueles decirle los días que...?

Se paró en seco y lo vi mirar alrededor sin mover la cabeza, solo los ojos. Parecía que todo su cuerpo se había puesto rígido, lo sentí envararse a mi costado como si le acabaran de dar un latigazo. Después olfateó el aire y apretó mi cintura con fuerza, clavándome los cinco dedos en las costillas y pegándome tanto a él que incluso me levantó del suelo.

—Están aquí.

Tiró de mí y caminó sin rumbo a grandes zancadas que me eran imposibles

de seguir, por lo que me arrastraba sin remedio.

—¿Qué? ¿Quiénes están aquí?

—Los esbirros de Armando. Puedo olerlos. Por todas partes.

—¿Olerlos?

—Apestan a sangre fresca. —La repulsión que aquello le producía se leía en el tono de sus palabras—. Y a algo más que mejor no te digo.

Me lanzó sin ningún miramiento contra un banco, después tiró al suelo mi mochila y se sentó completamente pegado a mi lado.

—¿No deberíamos huir? —pregunté confusa.

—No. Eso solo les confirmaría quién eres tú. Deben de estar buscándote entre las alumnas de los institutos de la ciudad. Si lo que nos has contado es verdad, solo tienen tu descripción, no saben tu nombre ni dónde vives, y hoy vas vestida de otra forma. No les será tan fácil reconocerte. A no ser que resulte que sí se acercaron a ti en la reunión del sábado y hayas olvidado contarme esa parte.

—No —aseguré bastante enfadada—. No te he mentado. —Al menos no en eso—. Solo se me acercó Armando, y no dije mi nombre ni nada sobre mí. Pero él podría estar con ellos ahora e identificarme.

—No. Lo habría olido. Lo conozco muy bien.

—¿Y ellos te conocen a ti? ¿Podrían olerte?

Tras su gesto pétreo asomó un amago de sonrisa.

—Sí, me conocen. Pero no tienen el olfato tan desarrollado como para identificarme a no ser que se acerquen a menos de un par de pasos, y nunca les he dejado hacerlo. Aun así, será mejor que no me vean la cara o podrían sospechar.

Se giró hacia mí completamente, hasta que ambos estuvimos frente a frente, sentados de lado en el banco. Detrás de mí había un enorme roble de tronco ancho, por lo que la cara de él quedaba bastante oculta desde aquella perspectiva. En cambio, yo miraba hacia la zona de mayor tránsito de todo el parque. Y en esos momentos había mucha gente pasando por allí, cualquiera de ellos podría ser uno de los secuaces de Armando.

Observé a los viandantes, tratando de identificar algo revelador en alguno de ellos, cualquier cosa. Pero lo único que sabía del grupo que me había seguido era que la otra noche vestían de negro, que eran todos hombres y

bastante corpulentos. La mitad de los chicos del instituto vestían de negro, y muchos eran corpulentos. Quitando los que conocía, quedaban muchos otros como posibles sospechosos.

—Si me ven, no tienen por qué relacionarme con Elías o esa carta, pero sí les parecerá demasiada casualidad que esté con una corriente alumna de instituto justo cuando ellos andan buscando una. —Habría protestado por lo de «corriente» si no se hubiera quedado pensativo un instante antes de sonreír de medio lado de tal forma que me produjo un escalofrío extrañamente cálido—. A no ser que...

Vi moverse unos arbustos cercanos a nuestra derecha y me concentré en pensar en que solo fuera un perro hurgando entre ellos. ¡Un perro! ¡Como Rocky! Si fuera eso, tal vez se alejaran de allí. Según parecía no les gustaban demasiado. Pero la figura que vi salir andaba sobre las dos piernas y tuve que ahogar un grito que se formó en mi garganta. Max reaccionó de inmediato y se pegó por completo a mí, tomándome la cara entre ambas manos.

—Haz tu parte del trabajo, Abi. Esto es solo un operativo improvisado. ¿De acuerdo?

No pude asentir ni negarme. Su boca ya estaba sobre la mía y sus brazos me rodeaban como si fuéramos una pareja de enamorados entregados a la pasión en un banco del parque. ¡Y qué pasión! Max se había quedado corto con eso de que cuidaba los detalles de sus operativos. Aquello era una representación tan verosímil que hasta yo me la estaba creyendo. Tras un tiempo indefinido durante el cual había llegado a olvidar cómo habíamos llegado a estar así, su boca se deslizó por mi mejilla hasta mi oreja. Sentí un escalofrío aún más cálido que el primero.

—Son al menos tres, oigo sus pasos, están entre los arbustos —susurró haciéndome llegar su suave y ardiente aliento a la sensible piel de mi oreja—. Mira con disimulo y dime si los ves. Los reconocerás porque no caminan como las personas normales. Parecen flotar.

—De acuerdo —conseguí murmurar.

¿Acaso él había estado escuchando pasos mientras me besaba? Debía de tener poderes sobrenaturales porque yo no era capaz ni de respirar, como para andar contando pasos. Pero me obligué a abrir los ojos e inclinar la cabeza poco a poco. Entonces los vi. Eran tres hombres y una mujer. Solo ella vestía

de negro pero todos se movían como Max me había indicado. Al menos no centraban su atención en nosotros. De momento.

—Cuatro —dije tras acercar mi boca a su oído por si ellos pudieran oírme desde donde estaban agrupados.

Le sentí temblar y me dije que no tenía la situación tan bajo control como pretendía aparentar.

—¿A qué distancia?

Sus labios estaban haciendo maravillas en mi oreja y sus manos habían empezado a deslizarse hacia abajo por mi espalda. Se estaba empezando a pasar un poquito, pero en vez de protestar me entregué a sus caricias.

—Cerca, muy cerca. —Exactamente como yo ansiaba tenerlo a él—. Pero no nos miran. Creo que buscan a una chica que vaya sola —observé—. Se fijan sobre todo en las que van solas.

El parque era un lugar de paso obligatorio para más de la mitad de los estudiantes. Rodearlo resultaba muy largo y hacia el otro lado del instituto apenas había viviendas antes de llegar al monte, así que el parque era cruzado por más de cien chicas y otros tantos chicos en ese momento. Miré hacia un lateral y vi que algunos bancos de los alrededores estaban siendo ocupados por grupos de amigos y por algunas parejas que parecían acaramelarse tanto como nosotros.

—Vienen más —indicó Max y me arrastró más cerca de él, con ambas manos clavadas entre mi cintura y mis caderas, enredando nuestras piernas.

No supe cómo lo había sabido, porque estaban todos a su espalda. Su oído y su olfato tenían que ser pero que muy finos.

—Se reagrupan —confirmé yo al verles formar un círculo de lo más conspiratorio.

Habían empezado a hablar entre sí. Compartían información en voz baja y miraban sin parar en todas direcciones. La nuestra incluida. Y por lo visto, yo miré demasiado tiempo seguido hacia ellos y una de las dos únicas mujeres que había allí se giró hacia nosotros.

—¡Bésame! —casi grité a Max mirándole a los ojos con los míos bien abiertos.

No sé si captó la señal de peligro que iba implícita en ello, pero el caso fue que obedeció. Tampoco sé si que se lo pidiera tan directamente le dio ánimos

o si era capaz de percibir el peligro con tanta precisión que eso le llevaba a entregarse plenamente al operativo. Porque si antes me había besado hasta robarme el aliento, esta vez me estaba robando el alma.

Debería haber estado pensando que estaba en peligro, que había al menos diez vampiros que podían matarnos a ambos allí mismo o dominar nuestras mentes si así lo decidían. Pero en vez de eso solo podía pensar en besar a Max, en sus labios cálidos y carnosos, en el arrebatador baile de su lengua contra la mía, y que siguiera acariciándome la espalda y la nuca de esa manera que hacía que me temblara todo el cuerpo mientras yo me anclaba en sus anchos hombros para atraerlo aún más cerca de mí.

Cuando se detuvo, jadeante, y me miró a los ojos esperando que yo dijera algo, tan solo pude deslizar mis manos por su pecho, que era donde se habían quedado paradas mientras me devoraba con aquella boca perfecta y deliciosa.

—¿Los ves? Ya... ya no puedo percibirlos.

—Pues no se han movido —repuse tras mirarlos de reojo.

Genial, ahora él perdía su capacidad de percepción. Ya éramos dos.

—¿Qué hacen? Infórmame, no quiero girarme.

—Hablan y miran hacia todas partes —susurré. Nuestros rostros seguían a escasos centímetros—. Pero ya no parece que venga nadie del instituto, tal vez se den por vencidos.

Cometí el error de dejar de mirar hacia ellos para mirarlo a él. Fue un error porque lo encontré mirándome anhelante los labios, que estaban entreabiertos ya que mi respiración no era muy regular en esos momentos. Aquello fue como una flecha de puro deseo atravesando mi cuerpo. Después cometí otro error, permanecer mirándole a los ojos. Él siguió mi mirada y nos quedamos como clavados el uno en el otro. Yo podía sentir su corazón latir bajo mis manos, y me estremecí cuando él deslizó lentamente las suyas por los laterales de mi espalda, bajo mi chaqueta.

—Avísame si se van o si se acercan.

Asentí, pero no conseguí apartar la mirada de él.

—Abi —insistió con la voz algo ronca.

Yo parpadeé, tragué saliva que era como un nudo en mi garganta y miré de reojo. No estaban, al menos no donde habían estado antes. Cambié la dirección de mi mirada hacia mi lado izquierdo, y estiré el cuello para poder

ver la zona de mi campo visual que me bloqueaba la cabeza de Max. Me sentí estúpidamente culpable por alegrarme de verlos allí aún. Los ojos se me abrieron de par en par pero no de miedo, sino de satisfacción. Porque eso significaba volver a besarlos, seguir con aquello aunque fuera una representación para enmascaramos frente a ellos, una farsa... Aunque a mí el motivo me daba igual con tal de volver a sentir sus besos.

—Siguen ahí, ¿verdad?

—Solo dos —confesé. Pero dos seguían siendo un peligro.

Max volvió a cogerme la cara entre las manos y esta vez me miró unos segundos a los ojos antes de besarme. Y lo que vi en ellos volvió mi mundo del revés. Prácticamente era como si me hubiera hablado. Era una mezcla de palabras, deseos y órdenes, pensamientos privados y otros que iban directamente dirigidos a mí, a que yo los escuchara. «Ven aquí», fue el más claro de todos. «No deberías», era el privado que no pudo ocultar. «Por fin te he encontrado» solapándose con «Sabes al más delicioso de los pecados» fueron los que me encendieron la sangre como una chispa sobre leña seca que ansía que la hagan arder.

Cuando me besó esta vez, su cuerpo me cubrió por completo, haciendo que me apoyara en el respaldo del banco en una postura torcida y expuesta a él. Parecía un animal salvaje devorándome y yo me entregué como si no me importara morir bajo sus fauces. Me empecé a escurrir bajo su cuerpo, pero él me alzó y me sentó a horcajadas en su regazo, sin separar ni un instante su boca de la mía. Ahora yo estaba libre para moverme, para abrazarlo, para devorarlo como él había hecho conmigo. Así que lo hice, hice todo lo que deseaba, lo saboreé y lo acaricié allí donde llegaban mis manos. Me moví sobre él entregada por completo, arrastrada sin escapatoria por el más intenso de los deseos, el mayor que yo había sentido en toda mi vida.

El móvil de Max sonó y vibró bajo mi trasero, ya que yo estaba sentada sobre los bolsillos de su pantalón. Di un pequeño salto por lo inesperado de aquella interrupción. Él se levantó y a mí con él, alzándome en brazos y dejándome de pie en el suelo.

—Max. —Su voz fue seca, claramente molesta. Me miró a los ojos mientras escuchaba lo que fuera que le dijeran al otro lado—. Entendido. Voy para allá.

Guardó de nuevo su móvil y miró a nuestro alrededor. Yo también miré. Ya no había nadie. Nadie en absoluto, ni siquiera estudiantes. A saber el tiempo que había pasado desde la última vez que habíamos comprobado la posición del enemigo.

—Esto va a ser una distracción con la que no había contado —masculló y se agachó a recoger mi mochila para volver a colgársela del hombro.

Sus palabras me dejaron pegada al suelo.

—Solo es parte del operativo. —Dolida y confundida, y comencé a caminar de nuevo.

Bocadito me había pareció insultante. *Distracción* me parecía descorazonador.

—Los dos sabemos que hemos ido más allá del operativo. Te pido disculpas —pronunció con solemnidad y con la cabeza gacha caminando a mi lado, a mi ritmo.

—Pues yo no —le espeté y aceleré el paso para alejarme. Él lo evitó cogiéndome del brazo, sin mucha fuerza, pero logró que me girara hacia él.

—¿Qué? —le grité con los ojos anegados.

—Tengo que... los dos tenemos que concentrarnos en que todo salga bien. Si no seguirás en peligro. ¿Entiendes?

—Sí, y no quieres que te distraiga. Entiendo.

—La distracción es para ambos, y eso nos pone en peligro a los dos.

—Vale, lo he captado. No volverá a suceder.

Traté de darme la vuelta, de darle la espalda, pero no me dejó.

—Ambos sabemos que eso no es verdad. —Ahora el herido parecía él, y eso me irritó más.

Conseguí que me soltara y seguí andando hasta que casi llegamos a mi casa, pero me detuve para evitar cruzarme con algún vecino y no poder terminar esa conversación que había quedado en el aire.

—¿Qué no es verdad?

—Sabemos que volverá a suceder. No lo podremos evitar.

Volví a mirarle a los ojos y comprobé que aquello que había visto seguía allí. Y que él parecía hablarme sin abrir la boca. «No podría soportar que te ocurriera nada», fue lo que leí esta vez.

—Tú mismo me dijiste que eras la única persona que podía protegerme —

respondí a su frase no pronunciada—. ¿Ha cambiado eso?

—No.

—Entonces todo está bien. Le diré a mi madre que tengo un trabajo para clase y que me quedaré a dormir en casa de Esther, ya lo he hecho otras veces.

—Llámalas y dile que te encubra, por si tu madre llama para comprobarlo.

—Mi madre no es así, y si quiere hablar conmigo llamará a mi móvil.

Dudó un instante, pero finalmente lo aceptó.

—Bueno, como quieras. Solo trataba de no dejar cabos sueltos.

—Ya, cuidas todos los detalles de tus operativos, no hace falta que me lo jures.

Le noté tragar saliva con dificultad antes de quitarse mi mochila y ponérmela correctamente sobre los dos hombros, a pesar de que él la había llevado en uno todo el rato.

—Me quedaré aquí hasta que entres. Y te recogeré en la casa de la niña cuando salgas. Estaré desde antes de las nueve y mantendremos despejada la zona, ya que es la última donde te vieron. La han tenido vigilada y ya les hemos dispersado un par de veces. No acecharán más por allí si Armando no quiere tener que darle explicaciones a Alfa.

¿Realmente alguien podía fingir lo que acababa de pasar como parte de una operación encubierta? Yo no. No así, desde luego. Me concentré en lo que era importante en ese momento y traté de dejar a un lado lo dolida que me sentía

—Realmente os tienen miedo. ¿Qué pasaría si dejaran de tenéroslo?

—Sería el caos. Pero eso nunca pasará.

—¿Ni siquiera si os mataran uno por uno a todos? Si os pillaran solos y se unieran contra vosotros y...

Max me puso dos dedos sobre los labios. Yo me di cuenta de que había empezado a llorar.

—Llevamos milenios haciendo esto, y nunca hemos sido vencidos por ellos. Cada generación que pasa somos más fuertes y ellos más civilizados. Esto solo es una insurrección que será frenada como las anteriores. No tiene nada de especial.

—Solo que tú estás implicado en ella.

—Y tú —añadió y acarició mi mejilla—. Sube a casa. Vamos.

Negué con la cabeza. De repente no verle en unas pocas horas me parecía insoportable. Me acerqué a él sin pensar, y vi en sus ojos que él me pedía que no lo hiciera. Pero lo ignoré y le robé un último beso que necesitaba tanto como respirar.

—Abi...

Sus labios fueron dulces esta vez, no salvajes y exigentes como en el parque. Sus manos fueron ligeras en mi nuca y en mis mejillas, y yo le rodeé el cuello hundiendo mis manos en su pelo, ansiosa de desordenar esos rebeldes mechones dorados. Fue un beso lleno de ternura y, como si en esta ocasión pudiera traducir su tacto además de su mirada, leí en sus caricias qué sentía al tocarme: la necesidad de no dejar de hacerlo nunca.

—Vigilaré cada uno de tus pasos, no dejaré que nada te ocurra. ¿Lo has entendido? —susurró contra mi boca. Cuando lo miré, tenía los parpados apretados con tanta fuerza que las venas se le marcaban en las sienes.

—Lo sé. Sé que me protegerás. —Me alejé dos pasos y esperé a que abriera los ojos—. Hasta luego, Max.

Dejé que mi mano se deslizara por su brazo hasta llegar a la suya y nos quedamos así unos segundos, tocándonos las puntas de los dedos mientras nos mirábamos. «Te he encontrado», pude volver a leer en sus ojos. «Y yo a ti», pensé para mí, aunque él sonrió como si hubiera podido oírme.

CAPÍTULO 4

Tal como Max me había asegurado, cuando salí por la puerta del portal de Carolina a las nueve y diez minutos me lo encontré esperándome. El mero hecho de volverlo a ver hizo que todo mi cuerpo vibrara de emoción. Estaba apoyado en un coche, uno distinto al del otro día, pero también oscuro y pequeño. No se movió hasta que recorrí la distancia que nos separaba. Me detuve frente a él esperando que me dijera algo. Pero se limitó a mirarme, y esta vez no pude leer nada en sus ojos. Parecía como si lo que había sucedido hacía unas horas entre los dos no hubiera sido nada más que un sueño.

—¿Qué pasa?

—¿Tienes miedo? —preguntó. ¿Acaso era tan obvio?

—No —mentí—. Solo estoy algo nerviosa.

—Pasaremos por el laboratorio de Anika y te prepararemos bien. Un equipo rodeará el edificio de Galiana y yo estaré al otro lado de la calle en todo momento. Ante cualquier sospecha entraremos, no me importa lo que eso desencadene. —Lo último lo dijo con rabia y creí ver una pequeña chispa brillar en sus ojos—. ¿Aún estás dispuesta a arriesgarte?

—Sí. Quiero ayudar. Además este lío es en parte culpa mía.

—Muy bien. Sube. —Me cogió la mochila en la que llevaba las cosas para pasar una noche fuera de casa, me abrió la puerta y yo entré.

En quince minutos estábamos de nuevo en la sede de los Conciliadores. Durante todo el trayecto se ocupó de escuchar y dar respuesta a varias conversaciones que se oían a través de una radio que a simple vista era tan común como la de cualquier otro coche, pero que no lo era en absoluto. No había música o noticias. Se oía el ruido de la calle, emisoras saltar de una a otra y, de vez en cuando, mensajes en clave y direcciones tras las cuales se

oía la palabra «despejado» y algunos comentarios jocosos que hacían reír a los otros, pero nunca a Max. Él se concentró en detectar mensajes en los que tras una dirección se oía la palabra «activo». Pedía detalles y, hasta que no ponía al menos dos patrullas para el seguimiento de esa actividad, no se quedaba tranquilo.

Cuando paramos en el garaje pude comprobar que había más coches aparcados que la otra vez, por lo que esperé encontrarme más personas en la sede, no como el sábado, que parecía estar desierta. Tenía curiosidad por conocer a más Conciliadores. ¿Serían todos como Max y Alfa? Un grupo de hombres como aquellos, y todos juntos, no podían pasar desapercibidos con facilidad. Y si las mujeres iban en la misma línea, desde luego destacarían por encima de la gente corriente.

Antes de salir del garaje me atreví a preguntar a Max algo que llevaba tiempo dándome vueltas en la cabeza.

—¿Sois una organización jerárquica?

La pregunta pareció sorprenderle.

—No nos definiría como una organización. Pero sí respetamos una cadena de mando, si es a eso a lo que te refieres.

—¿Y qué lugar ocupas tú en esa cadena?

—¿Acaso eso importa?

A mí sí me importaba, en particular porque me ayudaría a comprender más cosas sobre él. Apenas sabía nada de Max y la incertidumbre era casi dolorosa.

—Has estado dando órdenes por esa radio en todo momento. Pero Alfa parecía ser el jefe aquí cuando se dirigió a ti el otro día.

Tras unos segundos dudando, concluyó la conversación con unas pocas palabras antes de dejar atrás tanto el garaje como a mí.

—Alfa es el líder de todos los Conciliadores. Todos los del mundo.

Vale, era aún más de lo que había pensado, pero no había respondido a mi pregunta sobre su propia posición. Tampoco me dio la oportunidad de seguir preguntando. Cuando lo alcancé ya estaba entrando en la sala de ordenadores que llenaba la parte central del edificio. Esa noche las mesas estaban repletas de personas tecleando o hablando por teléfono. Nos miraron según entramos y en pocos segundos todo el mundo se quedó en silencio.

Max apenas les saludó con la mano y me dio un ligero empujón en la espalda — todo un avance en su manera de tratarme— y me guio por unas escaleras que bajaban a una planta subterránea.

Allí había tres puertas, una por cada pared del rectángulo que formaba la planta, excepto en el lado que estaban las escaleras. Nada más acercarnos a una de ellas, y sin que Max hiciera nada más que ponerse delante, la puerta de doble hoja se abrió hacia los lados, dejando a la vista a una mujer de unos veinte años, tan alta como Max, con la piel color canela y los ojos más grandes y más verdes que había visto en mi vida. Parecían dos enormes esmeraldas bañadas por el sol, lo que hacía que su rostro irradiara una luz indescriptible. Vestía la típica bata blanca de laboratorio y sostenía una especie de arma, algo entre una escopeta y una metralleta. Tampoco es que yo estuviera muy puesta en armamento de última generación.

—¡Max! —exclamó con una alegría que me pareció exagerada. Su cara se iluminó aún más, lo que me habría parecido imposible de no haberlo visto con mis propios ojos—. Corre, ven, justo ahora iba a probar los cambios en el prototipo.

Ignorándome por completo, ambos se dirigieron a una de las puertas contiguas y entraron en lo que parecía una de sala de tiro. Les seguí en silencio. Me sorprendió ver que las dianas no eran círculos concéntricos ni torsos dibujados en un papel. Había una fila de peleles, solo que en lugar de estar hechos de trapo eran cuerpos de goma u otro material similar colgados por el cuello, como ahorcados.

La mujer, quien di por hecho que era Anika aunque nadie se había molestado en presentármela, se apoyó en uno de los marcos sin cristal y disparó sin apenas detenerse a apuntar. Una especie de rayo láser salió del arma y cuando impactó contra el cuerpo, este se sacudió como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Algunas chispas continuaron brillando varios segundos después, y un humillo negruzco y maloliente salió por la cabeza y por los pies del muñeco.

—Me parece que lo has frito —comentó Max entre divertido y preocupado—. Del todo.

El rostro de Anika se apagó como si le hubieran dado a un interruptor. Tiró de una cuerda que colgaba sobre nuestras cabezas y el pelele se dirigió hacia

nosotros a través de un raíl que recorría el techo.

—Está sin ajustar. Pero si le bajo la potencia, conseguiremos la parálisis temporal que buscamos.

—¿Sin daños permanentes?

Anika agachó la cabeza, casi avergonzada.

Max le dio un toquecito en la barbilla para que le mirara. Aquel gesto fue la prueba definitiva que me faltaba para confirmar lo que me había temido desde el primer instante que les había visto juntos. Que la relación entre ellos era muy estrecha.

—Sin daños permanentes, Max. No cometeré el mismo error dos veces.

Reajustó algunos parámetros en una pantalla táctil que incorporaba el prototipo. Cambió de ventanuco y disparó de nuevo. El segundo muñeco recibió la descarga de tal forma que se puso rígido y, tras convulsionar unos segundos, los brazos y las piernas quedaron extendidos en cruz. No pude percibir ni humo ni mal olor en esta ocasión.

Anika activó el raíl y el muñeco se acercó a nosotros. Max lo agarró con ambas manos y trató de doblarlo, pero el cuerpo estaba rígido y duro como el acero.

—¡Vaya! —Parecía realmente sorprendido—. Es estupendo, Anika. A Alfa le entusiasmará.

—Ojalá. —Se encogió de hombros y la duda que vi en su rostro me dijo que la opinión de Alfa era demasiado importante para ella—. Bueno, ahora vamos con lo vuestro.

Le lanzó el arma a Max, quien la cogió al vuelo con unos reflejos que yo no esperaba, aunque estaba claro que Anika sí. Como si me conociera de toda la vida, me rodeó por los hombros con un brazo mientras con la otra mano arrastraba por el cuello a los dos cuerpos inertes, el chamuscado y el tieso. Nos condujo a todos de vuelta a su laboratorio.

—Yo soy Anika, me encargo de los cachivaches —me explicó con poca precisión pero con mucho orgullo, no supe si por no aburrirme con detalles o porque no me creía capaz de entender su trabajo—. Te voy a colocar varios dispositivos que nos permitirán mantenerte localizada en todo momento. Algunos controlarán tu ritmo cardíaco, lo que nos pondrá sobre aviso si tienes problemas, si tus latidos se disparan o... lo contrario —carraspeó—. También

contarás con un botón de socorro. Todo está adherido a la ropa que llevarás, así que tendrás que cambiarte. —Miró hacia la puerta—. Max.

—Vuelvo en diez minutos —me informó al darse por aludido—. Te dejo en buenas manos.

Me desnudé hasta quedarme en ropa interior. Para mi sorpresa, la ropa que me dieron —unos vaqueros ceñidos, una camisa blanca, una chaqueta de cuero negro a juego con unas botas altas de tacón— me quedaban como un guante. Imaginé que Max les habría dado mi talla, pero aun así me parecía que era demasiado exacta, el número de pie incluido. Los chicos no solían tener tan buen ojo en esos temas. Luego recordé que aparte de verme, también me había recorrido con sus manos, por varios sitios... Eso le habría dado más pistas de las que me había imaginado.

Debí de sonrojarme, porque Anika sonrió de medio lado mientras me ajustaba ciertos botones y costuras en los que supuse que se encontraban los dispositivos que había mencionado antes. Pura deducción, porque allí no parecía haber nada fuera de lo normal.

—Listo. No tienes que tocar nada. Ya está todo conectado.

Señaló hacia una pantalla enorme que cubría toda una pared del inmenso laboratorio lleno de ordenadores, cubetas, probetas y cientos de cosas que no era capaz de identificar. La pantalla estaba dividida en dos partes. En una se veía un mapa de la ciudad donde un punto amarillo parpadeaba justo en mi ubicación actual, la sede. En el otro lado de la pantalla había una silueta humana, hueca excepto por el dibujo de un corazón en el pecho, donde mi pulso latía indicando mi ritmo cardíaco numéricamente. ¡Caray! De pronto me sentía como 007, solo que yo no tenía licencia para matar ni estaba entrenada como para salvar mi propia vida. Unos cuantos aparatos electrónicos serían mi única baza, además del equipo que Max me había indicado que desplegaría alrededor del edificio. Tragué saliva.

—¿Ves? —continuó Anika, ajena a mi repentino complejo de inferioridad—. Así que lo único que tienes que tocar, y solo en caso de emergencia, es el interior del puño de la camisa de tu mano izquierda. Porque eres zurda, ¿verdad?

—Sí. —Ese detalle solo se lo podía haber dado Max. A no ser que se hubieran puesto a investigarme, cosa que tampoco me habría sorprendido

vistos los medios con los que contaban. Para no ser una organización estaban muy bien organizados.

—Púlsalo, esta vez es solo de prueba.

Lo hice, apreté el puño de la camisa con un par de dedos como si fuera a estirar de la manga y, aunque no noté nada al tacto, en la pantalla de la pared apareció una ventana enorme en la que ponía SOS, y el mapa se agrandó hasta señalar mi posición exacta, tanto por imagen de satélite como en coordenadas.

—Como puedes ver te tenemos totalmente controlada. Todo va a salir bien.

—Eso espero —se me escapó. Pero eso hizo que Anika me mirara con simpatía.

—Memoriza estos datos. —Me entregó un carnet falso en el que aparecía mi foto pero otro nombre y dirección que no eran los míos. Después lo guardó en una cartera y la metió en una bandolera que me colocó cruzada sobre el pecho, llena de todo tipo de enseres que cualquier chica de mi edad lleva en su bolso. Lo último en guardar, mostrándome con detenimiento en qué bolsillo estaba, fue la carta de Elías—. Galiana no te hará daño. Esto es solo por si te hicieran un registro antes de darte acceso a su reina. Hace tiempo tuve la oportunidad de tratar con ella y se podría decir que, para ser un vampiro, es bastante razonable. Le gusta demasiado su estilo de vida para arriesgarse a perderlo. En mi opinión, esa es la mayor prueba de que ella no está del lado de los insurrectos.

—Eso espero —repetí, porque no sabía qué más decir.

—Max no va a permitir que te pase nada. —Me cogió de la mano con ternura, dándome unos golpecitos con su palma en mi dorso—. Tienes suerte de que se encargue personalmente de esto. Mucha suerte.

No supe si el tono era de reproche o de ánimo, pero estaba claro que Anika apreciaba a Max. Esta vez en vez de sentirme celosa como hacía unos instantes al verles juntos, me sentí contenta por Max, incluso orgullosa de él. Ser valorado así por Anika, quien no sé cómo pero ya me había empezado a caer bien, le daba muchos puntos a su favor. Como si tuviera ya pocos.

Max entró justo en ese momento y me echó una de esas miradas suyas que me recorrían de arriba abajo, evaluándome.

—Suéltate el pelo. —No me dio tiempo, se acercó a mí y lo hizo él mismo,

poniéndose mi coletero en una muñeca—. Vas a entrar en un edificio con más de cien vampiros. No tientes a la suerte.

Lo comprendí cuando me empezó a colocar algunos mechones de pelo a lo largo del cuello, tapándomelo.

—¿Acaso podrían atacarme, así sin más? —¿Cómo podían haberse olvidado de contarme esa parte?

—Si creen que eres una donante, y en ese edificio habrá casi tantos como vampiros, ya que son oficinas en las que se trabaja las veinticuatro horas del día, podrían probarte sin miedo a ser acusados de saltarse ninguna norma.

—Dijiste que no me tocarían si creían que era del clan de Elías.

—De Lope. —La voz ya familiar de Alfa se abrió paso con él a través de las puertas del laboratorio. Pude sentir cómo Anika, que estaba muy cerca de mí, se ponía tensa ante su presencia, y no me hizo falta ver su corazón reflejado en la pantalla para saber que el ritmo de sus pulsaciones se había acelerado en cuanto lo había visto—. El clan es de Lope, no de Elías, recuérdalo bien. De lo que acabas de decir se sobreentiende que Lope ha muerto, y no es el caso. No enredes más la situación.

—Lo siento. Es que a Elías le conozco. A Lope nunca lo he visto.

Alfa ignoró mi disculpa y se distrajo observando los dos peleles que Anika había tirado sobre una enorme mesa. El más desafortunado aún echaba humo. Antes de que él lo tocara, Anika intervino con lo que supuse que fue lo primero que le vino a la cabeza.

—Si alguna vez ves a Lope, podrás comprobar que son casi como dos gotas de agua. Parecen más hermanos que padre e hijo.

—¿Y cuándo has visto tú a Elías, Anika?

La pregunta fue como un hachazo. La voz de Alfa fue tan dura que casi pude ver los ojos de Anika llenarse de lágrimas.

—Hasta hace unos meses ella también participaba en misiones de campo —intervino Max con un tono de voz que no le había oído hasta ese momento. Un tono tan firme como el de Alfa—. No siempre ha estado recluida entre estas cuatro paredes.

No tenía ni idea de lo que ocurría allí, pero fuera lo que fuese le hacía daño a Anika. Alfa, por lo visto, no había llegado allí hasta hacía muy poco si no sabía que Anika trabajaba fuera del laboratorio hasta hacía solo unos meses.

¿Pero por qué tendría que molestarle eso a él? ¿Sería de esos tipos machistas que piensan que las mujeres no pueden hacer ciertos trabajos? Porque resultaba más que evidente que Anika era una mujer inteligente y muy capaz, además de una de las más bonitas y simpáticas que había conocido nunca.

—Ese no es el tema ahora —prosiguió Alfa, dejando de mirar a Anika con cara de reproche y centrándose en mí—. Solo si dices que vas con un mensaje de Lope podrán relacionarte con él. No te han mordido nunca, por lo que no hay ninguna huella en ti que diga que les perteneces.

—Pero si lo dijeras abiertamente y te oyera alguno de los traidores, podrían hacerte daño de verdad, no solo darte un bocadito como tentempié —aportó Max como advertencia.

La imagen se dibujó en mi cabeza con demasiada claridad.

—Vale, lo capto. ¿Entonces qué digo?

Fue Alfa quien me dio las instrucciones.

—Cuando entres di al recepcionista que encontrarás tras el mostrador que tienes un mensaje para Galiana que debes entregar personalmente. Él se encargará de que se lo comuniquen y ella sabrá enseguida de qué se trata. A partir de ahí no deberías tener problemas, se supone que ella te espera y que está a punto de aliarse con Lope. Dale la carta, dile que Elías ha mandado a su propia mensajera porque la de ella nunca llegó. Si te pregunta, tú no sabes nada más. Solo eres el medio de transporte de esa carta. Exclusivamente eso —recalcó—. Tu única labor allí será entregarla y recoger la respuesta de ella para Elías.

—¿Y si me pregunta quién soy? ¿Si quiere saber por qué Elías me manda a mí en concreto?

—Dile que Elías ha pensado que una donante marcada por el clan podría levantar sospechas sobre las negociaciones. Y que un vampiro lo haría aún más. Que eligió a una donante aún intacta porque podría pasar por una mensajera de verdad, con una carta sobre asuntos de negocios. Galiana hace tratos con humanos que no tienen ni idea de lo que ella es. Estará de acuerdo en que es una buena tapadera.

—Si no te sales de estos puntos, todo saldrá bien y estarás fuera del edificio en menos de media hora —me aseguró Max, acariciándome discretamente la mano.

—Nosotros te daremos soporte —continuó Alfa—, pero no meterte en líos depende solo de ti. Intenta hablar poco, solo cuando te pregunten. No te muestres asustada, pero tampoco desafiante. Piensa que Galiana se considera una reina, trátala como si realmente lo fuera.

—Nunca he tratado con una reina —murmuré, cada vez más perdida.

—¿No? —se extrañó Max—. ¿Acaso no lidias a diario con alguien que se cree una princesita?

Reí, no pude evitarlo. Carolina se daba unos aires de grandeza que dudaba que tuviera la propia realeza. Él lo pudo comprobar en persona cuando estuvo sentado frente a nosotras en el metro. Galiana no podía ser peor que eso.

—¿Preparada? —preguntó Alfa. Yo suspiré y asentí—. En marcha entonces. Tu equipo ya os está esperando, Max. Anika y yo vigilaremos desde aquí. Buena suerte.

Alfa tomó asiento frente al ordenador y se colocó unos auriculares como de teleoperador.

—Todos a los vehículos. La paloma sale del nido.

Qué bonito, ahora era una paloma. Claro, una paloma mensajera. Ojalá tuviera sus alas para poder salir volando de allí si la cosa se ponía fea.

Max me cogió de una mano y con la otra me despedí de Anika, quien me sonrió con dulzura antes de sentarse junto a Alfa y colocarse otros auriculares similares a los suyos.

Cuando llegamos al garaje, las puertas estaban abiertas y una fila de coches y motos salía de forma escalonada hacia la carretera. Dos docenas de vehículos en total, más los que ya hubieran salido antes y que yo no alcancé a ver. Muchos, más que suficientes para tener que sentirme tranquila. Pero ninguno de ellos iba a estar dentro del edificio al que yo tenía que entrar. Si algo sucedía... ¿serían lo bastante rápidos como para actuar antes de que mi corazón se parase del todo?

—¿En qué piensas? —se interesó Max al ver que no entraba en el coche, un taxi en esta ocasión, a pesar de que él había abierto la puerta para mí, como siempre.

—Hace solo dos años que murió mi padre. Si algo me sucediera... ¿le dirás a mi madre que siento dejarla sola y que la quiero?

Max me cogió por los hombros y me sacudió. Esperó unos segundos y

volvió a zarandearme, como si no supiera qué decirme, pero lleno de rabia.

—Max... —protesté, casi llorando.

—¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí?! ¿Cómo puedo demostrarte que no pienso permitir que nadie te toque?!

—Confío en ti. Completamente —confesé, tanto a él como a mí misma—. En quienes no confío es en los vampiros. Ni siquiera en Galiana, por mucho que todos estéis tan seguros de que está a favor de una unión de clanes pacífica.

Pareció calmarse un poco, porque aflojó la presión de sus manos.

—Haces bien en no confiarte. Los vampiros son muy traicioneros. No me sorprendería que el propio Elías estuviera involucrado en el envenenamiento de su padre.

Aquello me hizo recordar *Hamlet*, la obra de *Shakespeare* en la que el hermano del rey le mata para usurpar su trono, y a su reina. Pero en este caso no había ningún hermano ni ninguna reina, que yo supiera, y el veneno no entraba por el oído del rey, sino a través de —por decirlo de alguna manera— su comida. ¿Podría ser el hijo en lugar del hermano en este caso?

—No lo creo —se me escapó, y Max entrecerró los ojos con suspicacia—. Quiero decir que, si fuera así. Elías no estaría haciendo llegar a Galiana una carta de alianza de su padre. No tendría sentido.

—Nunca se sabe qué puede estar pasando por la cabeza de un vampiro. Han tenido demasiados años para cavilar todo lo que hacen.

Max me acarició la mejilla con el dorso de su mano y me miró a los ojos.

—¿Lista?

Asentí con la cabeza con un gesto apenas perceptible. Entonces se acercó un poco más, cogió mi cara entre sus manos y colocó su frente contra la mía, comenzando el contacto desde el nacimiento del pelo hasta llegar a las cejas y, después, rozó su nariz con la mía en ligeros toques. Aquel gesto fue tan dulce y tranquilizador que todo mi cuerpo se relajó. De pronto me sentí con fuerzas renovadas, como si me hubiera traspasado parte de su valor, que no dudaba que era mucho.

Entré en el coche con más coraje del que jamás había tenido y me concentré en las indicaciones de Alfa y Max, pero sin quitar ojo del puño izquierdo de mi camisa, mi única tabla de salvación si todo se iba al traste. Además de

Max, por supuesto. De alguna manera, tenía la más absoluta de las certezas de que él nunca me fallaría.

Dejé la mirada perdida al otro lado de la ventanilla con algo dándome vueltas en la cabeza. La confianza que de pronto depositaba en Max había llegado como de la nada, cuando toda mi vida había necesitado mucho tiempo, a veces demasiado, para confiar en alguien. Hasta ahora solo lo había hecho ciegamente en mis padres y en Esther, a quien conocía desde los dos años. ¿Cómo era posible sentirme tan segura con Max, tan dispuesta a poner mi vida en sus manos? Me respondí a mí misma en cuanto volví a mirarlo, conduciendo con sus profundos ojos verdes concentrados en la carretera. La confianza no era el único sentimiento que había llegado demasiado rápido. Ni el único ni el más fuerte.

CAPÍTULO 5

A diferencia de la sede de los Conciliadores, alejada del centro de la ciudad, completamente anónima a ojos ajenos y desprovista de cualquier elemento identificativo, el edificio donde trabajaba Galiana invitaba a entrar a todo el que se acercara. Menuda trampa.

Era uno de los edificios más lujosos de la ciudad, uno de los más clásicos y bonitos de la margen derecha, y en lo alto lucía un cartel con el nombre de la clínica de cirugía estética de más prestigio de la región. No es que yo conociera a nadie que se hubiera puesto en sus manos, pero se anunciaba en televisión y otros medios de comunicación y hasta contaba con premios de calidad. ¿Sería todo una tapadera?

—¿Seguro que es aquí?

Max sonrió.

—Galiana es una mujer de negocios, y perdón por lo de mujer. Cualquier vampiro de su nivel es el primero en descubrir los mercados más lucrativos. Aquí se hace lo que prometen, cirugía estética de alto copete. Para humanos, por supuesto.

—¿Los vampiros no pueden operarse?

Esta vez Max rio con ganas.

—Su cuerpo se regenera demasiado deprisa como para poder someterse a ningún tipo de intervención quirúrgica. Y tampoco es que les haga falta retocarse, al menos para parecer más jóvenes. En otros aspectos, tienen que aguantarse. Aunque cuentan con otro tipo de recursos para satisfacer su vanidad, que no es poca.

Imaginé a un cirujano vampiro colocando unos implantes o cualquier otra cosa, con toda la sangre que eso conllevaría. Y me dije que prefería pensar

que ellos se dedicaban a las operaciones numéricas en ese edificio y dejaban las operaciones corporales a médicos humanos. No me pude convencer del todo, pero al menos dejé de tener imágenes sangrientas en mi cabeza.

—No sé por qué me había esperado un edificio viejo y descuidado en un rincón oscuro de la ciudad —comenté para cambiar el hilo de mis pensamientos.

—Estereotipos. Además, el clan de Lope es más dado al culto de siglos pasados, por algo los clanes se forman en torno a un rey o reina en particular. Los seguidores de Galiana viven los tiempos modernos, incluso se adelantan a ellos. Quizás puedan convivir pacíficamente si se unen, pero sus estilos de vida seguirán siendo muy distintos.

Recordé la fiesta, desde luego aquello era de un clásico que hasta para mí resultaba excesivo. Iba a ser interesante conocer a una vampiresa que por lo que decía Max estaba a la última.

—Aparcaré aquí. —Se detuvo en una parada de taxis en la que había una fila de cinco vehículos esperando clientes, al otro lado de la carretera y a unos cien metros de la puerta principal del edificio—. Espera medio minuto y sal. No entres directamente, pasa primero por ese bar de la esquina y tómate algo, lo que sea, pero quédate unos minutos. Después puedes entrar. No deben ver que sales de este coche y vas directa a su edificio. Hay cámaras por toda la fachada y podrían tratar de averiguar quién te ha traído a pesar de salir de un taxi. Y si me ven a mí, no les gustará nada.

Esperé unos instantes y, antes de salir, sentí cómo apretaba mi mano. En el contacto leí algo, unas palabras furiosas que decían «Entraré a la menor señal de peligro». Apreté en respuesta tratando de transmitirle que confiaba en él todo lo que una persona podía hacerlo en otra. Entonces él me soltó y yo me alejé sin mirar atrás.

Caminé hasta el bar, entré directa hacia la barra y pedí un té a un camarero que dejó de limpiar la cafetera en cuanto me vio. Me lo bebí con calma, mirando a mi alrededor sin mostrar demasiado interés, pero buscando algún indicio que me dijera que alguno de los últimos clientes del día era un vampiro. Ninguno parecía especial. Un anciano apurando una copa de vino. Una pareja joven haciéndose carantoñas. Una mujer de mediana edad sosteniendo una copa de un combinado en una mano, y maltratando los

pulsadores de una máquina tragaperras con la otra.

El camarero se puso a barrer y en cuanto apagó la tele deduje que iba a cerrar enseguida. El reloj que había en la pared marcaba casi medianoche, así que no quise esperar más. Fui a pagar sin saber a ciencia cierta si llevaba dinero encima, aunque viendo cómo Anika había cuidado los detalles, no me esperaba menos. Cuando saqué un billete de la misma cartera donde llevaba el carnet falso, el camarero se acercó y me guiñó un ojo. Miré a mi alrededor, confundida, entonces me susurró:

—Para los amigos de Max la primera consumición es gratis.

Tardé unos segundos en reconocer aquella cara. Era el taxista que nos había llevado hasta la sede el sábado. Cuando Max había dicho que trabajaba con ellos no había imaginado que lo hiciera en tantas disciplinas. Le di las gracias y salí por la puerta fijándome sin poder evitarlo en cada uno de los rostros que veía. ¿Habría vampiros en los alrededores o estarían todos dentro?

Recorrí la escasa distancia que me separaba de la entrada del edificio como si el suelo resbalara bajo mis tacones. Tomé mucho aire antes de dar el último paso, el que me separaba de estar a salvo en la calle, a la vista de Max, para pasar a estar dentro del edificio a merced de lo que el destino tuviera deparado para mí. Eché todo el aire que había estado reteniendo y atravesé la puerta principal para ir al encuentro de, como poco, el segundo vampiro más poderoso de la ciudad.

Primero un guarda con porra y esposas me indicó que pasara bajo un arco de seguridad, como en los aeropuertos, mientras dejaba mi bandolera en una cinta transportadora que la arrastró hasta un arco más pequeño donde fue escaneada, trasladando su lectura a una pantalla de ordenador que una mujer con aspecto de niña miraba con detenimiento. Nunca había ido a una clínica de estética, pero dudaba que ninguna otra contara con tales medidas de seguridad. Aunque tampoco ninguna otra tendría las puertas abiertas a las doce de la noche.

Tras recibir el visto bueno y recuperar mi bolso, caminé hacia el mostrador de recepción, di las buenas noches y pregunté por Galiana, indicando que tenía un mensaje que entregar personalmente. El recepcionista, quien supe que era un vampiro en cuanto me miró, me estudió al detalle antes de coger el auricular de uno de los muchos teléfonos que tenía en un lateral del

mostrador y pulsar un único botón del aparato. Habló entre susurros y tapándose la boca para que no pudiera leerle los labios.

En un escaso minuto obtuvo una respuesta, colgó y me indicó que le siguiera. Me llevó hasta el último de una fila de cuatro ascensores. Este parecía seguir siendo el mismo que cuando construyeron el edificio, mientras que los otros eran modernos. El vampiro, que vestía de traje y llevaba una chapita en la solapa con su nombre —Richard— junto al logotipo de la clínica, introdujo una llave muy ornamentada en una cerradura que había en lugar de un botón de llamada. No era descabellado imaginar que ese ascensor no llevaba a ninguna sala de cirugía, como probablemente hiciera el resto. Este me llevaría a las zonas donde los vampiros trabajaban y donde Galiana tenía su despacho. Tragué saliva tratando de no hacer ruido. Como si el vampiro no fuera a detectar aquel movimiento sin el menor esfuerzo.

En cuanto el ascensor hubo llegado, Richard abrió la puerta tirando de ella y después las dos que pertenecían a la cabina, de un estilo que yo solo había visto en las películas: acristaladas y con el marco de madera.

—Pulse el nueve para subir y el cero para bajar. Ningún otro piso. —Le vi echar un vistazo a mi bandolera, y pensé que iba a registrarla. Pero no lo hizo—. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—Cuando llegue arriba, gire a mano derecha. Encontrará al secretario personal de su anfitriona. Indíquele que es la visita que milady estaba esperando.

—Entendido. Gracias.

Esperé a que Richard cerrara todas las puertas y pulsé el botón del nueve, el último piso. El trayecto se me hizo eterno, como si fueran treinta y no nueve las plantas que subía. Tampoco es que tuviera prisa por encontrarme con ella, aunque sí por salir de allí cuanto antes.

Una campanita anunció mi llegada. Salí a un vestíbulo de suelo enmoquetado con amplios ventanales tras los que se veía gran cantidad de vegetación a pesar de estar en un noveno piso. Cerré las puertas tras de mí, primero las de la cabina y después la de fuera, también de madera con un ventanuco de cristal en el centro. No pude evitar hacer un ruido de lo más estridente, rompiendo el silencio del lugar. Antes de girar a la derecha, el que

deduje que era el secretario personal de Galiana vino a mi encuentro.

Era un hombre de unos veinticinco años más que atractivo, alto, moreno, fuerte y de mirada intensa. Pero no me pareció que fuera un vampiro. Un donante, pensé. El puesto de secretario personal incluiría algunas funciones que no suelen salir en las ofertas de empleo. El hombre me miró con curiosidad y en cuanto le dije que llevaba un mensaje personal para Galiana, me condujo por una antesala donde supuse que él trabajaba, ya que junto a una puerta doble de unos dos metros y medio de alto, se ubicaba una lujosa mesa de caoba donde solo había un ordenador y un teléfono delante de un amplísimo ventanal desde el que se divisaba una espectacular vista del museo Guggenheim, eso sí, al otro lado de la ría. Los vampiros de este clan parecían tener que conformarse con admirarlo de lejos.

El secretario llamó con tanta suavidad que dudé de que nadie pudiera oírle. Sin embargo, acto seguido se oyó una voz de mujer indicando que pasáramos. El joven me sonrió y me invitó a entrar sin decir nada. Yo lo hice y él cerró la puerta tras de mí, quedándose fuera. A partir de ese momento me puse en guardia. El ambiente era distinto y todos los sentidos de mi cuerpo se pusieron alerta, como avisándome de que estaba en terreno hostil.

—Enseguida estoy contigo, querida. —El tono fue tan amable, tan meloso en comparación con lo que mis instintos me advertían, que en vez de tranquilizarme me hizo desconfiar aún más—. Acércate, por favor. No te quedes en la puerta.

Caminé hacia una mesa gemela a la de la antesala, en la que había una pantalla de ordenador plana pero enorme, detrás de la cual debía de estar Galiana, porque yo no la veía. El despacho era más grande que mi casa entera, y estaba decorado con todo tipo de plantas además de esculturas, cuadros y muebles de tantas épocas distintas que parecía mil museos en uno. Según me acerqué a la mesa, aunque permaneciendo a unos pasos de distancia, pude oír música, muy bajita, pero reconocible.

—¿De qué crees tú que están hechos los sueños, querida?

Me dije, tras unos segundos, que la pregunta venía al hilo de la canción que estaba sonando, *Sweet dreams* de Eurythmics.

La letra se dejaba oír bajo el ruido de los dedos de Galiana tecleando a toda velocidad. ¿Debía responder? No hacerlo sería de muy mala educación, pero

tal vez alguien como ella podría averiguar más cosas de las que yo podía imaginar de mi propia respuesta. Recordé mis pesadillas de las dos últimas noches. Esos no eran *sueños dulces* ni mucho menos. Traté de no pensar en eso por si ella era capaz de leerlo en mi mente, y respondí con sinceridad.

—Los buenos, de deseos. Los malos, de miedos. Aunque a veces parezcan cruzarse.

Los dedos de Galiana dejaron de teclear y sentí cómo el ambiente cambiaba, cómo se volvía más relajado casi de inmediato. Después, oí cómo arrastraba las ruedas de la silla antes de que se levantara y diera unos pasos hacia mí haciendo resonar sus tacones de aguja sobre el suelo de madera. Apagó la música con un mando a distancia y se sentó sobre la mesa dando un saltito y cruzando las piernas con aire jovial y casi con coquetería.

Traté de no mirarla de forma muy directa, pero no era nada fácil. Aquella mujer era impresionante. Era alta, más que Anika. Tenía una figura envidiable y me planteé si Max estaba seguro de que los vampiros no podían operarse. Pero si algo llamaba mi atención, además de su traje de chaqueta y falda color rojo sangre que parecían de seda, fue su rostro. Aunque yo no era muy certera a la hora de calcular la edad de la gente, Galiana no aparentaba más de treinta y cinco años, y su belleza era deslumbrante. Ojos negros como la noche, cabellera larga y lisa aún más negra enmarcándole la tez blanca de piel fina. ¿Serían todas las vampiresas así de bellas? Solo hubo algo que me pareció estar fuera de lugar entre toda aquella perfección. Sus gafas de pasta color rojo a juego con el traje. ¿Acaso no veía bien? Ella se las quitó y yo no pude evitar seguir su mano con la mirada.

—Muy a mi pesar, hay otras más bellas que yo. Pero gracias, tú también eres muy bonita. —Me sonrió encantada y me pregunté si había cometido el error de decir en alto las preguntas que rondaban mi cabeza o si en mi cara se reflejaba lo que pensaba de ella tan claramente que podía leerla—. Y mi vista es aún más aguda que mi olfato. No están graduadas. Esto es solo un complemento. ¡Están tan en boga! —Suspiró, mirando las gafas como si fueran un tesoro—. Tengo seis plantas de este edificio repletas de armarios llenos de ropa, complementos y calzado. Soy incapaz de tirar nada. Eso de que la moda es cíclica es cierto al cien por cien.

Sonreí tímidamente. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me sentía más que

perdida. Ella me miró entrecerrando un poco los ojos y le vi mover las aletas de la nariz con un gesto apenas perceptible.

—Tengo casi mil quinientos años. Pocas cosas me sorprenden o interesan a estas alturas. Pero tú has conseguido despertar mi interés nada más traspasar esa puerta. ¿Té rojo?

Tragué saliva. Ella se bajó de la mesa y caminó de forma despreocupada hacia mí. ¿Por qué le resultaba interesante? ¿Y por qué me ofrecía precisamente té rojo? De pronto lo comprendí.

—Exacto. Acabo de tomar té rojo antes de subir porque he llegado pronto. Elías me indicó que le trajera el mensaje hoy a medianoche, ni antes ni después.

¿Por qué había dicho eso? Me había inventado una excusa para haber tomado algo que ella había sido capaz de oler, como si fuera algo malo. Y que Elías quisiera verme a mí a medianoche no significaba que a ella tuviera que verla también a esa hora.

—Vaya, qué considerado por su parte no querer interrumpir mi horario laboral—. Vale, acababa de acertar por casualidad, pero me recordé a mí misma que debía seguir las indicaciones de Alfa y no abrir de más la boca, sobre todo porque el tono de Galiana había dejado de ser amable de repente—. Pero me gustaría saber qué ha pasado con mi mensajera. No ha vuelto de su encargo.

—Me temo que su mensajera no llegó a verse con Elías, milady —añadí, repitiendo el tratamiento que había usado el recepcionista, ya que *señora* me parecía poco apropiado—. Por eso me ha enviado a mí para hacerle llegar esta carta.

Toqué mi bandolera con intención de pedirle permiso para abrirla. No quería que pensara que iba a sacar algo con lo que agredirla. Estaba claro que ella no estaba nada contenta con la desaparición de su mensajera, y tal vez desconfiara de mí, por mucho que dijera que le resultaba interesante... ¿porque olía a té rojo? O quizás, porque no olía como ella había esperado. *Una donante intacta*, recordé que me había llamado Alfa, y *bocadito* volvió a colarse en mi mente. Luché por no temblar.

—Los traidores debieron de adelantarse —masculló ella a la vez que se acercaba más a mí y me indicaba con la mano que podía abrir la bandolera—.

Esto se está poniendo más serio de lo que había imaginado. Hay que actuar deprisa.

Luché con la apertura de la bandolera. Tenía dos hebillas y yo solo había abierto una. Temí que aquello pudiera delatar que aquel bolso no era mío, ya que no sabía cómo abrirlo. Empecé a sudar y visualicé la pantalla de la pared del laboratorio, mi corazón empezando a latir a mayor velocidad y a Max entrando como loco a sacarme de allí. Todo por una hebilla que no había esperado. ¿Se podía ser más torpe?

Sacudí la cabeza para apartarme los mechones de pelo que se pegaban a mi sudorosa piel y, por fin, en un último tirón la hebilla cedió. Saqué la carta lo más rápido que pude y se la entregué haciendo una pequeña reverencia, por si eso compensaba mi torpeza. Ella la cogió pero no la abrió. Se quedó de pie con las gafas apoyadas en su barbilla, como paralizada, mirándome con curiosidad. Yo me quedé quieta, casi rígida, y contuve el temblor de mis piernas cuando ella alargó la mano y, con una de las patillas de sus gafas, me retiró el pelo, apartándolo del cuello. La vi arquear una ceja y casi sonreír con un gesto que mostraba incredulidad. ¿Estaba comprobando que nadie me había mordido? ¿Por eso le había resultado interesante desde el principio?

—Hay muy pocas cosas que Elías podría haber hecho para demostrar su total confianza en mí. Esta es la mayor de todas.

Me sonrió con lo que me pareció amabilidad sincera y se giró para volver a sentarse en la mesa mientras abría la carta, rompiendo el lacre sin fijar demasiado su atención en él, por suerte. Si intuía que la carta ya había sido abierta, la amabilidad desaparecería inmediatamente, seguro.

—¿Lope? ¿Envenenado? —dijo en alto mientras leía—. Esto es el colmo. Jamás pensé que las cosas pudieran llegar tan lejos.

Leyó la carta con detenimiento antes de doblarla varias veces, sacar un mechero de un cajón y prenderle fuego. Cuando las llamas rozaron sus dedos, tiró el papel quemado al suelo y lo pisó como quien aplasta una cucaracha.

—Esta es mi respuesta, querida. Solo te la voy a decir una vez. Recuérdala bien, porque no puedo arriesgarme a que una carta sea interceptada por los traidores. Ni una llamada, ni un correo electrónico. Solo tu memoria. Si han sido capaces de tener acceso a los donantes de Lope, es que están más cerca de nosotros de lo que creíamos. ¿Serás capaz de memorizar cuatro puntos

simples y concisos?

—Por supuesto, milady. —Volví a hacer una reverencia y esta vez me dije que sobraba, pero ya no había vuelta atrás.

—Lo primero de todo, dile a Elías que acudiré encantada a la ceremonia. Será una bonita manera de comenzar la alianza de los dos clanes.

—Así lo haré —respondí, sin tener ni idea de lo que me hablaba. No recordaba que en la carta se mencionara nada sobre ninguna ceremonia.

—Segundo, dile a Lope que lamento su estado de salud, que espero que se recupere pronto y que a partir de hoy tendré mejor controlados a mis donantes.

Asentí y la vi mirar hacia la puerta, como si estuviera pensando qué o quién estaba al otro lado. Su secretario personal. ¿Pensaría que sería capaz de traicionarla?

—Tercero. Dile que voy a investigar yo misma a cada uno de mis súbditos. Contaba con algunas deslealtades, pero seguro que me llevo una sorpresa si investigo a fondo a todos. Espero que Elías esté haciendo lo mismo por su padre.

—Elías se está haciendo cargo de todo —me aventuré a informar. No era del todo mentira, se había encargado al menos de hacer llegar la carta y de intentar protegerme de Armando.

Ella ladeó la cabeza, volviéndome a mirar con curiosidad. Decidí que mejor cerraba la boca.

—Por último. En diez días nos reuniremos en un punto neutral. Elías y yo en persona, ya que no creo que Lope haya recuperado la fuerza suficiente para permanecer sobre la ría más de unos minutos. Será en el puente del Arenal, del lado del Teatro Arriaga, a mediodía. Me parece el lugar idóneo para no ser vistos por ningún miembro de los clanes, sobre el agua y con el sol en su máximo esplendor. Allí cruzaremos la información que hayamos recabado sobre nuestros súbditos desleales. Y después se la serviremos en bandeja a los Conciliadores, dándoles autorización para que los eliminen. Eso hará que cualquiera se lo piense dos veces antes de sublevarse contra sus reyes.

El despacho empezó a calentarse, del mismo modo que cuando Elías y Armando se habían enfadado en la fiesta. El pelo de un liso impecable de

Galiana empezó a erizarse como con electricidad estática, y sentí que el mío hacía lo mismo.

—Informaré de inmediato de todo a Elías, milady —me apresuré a decir antes de que allí sucediera algo de lo que no quería ser testigo ni mucho menos partícipe.

La habitación recuperó su temperatura normal y el zumbido que había acompañado a esa repentina electricidad dejó de resonar en mis oídos.

—Estupendo. Me ha encantado conocerte, querida. Pronto volveremos a vernos.

Se acercó y volvió a apartarme el pelo de la misma manera que antes, con las gafas, sin tocarme ni un solo momento con sus manos. Por primera vez en mi vida, sentí cómo mi sangre circulaba por mis venas.

—Esto no hace falta que se lo digas a Elías. —Me miró a los ojos, como si buscara algo. Sonrió y supe que lo había encontrado antes de que dijera mi nombre—. Abigail. Pero opino que ha hecho una excelente elección contigo.

—Gracias. —¿Qué más podía decir? Pero por lo que vi en su mirada me dije que no debí de sonar muy convincente, tal vez porque estaba aturdida al ver que había sido capaz de adivinar mi nombre solo mirándome a los ojos.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? La de despedida.

—Claro, milady.

—Como dice la canción que estaba escuchando, y no podría estar más de acuerdo en cada una de sus estrofas, todo el mundo está buscando algo. ¿Qué buscas tú, Abigail?

Sus ojos me miraron con tanta naturalidad, como si aquello fuera una conversación entre amigas, que no pude hacer sino responder con lo que me decía el corazón.

—Ser feliz, milady.

—Yo también. —No sé si lo dijo o si solo lo pensó. Tampoco sé cómo tuve la certeza de que era lo que sentía de verdad—. ¡Beñat!

En tres segundos, el secretario abrió la puerta y se inclinó en una reverencia mucho mejor hecha que las mías.

—Sí, Mi Reina.

Vaya, aquello era mucho más que «milady». Aunque ella no había parecido tener pega alguna con mi tratamiento.

—La señorita ya se marcha. Acompáñala, querido.

—Con mucho gusto, Mi Reina.

Me despedí y me dirigí a la puerta, donde Beñat se apartó para dejarme salir. Pero antes de seguirme, se dirigió de nuevo a Galiana.

—¿Quiere que le sirva ya la cena?

—Sí, querido. No tardes. Hoy también estoy hambrienta.

No miré atrás, me dirigí al ascensor y yo misma abrí la puerta. El secretario llegó antes de que pudiera abrir las puertas interiores y me ayudó a hacerlo. Cuando estuve dentro, él me mantuvo la mirada unos segundos, como dudando en decir algo o no. Finalmente habló.

—Su visita ha devuelto a Mi Reina parte de la tranquilidad que había perdido. Le quedo muy agradecido, señorita. —Se despidió con un gesto de su cabeza y, sin hacer el menor caso a mi cara de asombro, volvió a cerrar todas las puertas.

El ascensor no se decidió a obedecerme hasta haber pulsado el botón del cero unas diez veces. Mientras, a través del punto donde confluían los cristales de las puertas interiores y la exterior, pude ver cómo Beñat abría el balcón que se encontraba justo enfrente y escogía una de las rosas de diferentes colores que florecían en varios rosales al otro lado, como si en el balcón hubiera un jardín de ensueño. Antes de que la cabina comenzara a descender, pude ver cómo se desabrochaba algunos botones de la camisa y arrastraba por su cuello el tallo de la rosa blanca elegida, donde rápidamente comenzó a manar sangre formando una línea que se deslizó hasta su pecho y que manchó de rojo los niveos pétalos. En cuanto lo perdí de vista, me di cuenta de que lo que estaba a punto de hacer era servirle a Galiana «de cena».

Mil imágenes de aquello se cruzaron por mi cabeza y, cuando el ascensor se detuvo, salí lo más rápido que pude. No hice caso de las dos mujeres que estaban en la puerta, esperando para entrar, simplemente corrí en busca de la salida. Pero allí no estaba. Ni la puerta principal, ni el mostrador de recepción, ni Richard con su impecable traje.

Miré a mi alrededor. Aquella no era la planta por donde había entrado en el edificio. Volví hacia el ascensor y traté de abrir la puerta, pero aquellas dos mujeres debían de estar usándolo aún. Por suerte aquí no había una llave como en la planta baja y pude apretar un botón para llamarlo de nuevo.

Mientras esperaba, volviéndome cada dos segundos por si alguien se acercaba por el solitario y largo pasillo, oí unos extraños ruidos. Observé una a una las puertas a ambos lados y mis ojos se detuvieron en una que estaba entreabierta, no muy lejos. Si daba cuatro pasos podría ver qué había dentro. Aunque mi instinto me advirtió que no debía hacerlo, una parte de mí necesitaba saber qué eran esos sonidos que sin duda salían de aquella sala. Como el ascensor aún no llegaba, me permití utilizar solo ese período de tiempo para —entre el miedo y la curiosidad— dirigirme hacia allí de puntillas y comprobar qué sucedía.

Lo que vi me dejó clavada al suelo. La sala podría haber pasado por el típico lugar de descanso de cualquier empresa, un mostrador con un fregadero y un microondas, además de una nevera y una máquina expendedora de bebidas y otra de sandwiches. Lo menos típico era el hombre casi desnudo que había sobre una mesa, rodeado por mujeres cuyas bocas estaban pegadas a diferentes partes de su cuerpo. Una le succionaba la muñeca mientras otra le lamía el cuello y una tercera le clavaba los dientes con fuerza en la cara interna del muslo. Mi vista se fue hacia la única prenda que llevaba puesta el hombre, y entendí el porqué de los sonidos. Eran gemidos, profundos y guturales, y no eran de dolor, porque aquel hombre estaba visiblemente excitado. Mucho.

Oí la campanita del ascensor y corrí hacia él tan rápido que cuando abrí las puertas y entré, estuve a punto de impactar contra la pareja que estaba dentro, hablando de tipos de interés y transferencias bancarias.

Saludé y me arrinconé lo más lejos que pude de ellos en la cabina. Ya era demasiado tarde para quedarme fuera.

—¿A qué piso? —me preguntó el hombre, que tenía aún más pinta de vampiro que el recepcionista.

—Al bajo —respondí sin apenas mirarle.

—Como nosotros —indicó la mujer, que no parecía vampiresa, no solo por sus ojos, sino por la marca de dientes en su cuello, a la vista, ya que llevaba mal abotonada la camisa.

Ambos siguieron hablando de temas laborales hasta que llegamos al bajo. Entonces el hombre abrió las puertas y me dejó salir en primer lugar, de forma que me vi obligada a mirarle a la cara y darle las gracias antes de

despedirme. La sonrisa que me dedicó me dio auténticos escalofríos. Aún tenía sangre en las comisuras de los labios.

Avancé con el paso más rápido que pude, pero sin llegar a correr para que Richard, que no me había quitado ojo desde que había salido del ascensor, no sospechara que estaba aterrorizada. Cuando pasé por delante del mostrador me hizo un gesto con la mano, yo hice lo mismo y salí al abrigo de la noche, fresca y liberadora. Por fin estaba fuera. Gracias al cielo.

Corrí hacia la parada de taxis, esta vez a tanta velocidad como los altos tacones de las botas me permitieron. Había cinco vehículos, y en la oscuridad no era capaz de identificar en cuál de todos había venido. Pero la luz verde de «libre» del que estaba justo en el centro se apagó para pasar al rojo de «ocupado» y supe que esa era una señal de Max. Sin molestarme en comprobarlo, abrí la puerta del copiloto y me lancé contra el asiento.

—¡Maldita sea, Abi! Has tardado mucho. Estaba a punto de entrar a buscarte.

—Calla y arranca. Quiero salir de aquí.

Max obedeció e informó por radio que ya estábamos de vuelta. Antes de que él dijera nada hablé yo.

—Dame un minuto. Solo un minuto, por favor. Después te contaré todo lo que quieras.

Le vi mirarme nervioso, fijarse en mis manos, olisquearme, y le di un mínimo de información para que me dejara el minuto de tranquilidad que necesitaba.

—No me han mordido. Estoy bien. Solo necesito... un minuto.

Pero al final resultó ser casi todo el trayecto lo que necesité para dejar de temblar. Él acabó dándome la mano y yo la agarré con tanta fuerza con las mías que él tuvo que conducir con la mano izquierda parte del camino, cambio de marchas incluido. No me sentía capaz de soltarle, ni de decir nada, hasta que noté algo alrededor de su muñeca. Mi goma de pelo. Podía ser una tontería, pero aquello me tranquilizó de tal manera que conseguí dejar de temblar e incluso hablar.

—¿Por qué no me habías dicho que los donantes disfrutan dejándose morder?

Max pegó un volantazo y aparcó en el arcén, subiéndose un poco a la acera.

Me cogió por los hombros para girarme hacia él y me abrió la camisa haciendo saltar los dos primeros botones. Al ver que mi cuello no tenía nada, me inspeccionó las muñecas.

—¡Te he dicho que no me han mordido, Max! Solo lo he visto.

Como parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas, le expliqué cómo había salido del ascensor en el piso equivocado y había visto... aquello. Tras reñirme por ser tan despistada y haberme puesto en peligro, me rió por ser tan curiosa y ponerme en peligro también. Después arrancó de nuevo y se rio con ganas antes de explicarme algo que no habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

—Así que tres alimentándose de forma simultánea. Debía de ser un tipo muy grande. O lo más probable es que estuvieran jugando con él. La cantidad de sangre que podrían extraerle sin que sufriera daños no da para que tres vampiros se alimenten como necesitan.

—Era corpulento. Pero sí que podría haber sido un juego. Como ya te he dicho, él disfrutaba bastante.

—Cualquiera no puede ser donante. Es algo para lo que hay que estar predispuesto. Los vampiros buscan esas personas por diferentes vías. Si no estuvieras tan horrorizada por lo que me cuentas, habría jurado que tú podrías haber sido una de ellos.

¿Qué?, saltó en mi mente de inmediato. ¿Acaso estaba loco?

—Ni de broma.

—Sí, me alegra oírlo. Pero en el clan de Lope es común que los donantes tengan tus mismos gustos clásicos, tanto en literatura como en ese tipo de ropa que llevabas aquel día.

—Era un disfraz. Y que me guste la literatura clásica, las novelas de vampiros y sienta curiosidad por el ocultismo, no significa que sea como ellos.

—Lo sé. Y esos no son los únicos requisitos. Además, en el clan de Galiana eso no serviría de nada. Ellos buscan algo más... como lo que has visto. — Mi cara le debió de decir que seguía sin entenderlo, porque carraspeó y continuó—. Ellos practican el culto al cuerpo, en todos los sentidos. Mientras que el clan de la margen izquierda venera lo intelectual, lo cultural, el de la margen derecha se rinde a lo carnal. La sexualidad es para ellos como un

libro de poemas para los otros. Y han tenido muchos siglos para probar... de todo.

Me revolví en el asiento, bastante incómoda con la última explicación. No es que fuera una mojigata, pero aquello me superaba.

—¿Escandalizada?

Que se riera me molestó, así que no le contesté.

—No creas que el clan de Lope es mejor por no tener ese tipo de inclinaciones. A la hora de alimentarse, el deseo sexual es algo que todo vampiro inspira en sus donantes. Es una forma de asegurarse de que vuelva una y otra vez para ser mordido.

—Entonces que les guste el dolor es un requisito para ser donante —deduje.

—No es el dolor lo que les atrae necesariamente. Se trata más bien de la relación amo-esclavo que se establece entre ellos. Todo donante debe poseer un temperamento sumiso por naturaleza, sino esa relación no funciona.

—A mí nunca me ha gustado que me digan lo que tengo que hacer. Así que no sé por qué has podido pensar alguna vez que yo encajaría como donante.

Noté su mano acariciar mi nuca antes de pellizcarme una mejilla con ternura. Me gustó, claro que me gustó, pero seguía molesta con él por haber sido capaz de pensar aquello de mí. Nunca, jamás, me dejaría morder por un vampiro.

—Lo pensé antes de hablar contigo por primera vez. Pero vi que eras toda una rebelde en cuanto te negaste a venir conmigo y trataste de atacarme con tu paraguas.

—Miraste y tocaste donde no debías —repuse con seriedad.

—Ya te expliqué que era por seguridad. Aun así te pido disculpas.

—Más vale tarde que nunca —fue mi forma de aceptarlas.

Continuamos en silencio unos minutos, pero yo seguía con el tema dándome vueltas en la cabeza.

—¿Entonces el mordisco no duele tanto como parece?

—No lo sé. Nunca me han mordido. ¿Y a ti?

—¿Te refieres a un vampiro? —dije en respuesta a esa pregunta tan insolente como su mirada.

La sonrisa desapareció de su cara e ignoró mi pregunta, aunque siguió explicándome lo que sabía al respecto.

—El mordisco duele, claro que duele, pero el donante lo acepta porque después le hace disfrutar. No solo por la sensación física de pérdida de sangre, que aunque parezca mentira hay personas a las que les agrada, sino por la sensación emocional de servir a sus amos. A ellos ser sus esclavos les gusta y les excita, como has podido ver tú misma. —Llegamos a la sede y Max aparcó en la oscuridad del garaje donde todos parecían haber llegado ya —. Y por lo demás les suelen tratar muy bien, al menos desde que los clanes firmaron los Concilios. Ahora les dan un techo y trabajo en sus empresas mientras que antes los mataban al desangrarlos desde el primer mordisco. Es un gran avance. ¿No crees?

Asentí. Cada vez veía con más claridad por qué eran tan importantes los Concilios, y por qué en todo el mundo había grupos como el de Max asegurándose de que se siguiera cumpliendo lo firmado.

Fui a salir del coche, pero él me sujetó una mano para que no lo hiciera.

—No necesito que me des el mensaje que imagino que te ha dado Galiana para Elías. Lo escucharé junto con Alfa en cuanto subamos. Pero si hay algo que quieras contarme, en privado, hazlo ahora.

—¿Algo como qué?

—Como tu pequeña visita a las salas de descanso, por la cual has presenciado una escena en grupo a la que nadie te había invitado.

Intentó que pareciera un reproche, pero noté que se estaba burlando de mí y de lo descolocada que me había quedado al presenciar aquello. Me centré en pensar algo que no quisiera contar a Alfa, algo que no fuera relevante para la misión pero que me hubiera llamado a la atención a nivel más personal.

—Me pareció, bueno, estaba claro, que el secretario de Galiana iba a dejarse morder justo cuando me iba.

—¿Y?

—¿No se supone que los donantes no deben pertenecer a un solo vampiro?

Max se recostó contra su asiento y se encogió de hombros, como si aquello no le importara en absoluto.

—Es bastante probable que Galiana siempre se alimente a solas. Luego su donante puede ser mordido por otros, aunque no en su presencia. Es lo más parecido a la exclusividad que puede tener si no quiere incumplir lo firmado. Aunque lo reyes tienen una serie de privilegios. Si fuera a elegirlo como

compañero, lo que implicaría convertirlo en vampiro, podría ser que se alimentara de él en exclusiva durante el tiempo que durara el cortejo. Pero Galiana no haría eso.

—¿Por qué no?

—Lleva siglos sin elegir consorte. Se dice que ninguno de los hombres con los que ha estado la ha satisfecho lo suficiente como para regalarle el don del vampirismo. Don según ellos, claro. Virus según nosotros —aclaró enseguida—. Y ella podría tener a quien quisiera usando sus poderes mentales sin que nosotros nos enteráramos. Es de los vampiros más poderosos que conozco. ¿Qué pasa?

Yo había sentido su poder, de varias formas. Mi cara debía de delatarlo.

—Nada. Solo que...

—Dímelo, Abi. —Se incorporó de golpe en su asiento y me dije que ya valía de asustarlo por hoy—. Todo puede ser importante.

—Galiana me ha llamado por mi nombre. Después de mirarme a los ojos fijamente. ¿Eso es incumplir los Concilios? ¿Me ha leído la mente?

—No, no le hace falta llegar a eso. Galiana puede ver, oír, oler y prácticamente adivinar algunas cosas. Su poder mental es muy grande. Pero el nombre de una persona es algo que no está en la parte oculta de la mente, es algo que tenemos tan asumido que está en la parte más expuesta de nuestro cerebro. Seguro que, además de tu nombre, haya sabido si le has mentido a alguna pregunta directa o qué impresión te ha dado cuando la has visto.

—Me ha dado las gracias tras pensar, solo pensar, que era bella.

—Eso la habrá entusiasmado. —Se rio—. Los vampiros son vanidosos. Ella más que muchos otros.

Repasé nuestra conversación. Excepto con lo de la hora exacta de entrega del mensaje, todo lo que había dicho era más o menos cierto. No tendría por qué desconfiar de nada. Menos mal.

—Me ha parecido agradable, no he sentido miedo en su presencia a pesar de estar nerviosa. Y creo que yo le he agradado a ella. Solo ha habido un momento tenso, cuando se ha enfadado y todo ha parecido electrificarse.

—¿Por qué se ha enfadado?

—Primero cuando ha descubierto que Lope ha sido envenenado. Cree que los traidores son vampiros más cercanos a ellos de lo que esperaban. Eso es

lo que la ha hecho enfurecer.

—Lógico. No hay nada peor que ser traicionado por quien más confías. —
Algo se cruzó en su mirada. Algo que no me gustó. ¿Acaso desconfiaba él de
alguien cercano?—. Vamos. Alfa nos espera.

CAPÍTULO 6

Cuando llegamos al despacho de Alfa, él aguardaba impaciente paseándose de un lado al otro. Me hizo sentarme y contarle paso a paso lo que había sucedido en el edificio de Galiana. Yo traté de contar cada uno de los detalles sin dejarme nada, por muy irrelevante que pareciera, hasta los nombres de los vampiros que había conocido, la canción que sonaba en el despacho y todos los tesoros artísticos que allí acumulaba.

—¿Por qué me hizo esa pregunta sobre los sueños? La canción que sonaba habla de ello. Pero, ¿qué le puede importar mi opinión a ella?

Alfa apoyó los codos en la mesa y su barbilla sobre sus manos cruzadas, pensativo.

—Son las primeras palabras que intercambié contigo. Una pregunta personal esperando una respuesta sincera. ¿Y dices que no te miró hasta que respondiste? —Asentí—. Te estaba evaluando. Tu respuesta debió de gustarle. Para ellos los sueños son una especie de vía de comunicación. Entre ellos mismos no son capaces de hacerlo. Y aunque con los humanos sí, les está prohibido desde los Concilios, excepto con sus donantes.

Ahora sí que no podía contarles mis pesadillas. Tal vez pensarán que Elías había tenido algún tipo de comunicación conmigo. Aunque no era posible puesto que no me había mordido, ellos podían no creerme y pensar que había bebido de mi sangre sin dejarme marcas. Sintíendome bastante culpable por ello, decidí callar, convenciéndome una vez más de que solo habían sido malos sueños.

Me concentré en transmitirles el mensaje de Galiana, punto por punto. El primero les desconcertó a los dos.

—¿Ceremonia? ¿Estás segura?

Asentí. Lo recordaba palabra por palabra, porque a mí también me había extrañado bastante.

—Podría referirse al funeral de Lope —conjeturó Max—. Tal vez el envenenamiento sea más grave de lo que pensamos y Galiana sea consciente de ello.

—No lo creo —contradije yo—. Dijo que sería una bonita manera de comenzar la alianza, y eso de bonito tendría poco. Además, pareció sorprenderse e incluso indignarse con la noticia del envenenamiento. No puede saber más al respecto que lo que indicaba la carta que, por cierto, quemó en cuanto la leyó.

No parecieron sorprendidos por aquello. A mí sí me había extrañado que Galiana no temiera al fuego, o lo había hecho antes de recordar que los vampiros no estaban muertos y resucitados, solo infectados. El fuego les haría menos daño que a los humanos si su piel se regeneraba tan rápidamente como para no poder someterse a cirugía alguna.

—Hace siglos que no hay ceremonias en el clan de Lope —siguió cavilando Max—. No una tan importante como para que Galiana se interese en asistir.

—¿Qué tipo de ceremonias hay en un clan vampiro? —quise saber.

—Nacimientos, conversiones, enlaces y funerales.

—Y la coronación de un nuevo rey o reina —añadió Max—. Aunque suele ser algo inmediato a la ceremonia funeraria del anterior rey.

—¿Los vampiros pueden tener hijos? —Yo estaba aún repasando las palabras de Alfa. ¿Nacimiento y conversión no era lo mismo?

—Solo si una de las partes implicada no es vampiro, aún.

—¿Aún?

—Antes de su conversión. Un vampiro, macho o hembra, puede elegir a una pareja humana, según los Concilios, si esta da su consentimiento, sin ser condicionada. Cuando esto sucede, deben engendrar hijos antes de que la infecte con el vampirismo, si no nunca los tendrán. Las parejas de vampiros, como las de los humanos, se unen porque hay sentimientos de por medio. Un vampiro vive muchos siglos, por lo que es lógico que quiera que su pareja le acompañe durante esa aparente eternidad.

Menos Galiana, según me había explicado Max. Nadie era lo bastante bueno para ella. Me había parecido de gustos exquisitos, pero ser tan exigente

le hacía estar sola, o por lo menos tener solo compañías poco duraderas. ¿Sería feliz así? Ella ansiaba serlo, me lo había confesado. ¿Pero quién no quería serlo?

—La ceremonia, para que Galiana asista, debe ser un nacimiento dentro de la realeza del clan o un enlace. El funeral queda descartado, como bien ha indicado Abi, por cómo Galiana ha elegido ese momento para celebrar la alianza. Y por lo que sabemos, tampoco es que Lope se esté muriendo.

—Tampoco hay noticias de que Elías haya elegido compañera, por lo que no habrá nacimiento ni enlace a la vista.

Miré a ambos, que tenían cara de malas pulgas tras haber descartado todas las ceremonias posibles.

—¿No tiene hermanos? —Esa era otra posibilidad como ceremonia real, ¿o no?

—No. Es el único heredero al trono. Aunque está su tío. —Miré a Max, quien abrió los ojos de par en par—. Armando.

—Armando es el traidor en el clan de Lope. Es quien mandó a esos vampiros tras de mí —les recordé.

Alfa suspiró y miró a Max, quien pareció darle permiso para que dijera algo. Qué raro, pensé. Max dándole permiso a Alfa y no al revés.

—Armando es el cuñado de Lope, el hermano de su difunta mujer, Valeria. Murió al dar a luz a Elías, antes de ser convertida. Armando les ha odiado a los dos desde entonces, porque se dejó convertir para acompañar a su hermana tras su matrimonio. Antes era muy común que los hermanos acompañaran a una futura reina como su corte. Pero la muerte de Valeria les pilló a todos por sorpresa y Armando guarda ese resentimiento desde entonces. Sospechamos que es lo que está motivando las insurrecciones en el clan de la margen izquierda. Pero no lo sabemos con certeza. ¿Por qué justo ahora, después de tantos años?

¡Cielos! ¡Su tío! ¿Podría ser que esto se pareciera más a *Hamlet* de lo que había pensado? Aunque en este caso sería el cuñado del rey y no su hermano el traidor. Además de que la disputa sería solo por el trono y no por una mujer.

Nos quedamos los tres pensando. Había algo que se nos escapaba. Y a mí el nombre de Valeria quería sonarme de algo, pero no supe de qué.

—Averígualo, Max —decidió Alfa para no quedar atascados en lo que había resultado ser un callejón sin salida—. Hay que saber de qué ceremonia se trata. Cuanto antes.

—Me pondré con ello mañana mismo. Le diré a Raúl que busque en los archivos cuáles han sido las últimas ceremonias a las que Galiana ha asistido, tal vez eso nos dé alguna pista. Es el mejor recabando todo tipo de información —me susurró, ya que yo no conocía aún a ese tal Raúl.

—¿Qué más te dijo Galiana? —continuó Alfa.

Les conté los otros tres puntos. A llegar al último, en el que Galiana aceptaba dejar a los traidores en manos de los Conciliadores, los dos se miraron y sonrieron de tal forma que casi me ruboricé. Era algo sobrecogedor verlos con aquel gesto maquiavélico que irradiaba poder por doquier. Después se quedaron serios y pensativos analizando mis palabras. Alfa hizo un ruidito con la boca, como si algo no le gustara demasiado.

—Delante de una multitud de humanos nadie se arriesgaría a atacarles, ni siquiera nosotros. Por eso Galiana habrá elegido un puente muy transitado en un día laboral y a hora punta para encontrarse con Elías. Es astuta, muy astuta.

—Si permanecen allí menos de media hora, solo acabarán algo mareados, como si hubieran viajado mucho tiempo en barco —me explicó Max—. Hay cosas que solo los reyes y los vampiros muy ancianos pueden hacer. Y por eso la realeza se mantiene siempre en un mismo linaje. El poder es algo hereditario, lo llevan en la sangre.

—¿Y Galiana no tiene herederos?

—No. Nunca ha querido —me confirmó Alfa. Lo que era comprensible si tampoco había elegido nunca compañero—. ¿Nada más?

Le conté cómo había adivinado mi nombre, y añadí algo que había olvidado por completo hasta ese momento. Que tras ver mi cuello sin mordedura alguna, además de quedarse bastante alucinada, Galiana había dicho que Elías no podría haberle dado ninguna muestra mayor de confianza.

—Los donantes están tan cotizados que dejar entrar a uno intacto en un lugar repleto de vampiros del clan contrario es como regalárselo —me explicó Max—. Porque el primero que muerde es el que tiene derecho a quedárselo de cara a otros clanes. En ese sentido, Elías pensaría lo mismo de

Galiana. Que al enviarte a ti, confiaba completamente en él.

—Es un buen paso para que las negociaciones vayan a buen puerto que ambos crean que el otro confía tanto en él —añadió Alfa.

Para finalizar mi narración, aunque solo como detalle pues no pensé que tuviera mayor importancia, añadí que Galiana estaba satisfecha con que Elías me hubiera elegido a mí. Pero eso hizo que Max se revolviere en el asiento.

—Tienes algo que les gusta a ambos. —Alfa me miró con preocupación.

—No me gusta que les guste —intervino Max.

—Pero eso ha contribuido a que la misión se haya llevado a cabo sin incidentes —repuso Alfa—. Gracias Abi, nos has sido de gran ayuda. Ya solo te queda entregar este mensaje a Elías el próximo sábado y tu trabajo con nosotros habrá concluido. —Me dio una palmadita en la mano y se levantó de su silla—. Cuando todo se aclare, hablaremos con ellos y les diremos que eras uno de los nuestros. No les gustará, pero entenderán que lo hemos hecho para mantener la paz.

Dudé que fueran así de comprensivos cuando habíamos estado engañando a las dos partes. No pude evitar un escalofrío y Max me cogió de las manos.

—Una misión. La última, Abi, y todo acabará.

—Ahora ve al laboratorio —me ordenó con voz de mando Alfa antes de marcharse—. Anika está esperándote para recoger esa ropa y devolverte la tuya.

Max me acompañó hasta la planta baja pero se quedó con otros Conciliadores que estaban en las mesas centrales, indicándome que bajara sola al sótano, pues ya conocía el camino. Y para lo que tenía que hacer allí, no es que le necesitara.

Según me acerqué al laboratorio, las puertas se abrieron y Anika me dio un fuerte abrazo. Me sentí muy reconfortada. Anika tenía algo que me hacía sentir como en casa.

—Has sido muy valiente, Abi. —Señaló a la pantalla de la pared y agrandó un gráfico que parecía un electrocardiograma—. Tu corazón se ha disparado en unas cuantas ocasiones, pero enseguida te has controlado y no hemos tenido que dar la alarma.

—No me he acordado en ningún momento de mi manga izquierda. —Me di cuenta de ello al quitarme la camisa. Ella me acercó mi ropa—. Supongo que

no he tenido tano miedo como para querer pulsarla, o que estaba tan asustada que no he sido capaz de recordarlo.

Dejé las prendas sobre la mesa y Anika las extendió una a una antes de colocarse unas gafas que en vez de lentes tenían lo que parecía ser un microscopio en el centro.

—Voto por lo primero. —En su tono alegre había la más absoluta confianza.

—Esto... los botones que faltan me los ha arrancado Max —le expliqué al verla comprobar la camisa. Ella se retiró las gafas y me miró con media sonrisa y una ceja arqueada—. ¡No! No es eso. Es que él ha pensado que me habían mordido y se ha puesto como loco a comprobar que no era así. Estarán en el suelo del coche, supongo. Lo siento.

Ella ahogó una risa y volvió a colocarse las gafas.

—Tranquila, en esos no había nada. Lo que controlaba tu corazón está en el tercer botón.

La vi coger unas tijeras y unas pinzas y cortar el hilo que lo sujetaba a la camisa tan despacio y con un pulso tan firme, que me dije que podría ser una excelente cirujana. Quizás lo fuera. Ese pensamiento me recordó algo que quería saber sobre ella. Aproveché que estábamos solas para preguntárselo, no quería que nadie más oyera.

—Anika, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dispara —respondió enseguida, mientras metía el hilo en una cajita transparente con mucho cuidado.

Jugué con los cordones de mis zapatos. No quería que se enfadara conmigo por meterme donde nadie me llamaba.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés. Pero eso no es lo que me querías preguntar.

—No, es verdad. —Tragué saliva. Sabía que aquello era importante—. ¿Cómo estáis tan seguros de que los vampiros son peligrosos? Yo no he visto que le hicieran realmente daño a nadie.

La carcajada que resonó en el laboratorio fue tan escalofriante que me erizó la piel. Parecía un sonido inhumano.

—No te dejes engañar por lo que hayas visto hoy o en estos pocos días. La realidad actual de los vampiros no tiene nada que ver con su naturaleza. Les

ha llevado siglos llegar a ser lo civilizados que son ahora, al principio con las comunidades, ahora con los clanes. La educación y el control que ejerce sobre ellos un rey poderoso unido a nuestra vigilancia les ha hecho someterse hasta aprender a controlar su hambre y racionarla de forma que no ataquen a nadie que no sea voluntario y no maten al donante. Incluso han aprendido a compartirlas, cuando un vampiro es posesivo y egoísta. Está en la naturaleza del vampiro ser así, y no es fácil para ningún ser vivo luchar contra su naturaleza. ¿Lo entiendes, Abi?

—Sí, creo que sí.

Anika terminó de desencajar el tirador de la cremallera de una de las botas y lo guardó en otra cajita con el mismo mimo que había tratado al hilo. Después se quitó las gafas y se sentó en una silla a mi lado.

—Aunque hay cientos de teorías y leyendas, no sabemos a ciencia cierta quién fue el primero ni cómo lo contrajo, pero el virus que les infecta les domina en pocas horas, exigiendo a su cuerpo que se alimente o morirá de una sed insoportable. Eso les lleva a beber con ansiedad, incluso más allá de su necesidad, porque su lado más animal les hace creer que tal vez si dejan marchar a esa presa no volverán a encontrar otra. ¿Entiendes?

—Sí —respondí con un escalofrío. Anika lo notó y pareció más interesada aún en seguir explicándomelo. Mi pregunta la había preocupado y pretendía, si no asustarme, como poco que no me confiara.

—Con el tiempo y la seguridad que les aporta el clan, aprenden a controlarse, porque saben que en pocas horas volverán a beber. Pero jamás, óyeme bien, jamás pierden ese lado animal. Si están más de un día sin beber de un humano se vuelven locos, la sed les hace olvidar el control que han aprendido a mantener, y no son más que una fiera salvaje que intenta sobrevivir. Antes todos eran así.

Imaginé a aquellos depredadores campando a sus anchas por donde quisieran, sin respetar ningún tipo de norma y alimentándose hasta dejar secas a todas sus víctimas, las cuales no eran donantes, ni mucho menos. Me alegraba de no haber tenido eso en mente en mi reciente visita a un edificio repleto de ellos.

—Debía de ser terrible.

—Sí, lo era. Pero en contrapartida había menos. Al no vivir en

comunidades eran solitarios y no sabían cómo convertir a otros, no comprendían su infección. Ahora son más civilizados, pero también son más numerosos y más organizados. He conocido a muchos, y en el fondo les tengo lástima.

Aquello me sorprendió. ¿Lástima? A Max y a Alfa solo les había oído palabras de rechazo e incluso repulsión hacia ellos.

—¿Por qué?

La cara de Anika reflejó culpabilidad. ¿No estaba bien que un Conciliador sintiera lástima? Era un sentimiento de lo más normal y que incluso hacía mejores a las personas. Si el sufrimiento ajeno nos diera lo mismo, no seríamos mejores que los vampiros.

—No podemos juzgar a ninguno de ellos por los crímenes cometidos antes de los Concilios, esos delitos han prescrito. Eso hace que muchos vampiros que han matado a lo largo de sus siglos de existencia sigan con vida, pero a su vez, y ahora que son más racionales, a algunos les hace estar atormentados por sus actos pasados, viviendo en continua penitencia personal por ello.

—¿Penitencia? ¿Como la gente creyente?

—La mayoría de los vampiros de más de cien años son creyentes. Y en otros países aún más que en este. Sea cual sea su religión, creen en un dios que les juzgará cuando su existencia terrenal concluya.

¡Caray! Aquello iba mucho más allá de mis expectativas.

—Así que sí tienen conciencia —mascullé y ella suspiró.

—Hace siglos, como no se podía dar explicación científica a muchas cosas y no había tanto conocimiento del planeta y del universo, las religiones estaban mucho más arraigadas que ahora. Una vez que aquellos vampiros comprendieron qué habían hecho, se culparon por las muertes infligidas. Pero saben que si la sed les apremia lo volverán a hacer, aunque eso no les haga sentir bien. No pueden entrar en las iglesias ni santuarios por eso, porque no se creen merecedores del perdón de Dios, ya que arrepentirse de sus actos con la ferviente intención de no repetirlos jamás es condición *sine qua non* para recibir la absolución. No es nada esotérico, es solo que les remuerde la conciencia. Además, entienden que los humanos tienen un tiempo en la tierra. Y ellos les han robado la vida a muchos a través de su sangre, adueñándose de más tiempo del que Dios les había dado.

—Así es como se mantienen tan jóvenes y tan fuertes, robando la vida a través de la sangre. Seguro que a Dios eso no le gusta —dije para mí, aunque ella me oyó.

—Por eso nos envió a nosotros.

La vi tan convencida, lo había dicho con tanta naturalidad, que me quedé muda unos instantes.

—¿Dices que Dios os envió?

—Eso es lo que creemos muchos. Somos Conciliadores para evitar que esos humanos convertidos en monstruos por una infección que algunos dicen que envió el Diablo, arrasen al resto de humanidad, que es la creación de Dios. Él nos dio nuestro Don para mantener un equilibrio entre vampiros y humanos. Pero —se rio y se acercó más a mí con su silla— a pesar de todo lo que te he contado, que sé que te dará mucho que pensar, esa tampoco era la pregunta que querías hacerme. ¡Venga! Suéltala de una vez.

¿Cómo podía pasar de repente de una actitud seria, casi solemne, hablando de Dios y del Diablo como si tal cosa, a darme un empujoncito amistoso y jovial? Anika era de lo más imprevisible. Pero también muy intuitiva. Escondí mi cabeza entre mis rodillas, haciendo como que me ataba los cordones a conciencia. Me había pillado. Dos veces. No podía haber una tercera.

—Tienes razón —admití avergonzada—. Perdona. Lo que realmente me preguntaba era por qué no sales nunca de este laboratorio. Max dijo el otro día que antes sí lo hacías.

Noté por cómo se removió en la silla que se arrepentía de haber insistido en que le hiciera mi pregunta. Me sentí fatal.

—Cometí un error, Abi. Uno que podría haberme costado la vida.

—¿En una misión?

Ella asintió y en sus ojos vi que se castigaba a sí misma por ello, seguro que más que nadie.

—Antes dedicaba la mitad de mi tiempo al laboratorio y la otra mitad a misiones de campo. Mientras es joven, todo Conciliador necesita pasar tiempo en la calle, patrullando. Pero cuando el incidente tuvo lugar, Alfa decidió que no debía arriesgarme a salir. No por el momento.

—¿Fue por el prototipo láser del otro día?

Ella me sonrió, satisfecha de que lo hubiera deducido por mi cuenta.

—Sí. Me arriesgué a llevarlo como arma durante una redada, cuando no había tenido tiempo aún de comprobar que estuviera al cien por cien. Pero me confié. Y nunca hay que confiarse, Abi. Recuérdalo —me advirtió con seriedad—. Llevábamos un mes con demasiada actividad vampírica, la que después se convirtió en una amenaza de derrocamiento de los actuales reyes. Pedimos apoyo a la sede central ante aquella actividad inusual y nos enviaron al refuerzo de los refuerzos.

—Alfa —deduje, y ella asintió.

—Él, en teoría, vino para un par de meses, hasta asegurarse de que las aguas volvieran a su cauce. De eso hace casi un año.

—¿Qué pasó? ¿Qué salió mal aquel día, Anika?

Se frotó la cara con ambas manos. Se quedó mirando hacia un punto en el vacío y habló con gran pesar en su voz.

—El dispositivo falló, Abi. No hizo lo que se suponía que debía hacer y yo herí de gravedad sin motivo suficiente a un vampiro del clan de Lope al que solo quería paralizar para interrogarle. Tenemos potestad para castigarlos hasta con la muerte, pero no para dañarlos de forma permanente si no han hecho nada que lo justifique.

—¿Y qué consecuencias puede tener eso? —Me tembló la voz—. ¿Pueden hacerte daño?

—Max dice que ningún vampiro de esta ciudad se arriesgaría a dañar a una Conciliadora por muy abusivas que sean sus actuaciones. Pero Alfa está seguro de que sí. Él ha visto más cosas, ha estado en más sitios, y conoce algo que los vampiros llaman «Opción de revancha». Es una especie de ojo por ojo, una de las directrices que existían en los códigos previos a los Concilios. En teoría ya no son aplicables, pero Alfa ha conocido casos en los que un vampiro los ha ejecutado respaldado por su rey. Confiamos en que Lope, que fue precursor de los Concilios, no le dé ese apoyo.

De repente sentí un gran miedo por Anika. Recordé cómo Galiana había electrificado su despacho con solo enfadarse. ¿Qué no podría hacer un vampiro con ganas de venganza?

—¿Y qué daños sufrió aquel vampiro, Anika?

—¿Algún problema? —Alfa entró en el laboratorio, mirando a Anika con

preocupación.

La vi secarse una lágrima antes de levantarse y volver a centrarse en las prendas de ropa.

—No. Abi solo me contaba qué tal. Yo le he dicho que lo ha hecho muy bien.

Él no pareció creérselo y cuando levantó las cejas Anika bajó la mirada, como avergonzada por haberle mentido. Él negó con la cabeza y se rascó la frente. Cuando me miró parecía agotado.

—He llevado tu equipaje a uno de los cuartos del tercer piso. Podrás descansar allí hasta mañana.

—¿Del tercer piso? —murmuró a Anika, conteniendo el aliento. Alfa hizo como que no la oía.

—Gracias —respondí yo—. Estoy muy cansada.

Me terminé de poner los zapatos y salí del laboratorio, escoltada por Alfa, mientras Anika nos miraba con cara de preocupación.

—¿Lo estás haciendo a propósito? —me pareció que susurraba, aunque no supe a quién.

Al pasar por la sala central vi a Max hablando con varios Conciliadores, hombres y mujeres cuyos nombres desconocía, pero cuyas caras se me empezaban a hacer familiares. Apuntaban en un papel las indicaciones que Max les iba dando, e imaginé que ya estaba poniendo en marcha un operativo para averiguar de qué se trataba todo aquello de la ceremonia, como Alfa le había solicitado o, más bien, ordenado.

Cuando nos vio subir las escaleras, se nos quedó mirando pero no dejó de hablar con su equipo. Su cara empezó a cambiar en cuanto pasamos por el segundo piso y no nos detuvimos, sino que continuamos hasta el tercero. En cuanto nos acercamos a una puerta y Alfa se dispuso a abrirla, Max echó a correr escalera arriba, a tal velocidad que llegó antes de que yo diera un paso en aquel cuarto.

Aunque Max se interpuso en mi camino y no pude entrar, sí puede ver el interior de la estancia. Aquello parecía el cuarto de un clérigo, uno en penitencia. Era pequeño, oscuro, sin una sola ventana, y no tenía nada más que dos muebles: un camastro y una silla. Mi mochila estaba encima del cochón y aunque no llevaba apenas cosas dentro, lo hundía como si pesara

una tonelada. ¿Sería una especie de celda para vampiros? Porque lo parecía.

Max dio un golpe a la puerta, tan fuerte que tuvo que hacerse daño. La puerta se abolló allí donde la había golpeado.

—Te he permitido muchas cosas, Marcus Kendrik. Pero esto no lo voy a consentir.

—¿Y qué piensas hacer para evitarlo, Máximo Galarza?

Max gruñó, fue un sonido que me heló la sangre, y se encaró con Alfa.

—Si no me das otra opción, no me importa tener que enfrentarme a ti.

CAPÍTULO 7

Max se adelantó y cogió mi mochila, con la cara seria y la mandíbula apretada. Alfa, cuyo nombre de pila resultaba ser Marcus, no dijo nada en ningún momento, pero por la media sonrisa que lucía se veía que estaba disfrutando con aquella situación.

—¿Qué pasa? —pregunté. No entendía nada.

—No te quedarás aquí —me dijo Max, pero no dejó de mirar a Alfa. Parecía estar retándole.

¿Cómo que no me quedaría allí? Pero si él mismo me había dicho que no volviera a casa esa noche.

—No puedo ir a mi casa a estas horas, Max. Se supone que estoy con Esther, ¿recuerdas?

—Te vienes conmigo.

Algo saltó en mi interior. Algo que nunca había sentido. Y le seguí, como si fuera lo más natural del mundo para mí, con la misma seguridad con la que nuestras manos se fundieron la una con la otra.

Alfa, que estaba en el umbral de la puerta, miró a Max a los ojos no más de una décima de segundo, el mismo tiempo que tardó en hacerse a un lado y dejarnos marchar.

En mitad de las escaleras nos encontramos con Anika, que tenía la mano extendida pegada al pecho, como si hubiera esperado un enfrentamiento y la angustia la tuviera paralizada. Al pasar por delante de ella nos sonrió a ambos y después, la vi mirar a Alfa con un gesto que era una mezcla entre reprobatorio y aliviado.

Salimos de la sede por una puerta trasera y lo único que tuvimos que hacer fue andar unos metros. Llegamos a un edificio de viviendas, de los pocos que

había por la zona, y Max sacó una llave del bolsillo.

Como no había ascensor, subimos las cuatro plantas andando, él delante de mí, ya que las paredes se estrechaban tanto que apenas cabía él solo, pero sin soltarnos la mano ni un solo instante.

En el último piso, que estaba abuhardillado, solo había una puerta, lo que no me sorprendió.

—¿Hace cuánto que vives aquí? —me interesé y acepté su invitación a entrar.

—Casi un año. Desde que Alfa se instaló en la sede. —Quise preguntar por qué, pero algo me decía que no lo hiciera. Y en el fondo me imaginaba por dónde podían ir los tiros—. Pero no soy el único. Muchos Conciliadores viven fuera de las sedes, aunque siempre a muy poca distancia.

Max llevó mi mochila a una habitación en la que había una cama enorme, casi tres veces más grande que el camastro donde se suponía que debía haber dormido las escasas cinco horas que me quedaban hasta tener que ir al instituto. Me quedé mirando el colchón, preguntándome cómo lo habrían subido por aquel estrecho tramo de escaleras, y nada menos que cuatro pisos.

—Yo dormiré en la sala —me indicó, como si hubiera malinterpretado mi mirada fija en la cama. No pude evitar ruborizarme—. ¿Tienes hambre? Tengo restos de la comida del mediodía en la nevera.

Negué con la cabeza. En esos momentos no me sentía capaz de probar bocado.

—Yo sí comeré algo antes de dormir. A la derecha tienes el baño, a la izquierda la cocina. Y justo la puerta de enfrente es la sala. —Me miró y me sonrió con humildad—. Y eso es todo. No es gran cosa, pero al menos tengo intimidad.

—Está muy bien —repuse.

No había visto aún el resto, pero a pesar de ser un edificio antiguo, y que el piso no fuera muy grande, se notaba que lo había reformado y pintado y que los muebles eran nuevos.

—Te despertaré una hora antes de que tengas que ir a clase, para que te apees y desayunes. Y te acompañaré yo mismo —añadió—. Buenas noches.

No esperó a que le dijera nada. Salió de la habitación y cerró la puerta.

Me quedé allí de pie, bajo la única luz de una lamparita que él había

encendido sobre una cómoda. Estaba cansada, pero no sabía si sería capaz de dormirme. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, y a Max al otro lado del pasillo. Me obligué a no seguir por ahí y me dispuse a meterme en la cama cuanto antes. Tenía un examen de inglés que aprobar si no quería bajar mi nota media y perder posibilidades de obtener mi ansiada beca. No haber estudiado demasiado no iba a ser tan malo como ir sin haber pegado ojo la noche anterior.

Me puse el pijama y me metí en la cama de Max, temblando. La casa no parecía tener calefacción, y una muy poco agradable sensación de humedad se colaba en aquel edificio antiguo, a todas luces porque la ría bordeaba por ambos lados el pedazo de tierra en el que estábamos.

No había querido mirar mucho a mi alrededor para que no me costara aún más dormir pensando en que estaba en su habitación, en su cama. Pero según apoyé la cabeza en la almohada pude percibir el aroma de Max. Era tan intenso e inconfundible que sentí un escalofrío recorrerme por la columna y quedarse clavado en mi nuca. Me puse boca arriba para no tener la nariz tan pegada a la almohada y así no sentir como si él estuviera junto a mí. Pero dio lo mismo. Aquellas sábanas me abrazaban como si fueran sus brazos y tocaban mi cuerpo apenas cubierto por unos pantaloncitos cortos y una camiseta de tirantes. Sentí como si el propio Max estuviera tocándome y no pude soportarlo más. Me incorporé en la cama y hundí la cara entre las manos. ¿Me estaba volviendo loca? No. Lo que estaba era rodeada por todas sus cosas, aunque solo fuera una cómoda y una silla con un jersey allí apoyado que olería tanto a él como la ropa de cama.

De pronto el sonido de una campanita que identifiqué como la de un microondas llamó mi atención y segundos después el aroma de Max fue sustituido por el de pollo asado, y si no me confundía, regado con vino blanco. La boca se me hizo agua y mi estómago protestó en respuesta. Ahora sí que tenía hambre, y no era de extrañar, no había comido nada desde el mediodía. El té rojo no podía considerarse como cena.

Me levanté de la cama y me puse las zapatillas que lucían el dibujo de un cachorrito con la lengua fuera, haciendo juego con mi pijama. Sintiéndome un poquito ridícula por ello, me dirigí a la cocina a solicitar que Max compartiera su cena conmigo.

—Resulta que tenía más hambre de lo que pensaba —comenté en cuanto abrí del todo la puerta de la cocina, que él había dejado entrecerrada—. El olor a pollo asado ha llegado hasta la habitación y...

Max se giró de golpe al oírme. Mi visión periférica se dio cuenta de que tenía un muslo de pollo atravesado en la boca, llenándosela por completo, y más tarde lo recordaría como una imagen de lo más graciosa. Pero en ese momento toda mi atención estaba centrada en otra cosa. Y es que me había quedado muda al verle allí, de pie de espaldas a mí, delante de la encimera y llevando puestos solo un bóxer azul. Habría que inventar una palabra nueva para describir aquello, porque «perfección» era poco completa para definir lo que tenía ante mí. El cuerpo mejor cincelado que había visto en mi vida. Cada músculo, cada articulación, se movía en armonía en cada uno de sus movimientos.

Cuando se giró del todo para acercarse a mí, se me secó la boca. Él se quedó unos instantes quieto, terminando de masticar con lentitud el último bocado y tragando con dificultad. Ese movimiento de su nuez me ayudó a mirarle por fin a la cara, y me di cuenta de que él había estado haciendo algo parecido a lo que yo acababa de hacer, que no había sido otra cosa que comérmelo con la mirada. Entonces fue cuando me di cuenta de que, a excepción del perrito a la altura de mi estómago, mi pijama era tan blanco que no dejaba mucho más a la imaginación que su bóxer.

—Si necesitabas entrar en la habitación para coger algo de ropa podrías haberlo hecho —solté para romper el silencio.

—Duelmo así —respondió con una sonrisa pícar—. ¿Alguna pega?

—Ninguna —confesé. ¿Quién podría quejarse en mi lugar? Mi respuesta pareció gustarle.

—¿Muslo o pechuga? —Alzó un plato con al menos pollo y medio despiezado.

—Me da lo mismo. —Comenzó a servir parte en un plato vacío—. ¿Eso son las sobras de esta mañana? ¿Cuántos pollos había?

—Tres —indicó y dejó los platos sobre una pequeña mesa que había contra una de las paredes, ofreciéndome una de las banquetas sin respaldo que había debajo antes de dirigirse a por los cubiertos, una botella de agua, vasos y una hogaza enorme de pan—. Mi trabajo me exige comer mucho. En la sede hay

salas de entrenamiento en las que paso seis horas al día haciendo ejercicios físicos, a no ser que esté en una misión, como ahora.

—Ya se nota —se me escapó, y me metí a toda velocidad el tenedor en la boca. Él se rio, de nuevo. Cada vez que lo hacía algo crecía en mi interior.

—¿Y tú? Podrías haber traído un pijama de invierno. Estamos en febrero.

Mira quién habla, pensé. Me removí en la banqueta y nuestras rodillas se rozaron, muy poco, pero para mí fue suficiente. Se me erizó toda la piel y vi cómo Max me miraba de reojo y se apartaba unos centímetros de mí arrastrando su banqueta con un estruendo. No supe qué pensar de ese gesto, ni si lo había hecho por él o por mí, así que me limité a responder a su pregunta y seguir comiendo.

—Mi madre me preparó la mochila. Y se suponía que iba a casa de Esther, allí siempre tienen la calefacción muy alta.

Volvió a echarme un vistazo y yo me encogí sobre mí misma con timidez.

—¿Tu madre suele hacerte la mochila?

Me ruboricé, lo sé, pero no por vergüenza, ese no era el sentimiento, era uno mucho más sobrecogedor.

—Desde lo de mi padre, siempre está haciendo cosas así. Cosas que no hacía desde que yo tenía seis o siete años. Creo que le hace sentir como si así me compensara de alguna manera, porque además ahora tiene que trabajar más horas fuera de casa. —Max había dejado de comer y me escuchaba con atención, así que yo seguí contándole algo que era la primera vez que decía en alto—. Siempre me prepara la mochila cuando duermo fuera. A veces, si aún no se ha ido a trabajar cuando me levanto, le da por peinarme antes de ir a clase. Un día me hizo dos trenzas y cuando me vio la cara se echó a reír y me dijo que no me quedaban tan mal, pero me las acabó cambiando por una cola de caballo. Yo le dejo hacerlo, porque sé que le hace sentirse mejor. Haría cualquier cosa para conseguir que se sintiera mejor.

Suspiré. Lo había soltado todo de golpe, y me había quedado tan a gusto al decirlo que si lo hubiera sabido antes, se lo habría contado a Esther. Aunque quizás hasta ese momento no había tenido fuerzas para hacerlo. O no había encontrado la persona a la que confiárselo.

—Por eso te hiciste donante, ¿verdad? —Me miró a los ojos y me cogió ambas manos—. El corazón que necesitaba no llegó a tiempo.

Imaginé que me había investigado. ¿Cómo sino iba a saber que mi padre había necesitado un trasplante de corazón que nunca llegó?

—Si me pasara algo, un accidente o lo que fuera, me gustaría que mis órganos pudieran servir para salvar al menos una vida. Si todo el mundo lo hiciera se salvarían muchas, además de que sus familias no quedarían destrozadas para siempre.

—Tienes razón. —Apretó mis manos—. Toda la razón.

—Tener la razón no me devolverá a mi padre —murmuré con amargura.

—No, no lo hará. Pero seguro que tu generosidad hace que, esté donde esté, tu padre se sienta orgulloso de ti.

Tras echarle una mirada con la que trataba de decirle «gracias, pero preferiría no seguir hablando de esto, aún me hace daño», me solté de sus manos y seguí comiendo en silencio. Pude notar que él se mantuvo callado a propósito hasta que yo quisiera volver a hablar.

—¿Y qué hay de tus padres? No me has dicho nada de ellos.

—Son Conciliadores. Pero trabajan en otra sede.

—¿Por qué?

Dudó, bebió un vaso de agua casi de trago, pero acabó respondiendo.

—Porque al cumplir la mayoría de edad, que en nuestro caso es a los dieciséis, un Conciliador debe seguir su camino. El mío me trajo aquí.

—¿Llevas aquí tres años y nunca nos habíamos visto? Te recordaría si lo hubiera hecho.

—Yo también —concedió muy serio—. Pero no nos movemos en los mismos círculos. ¿Más agua?

Asentí y él llenó de nuevo ambos vasos mientras yo comía mi último bocado.

—Estaba muy rico. ¿Cocinas tú?

—Siempre que puedo. No te recomiendo que visites el comedor de la sede.

—Al menos usarás un delantal. —Levantó una ceja, como ofendido—. Para no quemarte, digo.

Se me escapó una risotada y el ambiente volvió a ser jocoso, dejando atrás los recuerdos tristes que parecían habernos separado por un momento.

—Creía que no tenías pegatas en que llevara tan poca ropa.

—No las tengo —admití.

—Yo tampoco.

Su mano rozó mi rodilla y contuve el aliento. Él se levantó de golpe y recogió la mesa a toda velocidad.

—Es tarde. Deberías dormir al menos unas horas. Mañana tienes un examen.

—¿Me has estado investigando? —Ahora sí que lo tenía claro.

—No en persona, pero me han trasladado tu ficha. Es el protocolo. Es por seguridad.

—Vale, pues no me parece justo. Tú lo sabes todo de mí y yo apenas sé nada de ti.

—Tienes razón. No es justo. —Siguió recogiendo la cocina y no añadió nada más.

Me marché al ver que no pensaba seguir con el tema y fui a por mi neceser para lavarme los dientes. Cuando entré en el baño, él ya estaba allí lavándose los.

—Pasa, hay sitio de sobra.

En un momento estábamos delante del lavabo, lavándonos los dientes y mirándonos el uno al otro a través del espejo. A los dos nos acabó dando la risa y a mí se me escapó un poco de espuma que cayó en mi barbilla, lo que le hizo reír más y que a él también se le saliera un poco de pasta de la boca.

Peleamos juguetonamente para ver cuál de los dos conseguía aclararse la boca primero, y ganó él, quien bebió directamente del grifo mientras que yo esperé mi turno para coger agua a pequeños cacitos con una mano. Al agacharme hacia el lavabo, un mechón de mi pelo resbaló hasta mi cara pero antes de que se mojara, Max lo capturó entre sus dedos y lo envolvió con sus manos junto con el resto de mi melena. Me sentí extrañamente complacida al notar cómo deslizaba la goma que aún llevaba en su muñeca hasta recogerme el pelo en una coleta baja. Su mano acarició después mi columna robándome un escalofrío. Antes de que pudiera mirarle a través del espejo se apartó para coger mi pasta de dientes.

—¿También te compra tu madre pasta infantil?

Recuperé el tubo y lo escondí en el neceser. Daba lo mismo, porque ya había visto el cocodrilo sonriente del envase.

—Es que me gusta cómo sabe.

—Deberías saber que las pastas infantiles tienen poco flúor. Tu dentadura ya es adulta y necesita más cantidad.

—¿Acaso eres dentista?

—No, pero es muy importante cuidarse los dientes.

Sonrió de forma exagerada frente al espejo y me mostró su impecable dentadura. Yo hice lo mismo para demostrarle que la mía estaba en perfectas condiciones.

—No está mal —admitió antes de salir del baño y dirigirse a la sala, quedándose parado frente a la puerta.

Mi vista se coló en el interior de la estancia y pude ver que, aparte de una tele y una mesita central, en aquel cuarto no había nada más que una butaca individual.

—¿No tienes sofá? —pregunté sorprendida.

—No. Pondré los pies sobre la mesita y me estiraré. No es tan incómodo como parece.

Negué con la cabeza, me sentía fatal.

—Es tu casa, Max. No puedes dejarme tu cama y dormir de esa manera. La cama es muy grande, cabemos los dos.

—Exactamente, es mi casa. Puedo hacer lo que quiera —repuso muy serio.

—Max, no me importa, de verdad. Confío en ti y sé que no... —No sabía cómo explicarlo.

Fui a tocarle la mano pero él la retiró de golpe y me dio la espalda, entrando en la sala y alejándose de mí. Sentí un golpe en el pecho. El rechazo dolía más que si me hubiera pegado con todas sus fuerzas.

—Max...

—Abi, no respondo de mí si estoy contigo en la cama.

Me quedé de piedra. Lo había dicho con tanta desesperación que aunque no le veía la cara, casi era capaz de adivinar el gesto que había adoptado. Pero al menos comprender el por qué de su aparente rechazo eliminó de golpe el dolor que había empezado a sentir en la boca del estómago.

—Lo entiendo. —Yo tampoco podría asegurar que teniéndole tan cerca sería capaz de pensar con la cabeza—. Pero coge al menos una manta.

Recordé que a los pies de la cama había una doblada y fui a por ella. Cuando volví a la sala Max seguía de espaldas a mí, así que dejé la manta

sobre la mesita. Como siguió sin moverse ni decirme nada, me acerqué a él por su costado para besarle en la mejilla, apoyándome en su hombro para alcanzarle, ya que él no se agachó para facilitarme el acceso.

En cuanto mis labios rozaron su mandíbula, que fue el único lugar que alcancé, noté —además de su incipiente barba— cómo se tensaba. Quise besarlo de verdad, y no apenas un roce en la barbilla, así que me apoyé con más fuerza hasta que alcancé su mejilla y lo besé de forma suave pero marcada.

—Buenas noches —le deseé en un susurro.

Antes de que pudiera alejarme de él, su mano me sostuvo por la nuca, manteniendo mis labios pegados a su rostro. Sentí cómo su respiración se aceleraba, y la mía la acompañó. Seguí entonces trazando pequeños besos por su piel, acercándome cada vez más adonde me moría por llegar. Nuestras miradas se cruzaron un segundo antes de que su boca se lanzara al encuentro de la mía, hambrienta, ansiosa. Y algo estalló en mi interior. Algo que se apoderó de mí, de todo mi ser. Una necesidad imperiosa de él, de su cuerpo, de su alma.

Me enrosqué alrededor de él, por completo, sin que quedara un resquicio de aire entre nosotros, como si nuestra piel se fundiera, como si solo fuéramos uno.

—Abi. —Separó mi boca de la suya unos milímetros, los justos para hablar—. Hay cosas que aún no pueden suceder. No antes de que sepas todo lo que tienes que saber.

—No necesito saber nada, Max. Solo te necesito a ti. —Le acaricié el pecho, deslicé mis manos por aquel poderoso cuerpo que temblaba de debilidad bajo mis caricias—. Ahora.

Mis palabras acabaron con la reticencia que había estado viendo y sintiendo en él desde que había entrado en su casa. Me cogió por las caderas y me subió a su cintura, llevándome en tres zancadas a su cama mientras nos abandonábamos a un beso sin final.

En la penumbra de su habitación, nos besamos y acariciamos, nos retorcimos uno en los brazos del otro, y nos arrancamos suspiros que parecían acelerar cada vez más nuestros corazones. La parte superior de mi pijama desapareció casi por arte de magia y aún más mágica fue la manera en la que

Max se apoderó de mi cuerpo, con manos y boca, como si fuera lo más preciado en su vida.

Mis dedos caminaron por su cuenta hacia la única prenda de ropa que él llevaba, pero antes de alcanzar su propósito, le sentí tensarse de nuevo y sujetar mis muñecas.

—No podemos pasar de aquí, Abi. —Me giró de forma que le diera la espalda y me acurrucó entre sus brazos, temblando, con nuestras cuatro manos entrelazadas fuertemente—. Es importante que esperemos a que esta misión acabe antes de que suceda algo más. No me perdonaría hacerlo de otra forma.

Mi cerebro tardó unos largos segundos en volver a su lugar, y me pregunté dónde habría andado metido mientras yo me comportaba de una forma que jamás pensé que fuera a hacer con un chico al que conocía desde hacía solo unos días. Pero incluso ahora que mi cerebro parecía funcionar de forma correcta, mis sentimientos eran los mismos. No era como si conociera a Max desde el sábado. Era como si todo lo que había hecho en mi vida hubiera estado dirigido a encontrarle a él. Y ahora que ya lo tenía a mi lado, todo mi ser quería celebrarlo apoderándose de él, uniéndose a él de la forma más íntima y sincera. Max no pensaba lo mismo, al menos no de momento, y desde luego aquello tenía que ser algo de mutuo acuerdo.

—Si es lo que quieres, Max, esperaremos.

—Es... lo que debemos hacer. Lo comprenderás en unos días.

—Vale, te creo.

Me besó en la sien y nos tapó a ambos con las sábanas, que habían quedado revueltas.

—Dormiremos juntos —susurró acomodándome en un abrazo que me hizo sentir como la piedra más preciosa en manos de un buscador de tesoros—. Eso sí podemos hacerlo.

—Me encantará.

Una vez que nuestros corazones parecieron calmarse, él empezó a acariciarme el brazo, arriba y abajo, con la punta de sus dedos.

—¿Qué quieres hacer cuando termines el instituto?

La repentina pregunta me sorprendió, pero agradecí que quisiera saber cosas de mí preguntándomelas de tú a tú y no a través de una ficha. Le conté

mi sueño de estudiar Literatura en una de las mejores universidades del país, y después dedicarme, quizás, a la docencia, ilustrando nuevas mentes con las palabras más hermosas jamás escritas. Le hablé de cómo estaba a la espera de una beca pero que por si acaso no había suerte, llevaba tres años trabajando para poder pagarme mis propios estudios, ya desde antes de perder a mi padre.

—En cuanto resuelva este conflicto entre clanes, pediré el traslado a la ciudad a la que tú vayas.

Nada, ninguna otra cosa que hubiera dicho en ese momento habría tenido más valor para mí que esas pocas palabras.

—¿Puedes hacer eso? Porque yo podría estudiar aquí. Hay buenas universidades, aunque no la especialidad que yo quería elegir. Podría...

De repente estaba dispuesta a cambiar mi futuro, el que llevaba planeando toda mi vida, con tal de estar junto a él.

—Jamás te pediría eso, Abi. No tendrás que renunciar a nada por estar conmigo. Eso te lo prometo.

Cruzó su brazo sobre mi pecho y lo cerró en un puño a la altura de mi corazón. No era la primera vez que hacía ese gesto, y empezaba a entender el significado que tenía para él, tanto el gesto como sus promesas. Yo tampoco le haría renunciar a nada, pero su trabajo era tan especial que tal vez yo no encajara en los planes que Alfa tuviera para Max.

—¿Crees que a Alfa le parecerá bien... esto?

—Cuando un Conciliador encuentra a su compañera, nadie puede separarle de ella.

Te he encontrado. Aquellos pensamientos suyos de hacía unas horas volvieron a mi mente.

—Siempre serás un Conciliador. Tus padres son Conciliadores. ¿Yo también tendré que serlo?

—No se puede elegir ser o no ser Conciliador. Es un derecho que se obtiene solo por herencia. Tú harás lo que tú quieras, yo haré lo que es mi deber. Pero estaremos juntos. Para siempre.

Para siempre. Sonaba tan eterno y tan maravilloso. ¿Sería posible? ¿Por qué iba a merecer yo algo así? ¿Quién era yo?

—¿No estás obligado a estar con una Conciliadora?

Ahora jugaba con mi pelo entre sus dedos y trazaba círculos sobre mi hombro con la nariz. Me abandoné a aquella sensación, a las delicadas caricias que se contradecían con la fuerza de su cuerpo.

—Es muy habitual que sea así, pero conozco muchos casos en los que no.

Eso me dio algo de tranquilidad. Y ya que estábamos haciendo planes para un futuro juntos, y que estando a oscuras y yo de espaldas a él no podía ver mi rubor, le pregunté todas mis dudas.

—Y... nuestros hijos, ¿serán Conciliadores?

Me besó el hombro una, dos veces. Después siguió dibujando círculos con su nariz sobre mi piel, cariñosamente.

—Solo los varones.

—Pero... Anika es mujer y es Conciliadora.

—Los hijos de Anika serán todos Conciliadores, varones y hembras.

—¿Por qué?

Tal vez estuviera haciéndome esas caricias para distraerme, y prácticamente lo conseguía, pero yo necesitaba saber y soporté aquella dulce tortura sin que nublara del todo mi mente.

—Porque su compañero será Conciliador. Me temo que ya lo ha elegido.

Ese «me temo» sonaba a que él no estaba muy de acuerdo con su elección, pero que tampoco la sabía con seguridad.

—¿Y si no lo fuera?

—Entonces solo sus hijas lo serían. Siempre ha sido así.

Vaya, que cosa más curiosa. Aunque no me sorprendía que los Conciliadores fueran fieles a las tradiciones si tenían tantísimos siglos de historia.

—En ese caso, tendremos niños y niñas.

—Me encantaría.

Me giró la cara y me besó con dulzura en los labios, en la punta de la nariz, en ambos párpados.

—Duerme, Abi. Duerme entre mis brazos.

—No se me ocurre ningún sitio mejor donde hacerlo.

Al cabo de unos minutos me quedé dormida y, tras dos días con pesadillas, las pocas horas que dormí en su abrazo lograron hacerme descansar profundamente y sin ningún sueño, ni bueno ni malo, solo una sensación de

paz que hacía dos años que no sentía, pero a la que además se sumaba una plenitud en el corazón que me hizo sentir como si ahora fuera más grande dentro de mi pecho, como si latiera con más fuerza, con más ganas. Lleno de ilusión.

CAPÍTULO 8

Cuando me desperté estaba desorientada, pero el aroma de Max me rodeaba y era demasiado intenso para que fuera solo el impregnado en las sábanas. Además, ahora no lo sentía a mi espalda, sino que tenía su musculoso pecho bajo mi cara. En algún momento de la noche me había girado y me había abrazado a su cuerpo. Mis pestañas debieron hacerle cosquillas cuando abrí los ojos y delataron que me había despertado ya. ¡Qué rabia! Habría deseado quedarme acurrucada junto a él un poco más.

—Buenos días.

En cuanto alcé la cabeza hacia él, se acercó y me besó en la frente.

—Buenísimos —respondí, y mi torso se movió al ritmo de su carcajada.

—Confío en que hayas dormido bien. —Su voz sonó muy dulce mientras acariciaba mi espalda, apenas rozándola con la punta de sus dedos.

—Nunca había dormido mejor.

Inspiré hondo y sentí que él me acompañaba de forma sincronizada.

—Yo tampoco. Pero es tarde. Tenemos que levantarnos ya.

Le sentí contraer los abdominales para incorporarse, pero presioné con mi cuerpo para impedirselo.

—El examen es a segunda hora. Podemos quedarnos un poquito más así. *Porfaaa*. —Le robé la palabra a Carolina. Ese puchero le había resultado convincente a ella. ¿Por qué no a mí?

—No vas a faltar a clase, Abi. —Me abrazó con fuerza y me besó en lo alto de la cabeza—. Pero si desayunamos por el camino, ganaremos unos minutos.

Yo también me abracé a él, satisfecha al ver que deseaba quedarse así conmigo un poco más. Hundí mi cara en su pecho e hice lo mismo que él

había hecho en mi hombro hacía apenas unas horas, tracé círculos con mi nariz y mi mejilla.

—Me encanta tu olor —murmuré contra la piel que cubría su corazón, y mis labios se unieron a los movimientos en espiral.

Sí, su olor era embriagador, como la textura de su piel, su calor, los suspiros que se le escapaban bajo mis caricias... Todo en él me envolvía como un delicado velo, llevándome a un paraíso del que no quería salir jamás.

Sentí cómo su latido se aceleró en cuestión de segundos, sus palpitaciones fueron tan fuertes y rápidas que parecían imposibles y a mí se me empezó a encender la sangre en respuesta.

Algo instintivo, algo que yo sabía que tenía que hacer aunque no sabía cómo, me llevó a seguir y seguir acariciándolo en círculos alrededor de su corazón, ahora también con mis manos, y a lamerle la piel desde su pecho hasta su garganta.

Él me sostuvo la cabeza entre sus manos, apartándome gentil pero firmemente de su cuerpo y mirándome con la barbilla temblorosa. Estaba aún más jadeante que yo.

—Abi, aún no podemos comenzar esto.

—¿Y qué es esto? —pregunté aturdida.

—El ritual de emparejamiento. No... aún.

Yo no había comenzado ningún ritual, que yo supiera. Sencillamente me había dejado llevar por lo que mi cuerpo necesitaba en ese momento, por lo que me pedía a gritos desde lo más profundo de mi interior. Enrojecí. Y de pronto me di cuenta de que no llevaba nada de cintura para arriba. Me cubrí con la sábana con un instinto contrario al que acababa de apoderarse de mí. Y me sentí estúpida por ello.

—Te deseo, Abi, con todas mis fuerzas. —Su mano se ahuecó alrededor de mi cara y yo la hundí en ella—. Pero aún no...

—Sí, lo siento. Ya habíamos acordado esperar. No sé qué me ha pasado. —Carraspeé.

—Yo sí. Es lo mismo que yo llevo conteniendo desde anoche. Es un instinto muy fuerte, pero podemos controlarlo. Piensa en otra cosa.

—¿En una ducha? —propuse.

—Por ejemplo. Si yo voy haciendo el desayuno mientras, claro.

Lo vi sacudir la cabeza, como tratando de sacar un pensamiento fuera de ella. Imaginaba que era uno parecido al mío. Los dos juntos, en la ducha.

Antes de que mi mente siguiera por ahí, salí de la cama para dirigirme al baño, y le vi observarme como si le doliera dejarme marchar. Cogí mis cosas y lo miré por encima del hombro antes de salir del cuarto.

—Prepara algo rico —pedí sonriente y le guiñé un ojo con una coquetería de la que no era consciente de haber hecho gala nunca antes—. Me muero de hambre.

—Yo también.

Volvió a mirarme de arriba abajo, con los ojos enfebrecidos y el labio inferior atrapado entre sus dientes. Esta vez sentirme como un bocadito no me molestó en absoluto. Al contrario, dejarme devorar era algo que se me antojaba demasiado tentador. Eché mano de la poca fuerza de voluntad que me quedaba y, obligándome a dejar de mirarlo, fui a darme una ducha, cuanto menos, templada.

Llegamos al instituto solo cinco minutos antes de la hora de entrada. Nada más salir del coche, vi a Esther a lo lejos, con el resto de mis amigas. Me saludó con la mano y, después de reírse y mirarme con cara de «más te vale que me cuentes todo ahora mismo», entró con ellas al edificio.

Yo me dije que debía haber sido más explícita en los mensajes que nos estuvimos enviando a través del móvil la tarde anterior, mientras Carolina hacía sus deberes. Pero las cosas habían avanzado muy rápido en unas horas, muchísimo, y lo que pasaba entre nosotros no era nada fácil de explicar. Ese día nos iban a llamar la atención todos los profesores por estar cuchicheando sin parar, seguro.

—Tu amiga nos ha pillado —dijo Max, complacido de forma notoria, y tiró de mí para que le diera un beso de despedida. Yo le di uno, pequeñito. No quería que la cosa volviera a incendiarse.

—Esto no es nada. Ahora solo pensará que me has venido a buscar esta mañana. Espérate a que me vea de cerca y se dé cuenta de que tengo el pelo

mojado y que además llevo la mochila que suelo usar cuando voy a su casa. Sabrá que no he dormido en la mía.

—Dile que se te ha estropeado el secador —propuso él y deslizó mi goma de pelo a lo largo de la coleta—. Esto es mío.

Me reí como una tonta cuando le vi ponerse mi coletero de nuevo en su muñeca, olisqueándolo después.

—No vale —protesté juguetona—. Yo también quiero algo tuyo.

Él se miró, buscando algo que poder ofrecerme. No hubo suerte, ya que no llevaba ningún tipo de complemento. ¡Si ni siquiera llevaba una chaqueta encima de la camiseta de manga corta!

—Buscaré algo para ti. Pero, de momento, tendrás que conformarte con esto.

Me capturó entre sus brazos, colocó una mano en mi cintura y la otra bajo mi nuca y me besó de tal modo que apenas oí el timbre anunciando el momento de entrar en clase. Tuvo que ser él quien me recordara que debía marcharme.

—Hoy pensaba cocinar mi mejor receta. Podrías comer conmigo, así ya habríamos hecho juntos las tres comidas más importantes del día.

¿Cuántas comidas al día hacía él?, me planteé. Pero la oferta era más que tentadora. No solo porque la cena y el desayuno que había preparado Max habían sido deliciosos. Sino porque lo que más deseaba era estar con él, el mayor tiempo posible. Además, mi madre los martes y los jueves no iba a casa a comer. ¿Quién podría negarse?

—Vale. ¿Me vienes a buscar?

—En mi corcel blanco —bromeó, señalando el pequeño, algo viejo y oscuro vehículo—. ¿A qué hora?

—A las dos.

Le di otro rápido beso y me marché corriendo, pensando que no se podía ser más feliz.

Después de las clases, de mi no muy brillante examen de inglés y del

interrogatorio de Esther —a la que le conté solo lo que se podía contar y aun así la dejé con la boca abierta— comí en casa de Max, tratando de no estar demasiado cerca de él, al menos mientras estuviéramos allí solos. Hice lo que él me aconsejó, pensar en otra cosa, y por el momento ayudó. Hablamos de nuestros gustos musicales, literarios y culinarios. Max tenía una especial afición por la gastronomía y me dijo que, si no hubiera tenido el deber de ser Conciliador, habría sido muy feliz como cocinero, uno de alta cocina. Sus platos no eran para menos.

Después de una gran ensalada y el mejor cordero al horno con patatas que había comido en mi vida, Max me dijo que debía ir a la sede a comprobar algo importante de lo que no me quiso dar detalles. Yo tampoco se los pedí.

Mientras él hablaba con el equipo que había organizado la noche anterior, supuse que para seguir investigando el asunto de la misteriosa ceremonia, yo me quedé hablando con otros dos Conciliadores. Raúl y Sheila estaban en el período de descanso en una salita contigua a la principal, donde más de treinta hombres y mujeres trabajaban en sus ordenadores y hablaban por el micrófono sujeto a unos auriculares, como teleoperadores hiperactivos.

Raúl resultó ser el segundo de Max, significara lo que significara eso. Me contó que los dos se habían criado en la misma sede, en la de Pamplona, y que eran amigos desde niños. Me reí mucho escuchando algunas traxadas que habían hecho juntos y los castigos que tuvieron que cumplir por sus travesuras.

Cuando Max volvió, casi media hora después, ya me parecía conocer una parte más de él, una vista desde los ojos de un gran amigo.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó en cuanto entró en la salita en la que ya solo estábamos Raúl y yo, riéndonos sin parar—. Pero veo que no te has aburrido. ¿No tienes nada que hacer, Raúl? ¿Como ponerte con los archivos de Galiana de, no sé, los últimos mil quinientos años?

Raúl dejó de reírse y yo me sentí fatal por él. Encima de que se había quedado para hacerme compañía, Max le regañaba.

—Ha sido un placer conocerte, Abi. No dejes que este gruñón te quite esa sonrisa tan bonita.

Max gruñó a Raúl según salía por la puerta, pero él le respondió con otro gruñido de burla, eso que era bastante más bajito que él. Era obvio que no le

temía en absoluto, porque además le dio un pequeño puñetazo en el estómago cuando Max creía que ya se había ido, haciéndole doblarse por la sorpresa y no por el dolor, como me había parecido a mí al principio, dejándome por un momento perpleja.

—Don Juan —masculló, revolviéndole el pelo y haciéndole reír a pesar de intentar no hacerlo.

Ver esa camaradería entre los dos me llenó de alegría por Max. Exceptuando a Anika, hasta ese momento me había parecido que Max estaba muy solo.

—Te llevaré a recoger a Carolina y os seguiré hasta su casa —me dijo rodeándome los hombros con un brazo y invitándome a salir hacia el garaje—. Sale del colegio a las cinco, ¿verdad?

Asentí y caminé con él hacia la salida. Pero de pronto me detuve.

—¿Hoy es martes? ¿Martes de carnaval? —No pude evitar sonreír con todas mis ganas—. Hoy no tengo que ir. Casi lo había olvidado. Tiene un recital en el colegio y sus padres van a ir a verla.

—¿Eso significa que tienes la tarde libre?

Libre, libre... Había planeado estudiar. Pero llevaba mucho tiempo dedicando a estudiar todas y cada una de mis tardes libres. Me merecía una tregua.

—Podríamos... hacer algo juntos. Y no como una misión —aclaré. Su cara se puso seria y me planteé que estaba siendo una tonta—. A no ser que tengas mucho trabajo. Imagino que estás muy ocupado con todo este lío.

—¿Me estás pidiendo una cita? —Su gesto serio mudó a burlón.

Noté cómo mis mejillas subían de temperatura. Aun así, le eché valor y lo dije, tan claro como lo pensaba.

—Pensaba que éramos algo así como... novios.

Después de lo que había sucedido entre nosotros la noche anterior, todo lo que nos habíamos dicho, los planes que habíamos hecho, lo daba por supuesto. Pero hasta que él no lo confirmó con palabras y me ofreció una de aquellas maravillosas sonrisas suyas que le hacían brotar un hoyuelo en cada mejilla, el aire quedó retenido en mis pulmones.

—Claro que lo somos. Pero no he podido evitar chincharte un poco. Me parece encantador que te sonrojes así. —Me besó en una mejilla con

pequeños besos, muy juntos unos de otros—. Te vuelves aún más preciosa. —Paseó sus labios por mi otra mejilla—. ¿Te había dicho lo preciosa que eres?

—No —dije sin aliento.

—Un grave error por mi parte.

Pero a mí eso no me había hecho falta. Que me mirara como lo hacía ya me hacía sentirme la mujer más bella del mundo. Y la más afortunada.

—Nos tomaremos la tarde libre. Nos lo hemos ganado —sentenció—. ¿Dónde quieres que te lleve? Hace muy buen día. Podríamos dar un paseo en moto.

Abrí los ojos de par en par.

—¿No me digas que te da miedo?

—Un poco —confesé—. Aunque la verdad es que no he montado nunca.

—Sabes que yo nunca dejaré que te pase nada, ¿verdad?

Volvió a besarme, esta vez en los labios, y me abandoné a aquel beso, entre sus brazos, de esa forma que empezaba con suavidad y se convertía en puro fuego.

No nos importó que a unos cuantos pasos hubiera un par de docenas de Conciliadores, en teoría trabajando, aunque seguro que vernos allí besándonos había llamado la atención de más de uno.

Estaba empezando a sentirme desorientada cuando unos gritos en el piso de abajo me apartaron de los labios de Max.

—Anika —moduló con los labios, sin emitir un solo sonido. Y salió disparado escalera abajo.

Seguí a Max hasta el sótano. Sabía que era rápido, pero esta vez me dejó pasmada. Estaba frente al laboratorio antes de que yo pisara el segundo escalón. Las puertas se abrieron en cuanto se puso delante, pero no entró. Fue como si algo lo golpeará porque retrocedió hacia atrás con cara de asombro. Cuando lo alcancé y miré lo que él miraba, me encontré con Anika haciendo algún tipo de baile de la felicidad, de la victoria o de alguna celebración de ese estilo. Daba saltitos con los pies juntos y moviendo las caderas y los brazos al ritmo de alguna música que solo ella oía y tarareando algo que sonaba así como «lo tengo, lo tengo, soy un genio», a lo que le seguían unos grititos, que era lo que habíamos oído desde arriba.

—¿A qué viene este jaleo? —preguntó Max, atreviéndose por fin a entrar.

—¡Max! —exclamó muy sonriente, aún más de lo que era habitual en ella cuando lo veía—. ¡Lo tengo! ¡Lo tengo! A Alfa le va a encantar. ¡Esto le va a hacer hasta sonreír!

Saltó sobre él como si tuviera muelles en los talones y él la recibió dándole vueltas en el aire. Cuando la dejó en el suelo, Max me miró con cara inocente y encogiéndose de hombros. Al parecer, estaba tan desconcertado como yo.

—¿Qué magia has hecho esta vez, Anika?

Ella levantó con cuidado lo que a mí me pareció una simple pantalla rectangular, de no más pulgadas que la de mi ordenador portátil, y la colocó delante de su cara, como si fuera el marco de una foto y su rostro la lámina. Pero cuando la pantalla se encendió, lo que vimos fue una especie de escáner, ya que no era su imagen tal cual lo que mostraba, sino su silueta rodeando una masa de colores anaranjados que daban forma a sus ojos, sus labios y su nariz.

—Esta es solo la versión portátil. —La dejó en la mesa y conectó una cámara de video que reposaba sobre un pequeño trípode—. También está la versión de vigilancia, la que colocaremos por toda la ciudad. ¡Y después lo exportaremos a todas las sedes del planeta!

Cuando encendió la cámara y la enfocó hacia nosotros, la imagen que esta captaba apareció reflejada en la pantalla gigante que cubría una de las paredes. Allí aparecieron dos siluetas, las nuestras. La de Max, más alta y ancha que la mía, contenía colores rojizos, parecidos a los de Anika pero más oscuros. Justo donde estaría su corazón, había un punto palpitante de un rojo aún más intenso que el resto, que refulgía como la lava de un volcán. Fuera lo que fuera aquello, que seguro que servía para algo útil que yo no comprendía, era hermoso. Cuando conseguí fijarme en mi propia silueta, no pude evitar tocarme la cara. Todo mi cuerpo era de un tono amarillo pálido, pero donde estaría mi corazón latía el mismo punto rojo que en Max. Y la zona más baja de mi cara, mi boca y mis mejillas en concreto, tenían el mismo color rojizo que el cuerpo de Max. Recordé que un beso en los labios y otros tantos en cada una de mis mejillas estaban tan recientes que casi los podía sentir aún. ¿Podría aquel sensor percibir eso?

—Habéis estado haciendo algo más juntos que los operativos, ¿verdad? —

Carraspeó e hizo zoom con la cámara hacia mi rostro.

—Apaga eso, Anika. Ya nos has demostrado que funciona.

Miré a Max. Estaba sonrojado. Nunca antes le había visto ruborizarse, y me pareció enternecedor. Pero iba siendo hora de que me explicaran qué hacía ese aparato.

—¿Para qué sirve esto, Anika?

—Es mi... —Vi que se callaba al mirar a Max. Fuera lo que fuera a decir, rectificó—. Es una especie de sensor de temperatura, aunque no es exactamente la temperatura lo que mide. Es un poco difícil de explicar en términos no científicos.

Vi que Max se dirigía a la pantalla gigante y observaba mi silueta con detenimiento.

—¿Por qué tenemos diferentes colores? —pregunté sin apartar los ojos de Max.

—Bueno. —Anika dudó un poco—. Le he adjudicado un valor cromático a las diferentes sustancias que conforman un cuerpo. Es decir, Max y yo somos más oscuros que tú porque somos Conciliadores, y como yo no hago trabajo de campo y además soy hembra, pues mi tono es más claro, más... ¿tranquilo?

—¿Tranquilo? —repetí yo—. ¿Y yo soy aún más tranquila y por eso soy amarilla?

—No. Todos los humanos corrientes son de la gama de los amarillos. Tu color es perfectamente normal. Excepto por las huellas de Max en tu piel —añadió con una sonrisita—. Deben de ser muy recientes para que mi sensor las capte. ¿Os habéis escondido en la sala de material?

—¿Qué color has adjudicado a los vampiros? —preguntó inquisitivo Max, ignorando las pullas de Anika.

—Oh, bueno, uno que los diferencie bien del resto. Ese era el objetivo de mi sistema de rastreo. Las pruebas que he hecho con el fugitivo... —Se detuvo y la vi taparse la boca con una mano antes de mirarme con cara de disculpa.

—El color, Anika. ¡Ya!

Max parecía más enfadado de lo que nunca antes había visto.

—Azul —respondió ella, molesta por su tono.

—¿Qué clase de azul? —Max estaba cada vez más pegado a la pantalla de la pared y la mano que trataba de tocarla temblaba.

—Diferentes clases de azul, Max. —Anika parecía exasperada—. Ya sabes que según su clase social en el clan ellos son distintos, por lo que sus colores también deben serlo. A Galiana, por ejemplo, se la vería de un tono violáceo. A Lope, al ser hombre, más bien añil. Los recién convertidos serían azul cielo y los de rango medio...

—¿Qué tono de azul es este, Anika? —La pregunta salió de la garganta de Max como un gruñido. Su mano señalaba a mi silueta en la pantalla. Concretamente, a la zona de mi cuello—. Haz zoom, ahora mismo.

Anika obedeció, pero Max ya estaba agarrándome por la nuca con una mano mientras con la otra cogía la pantalla portátil, la pegaba a mi garganta y la encendía, gritándome a pleno pulmón.

—¿Te tocaron, Abi?! ¿Alguien en el edificio de Galiana te tocó el cuello?

—¡No! —Lo pensé a conciencia—. Solo ella, me apartó el pelo, supuse que para comprobar que nunca había sido mordida. Apenas me rozó con una patilla de sus gafas.

—¿Pudo haberte rozado con la uña sin que te dieras cuenta? —insistió él.

—No, no lo creo. —Ella se había cuidado mucho de no tocarme, demasiado incluso.

—No es un arañazo. Y no es violeta, Max. —Vi a Anika tragar saliva—. Es azul oscuro, casi añil.

—Dime que no es lo que creo. —Los ojos de Max se abrieron de par en par y retrocedió hasta chocar contra una mesa—. Dime que no lo es.

—¿Qué pasa? —Estaba empezando a asustarme—. ¿Qué tengo?

—Es el Beso del Príncipe —resolvió Anika—. No cabe duda. Lo siento, Max.

—¿Cuándo? —Ahora Max me sujetaba por los brazos y me zarandeaba como si fuera una muñeca—. ¿Cuándo te besó?

Traté de pensar, cosa que me estaba resultando muy difícil con Max clavándome sus manos en los hombros. Pero yo solo había estado con Elías una vez. Un única y fatídica vez.

—El día que me dio la carta. No pude evitarlo, apenas era consciente de lo que pasaba. Max, yo no...

No puede seguir, Max me lanzó sobre una silla y Anika corrió a interponerse entre nosotros. Aunque Max no tenía intención de venir hacia mí, no. Lo hizo hacia el otro extremo del laboratorio. Y lo siguiente fue el caos.

Max pareció volverse loco de repente, comenzó a golpearlo todo, muebles, ordenadores, lámparas... Mientras, gruñía y despotricaba sobre los malditos vampiros y que acabaría con todos ellos. El pobre muñeco que Anika había frito con su prototipo láser colgaba de una especie de percha, y Max se ensañó especialmente con él. Lo tiró al suelo y casi me desmayé al verlo morderle el cuello y despedazarlo hasta arrancarle la cabeza.

—Vale, esto se está poniendo feo —murmuró Anika y me abandonó un segundo para pulsar un botón bajo la mesa—. He llamado a la caballería.

En menos de diez segundos, Alfa entraba por la puerta como un tornado y casi pisando a Max, quien seguía tirado en el suelo despedazando al inocente muñeco.

Se quedó noqueado ante aquella visión, y miró hacia nosotras pidiendo explicaciones.

—Está fuera de sí —alegó Anika, acariciándome la cabeza.

—¿Qué lo ha provocado? —Alfa lo levantó con fuerza del suelo, donde el pelele ya no tenía una sola parte del cuerpo unida—. No me lo digas. Reconozco la rabia de los celos en cuanto la veo. ¿Quién es el otro?

—Elías —dijo Anika en un susurro.

—¿Qué?! —Me miró como si me hubiera vuelto loca—. No puede ser.

Por primera vez, Alfa estaba asustado, lo vi. Y eso me hizo temerme lo peor.

—No es y no va a ser —matizó Max—. No si le arranco la cabeza —gruñó entre dientes, con la cara desencajada. Era como si se le estuviera deformando por la rabia.

Max trataba de librarse de los brazos de Alfa, quien lo tenía enganchado en alguna especie de llave, reteniéndole los brazos para que no se moviera. Pero Max no paraba de intentarlo.

—¡Calla Max! No voy a dejar que provoques una guerra por una mujer.

Por mucho que confiara en Max, en esto no podía evitar estar con Alfa. No podía acabar convirtiéndome en una nueva Helena de Troya. Sobre todo

porque esta epopeya no era la *Ilíada* y en este caso la guerra no se limitaría a las palabras de Homero sobre papel. Esta guerra sería real.

—Max, vete a la zona de entrenamiento.

—¡No! ¡No aceptaré más órdenes de ti hasta que acabe con esto!

En cuanto Max pronunció esas palabras, se dobló sobre sí mismo, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Aunque nadie lo había tocado. Tuve que aguantar las ganas de vomitar, porque creí sentir lo mismo que él, un agudo dolor en la boca del estómago.

Alfa le hizo girarse sobre sí mismo para que le mirara a la cara.

—Ve a las pistas y corre hasta que descargues toda esa rabia. ¡Ahora! — Antes de que volviera a replicarle lo lanzó fuera de laboratorio con el empujón de una sola mano—. Es una orden.

Acto seguido, pude oír el sonido de sus pasos escalera arriba, retumbando como si el edificio fuera a caerse.

—Anika. Dime exactamente qué es lo que ha pasado.

Ella le entregó la pantalla portátil y la conectó.

—Mi sensor de lo sobrenatural funciona, con mucha precisión. Y hemos encontrado algo que no esperábamos.

Giró mi cuello para que él pudiera colocar la pantalla y ver la huella. No pude hacer más que dejarme observar. Mi cuerpo era como un flan y mi cabeza estaba a punto de estallar.

—El Beso del Príncipe. —En esta ocasión mis ojos pudieron verlo. Eran dos finas líneas paralelas algo onduladas, como dos labios, y eran de color azul grisáceo—. ¡Por todos los santos! ¡La ceremonia! Esto es lo que vio Galiana. ¿Cómo no lo pensamos antes? Ella puede percibir estas cosas.

—Lo peor es que Abi dice que sucedió antes de que Max y ella se conocieran. Pero... —Anika bajó la pantalla hacia mi pecho, donde mi corazón brillaba con el rojo más intenso que jamás había visto, incluso más que segundos antes—. Ya son compañeros, aunque él aún no la haya reclamado. ¿Podría Elías romper eso?

—Tiene derechos previos adquiridos. Podría ser la guerra o la muerte de uno de los dos.

—¡No! —Los empujé a ambos para levantarme y apartarme de ellos—. ¿Por qué? Yo no he aceptado nada de Elías. Él me besó sin que yo me diera

ni cuenta. En cambio a Max... le he entregado mi corazón.

Anika y Alfa cruzaron una corta mirada. Él endureció el gesto y ella estuvo a punto de echarse a llorar.

—Eso a Elías y a su clan les dará igual. Él te eligió. Y cuando lo hizo no estabas unida a Max, ni siquiera lo conocías —me explicó Alfa con voz amarga—. Puede agarrarse a eso.

—No puede obligarme a que esté con él si yo no quiero —aclaré muy segura de mis deseos.

—Me temo que puede hacer que estés con él sin que tú te des cuenta de que estás siendo obligada.

Aquello me cayó como un balde de agua fría.

—Creía que dominar la voluntad de los humanos estaba penado con la muerte. ¿No dicen esos vuestros Concilios?

—No cuando un príncipe elige esposa. Los Concilios contienen ciertos privilegios para los reyes. Sin esas pequeñas concesiones, nunca los habrían firmado. —Se rascó la cabeza y de pronto me pareció más joven, casi de la edad de Max. En su cara se veía que, por primera vez, no tenía ni idea de qué hacer. ¿No podía elegir otro momento para dejar de ser el líder todopoderoso?—. Voy buscarle a ver si se ha calmado. Entre todos idearemos cómo salir de esta.

Salió por la puerta y Anika lo miró marchar, suspiró y se volvió hacia mí.

—Alfa averiguará cómo arreglarlo. Él siempre encuentra la manera.

—Ojalá yo confiara tanto en él como tú—. Tomé aire con dificultad y me senté de nuevo. Mis piernas empezaban a avisarme de que pronto dejarían de sostenerme—. ¿Qué le ha pasado a Max? Eso no era un ataque de celos, Anika, al menos no solo eso.

Ella sacó dos botellines de agua de una nevera y se sentó a mi lado, ofreciéndome uno. Incluso lo abrió para mí. Di un pequeño sorbo para agradecerse, pero mi estómago no aceptaba nada en ese momento.

—Los Conciliadores somos muy temperamentales. Y vuestra unión, aunque es reciente, se ve que es fuerte. Mucho. El color de vuestros corazones así lo indica. La idea de poder perderte antes de completar el ritual de emparejamiento le ha vuelto loco. Pero no te asustes, él nunca te haría daño. Se ha desahogado con *Sanguijuela Tres*, mira cómo lo ha dejado...

De no haber estado en estado de shock, tal vez me habría reído del nombre del muñeco, que parecía el título de la tercera entrega de una película de serie B.

Me obligué a reaccionar cuando Anika sacó una escoba y se dispuso a limpiar el estropicio. Me levanté y sin decirle nada, le quité la escoba para hacerlo yo. Me sentía responsable. Ella me sonrió, me acarició la cabeza como una madre y se puso a recoger otra parte de los destrozos. Había trabajo más que de sobra para las dos.

Alfa llegó jadeante y con cara de niño perdido. Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté asustada.

¿No habría ido a por Elías? ¿A arrancarle la cabeza como había planeado?

—No puedo hacerle parar, Anika. Está... mal.

Ella se llevó la mano a la boca y los ojos se le llenaron de unas lágrimas que esta vez se precipitaron por sus mejillas. Lo que me faltaba. Si Anika perdía la calma yo acabaría trepando por las paredes. Me sentí desfallecer.

—¿Mal? ¿Qué es mal? —pregunté yo, pero nadie me hizo caso.

—Necesita una amiga —continuó Alfa—. Solo a ti te hará caso. Confío en que así sea. Pero de todas formas, llévate el arma.

—¿El arma? —Me caí al suelo. Al final no pude evitar que mis piernas fallaran y dejaran de sostenerme.

Ella negó con la cabeza y Alfa la cogió por los hombros, mirándola a los ojos.

—Puedes hacerlo. Si es lo que necesita ahora, solo tú puedes hacerlo.

—¡Es mi amigo! —sollozó ella—. Más que eso. Es como mi hermano.

—No me hagas ordenártelo, por favor. No me obligues.

Me di cuenta de que las órdenes de Alfa eran efectivas de manera fulminante con ellos. A Max incluso le había dolido contradecirle. Al parecer, Alfa no quería herir a Anika.

Ella se acercó a un armario y sacó una pistola extraña a la que le insertó una botellita con un líquido transparente. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y el pecho no le paraba de temblar tratando de contener los sollozos que luchaban por emerger casi tanto como yo por levantarme de allí, pero era como si alguna extraña fuerza me mantuviera pegada al suelo. Lo único que

podía hacer era gritar.

—¿Qué le vas a hacer? No irás a...

Anika se arrodilló a mi lado.

—Voy a intentar hablar con él, pero si no me escucha, tendré que sedarlo.

—Claro que te escuchará —repliqué—. Y a mí también. Déjame ir contigo, yo podría hacer algo.

—No, ahora no puedes estar con él —sentenció Alfa—. Ahora mismo no es él. Lo siento Abi, pero debes dejarnos hacer esto a nuestra manera.

Anika me apretó la mano, mirándome con cara de auténtica culpabilidad. Cuando llegó a la puerta, Alfa la detuvo y, aunque hablaron en susurros, yo pude escuchar todo.

—No te acerques demasiado, está muy agresivo. Debes ir sola porque mi presencia solo lo alterará más. —Se levantó la manga y le enseñó el brazo. Tenía un corte bastante profundo. Si contradecir a Alfa dolía como un puñetazo en el estómago, ¿cuánto podría dolerle herirlo?

—¡Marc! ¿Te ha atacado?

—No lo ha hecho queriendo. Ha sido algo que ha lanzado y me ha alcanzado de rebote. Estoy bien. Pero tú no te arriesgues. —Gruñó de dolor cuando ella le tocó la herida—. Si no te escucha en unos minutos, dispara. ¿Entendido?

—Sí.

Lo dijo con firmeza, pero al instante rompió a llorar. El llanto de Anika fue tan impactante como su baile de hacía unos instantes. La cara de Alfa se desencajó, y puede comprender que verla llorar le hacía más daño que el corte de su brazo.

—Mírame, Anika, ¡mírame! —Le cogió la cara por ambas mejillas y le secó las lágrimas con los pulgares mientras la miraba a los ojos—. Puedes hacer esto. Es la única forma de ayudarlo. Para cuando despierte o consigas que se calme, yo tendré la solución al problema. Te lo prometo.

—Te creo —respondió ella, y vi que era sincera.

Algo cruzó por la cara de Alfa y tras unos instantes de duda, acabó juntando su frente con la de ella, tal como Max había hecho conmigo antes de ir a ver a Galiana, y le rozó la punta de la nariz con la suya, con tal ternura que hasta yo me estremecí mientras Anika temblaba de pies a cabeza.

Miré para otro lado porque, aunque en apariencia no era más que una caricia, yo sabía que contenía algo de intimidad que no tenía derecho a observar. Mis ojos se centraron en la pantalla gigante, donde para mi sorpresa encontré dos siluetas. La cámara había girado con el caos que había provocado Max y enfocaba hacia la puerta, donde estaban ellos dos. El color de Alfa era aún más rojo que el de Max, pero el de Anika era igual de anaranjado que el que la pantalla portátil había desvelado en su rostro minutos antes. Aunque algo había empezado a titilar en sus respectivos pechos. Un punto rojo más intenso que el color de Alfa, tan intenso como el de Max y el mío. Parpadeó un par de veces y acabó refulgiendo con un destello que me cegó antes de volverse palpitante como una llama.

Cuando me volví hacia ellos, Anika ya se había ido y Alfa miraba hacia la puerta con aire soñador. En unos segundos se volvió hacia mí con gesto decidido, me ofreció la mano para que me levantara y me dijo:

—Vamos. Tenemos cuatro días para enseñarte lo que los Conciliadores aprenden en varios años.

—¿El qué? —Acepté su mano y le seguí escalera arriba.

—Ser capaz de no sucumbir a la voluntad de un vampiro.

CAPÍTULO 9

Los siguientes cuatro días fueron los más largos de toda mi vida. Viví en una mentira, o más bien en varias, para poder pasar el mayor tiempo posible en la sede de los Conciliadores, entrenándome. Solo volvía a mi casa para dormir y en todo momento me acompañaba Raúl, el segundo de Max, ya que a él no me dejaron volver a verlo ni una sola vez. No hasta que no pude más y me derrumbé, literalmente, de rodillas ante Anika, el sábado antes de que empezara lo que se suponía que iba ser el final de todo: la entrega del mensaje a Elías y, si el plan salía bien, mi desaparición del mundo de los vampiros.

Lo primero fue mentir a mi madre. Ella creía que yo seguía haciendo mi vida normal, que a la mañana iba al instituto y a la tarde iba a cuidar de Carolina. Pero no hice ni una cosa ni la otra, gracias a mi fiel amiga Esther, a la que le iba a estar agradecida de por vida. Por suerte no me hizo más preguntas una vez que le expliqué entre lágrimas que todo lo hacía por Max, que algo le había sucedido, y que tenía que estar con él. Ella aceptó que no le dijera nada más de momento, pero me hizo jurarle que cuando todo estuviera resuelto le explicaría qué pasaba. También me hizo asegurarle que nada de esto tenía que ver con drogas ni nada ilegal. Eso último pude hacerlo sin mentir.

Por su parte, Esther tuvo que mentir casi más que yo. En el instituto mantuvo la farsa de que yo estaba enferma, la misma que les dijo a los padres de Carolina, con quienes ya me había cubierto en una ocasión que mi madre sufrió una grave neumonía. Faltar una semana podría haber supuesto ser reemplazada por otra canguro de forma definitiva si Esther no se hubiera prestado voluntaria para ocupar mi puesto. Esta vez, más bien se había visto

obligada, pero en situaciones así es cuando se reconoce a una amiga de verdad cuando la necesitas, aunque yo no me estuviera comportando como la mejor del mundo. Algún día se lo compensaría, con creces.

Los entrenamientos, como Alfa los llamaba, eran más bien una tortura física y mental a la que si añadíamos sus negativas a dejarme ver a Max, eran un tormento que nadie podría soportar sin volverse loco. Para el sábado por la tarde, yo creí haber perdido el juicio por completo.

Cada mañana empezaba corriendo. El primer día pensé que era broma, pero al incrementar tres kilómetros cada día, vi que aquello iba muy en serio. Según él, quien se tomó mi adiestramiento como algo personal y lo supervisaba cada hora, el ejercicio físico contribuía a mantener la mente clara, despejada, y a establecer un equilibrio cuerpo-mente que debía permanecer intacto si no quería que Elías me engatusara de nuevo.

Aquel comentario me dolió tanto que ese día tardé mucho menos en recorrer la distancia del circuito que me había programado, nada menos que nueve kilómetros, cuando yo no estaba acostumbrada a hacer nada más que natación algunos domingos por la mañana. Y es que yo no me había dejado engatusar por Elías, lo que había sucedido era que había hecho que no fuera consciente de lo que pasaba hasta que ya me había besado. Para Alfa aquello era lo mismo, manipular la mente de una manera u otra, así que insistió cada día más en el ejercicio físico, de forma que el viernes y el sábado corrí quince kilómetros por la mañana y otros quince por la tarde, cosa que jamás habría creído ser capaz de hacer.

Las pistas, que eran las habituales que había visto en las competiciones de atletismo, aunque estas estaban cubiertas y la elipse interior recorría medio kilómetro exacto, permanecían vacías siempre que yo acudía a hacer mi circuito. No me dejaban pasar hasta que todos los demás salían y se dirigían a otra zona de ejercicios a la que no me dejaron acceder ninguna vez. Tampoco entraba nadie hasta que me marchara yo. En cambio a la hora de comer sí compartía el comedor con el resto de los Conciliadores, solo que todos parecían tener sus mesas asignadas y se limitaban a saludarme con simpatía, incluso por mi nombre, pero nunca se sentaban a mi lado. Solo Anika, Raúl y Alfa lo hacían, y rara vez todos a la vez.

En una ocasión que Raúl estaba más dicharachero que de costumbre —al

contrario que cuando me acompañaba a casa o me recogía, que permanecía callado a no ser que hablara yo primero— me preguntó por qué creía yo que Elías me había elegido a mí si solo me había visto unos minutos.

No supe responderle en ese momento, pero aquello me hizo plantearme muchas cosas más tarde. La primera, que todos sabían lo que allí ocurría, excepto yo. La segunda, que lo que Elías había hecho marcando como su compañera a alguien como yo, que hasta ese día no había tenido nada que ver con los vampiros, estaba fuera de lo normal, y que nadie se lo esperaba. Y la más extraña de todas. Haciendo memoria y tratando de recordar el más mínimo detalle de aquella fatídica fiesta, pude recordar que nada más verme, Elías me había dicho que me había confundido con otra persona. Y algo me decía que eso era más importante de lo que al principio me había parecido. Debía descubrir quién había creído que era antes de dar por hecho que era la mensajera. El sábado iba a tener la oportunidad de hacerlo.

Antes y después de cada comida —que no se podía decir que fuera de gourmet pero que yo devoraba como si fuera un manjar, ya que estaba hambrienta como nunca antes en mi vida— me sometía a varias sesiones de lo que Anika llamaba «repeler la invasión mental». Eran diferentes ejercicios en los que mi mente era atacada por grupos de imágenes a toda velocidad, mensajes sonoros que aunque yo no los oyera de manera consciente, llegaban a mi cerebro dándome órdenes. Después me enseñaban fotografías y dibujos, y yo tenía que indicar lo más rápido que pudiera si los consideraba buenos o malos.

En teoría, haber confundido el bien y el mal tras aquellas sesiones habría demostrado que mi mente era demasiado débil. Pero debí superarlas, porque me pasaron a lo que llamaron la Fase Tres. La que peor soporté. El enfrentamiento directo con un vampiro.

No quisieron decirme de dónde había salido, si era o no de alguno de los clanes de la ciudad, ni por qué se prestaba a colaborar con nosotros. ¿Por qué iban a contarme ese secreto cuando no compartían ningún otro conmigo? Por ejemplo, qué demonios le había ocurrido en verdad a Max y por qué no me dejaban verlo. Sus palabras en su casa sobre que quería que supiera toda la verdad antes de que entre nosotros sucediera algo más íntimo, empezaban a colapsar mi mente con multitud de hipótesis, entre ellas, que él estaba

enfermo de gravedad. ¿Cómo no pensar eso si lo tenían aislado, como en cuarentena?

Lo único que yo podía hacer era prepararme lo mejor posible para no hacerle más daño. Lograr permanecer inmune ante Elías era primordial, así que soporté todas y cada una de las pruebas que me impusieron.

El vampiro que formaba parte del entrenamiento parecía enfermo, y desde luego no imaginé que tuviera ningún tipo de poder para doblegar mi mente. Pero cuando le daban una orden escrita en un papel para que la leyera para sí y me la transmitiera mentalmente, él obedecía y al parecer yo también.

Las primeras veces no fui consciente de lo que sucedía. De repente, después de habernos estado mirando apenas unos segundos a los ojos el uno al otro, me daba por levantarme de la silla en la que estaba sentada en frente de él, y hacía cosas extrañas como derramar sobre el suelo el agua que había en una jarra, abrir la puerta y llamar a mi madre a gritos o quitarme los zapatos y ponérselos a las patas de la silla.

Después de que él dejara de ejercer su influencia sobre mí, yo ni siquiera creía que hubiera sido yo la que había hecho aquellas cosas. Para mí no había pasado ese tiempo, había sido como si esos segundos en los que estaba cumpliendo sus órdenes no hubieran existido.

Pero el segundo día, después de hacer las cosas absurdas que a él le imponían obligarme a hacer, empecé a ser consciente de que era yo la que las había hecho, aunque solo una vez que había sucedido, no durante el proceso. Era como si lo hubiera soñado, solamente eso.

El viernes la cosa empezó a cambiar. Según Anika, y aunque yo no lo recordaba, me había negado a cumplir una de las órdenes que él me había indicado. Había dicho «no» y no me había levantado de mi silla. En cambio, el resto sí las había llevado a cabo. Me enfurecí cuando no cedieron en decirme qué era lo que no había querido hacer ni por qué era diferente a las demás órdenes estúpidas que había obedecido dócilmente. Decían que no querían condicionarme, pero yo sospechaba que era algo más.

Para el sábado por la tarde, era capaz de identificar cada orden, incluso resistirme a ellas, aunque hacerlo me causaba tal dolor que acabé vomitando en dos ocasiones.

Aquel vampiro, del que ni siquiera me dijeron su nombre, no parecía

disfrutar con lo que me estaba haciendo. Incluso parecía ponerle más enfermo. Supuse que el esfuerzo le debilitaba, además de encontrarse en la sede, rodeado por el agua corriente de la ría por todas partes. Pero cuando me marché y le di las gracias por su ayuda, él me dedicó una sombría sonrisa antes de darme la espalda y solicitar a Alfa volver a su celda. Esa fue la única vez que escuché su voz saliendo de su garganta en vez de su voz mental.

Corrí mis últimos quince kilómetros esa tarde, sintiéndome liberada de la presión cerebral a la que había sido sometida por última vez antes de enfrentarme a la que Elías podría ejercer sobre mí. Entonces fue cuando llegué a la zona de las duchas y escuché discutir a Anika y a Alfa. Me quedé quieta, escondida, para oír su conversación. No me sentí en absoluto culpable por ello. Iba siendo hora de que me enterara de algo aunque ellos no quisieran.

—No está preparada, Marc —decía ella, muy enfadada.

—No tenemos otra opción, Anika. El mensaje debe ser entregado por Abi y Elías debe renunciar a ella de forma voluntaria. Para eso la hemos entrenado, para que ella pueda negarse a ser suya por mucho que él trate de imponérselo.

La oí resoplar, como si lo que Alfa decía le pareciera absurdo.

—Sabes que no hay comparación entre ese vampiro fugitivo de pacotilla y un príncipe, Marc. Y si Elías consigue que ella le acepte, Max morirá.

Tuve que ponerme la mano sobre la boca para que mi sollozo no se oyera en eco contra los azulejos de las duchas y las taquillas tras las que yo estaba escondida.

—No morirá. Lo superará. Tarde o temprano lo hará.

—No, Marc. Conozco muy bien a Max, jamás superará esto. Lo que hay entre ellos es muy fuerte.

Oí un golpe contra una de las taquillas, lo que hizo retumbar toda la fila y llevó la vibración hasta donde estaba yo, haciéndome temblar aún más.

—Si su relación es tan intensa como dices, ella debería ser capaz de no sucumbir a Elías. El vínculo la protegerá más que el propio entrenamiento.

—Sé que es el más fuerte que he visto hasta ahora. Bueno, al menos no siendo ella Conciliadora.

Hubo un silencio y estuve a punto de asomarme a ver lo que ocurría. No lo hice. Necesitaba seguir escuchando sin que me vieran.

—Pero Max se ha visto así de afectado porque aún no la ha reclamado. E imagino por qué. Quiere decirle la verdad a Abi antes de hacer el ritual, pero no ha querido poner en peligro la misión. —Me sorprendió mucho que Anika diera en el clavo de esa manera. Era exactamente lo que Max me había dicho—. Si hubiera pensado por una vez en sí mismo antes que en el deber que carga a sus espaldas, nada de esto habría pasado.

—O Elías habría percibido que ella se había vinculado a Max por completo y habría desencadenado la guerra de todas formas. No lo sabemos.

—Pero al menos Max no habría pasado por este sufrimiento. Ha tardado cuatro días en recuperarse. Aunque sigue dormido, ya vuelve a ser él.

Suspiré hondo, tan aliviada que pensé que podrían haberme oído, pero siguieron hablando y supuse que no habían identificado aquel sonido como el de una persona, dado que en los baños se oían tantos ruidos de tuberías que incluso me estaban molestando para captar toda la conversación.

—Me alegra oír eso. Sigue vigilándolo, yo voy a preparar el operativo de esta noche. ¡Maldita sea! —Alfa volvió a golpear las taquillas, ahora con más fuerza—. Tenía que ser precisamente hoy.

—Me temo que Elías lo ha hecho a propósito. Ha elegido el único día en el que ningún Conciliador va a rondar las calles. Eso me hace sospechar mucho de él.

Max ya había comentado algo acerca de que ese sábado era especial. ¿Pero por qué no iban a patrullar justo ese día? ¿Qué podía ser tan importante que no podían cambiarlo para otro momento, cuando encima obligaba a que ninguno de ellos estuviera en las calles? Nadie me había dicho que fuera a estar sola del todo para la misión de esa noche.

—Lo sé. No es como su padre, nunca lo ha sido, por mucho que su apariencia física insinúe lo contrario.

—Tú eres el líder, Marc. Tú más que nadie tiene la intuición para saber quién está tramando algo aquí. ¿Qué te dice tu olfato?

Le oí soltar una risita, de esas que se le escapan a uno cuando algo no le hace ninguna gracia.

—Me temo que esta vez estoy perdido, Anika. Si no fuera por ti, no habría sabido qué hacer. No sabes cuánta falta me has hecho. No puedo creer que por fin te haya encontrado.

—Has tardado mucho en darte cuenta, Marc. Yo lo supe en cuanto te vi. Por los sonidos, me dio la impresión de que se estaban abrazando, o besando. Esperé que no se pusieran demasiado cariñosos.

—Yo también lo supe Anika, desde el primer momento. Pero tu relación con Max era tan íntima que temí que pensarais en ser compañeros, y bastante estaba haciendo ya quitándole el mando de la sede temporalmente. A ningún Alfa se le debe hacer eso.

Así que era eso. Max era el Alfa de esa sede, pero como Marcus era el líder de todos los Conciliadores, él quedaba relegado mientras el jefazo estuviera allí. Normal que no se llevaran lo que se dice bien.

—Somos como hermanos, Marc —replicó Anika.

—Ahora lo sé. Aunque no estuve seguro del todo hasta que le hice creer que Abi dormiría en las celdas de detención.

—Sabía que lo habías planeado todo. Tramposo.

—Tenía que hacerlo. Intuía sus sentimientos respecto a ella, pero necesitaba confirmarlos. Cuando todo esto acabe, Anika, recuperaremos el tiempo perdido. Te reclamaré como es debido.

—¡Aparta! —gritó entre risas—. Estoy sudada, tengo que ducharme.

—Podría quedarme y frotarte la espalda. —La voz de Marcus se volvió grave, más melosa, y aquella oferta me pareció que iba muy en serio.

—¡Largo de aquí! —lo rechazó ella, y oí cómo le lanzaba una toalla que impactó justo antes de que se cerrara la puerta.

En cuanto comprobé que Alfa se había marchado no pude aguantar más, salí de mi escondite y corrí hacia Anika para rogarle que me dejara ver a Max. Ella se sobresaltó, consciente de que había tenido que escuchar toda su conversación. Aunque al verme de rodillas suplicando que me llevara junto a él, solo un minuto, sugiriéndole que eso me ayudaría a no caer en lo que Elías pretendiera hacer con mi mente, acabó aceptando.

Me recomendó que me duchara antes, ya que estaba empapada en sudor por la carrera y podría caer enferma. Además, abogaba porque después del ejercicio físico, una ducha era la mejor manera de despejar la mente. Le hice caso y cuando ambas estuvimos aseadas, me acompañó a la zona aislada donde habían tenido recluido a Max.

Ella comprobó que estuviera dormido antes de dejarme entrar dentro de una

sala enorme en la que Max estaba tumbado, desnudo bajo una sábana que apenas le cubría, sobre un colchón en el suelo, lo único que había allí.

Anika se quedó conmigo. No debía de fiarse demasiado. Y no era de extrañar, acababa de espiarla estando a solas nada menos que con Alfa.

—Solo un minuto. Y no lo despiertes —me advirtió.

Me arrodillé junto a él y le toqué la frente. Estaba perlada de sudor y ardía con una fiebre muy alta. Tenía magulladuras en los brazos, como heridas que ya se le estaban curando. Aunque parecían tener más de solo cuatro días, yo sabía que no podían ser previas. Tenía también la barba sin afeitar y junto a unas marcadas ojeras le hacía parecer aún más enfermo.

Cuando deslicé mi mano retirándole el pelo de la cara, le sentí estremecerse y pronunciar mi nombre con balbuceos.

—Sí, Max. Soy yo, Abi. Estoy aquí contigo. Siempre voy a estar contigo.

—Son delirios de la fiebre —me informó con pesar Anika—. No te está hablando en realidad. Aunque quizás sí te sienta a su lado.

Le cogí de la mano y él me la apretó con fuerza, con muchísima fuerza. Las venas se le marcaban en todas partes, pero en especial en la mano que yo tenía sujeta. Me di cuenta de que ya no llevaba mi goma de pelo puesta en la muñeca y supuse que se la habían quitado al igual que el resto de la ropa.

Así que no lo dudé, me quité la que llevaba sujetando mi pelo y la deslicé por su mano. Sabía que cuando despertara la vería y la reconocería como mía por el aroma. Además, que esta fuera verde oscuro, como sus ojos, y no del color castaño de mi pelo como la primera que se había apropiado, le haría entender que yo había estado allí junto a él y que se la había puesto como muestra de que, pasara lo que pasara, yo seguiría sintiendo lo mismo por él.

—Esto es tuyo —susurré apretando su muñeca—. Como yo.

Él volvió a murmurar cosas incomprensibles y no pude contener más las lágrimas.

—¿Cómo ha llegado a estos extremos, Anika? —exigí saber.

—Encontrar a tu compañero y luego perderlo sin haber completado el ritual es muy doloroso para cualquier Conciliador. Para un Alfa todo es más intenso que para el resto de nosotros. Y además, Max está en un debate interno entre el deber y su propio corazón. Podría luchar por ti contra cualquiera, pero en este caso el duelo conllevaría una guerra contra el clan de Lope. Como líder

de esta sede no puede poner en peligro a todos sus miembros.

—¿Y por eso está enfermo?

—Hay una lucha dentro de él. Tiene que protegerte, su instinto se lo dicta, protegerte es su principal razón para existir. No poder hacerlo lo tortura como no puedes ni imaginar. Ahora su mente está como relegada en su mundo interior desde que le sedé. Confío en que haya llegado a alguna solución en estos cuatro días.

Max se convulsionó y yo traté de contenerlo.

—Déjalo, es peor que lo sujetes. Por eso solo hay un colchón en toda la sala. Para que no se haga daño.

Me levanté para dejarle espacio. Parecía como si le estuvieran dando descargas eléctricas. No pude más y me acurruqué en el hombro de Anika, necesitaba desahogarme y llorar todo lo que me había estado conteniendo.

—Vámonos. Si realmente puede oírte no debería saber que estás sufriendo por él.

Anika me acompañó al comedor, donde casi todos estaban acabando su cena. Me pareció un poco pronto, pero pensé que los sábados cenarían antes por algún motivo. Y luego recordé que esa noche tenían algo especial.

—¿Adónde vais todos hoy, Anika?

—Ah, sí, nos has oído antes. —Se quedó pensativa, como tratando de recordar la conversación y qué había podido averiguar yo—. Hoy tenemos una reunión ineludible. Todos los Conciliadores. Es obligatorio asistir una vez al mes.

—¿Y dejáis las calles sin patrullar por una reunión? —Me parecía descabellado—. ¿No podríais dividirlos en dos grupos en dos días distintos?

—No, debe ser así. Pero no estarás sola. Contamos con colaboradores. A Franki ya lo conoces.

El taxista y camarero que ya había colaborado con nosotros en dos ocasiones se acercó a nosotras, acariciando la cabeza de Anika y sonriéndome antes de tomar asiento en nuestra mesa.

—Hoy te llevará él y te recogerá en cuanto salgas del hotel. No es Conciliador, pero es como si lo fuera. ¿De acuerdo?

—Hola preciosa —saludó aún sonriendo, aunque en sus ojos se veía el mismo pesar que en los de todos los Conciliadores. La pena se había

apoderado de todos ellos desde que Max había caído enfermo—. ¿Cómo va eso?

Me encogí de hombros.

—Yo me tengo que marchar ya. Cuida bien de ella, Franki.

—Cuenta conmigo, nena —le dijo mientras ella le besaba en la calva.

—Abi, cuando acabes de cenar baja al laboratorio. Te he dejado otro equipo preparado, esta vez con ropa del estilo que llevabas cuando te conoció Elías, para que no sospeche. Llevarás los mismos dispositivos que cuando visitaste a Galiana, así que no tengo que explicarte nada nuevo.

—Gracias, Anika. Por todo.

—Suerte.

Anika y los demás Conciliadores desaparecieron mientras yo terminaba mi cena, o más bien la removía inapetente, mirando por la ventana la puesta de sol.

—No parece tener mucha hambre. ¿Te traigo un té?

De pronto me giré hacia Franki. Me había olvidado por completo de que estaba allí a mi lado.

—Gracias, me sentará bien —acepté, compungida por haberle ignorado sin darme ni cuenta.

Me lo preparó igual que la otra vez y cuando lo terminé, tuve que reconocer que sentí el estómago algo recuperado, aunque la imagen de Max allí tumbado y temblando seguía revolviendo mis entrañas.

—¿Mejor?

Aquel hombre tenía una paciencia infinita. Yo estaba siendo de lo más maleducada y él solo guardaba silencio y se preocupaba por mí.

—Sí, muchas gracias, Franki. Siento no ser la mejor compañía ahora mismo.

—Todo guerrero necesita su tiempo de meditación poco antes de la batalla. Y tú esta noche vas a mantener un importante duelo mental. Lo harás muy bien, Abi. Estoy seguro.

—Gracias por tu confianza. —Le apreté la mano que él me había tendido para trasmitirme sus buenos deseos y sus ánimos, y me quedé allí con él en silencio, aferrándome unos instantes a la única persona que iba a acompañarme esa fatídica noche. Noche que ya empezaba a cerrarse, como

pude comprobar a través de la ventana, donde una luna llena iluminaba el cielo desde lo alto—. Será mejor que vaya cambiándome de ropa. Quedan pocas horas.

—Te esperaré en el garaje. En el taxi, ya lo conoces. —Me acompañó hasta la sala principal—. En el laboratorio están Lou y Carla, colaboradoras como yo, pero más hábiles con los cacharros electrónicos. Ellas supervisarán la emisión de los dispositivos, así que si necesitas ayuda con ese traje pasado de moda, te echarán una mano.

Volví a darle las gracias y me dispuse a prepararme para una noche decisiva. Todo dependía de mí, de cuán fuerte fuera mi mente, mi voluntad y mis sentimientos por Max. De los dos últimos estaba segura, pero mi mente me había traicionado varias veces frente a un vampiro, según Anika, mucho más débil que Elías. Por mucho que ese mismo día hubiera resistido su invasión a mi cerebro, aunque no sin un dolor lacerante, no las tenía todas conmigo.

Respiré hondo y entré en el laboratorio con una sola idea en mente y tratando de fijarla a fuego para que perdurara durante toda esa misión, convencida de que aferrándome a ello nada de lo que Elías tratara de meter en mi cabeza lograría surtir efecto. Yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por Max, cualquiera cosa, y sabía con la misma certeza que sabía mi nombre que él haría lo mismo por mí. Esa era una de las claves que hacía que nos perteneciéramos el uno al otro, en cuerpo, alma y, si todo salía bien, en mente. Y ni Elías ni nadie en este mundo podría romper ese lazo. No mientras me quedara un hálito de vida.

A las doce en punto de la noche entré en el hotel tras dejar a Franki esperándome fuera con la misma estrategia que había usado Max, aparcado como uno más en la fila de una parada de taxis, esta vez situada un poco más lejos de la puerta de entrada, aunque en la misma acera y no en la de enfrente. Saludé a la recepcionista, agradeciendo para mis adentros que no fuera la misma que el sábado anterior. Como no quería que pensara que estaba loca ni

que iba disfrazada una vez pasados los carnavales, pregunté por Elías en un tono de voz solemne y rebuscado, tratando de aparentar que mi personalidad encajaba con mi peculiar atuendo. A pesar de que la mujer no pudo evitar mirarme con una ceja alzada, no percibí en ella demasiada sorpresa, por lo que me dije que mi indumentaria no le era del todo extraña, tal vez porque Elías ya estaba allí.

Vestía —aunque sin el entusiasmo que me hubiera producido en otras circunstancias— un vestido al excéntrico estilo de las *Merveilleuses* o las *Maravillosas*, como me había explicado en el laboratorio Lou. Historiadora y coleccionista de antigüedades, ella era una de las encargadas de suministrar a los Conciliadores todo tipo de ropajes y artilugios de épocas pasadas. Conociendo los gustos y tendencias de Elías a través de su ficha —al parecer aquí todos teníamos una— había elegido aquel traje para que mi representación de «súbdita de Galiana a disposición de su nuevo aliado» fuera de lo más convincente.

Según me había ido contando mientras me ayudaba a vestirme y ajustaba los dispositivos que Anika había dejado colocados, aquel era un vestido propio de las jóvenes francesas más radicales que, tras la Revolución de 1789, optaron por rebelarse contra la represiva atmósfera social que las rodeaba. Una forma de hacerlo era a través de sus ropas, que exageraban el estilo griego: vestidos casi transparentes, de talle alto, con la cintura justo bajo el busto pero, para mi alivio, sin corsé ni ningún tipo de armazón o «guardainfantes» bajo la falda. Por el contrario, seguía siendo el tipo de vestido que se arrastra por los talones y, además, la tela de seda color limón era tan fina que hacía sumar al temblor de mi cuerpo por el nerviosismo que no era capaz de ocultar, el temblor a causa del frío.

Contuve el aliento en cuanto la recepcionista me indicó el número de habitación a la que debía dirigirme. ¡Número de habitación! ¿Cómo podía haber sido tan inocente como para pensar que nos encontraríamos en el *lobby bar* o en un saloncito discreto? ¿Y cómo nadie, ni siquiera los Conciliadores, se había planteado que el terreno no iba a ser ni mucho menos neutral? Porque la recepcionista no era vampiresa, de eso estaba segura, pero el hombre que fingía pasar la aspiradora en el vestíbulo junto a los ascensores no podía ocultar que lo era. Los movimientos de sus brazos y la mirada

huidiza aunque siempre atenta así lo delataban.

Tragué saliva y dejé a la empleada murmurando algo así como «la gente con dinero es de lo más extravagante» antes de dirigirme a los ascensores para subir a la suite presidencial de la séptima planta, en la cual me había indicado que mi marido aguardaba desde hacía ya un rato, y que había dejado instrucciones explícitas para que nadie nos molestara.

Había tenido que disimular la desesperación de mi rostro cuando me había dicho eso. Lo que no me habría parecido nada más que una artimaña para no levantar sospechas en el hotel —si Anika no fuera tan buena en su trabajo y no hubiéramos descubierto la marca del beso— ahora se convertía en una amenaza directa hacia mí. Él tenía un propósito conmigo, uno que ya daba por hecho. Uno que yo no le podía permitir.

Agradecí que el vampiro de la aspiradora se quedara donde estaba en lugar de entrar conmigo en el ascensor, cosa que había temido cuando me había seguido con la mirada hasta que las puertas se habían cerrado. Una vez sola en la cabina, me miré en el espejo y me obligué a dejar de temblar. Me retoqué algunos mechones de pelo para dejarlos caer del recogido que Lou me había hecho. Recordaba lo que Max me había dicho antes de ir a ver a Galiana. «No tientes a la suerte». Más valía no dejar el cuello demasiado expuesto.

Centrándome en que aquello debía salir bien —más allá de la paz entre clanes etcétera, etcétera— por Max, por su salud, por nuestro futuro juntos y porque estaba enamorada de él, salí con paso decidido del ascensor. En un arrebato de humor nervioso, le di ánimos a la parte más cobarde de mí misma diciéndole que un carcamal de varios siglos de edad no iba a poder conmigo, por muy príncipe vampiro que fuera.

Suspiré hondo antes de llamar a la puerta. Pero ningún entrenamiento, ninguna prueba física ni psicológica me habría podido preparar para lo que me encontré al cruzarla, después de que esta pareciera haberse abierto sola.

Había imaginado que las suites presidenciales de los hoteles eran grandes y lujosas, pero no que pudieran contener un palacio del siglo XVI con toda su corte y el príncipe esperándome en el umbral de la puerta.

—*Chérie*, ansiaba que llegara este día —me dijo con esperanza en el rostro y esa sonrisa enigmática tan suya—. Estás *merveilleuse*.

Sonreí ante su guiño a mi vestido e ignoré el instinto que me indicaba que diera un paso atrás y corriera tal como había aprendido durante los últimos cuatro días. Al no hacerlo, él pudo acercarse a mí y tomarme de la mano, donde me colocó un brazalete en el que relucía una flor tan blanca como la nieve.

—Es una magnolia. Su aroma me recuerda al tuyo, *chérie*. Me ha consolado ante tu ausencia esta larga semana.

Por puro impulso me llevé la flor a la nariz y acto seguido se me cerraron los ojos. El olor se metió en lo más profundo de mi cerebro y cuando volví a abrirlos ya estábamos en un comedor repleto de gente elegante y bailarinas danzando para... ¿nosotros? Aquel hombre que de pronto no recordaba quién era me guió hasta acomodarme en un asiento enorme presidiendo la gran mesa en forma de U que ya estaba siendo ocupada por los presentes, quienes hacían una reverencia antes de sentarse. ¿Quién era yo? ¿Por qué esa actitud conmigo? ¿Y por qué de pronto algo me oprimía el pecho dificultándome la respiración?

Me miré y vi un vestido de rojos intensos, falda amplia sobre varillas que se me clavaban en las caderas y un corpiño que realzaba mi busto gracias a un corsé que apenas me dejaba inhalar aire. Aun así, era hermoso, yo estaba hermosa, y de pronto me sentía satisfecha y feliz de estar allí. La mano de mi anfitrión se posó sobre la mía y la tomó para acercarla a sus labios y besarla, o eso había pensado, porque lo que hizo fue deslizar su nariz sobre el dorso antes de girarla y repetir el gesto sobre la palma.

—Cenemos, *chérie*. Disfrutemos de la velada. Después ya pasaremos a asuntos de otra índole.

No recordaba su nombre. ¿Quién era mi príncipe? Pero sí recordaba su rostro y su sonrisa, su tacto sobre mi piel, todo era tan familiar y a la vez tan lejano... Me dejé llevar por la magia de la noche, los bailes mientras cenábamos manjares que se deshacían en mi boca, mientras bebía de copas doradas que contenían un vino delicioso y adictivo. La cabeza me empezó a dar vueltas siguiendo las volteretas de un hombre pequeño y saltarín que brincaba entre aros de fuego.

Cuando conseguí volver a fijar la mirada, estábamos en un jardín a la luz de la luna llena, a solas, y mi príncipe me guiaba por los senderos iluminados en

plata, flanqueados por las más hermosas flores y arte escultórico con formas humanas, casi todas ellas en parejas, representando escenas amorosas y sensuales que me hicieron enrojecer, embotando aún más mi cabeza.

—Confío en que todo haya sido de tu más absoluto agrado. —Me indicó que me sentara en un diván de piedra y yo obedecí, a pesar de que los movimientos me resultaban casi imposibles con mis ropajes—. Las noches de luna llena son mis favoritas. Son las más apacibles.

Algo dentro de mí quería responder pero se encontraba con una barrera que lo impedía. Asentí y le sonreí. Él era mi príncipe, el que había estado esperando por mí. Con escucharle y tenerle a mi lado ya me sentía feliz.

—Es una noche hermosa —dije por toda respuesta.

—No, tú eres hermosa.

Sus dedos caminaron con sigilo por mi mejilla y se deslizaron por mi cuello, dibujando una elipse en un punto en concreto. Aquello me hizo hervir la sangre. El calor me subió por las mejillas y volvió a bajarme hasta la garganta, hacia el pecho que yo ya tenía demasiado oprimido como para poder resistir más presión.

—Necesito un poco de aire —espeté y me levanté en busca de una salida.

Corrí hacia el extremo del jardín, hasta llegar a un muro que me llegaba por la cintura. Apoyé mis manos en él y me incliné hacia el otro lado con los ojos cerrados, respirando la fresca brisa nocturna. Cuando abrí los ojos de nuevo, con la cabeza mirando hacia abajo, una sensación de vértigo se apoderó de mí. El suelo estaba a varios metros bajo mis pies, animales de ojos iluminados galopaban en ambas direcciones y, a lo lejos, dentro de uno de ellos, percibí el aroma de algo conocido. Pero ese aroma no lo sentí en las fosas nasales, sino que era una especie de bruma pálida y amarillenta que se elevaba hacia mí, llamándome.

—¡Franki! —gritó la voz dentro de mí y yo también, sin saber por qué.

—Todo está bien, *chérie*. —Elías, mi príncipe, cuyo nombre acababa de recordar, me giró hacia él y fijó sus ojos en los míos—. Solo estás un poco abrumada por lo que está sucediendo. Tu mente ha sufrido mucha presión.

Tiró de mi brazo instándome a volver a nuestro asiento, pero le vi mirar con recelo por el borde del muro, donde ahora sentía que había una especie de frontera entre lo que cada vez me parecía más un sueño y la realidad a la que

aquella voz dentro de mí trataba de aferrarse.

—Estoy mareada.

Casi me desplomé sobre el diván y Elías me atrajo contra su pecho, apoyando mi espalda en él y abrazándome por la cintura. Ahora sus labios susurraban en mi oído y sus palabras me envolvían como lo había hecho el penetrante aroma de aquella flor o el sabor de aquel vino tan denso y afrutado.

—Relájate y déjate llevar por mi voz, *chérie*. Concéntrate en lo que voy a preguntarte. Después de eso, disfrutaremos de algo más íntimo. Algo solo tuyo y mío, Valeria.

Sus dedos acompañaron a las caricias que su aliento provocaba en mi cuello, jugueteando con los cabellos más cortos a la altura de mi nuca. Todos los músculos de mi cuerpo se volvieron como de gelatina y, a pesar de que sabía que algo allí no cuadraba, me dejé llevar.

—Busca en tu mente, Valeria. Busca una única respuesta, solo la respuesta a esta pregunta. ¿Qué mensaje te dio Galiana para mí?

El mundo que daba vueltas como un carrusel a mi alrededor, las flores y arbustos, las enredaderas trepando por las estatuas de piedra de cuerpos perfectos y desnudos, el agua cayendo de la fuente redonda y esbelta que se elevaba en el centro de aquel maravilloso jardín, todo, absolutamente todo frenó en seco, provocándome una náusea que apenas pude contener.

—El mensaje —pronuncié, sintiendo que me deslizaba entre los brazos que me sostenían, hasta caer de rodillas al suelo.

—Sí, el mensaje, Valeria. El mensaje de Galiana, tu reina, para mí, Elías, tu futuro esposo y rey.

De pronto, quise levantarme para salir de allí. No sabía por qué, pero debía hacerlo. Cuanto antes. No sabía qué era lo que no iba bien, pero me sentía forzada y no quería sentirme así.

—No —fue lo único que pude decir antes de que una especie de tornado nos envolviera a ambos y nos arrastrara empujados por un viento frío y ensordecedor.

Al instante, estábamos en una alcoba, sentados en una cama con dosel, a uno de cuyos postes yo me aferraba, sintiéndome como en un barco a punto de naufragar.

—¿No? —El tono era más de sorpresa que de pregunta, y llevaba implícita una amenaza.

—No consigo recordar todas las palabras de Galiana —mentí—. Estoy algo aturdida.

Pero no, ya no estaba aturdida, era todo lo contrario. Todo empezaba a cobrar sentido, toda la verdad comenzaba a salir a la luz. Incluso había descubierto qué era lo que me había negado a hacer durante mis entrenamientos con aquel vampiro. «No». Eso era lo que le había dicho, lo mismo que le había dicho a Elías. La misma respuesta ante la misma orden o insinuación. Ambos pretendían que fuera su esposa, en el caso del otro vampiro solo como una prueba a superar, pero para mi mente ambas posibilidades eran inaceptables. Yo ya había elegido a mi compañero, y ningún control mental podía borrar eso.

Elías me puso ambas manos extendidas bajo la barbilla y la alzó para que le mirara a los ojos.

—He debido de excederme con la influencia que mi magia ha ejercido sobre ti. Liberaré tu mente, *chérie*, pero solo unos instantes. Necesito ese mensaje.

Supe cuál fue el momento exacto en el que lo hizo, porque la alcoba se transformó en una habitación moderna más acorde con un hotel urbano del siglo XXI, mi vestido volvió a ser de un pálido tono amarillo y las náuseas desaparecieron de mi estómago. Mi estrategia había funcionado, ahora solo tenía que darle el mensaje y huir de allí antes de que pretendiera pasar a ese momento íntimo del que había hablado y el cual yo sabía de sobra que tenía que ver con la marca de mi cuello.

Sentí un desagradable escalofrío al recordar sus dedos tocándome en esa parte de mi cuerpo y su voz pronunciando otro nombre. El de su madre. ¿Qué clase de enfermo se encapricha de una mujer y la llama por el nombre de su propia madre fallecida? Uno como Elías, que parecía estar dispuesto a lo que fuera para retenerme allí, tanto como para saltarse los Concilios y controlar mi mente desde el mismo momento en el que había puesto un pie en aquella suite, provocándome todo tipo de alucinaciones.

Fingiendo que la memoria volvía a mí de forma progresiva, le transmití los puntos del mensaje de Galiana, aunque solo tres de los cuatro que me había

indicado. El primero de todos no pensaba dárselo. No quería animarle con la idea de la asistencia de su nueva aliada a su supuesta ceremonia nupcial. Él sonrió de modo muy siniestro ante cada nuevo detalle que le iba narrando, pero no dijo una sola palabra hasta que hubiese terminado.

—Bien, entonces así será. El próximo jueves nos encontraremos y una nueva era se abrirá para los vampiros de esta ciudad. Una era con dos nuevos reyes en el poder. —Había pensado que se refería a él y a Galiana, pero ese lógico pensamiento no duró ni un segundo—. Tú y yo, Valeria, los gobernaremos a todos.

—No me llamo Valeria.

No pude evitarlo, salió de lo más profundo de mi ser, y lo pagué bien caro.

—Desde ahora eres Valeria porque yo así lo deseo. Galiana tuvo que ver mi reclamo en ti, y si ha permitido que vuelvas a verme es por dos motivos bien claros. Está dispuesta a cederte a mi corte y nuestro enlace cuenta con su beneplácito. —Su sonrisa fue tan amplia que vi descender sus colmillos milímetro a milímetro hasta que rozaron su labio inferior, un estereotipo sobre los vampiros que no había creído que fuera real—. Así que tomo su amistoso gesto como un regalo para celebrar el inicio de esta alianza. Un regalo que voy a desenvolver ahora mismo.

Cuando sus manos pretendieron asirme de los brazos, lo empujé con todas mis fuerzas, grité pidiendo auxilio lo más alto que pude y me dirigí a la puerta corriendo a toda velocidad. No sirvió de nada, Elías me hizo retroceder hacia él como si tuviera una cuerda alrededor de la cintura y hubiera tirado de mí.

—Nadie me dice que no, Valeria. Ni siquiera mi padre. Y quien osa hacerlo, lo paga. —Antes de que me diera la vuelta para volver a empujarlo, un terrible frío se apoderó de mi cuerpo, me dejó paralizada y caí de espaldas sobre la cama—. Para ti tenía pensado un futuro a mi lado, como mi reina, como madre de mi heredero. ¿No prefieres eso a morir, Abigail?

Que me llamara por mi nombre despertó algo en mí, la voz que llevaba gritando impotente desde que había llegado allí. Y esa voz pronunció una única palabra, con un sonido desgarrador y desesperado. «¡Max!». Así sentí esa palabra dentro de mis oídos, pero mi garganta se negó a pronunciarla. Tal vez porque Elías me tenía sujeta por el cuello y su boca se acercaba

peligrosamente al punto donde sentía el pulso latir desbocado.

—Una vez que te pruebe, no serás tan reacia, *chérie*. Te gustará.

Dos punzadas atravesaron mi piel con un dolor lacerante pero, casi de inmediato, oí un gruñido procedente de las puertas abiertas del balcón y sentí a Elías separarse de mí. Cuando miré, pensé que el vampiro había vuelto a provocarme alucinaciones.

—¿Qué haces tú aquí? —Elías enseñó los colmillos como quien empuña un arma.

Si antes me había parecido que la habitación daba vueltas, ahora parecía que fuera a estallar en mil pedazos. Algo parecido a la electricidad que Galiana había provocado en su despecho palpaba ahora en la suite, unas vibraciones hostiles y poderosas que hacían retumbar los cristales y cargaban el ambiente de una tensión casi tangible.

—No, no pienso marcharme ni renunciar a ella.

¿Estaba realmente Elías hablando con él? ¿Hablaban con aquel lobo dorado e inmenso que a saber cómo había trepado siete pisos para colarse por el balcón? ¿Y desde cuándo había lobos sueltos por Bilbao?

Dentro de mi aturdimiento —de la parálisis de mi cuerpo casi helado en contraste con la cálida sensación de dos hilos de sangre deslizándose por mi cuello— pude atisbar la aparente conversación entre el lobo y el vampiro, a pesar de que el primero solo gruñía. Las réplicas de Elías me bastaban para deducir las intenciones de aquel espectacular animal. Y algo más. Algo que me dejó aún más helada de lo que ya me sentía. La certeza de que aquellos ojos verdes y brillantes, lo único que parecía haber permanecido en forma humana en aquel ser, eran los del hombre que amaba.

Tras varias frases de negación y de amenaza por parte de Elías, alegando que los Conciliadores no podían interrumpir a un príncipe vampiro cuando este estaba a punto de tomar esposa, Max en su forma animal se abalanzó sobre él sujetándole brazos y piernas con sus cuatro patas. El gruñido fue más elevado que ninguno de los anteriores y Elías pareció amedrentarse.

—No puedes saber si la he coaccionado o no —alegaba ahora el muy miserable—. Y ni siquiera he llegado a beber de ella. Solo le he clavado los colmillos antes de que aparecieras donde nadie te ha invitado.

Después de unos instantes de silencio en los que ambos se miraron a los

ojos sin decir aparentemente nada, cosa que estaba segura que no había sido así, Max lo dejó libre y caminó hacia mí, colocándose delante de la cama en actitud defensiva, con las cuatro patas separadas y la cabeza muy alzada, listo para saltar si él se me acercaba.

—Está bien, lo haremos así —accedió Elías mientras se levantaba y se sacudía la ropa con toda la dignidad de la que fue capaz. Yo traté de hacer lo mismo, pero mi cuerpo no respondía, así que permanecí recostada de lado en la cama—. Esperaré a recibir la concesión explícita de Galiana para adoptar a esta donante en mi corte, y también esperaré a que mi padre, como rey vigente, apruebe mi elección consultando los deseos de mi prometida, como indican los Concilios. Pero en cuanto sea así, la haré mía. Eso te lo aseguro.

Elías me echó un último vistazo, centrando su mirada en mi cuello y relamiéndose los labios. En cuanto salió de la suite dando un portazo tras él, la caída de presión en el ambiente, la pérdida de la tensión acumulada en mi cuerpo y ser consciente de que el amor de mi vida era un hombre lobo, acabó con las pocas fuerzas que me quedaban. Solo pude susurrar el nombre de Max antes de que todo se volviera negro y mi mente se sumergiera en un profundo sueño.

CAPÍTULO 10

La alarma de mi móvil me hizo brincar en la silla de mi escritorio cuando anunció las seis. ¿Me había quedado dormida sobre los libros? La hoja del tema once de inglés pegada a mi cara así lo revelaba. Me recosté sobre el respaldo de mi silla y traté de centrarme. Estaba desorientada, muy desorientada. Yo jamás me dormía mientras estudiaba, por eso nunca lo hacía más tarde de las doce de la noche, cuando el sueño solía distraerme y hacerme perder el hilo de lo que estaba tratando de memorizar, convirtiendo esas horas en tiempo perdido tanto de sueño como de estudio. En cambio, Esther siempre me decía que a la noche se concentraba mucho mejor y que una hora de madrugada le cundía diez veces más, ya que a la tarde se distraía con el vuelo de un mosca, un ruido en la calle, ver qué había en la tele en ese momento o un ataque repentino de glotonería. En fin, que cada una teníamos nuestras técnicas y a mí siempre me habían funcionado. Hasta hoy. ¿Cómo me había podido quedar dormida a media tarde?

Cogí mi móvil y apagué la alarma. 6:01 p.m., sábado, leí en la pantalla. Estaba estudiando inglés y... Miré hacia mi cama y tuve una especie de palpito. Allí estaba el vestido. El que iba a ponerme esa tarde para ir a buscar a Carolina a la fiesta de disfraces de Soraya... No podía ser. Era como si eso ya lo hubiera hecho antes. Una de esas sensaciones de *déjà vu* que parecen tan reales que es como si lo que estabas viendo o haciendo ya lo hubieras visto o hecho. Me dije que no tenía mayor importancia, que eso pasaba muy a menudo. Era una desconexión del cerebro muy normal, según había visto en un reportaje en televisión. La teoría decía que el cerebro trasladaba la información erróneamente archivándola en el *cajón de los recuerdos* en lugar de en el de *lo nuevo*. Tanto estudiar estaba saturando mi cabeza, eso era todo,

y tenía que tomarme un respiro.

Me preparé como tenía planeado, maquillaje un poco siniestro para darle el toque que quería a mi disfraz de Dama Oscura del siglo XIX. Pero en el último momento decidí cambiar el color de mis labios. Me apetecía llevarlos rojos, muy rojos, un rojo tan brillante que tuve que mezclar varias barras y brillos de labios para lograr el tono que buscaba.

—¡Caramba! —exclamó mi madre al verme y se rio antes de poner ambas manos sobre mis hombros y mirarme en el espejo, con nuestras caras bien pegadas—. Es como si acabaras de chuparle la sangre a alguien. Ya te decía yo que ese disfraz parecía de vampiresa. ¡Das miedo! Pero estás muy guapa.

—Gracias —apenas me salió la voz.

¿Chuparle la sangre a alguien? Sentí otro palpito.

—Pero podrías haberme dicho que te peinara. Ya sabes que me encanta hacerlo.

—No quería molestarte. Pensaba que estabas echándote la siesta.

—No, estaba planchando. Me habría encantado que vinieras a rescatarme. —Volvió a reír, cosa que me encantaba oír—. Aquí la única que se ha echado una cabezadita has sido tú. Has dormido más de dos horas.

—¿En serio?

—Sí. No he querido despertarte. Pero tu móvil no ha sido tan compasivo. ¿Te hago una foto? La pondremos en el álbum.

Cuando mi madre salió corriendo del baño para añadir a nuestra apreciada colección un recuerdo más ya que, como siempre decía ella, nunca había suficientes, tuve que sentarme en el borde de la bañera para no caerme. Dos horas. Jamás me había dormido tanto tiempo por el día. ¿Qué me estaba sucediendo?

Cerré los ojos. Me habría gustado frotármelos, pero tenía tanto maquillaje que aquello me habría dejado la cara hecha un cuadro. Me empezaba a doler la cabeza, era una especie de latido, como si algo palpitará dentro queriendo hacer erupción. Y cuando volví a mirarme en el espejo, a punto estuve de caer dentro de la bañera.

Me levanté de golpe y me acerqué más al espejo. Suspiré y salí del baño sin mirar atrás. Mis ojos eran perfectamente normales, seguían siendo marrones, pero con ese maquillaje y la luz del baño, y tan lejos del espejo... Era normal

que me hubieran parecido distintos. ¿Pero incluso de ese verde oscuro tan intenso y brillante? Me dije que sí, y que si no dejaba de darle vueltas a lo que fuera que estaba rondándome por la mente, acabaría con el dolor de cabeza más grande de la historia. Dejé que mi madre me hiciera la foto y me apresuré a salir de casa.

Durante todo el trayecto en metro estuve revisando el bolsito. Era como si me hubiera olvidado de algo, pero no era capaz de recordar el qué. Miré mi reflejo en el cristal de la ventanilla. El gorrito sobre mi moño bajo apenas destacaba en comparación a la máscara de lobo del pasajero que iba a mi lado. El bolsito, el gorro... ¡Claro! Había olvidado el paraguas, eso era. Lástima, con lo bonito que era y con la pinta de llover que había tenido todo el día. Aun así, cuando salí del metro, en el cielo parecía querer asomar una luna creciente entre las nubes oscuras. Esperé que lo consiguiera y no mojarme por el camino.

Después de varias vueltas por la calle a la que me dirigía y tras ver que el número debía de estar equivocado porque allí no había... simplemente no estaba lo que yo buscaba, otro palpito volvió a hacerme botar. Ya sabía adónde debía dirigirme, lo que no sabía era por qué. Así que sencillamente me dejé llevar adonde me guiaban mis pies.

Cuando llegué a una zona de edificios en construcción, busqué la puerta que sabía que tenía que encontrar, una de la que colgaba una aldaba. Pero cuando quise acercarme a ella, un perro enorme, el más grande que había visto en mi vida, se cruzó en mi camino y comenzó a gruñir mientras bloqueaba la puerta. Antes de que pudiera decidir si huir o tratar de esquivarlo, pues tampoco me hacía sentir ningún temor, la puerta se abrió y el animal se esfumó tan rápido como había aparecido.

Un hombre muy elegante, tanto o más que yo, se detuvo en el umbral de la puerta y me invitó a pasar.

— Bienvenida, *mademoiselle* Valeria.

— Gracias, Gustave. Es un placer volver a casa.

Tan galante como siempre, rasgo que sabía que me encantaba de él, Gustave me acompañó hasta una mesa y yo me senté a esperar, observando al resto de invitados a la fiesta... No recordaba qué fiesta, pero sí que yo debía estar allí. Sabía que tenía que esperar a que él llegara. Y mientras lo hacía, me

fui desabrochando los botones del cuello de mi vestido. Pensé que eso le gustaría.

—Preferiría hacerlo yo, *chérie* —pronunció Elías rozando mi oído con sus labios—. Déjame ese privilegio.

Sus dedos se deslizaron por mi nuca, despertando mil sensaciones en mi piel, antes de llegar a los botones y soltarlos uno a uno, y siguiendo hasta llegar a los que cerraban el vestido sobre mi pecho.

—¿Preparada? —Me inclinó hacia atrás, con la cabeza colgando por encima de la silla y fijando su mirada invertida en la mía. Sonrió y pude ver cómo sus colmillos se alargaban, hacia arriba, ya que yo le veía del revés a causa de mi postura—. Haré que disfrutes. Esta vez será mejor, te lo prometo.

Cuando giró mi cabeza hacia un lado y deslizó los dedos sobre la zona más palpitante de mi garganta, el corazón volvió a sacudirse dentro de mi pecho, amenazando con salirse de él. La primera punzada fue de dolor, como una inyección. Pero la segunda punzada provocó un hormigueo en mi vientre, extendiendo mi deseo por todo mi cuerpo. Cuando creí flotar como si mi espíritu se saliera de mi cuerpo, mis labios pronunciaron un nombre.

—Max.

Acto seguido, me desperté y parpadeé confundida.

—Buenos días —oí aquella voz muy cerca.

—¿Max? ¡Max! —Me incorporé y lo encontré frente a mí.

Estábamos en su casa, en su habitación, en su cama. Algo blanco que identifiqué como la parte superior de mi pijama estaba sobre la lamparita de noche, y todo lo que había estado luchando por hacer erupción en mi cabeza explotó de golpe.

—¡Max! —volví a exclamar, y me lancé a su cuello, lo abracé con todas mis fuerzas, echándome a llorar.

—¿Qué te ocurre Abi? ¿Estás bien?

—Ahora sí, muy bien. ¡He tenido una pesadilla terrible!

—No lo parecía. —Me acurrucó entre sus brazos. —Dormías plácidamente, incluso hace un instante has... gemido.

—No, ¡no! He soñado que no llegaba a conocerte, que nada de esto había pasado, y que yo llegaba a la fiesta de Elías y me quedaba allí con él, ¡que él me mordía! ¡Pero ni siquiera era yo! Llevaba su nombre, el de su madre, pero

tampoco era ella. Ha sido muy extraño, y tan real, tanto...

Me ahogaba, lo sucedido salía a borbotones por mi boca como si quisiera expulsarlo para demostrar que no era cierto.

—Tranquila. Los sueños son así. Mezclan la realidad con otras cosas que no tienen ningún sentido. Todo está bien.

Pero nada estaba bien. Nada. Porque a pesar de estar despierta no era allí donde —ni cuando— tendría que haberme despertado.

—Es tarde. Tenemos que levantarnos.

—¿Qué día es? —pregunté para asegurarme.

—Martes. Martes de carnaval. ¿Hoy también te quieres disfrazar?

La cabeza volvía a querer estallarme. ¿Qué me estaba pasando?

—No puede ser. Debería ser domingo, Max, y deberíamos estar en una habitación de hotel.

Él me miró sonriente.

—El domingo llegará pronto, y después de que cumplas tu misión, si quieres, podemos irnos a un hotel a pasar la noche juntos. Pero hoy tú tienes que ir a estudiar, y yo a trabajar.

—¡Anika! —recordé esperanzada y preocupada a la vez—. Hoy Anika terminará uno de sus inventos. Y tú enfermarás.

—¿Cómo?

Max me miraba con cara de confusión, pero también con gesto divertido, como si estuviera loca y eso le hiciera gracia.

—Ya sé lo que ha sucedido. —Suspiré y ordené en mi mente los hechos lo mejor que pude—. He tenido un sueño premonitorio. Y después uno sobre el pasado. Pero ese es mejor olvidarlo.

—¿Cómo dices? —Ahora en lugar de divertido parecía furioso. No entendí por qué.

—Vamos a la sede. Hay que hablar con ellos y explicárselo todo. Sé que es lo que va a pasar esta semana. Lo he soñado.

Con visible incredulidad, lo que me decepcionó bastante, Max me acompañó a la sede sin decirme nada, como si fuera pensando en sus cosas y no le preocupara todo lo que yo tenía que decir. Alfa y Anika nos esperaban en el laboratorio, aunque no supe cuándo les había avisado Max.

—¿Has terminado tu detector de lo paranormal? —pregunté al entrar,

mientras ellos nos miraban fijamente a ambos como dos jueces en el estrado.

—Sobrenatural, querrás decir. No aún. Pero... —Anika se levantó de golpe y tiró la silla de un empujón, emitiendo un ruido ensordecedor que me hizo brincar —. ¿Cómo lo sabes?

Vaya, recordé que aquello pasaba a la tarde, después de comer. Tal vez el resultado la pillara por sorpresa y por eso se había puesto a bailar de aquella forma. Ahora parecía de bastante peor humor.

—He tenido un sueño extraño. Un sueño profético.

Mi excusa no pareció satisfacerla. Ni a ella, ni a Alfa, ni a Max.

—¿Por eso sabes que trabajo en un detector? No se lo he dicho a nadie.

—Lo he soñado, Anika, y sé que con él veréis algo que no os va a gustar. En especial a Max.

De pronto me sentí rodeada por todos ellos, acechada y amenazada.

—Dinos el qué —exigió Alfa.

—Llevo la marca que llamáis el Beso del Príncipe. Elías me besó en el cuello y me marcó como su futura esposa.

—¿Qué?

Max se acercó tanto a mí que su cara se desdibujó frente a mis ojos.

—Eres una de ellos. Eres una traidora —me acusó Alfa.

—Nos has mentado, Abi —añadió Anika, adoptando el mismo gesto que los otros dos y mostrándome sus dientes.

De pronto los tres se transformaron adquiriendo un aspecto lobuno, hasta convertirse en seres horribles y deformes, de más de tres metros de alto y, caminando sobre sus patas traseras, se lanzaron sobre mí.

Grité con todas mis fuerzas, una y otra vez, hasta que no quedó más aire en mis pulmones y tuve que detenerme para respirar. Fue entonces cuando abrí los ojos y reconocí la suite del hotel, mi vestido amarillo de seda y la luz del amanecer colándose por las puertas abiertas de par en par del balcón. Después lo reconocí a él.

—¿Qué?! —Max salió corriendo del baño, con un albornoz apenas cruzado sobre su cuerpo y el pelo chorreando agua—. ¡Abi! ¿Qué pasa?

Traté de incorporarme en la cama, pero mi cuerpo no me respondía. Lo obligué a obedecerme y cuando por fin lo conseguí, la cabeza empezó a darme vueltas y tuve que volver a recostarme.

—¿Es Elías? ¿Ha vuelto? —insistía Max, mirando hacia todas partes, antes de acabar arrodillado delante de la cama—. No, evidentemente no. Pero algo te pasa.

—¡Tú! —le grité, aunque sabía que aquello no había sucedido más que en mi cabeza—. Tú y ellos me atacabais, ibais a devorarme.

Traté de levantarme de nuevo, pero sentí mis piernas como si fueran de goma y no fui capaz de ponerme en pie.

—¡No puedo moverme!

Max se acercó a mí. Aún de rodillas apoyó los brazos en el borde de la cama y yo, tras una breve lucha interna, no pude evitar retroceder arrastrándome.

—Abi, tranquilízate. Tengo que explicarte muchas cosas. Hubiera deseado que no te enteraras así, pero puedo explicarte que esto no es como tú crees.

—¿Ah, no? ¿Me vas a negar que eres un hombre lobo?

Ni supe si fueron las palabras en sí o cómo se las dije, pero sí supe que le había hecho daño oírlos, sus ojos lo delataban.

—No, no te lo voy a negar. Pero no tiene nada que ver, nada en absoluto, con lo que puedes imaginarte sobre nosotros. Jamás te haría daño, Abi. Te quiero.

Estaba soñando otra vez, seguro. Max y yo habíamos compartido muchas cosas, cosas muy íntimas, pero no nos habíamos dicho «te quiero» aún. Y esas dos palabras significaban mucho, mucho para mí. Cuando él se sentó a mi lado con las manos separadas y en alto, como si yo fuera armada y tuviera pensado dispararle si hacía algún movimiento en falso, no pude más. Me lancé a sus brazos con las pocas fuerzas que conseguí reunir y hundí la cara en su pecho, húmedo por la ducha. Su aroma entró en mi nariz, su suavidad rozó mi piel y supe que aquello era real, muy real, una de las experiencias más reales que jamás había vivido.

—Yo también te quiero Max. ¡Te quiero muchísimo! Eso es lo único de lo que estoy segura ahora mismo. Y necesito saber qué está pasando, tengo la cabeza hecha un auténtico lío.

Max me acunó en sus brazos y dejó que llorara todo lo que necesitaba para expulsar todo lo que llevaba dentro. Le conté entre balbuceos e hipos las alucinaciones que Elías me había provocado estando aún despierta. Y una vez

dormida, los sueños que había tenido, unos sueños tan reales que en ambas ocasiones había pensado que eran ciertos, sobre todo el segundo, pues había tenido la absoluta certeza de que ya me había despertado.

—Ha sido cosa de Elías, ¿verdad? Como con las alucinaciones, él ha metido esos sueños en mi cabeza.

—Sí, pero dudo mucho que haya podido hacerlo solo tras haberte controlado en su presencia. Una vez que se aleja de ti no puede manipularte. Por lo tanto, me ha mentido. Solo si ha bebido de tu sangre, más que un par de gotas al clavarte los colmillos, puede haber forzado en ti un sueño dentro de otro.

Me toqué el cuello, donde noté dos puntos de incisión en mi carne, todavía cerrándose. No había sido lo bastante fuerte para evitar que lo hiciera, cuando yo me lo había prometido a mí misma. Su poder era demasiado para mí, mi mente estaba indefensa ante las retorcidas ilusiones que él era capaz de introducir en ella.

—Todo lo que vemos o parecemos no es más que un sueño en un sueño —recité.

—¿Qué dices? —Aún en los brazos de Max, le sentí revolverse al oír mis palabras.

—Es parte del poema de Poe que eligieron como contraseña en la fiesta del pasado sábado. Elías tiene ese poder y por eso lo eligió. ¡Cielos! Debería haberlo pensado antes, tal vez así podría haber estado mejor preparada para evitar su estrategia de hacerme creer que él era mi príncipe y que me entregara voluntariamente a él. Casi lo consigue —me lamenté.

—Pero no lo logró —se apresuró a puntualizar Max—. Nunca te tuvo del todo controlada, sino no, no podrías haberme llamado.

Me apoyé en sus hombros y lo miré a la cara, un rostro que ya no se retorció de dolor y unos ojos que me miraban con lo que solo pude describir como la más absoluta adoración.

—¿Yo te llamé?

—Sí, gritaste mi nombre. Yo ya te había sentido alterada y me escapé de mi cuarentena para colarme en el laboratorio, donde pude comprobar que era cierto que tus pulsaciones se habían disparado. Tiré abajo varias puertas para poder correr hacia aquí y te sentí, Abi. —Su frente tocó la mía como

queriendo demostrar esas palabras—. Sentí cómo gritabas mi nombre en tu cabeza, nuestro vínculo nos permitió comunicarnos.

—Y me salvaste, Max —añadí yo. ¿Qué hubiera sido de mí si él no hubiera entrado por ese balcón?

—Protegerte es mi prioridad. Somos compañeros, pretendo reclamarte. Bueno, a no ser que no puedas aceptar... lo que soy. — Lo miré confundida y él tomó aire con dificultad, dubitativo—. Es decisión tuya, Abi. No puedo obligarte a permanecer a mi lado si no puedes asumir mi naturaleza.

Me incorporé y me aparté de su abrazo. Le miré a los ojos, esos ojos que anoche no habían cambiado a pesar de que el resto de su cuerpo se había transformado en un lobo auténtico, uno de pelaje dorado y hermoso, no como uno de esos horribles monstruos que mostraban mis sueños.

—Explícame qué eres exactamente, Max. No más secretos.

Max se retiró unos mechones de pelo de la cara, salpicándome con unas refrescantes gotas de agua que agradecí al sentirlas sobre mi rostro, como una confirmación de que estaba bien despierta.

—Los Conciliadores somos humanos que heredamos el Don de nuestros padres, o de nuestras madres en el caso de las hembras. Ese Don nos da fuerza, velocidad, destreza mental y física que se van desarrollando con los años y culminan en la pubertad, cuando sufrimos la primera transformación en la primera noche de luna llena de nuestro undécimo año de vida.

—¿Solo os transformáis cuando hay luna llena?

—No, pero cuando la hay no podemos controlarlo, es inevitable. Ese es el precio que debemos pagar, ese y cumplir con el deber que conlleva nuestro Don.

—El Don conlleva la obligación de tener controlados a los vampiros.

—Así es. Por eso también podemos transformarnos en momentos de necesidad, ante un peligro inminente de ataque, sea vampírico o no, porque cuando el lobo se manifiesta somos más fuertes, rápidos y ágiles. Pero siempre seguimos siendo nosotros mismos. Aunque no podamos comunicarnos con los humanos verbalmente, sí podemos hacerlo mentalmente entre nosotros y con los vampiros.

—Eso me pareció ver anoche —añadí, al recordar el extraño diálogo que había mantenido con Elías.

Max levantó una mano para acariciarme la mejilla y pude percibir un gesto de alivio cuando permití que lo hiciera. Su mano temblaba.

—Y eso es todo, Abi. Tú no te transformarás nunca. Ser mi compañera no te hará poseer el Don, aunque nuestros hijos varones sí lo heredaran. Si los tenemos, claro. Si tú aún sigues...

Se quedó callado, con una inseguridad que no había visto antes en él. ¿Pensaba que descubrir su secreto había cambiado mis sentimientos por él? ¿Lo pensaba yo? ¿Cambiaba el hecho de que le amaba con todo mi corazón saber que llevaba un lobo dentro de él que se manifestaba una vez al mes, o cuando hubiera algún peligro, como anoche, cuando me había salvado la vida? En absoluto. Nada era distinto en mi corazón.

—Los tendremos —aseguré, y me apresuré a besarle, a abrazarle y fundirme con él. ¡Había estado tan preocupada! La última vez que lo había visto parecía estar muriéndose. Por mi culpa.

Él me respondió rodeándome con sus brazos, acariciando mi pelo, besándome con dulzura y sonriendo de alivio. Realmente había pensado que le repudiaría por lo que era. No había pensado que le amara lo suficiente, y eso me dolió. Él había dado muestras de sentir algo muy fuerte por mí cuando había enfermado al pensar que iba a perderme.

—La rabia de los celos. —Repetí las palabras de Alfa—. Eso te hizo transformarte, ¿verdad? Por eso no me dejaban verte.

—Sí, pero deja ya de darle vueltas a esa cabecita tuya. Has tenido demasiado ajeteo ahí dentro para una buena temporada. —Me besó en la frente pero, como yo le seguí mirando inquisitiva, cedió y me respondió—. Está bien. Sí, me transformé y no pude volver en mí hasta que descubrí cómo ponerte a salvo, esa era la única forma de convencer al lobo de que el peligro había pasado. —Suspiró, como queriéndose quitar ese pesar de dentro—. Descubrir la marca del beso fue un golpe muy duro. No puedo explicarte cuánto.

—Me hago una ligera idea. Anika me lo explicó, sin contarme lo del lobo, claro.

Le oí hacer un sonido con la boca, como si algo le fastidiara.

—Verás. Entre nosotros nos oírás decirnos «lobo» unos a otros. Pero aunque a mí no me importe que lo hagas tú también, al resto será mejor que

te refieras como licántropos, o simplemente Conciliadores. Al menos cuando estemos en forma humana. —Vi asomar una sonrisa y me alegró ver que podía bromear con aquello, hacía que todo pareciera menos tremendista.

Yo también sonreí y tragué saliva sintiéndome algo más relajada por fin. Aquel movimiento de mi garganta me hizo notar un pequeño tirón en la piel.

—¿Sigo teniendo el beso, Max? —pregunté llevándome la mano a los puntos provocados por los colmillos de Elías, justo donde se vería también la marca azulada de sus labios. Aquel punto parecía haberle gustado especialmente a aquel desalmado.

—Seguramente. —Él trazó un círculo con sus dedos alrededor de ambas incisiones—. Elías aceptó, porque no le quedaba más remedio, a esperar hasta que habláramos con su padre. Será él quien decida si Elías te libera de su marca o no. Hasta entonces, o hasta que muera, seguirá en ti.

Aquello me llenó de rabia. ¿Acaso no estábamos en el siglo XXI y en un país civilizado en el que toda mujer tenía derecho a escoger su futuro? Empezaban a parecerme cada vez menos interesantes las costumbres clásicas. Los tiempos modernos estaban mucho mejor.

—Jamás seré suya, lo juro. Prefiero morir. Él me dio esa opción.

Los ojos de Max se abrieron de par en par, mostrándome cuán grandes eran.

—No digas eso, por favor.

—Lo siento —sacudí la cabeza. Ahora estaba siendo yo la tremendista—. Aún estoy un poco impactada, por todo. Pero quiero que sepas que nada de lo que siento por ti ha cambiado.

Max me abrazó de nuevo y yo me acomodé en él, en esa sensación cálida y acogedora como una suave manta en una noche de invierno. Sus labios rozaron mi oreja y susurraron cada palabra.

—Eso es lo único que me daba fuerzas cuando estaba atrapado en mí mismo. Saber que me amas como yo te amo, Abi, fue lo que me llevó a la conclusión por la cual fui capaz de despertar.

Max me explicó que, entre sueños febriles, había estado dando vueltas a los Concilios, a todos los puntos que todo Conciliador conoce de memoria. Así fue como urdió la estratagema que le contó a Elías al invadir la habitación. Siguiendo con la farsa de que para el clan de Lope yo era una mensajera además de una donante intacta del clan de Galiana, antes de ningún tipo de

enlace había que pasar por ciertos trámites.

Primero Galiana debía cederme formalmente como súbdita de su corte, cosa que a ella no se le iba a mencionar hasta una vez terminadas las negociaciones, claro. Y solo si Lope accedía a que Elías se casara conmigo, podría ser legítima esa unión, ya que en algún artículo de la parte quinta de los Concilios, se detallaba que las uniones entre dos miembros de diferentes clanes debían ser respaldadas por la firma de ambos reyes, para evitar posteriores conflictos de interés.

—¿Pero la realeza no tenía algunas concesiones? —recordé de repente—. ¿No dijo Alfa que a los reyes se les permite elegir pareja incluso bajo coacción?

—Exacto. A los reyes. —Max sonrió de forma desconcertante—. No a los príncipes.

¡Vaya! Eso era todo un alivio. A no ser que...

—Pero es su hijo —insistí—. Le dará el consentimiento aunque yo esté bajo su influencia y acceda sin ser consciente de que lo hago. Elías puede hacer eso.

—Sí, podría. Pero no creo que lo haga. —Max parecía muy seguro—. Lope respeta los Concilios, y la cláusula deja claro que la prometida no debe ser coaccionada. Como solo el rey puede determinar si hay manipulación mental o no, porque es el único que conoce a ciencia cierta la influencia que sus súbditos ejercen sobre los humanos, Lope se dará cuenta de que no accedes a esa boda de forma voluntaria. Y él nunca mentirá si ve que estás siendo subyugada, por mucho que sea su hijo el implicado.

Aquello me parecía sentirse demasiado seguro con respecto a un rey vampiro cuyo hijo no parecía tener muchos escrúpulos. No las tenía todas conmigo, pero Max sabía más de estos temas que yo.

—Confiemos en ello —concluí.

—Confía en mí —añadió él.

—¿Max? ¿Abi?

Dos golpes en la puerta y la voz de Anika evitaron que nuestros labios llegaran a unirse.

—¿Anika?

Max abrió la puerta y ella lo miró de arriba abajo.

—¿Estás bien? Sí, veo que sí. Traigo tu ropa, Max. —Tras darle una bolsa, le ignoró y corrió hacia mí—. ¿Abi? Oh, Abi, ¿qué tal estás?

—Algo confusa y... es como si mis huesos fueran de goma, no consigo ponerme en pie.

—Ha sido Elías —le explicó Max—. Manipulación mental y sueños dentro de sueños.

—¡Maldito tramposo! —Anika puso los brazos en jarra, resoplando—. No me lo puedo creer. Tranquila Abi, te llevaremos al laboratorio y te daré unos reconstituyentes. Solo estás débil, eso es todo. —Me acarició la mejilla y me sonrió tan cándida como siempre. ¿Cómo podía haberla llegado a imaginar como un monstruo alguna vez, por muy influenciada que estuviera por Elías?

Max se vistió mientras Anika me exploraba buscando daños físicos en mi cuerpo.

—¡Te ha mordido! —gruñó al llegar a mi cuello.

—Solo un poquito —me excusé, pues me sentía culpable por no haber sido capaz de evitarlo—. Pero no te enfurezcas y te conviertas en... —¿Cómo debía decirlo?— *licántropa*.

Se levantó de golpe y retrocedió dos pasos, luego se relajó como si se lo hubiera pensado mejor.

—Licántropo es neutro, se usa tanto para masculino como femenino —me ilustró Max, molesto por mi incorrección, mientras se calzaba unas botas.

El comentario de Max pareció relajar por completo a Anika.

—¡Qué tonta! Pero si ya lo debes de saber todo. Espero que Max te lo haya explicado de forma delicada.

—Se coló por el balcón en su forma... no humana. —No quería volver a entrar en polémicas de denominación—. Pero lo reconocí por los ojos. Luego me desmayé.

—Muy delicada —farfulló Anika.

—¡Eh! Llegué justo a tiempo de evitar que Elías se la bebiera como un sorbete.

Anika lo regañó con la mirada.

—Vale, pero espero que ahora ya se lo hayas explicado mejor. Con palabras —matizó.

—Sí, lo ha hecho. Y todo está bien Anika. De verdad.

Aunque no parecía muy convencida, lo dejó estar.

—Nos vamos —concluyó Max y me cogió en brazos.

—Creo que ya puedo andar sola, gracias —protesté mientras nos dirigíamos a los ascensores.

—Prefiero llevarte así.

No es que tuviera auténticas pegadas, pero aquello podría traer consecuencias si alguien nos veía, por mucho que no fueran más que las nueve de la mañana de un domingo.

—Entre esta ropa y que tú me lleves en brazos vamos a llamar bastante la atención.

Me dejó a regañadientes en el suelo cuando el ascensor llegó al bajo, por lo que la recepcionista de ese turno no se percató de nuestra presencia hasta que dijimos adiós y ella respondió sin levantar la mirada del ordenador.

Sentí un gran alivio cuando salimos a la calle a la luz de lo que prometía ser una soleada mañana, y me sentí más llena de energía a pesar de tambalearme aún y tener que avanzar apoyándome tanto en Anika como en Max. Ella nos dirigió hasta uno de los coches oscuros de lunas tintadas característicos de los Conciliadores y, en cuanto nos acercamos al vehículo, Max se puso tenso, las aletas de su nariz se dilataron y aspiró con fuerza.

—¡Huelo a vampiro! —exclamó y se puso a mirar hacia todas partes—. Muy cerca.

—Esto... —Anika se retorció un mechón de pelo, como una niña pequeña que hubiera hecho una travesura—. No contaba con que Abi precisara atención médica. Pensé que solo me necesitabas para que te trajera la ropa y bueno, ya que salía de la sede, quería encargarme personalmente de llevar al fugitivo a la frontera.

—¿A quién?

—El vampiro que te ayudó a prepararte —me explicó—. Ya ha cumplido su condena.

—Tú siempre tan considerada. —Max puso los ojos en blanco y se dirigió a la puerta del conductor—. Entonces dame las llaves, no pienso ir atrás sentado con ese. Y Abi tampoco.

Anika le lanzó las llaves por encima del capó y se dirigió a la puerta trasera. Max me abrió la del copiloto, como siempre, y se dirigió a la suya. Pero antes

de que ninguno entráramos, cerró de un portazo y lanzó una pregunta al aire con cara de sospecha.

—¿Y se puede saber cómo has convencido a Alfa para que te permitiera ser tú quien lo llevara, además de venir hasta aquí a traer mi ropa? ¿Por fin te ha levantado el arresto domiciliario?

—Bueno...—la voz de Anika fue casi un susurro—. Alfa no sabe nada.

—¡¿Qué?!

Anika se encogió de hombros ante el grito de Max, escondiendo la cabeza tras el coche.

—Tú sigues siendo el líder y no puedo desobedecer una orden directa tuya. Y si él no sabía nada, no le desobedecía tampoco a él... —Puso cara de niña buena—. Ya que tenía que ser yo la que trajera tu ropa, sola, quise aprovechar el viaje.

Max se apoyó sobre el techo del coche con ambas manos, como si fuera a coger impulso y saltar por encima de él para alcanzar a Anika.

—¿Y por qué tendrías que ser tú quien viniera y además sola? Es totalmente lo contrario a lo que cualquier Alfa hubiera ordenado tras una operación como esta.

—Ya, eso pensé. Pero era lo que decía tu nota, la que trajo Franki, la que le dio la recepcionista, la que supuse que pediste a Abi que escribiera anoche... —Se atropelló en cada palabra antes de quedarse muda unos segundos. Me miró y yo la miré igual de horrorizada—. Tú no escribiste ninguna nota, ¿verdad? ¡Pensé que al ser compañeros podría oírte! ¡Pero no! ¡Claro que no! ¡No habéis completado aún el ritual!

¿Una nota pidiendo que fuera Anika quien acudiera, sola? Absurdo, además de demasiado sospechoso. Solo algo tan fuerte como ser incapaz de desobedecer una orden podría haber llevado a Anika a arriesgarse así, cuando no había duda de que ella era más que inteligente para darse cuenta de que algo no encajaba. Y no decirle nada a nadie era comprensible si no quería desobedecer a Alfa, quien no lo hubiera consentido.

—¿Y entonces quién escribió la nota? —pregunté mirando a Max.

—Elías —dijeron los dos a la vez.

Claro, eso era. Yo había nombrado a Franki desde el borde del tejado y Elías lo había presenciado. Y tras la entrada en escena de Max, habría atado

cabos. A estas alturas sabría que yo trabajaba con los Conciliadores. ¿Pero por qué mandar una nota falsa para que acudiera Anika? ¿Qué podría importarle precisamente ella a él?

El vampiro que había dentro del coche dio unos toquecitos contra la ventanilla que sonaron como algo metálico. Anika, entre conmocionada y furiosa, abrió la puerta.

—Disculpad que os interrumpa, pero percibo algo, aparte de vuestra histeria y confusión. Como una reverberación hostil que se acerca.

Max se puso tenso y empezó a mirar a todas partes. Yo cerré la puerta del copiloto aunque luego pensé que lo mejor hubiera sido meterse dentro del coche, sobre todo después del rugido que escuché y que casi me hizo gritar aún más alto que al despertarme de mis pesadillas.

—¡Opción de revancha! —Las palabras resonaron y nos paralizaron a todos un segundo de más, lo justo para no reaccionar a tiempo.

El vampiro pareció salir de la nada. En cuanto Anika se dio la vuelta y antes de que Max se lanzara a por él, le había clavado un cuchillo en el pecho con la única mano que tenía, ya que la chaqueta de cuero negra que llevaba sobre su corpulento cuerpo revelaba que le faltaba un brazo; una de las mangas estaba enrollada y sujeta a la altura del hombro.

—¡Max! —exclamé al recoger a Anika cuando se desplomó en mis brazos, temblando y convulsionando sin parar.

Max dejó de correr detrás del vampiro y volvió a nuestro lado.

—¡Tengo que atraparlo!

—¡No! Lo que tenemos que hacer es llevar a Anika a un hospital. Está sangrando mucho y... no sé qué más, pero nada bueno.

Las convulsiones eran tan fuertes que la hacían levantarse del suelo y gritar de dolor. Cuando Max tocó el arma que ella tenía clavada, retiró la mano de inmediato.

—Plata —pronunció con los dientes apretados y sosteniéndose el puño con fuerza—. Esto va más allá del ojo por ojo. La matará, Abi.

—¿Qué? —La sangre salía a borbotones entre mis dedos mientras yo trataba de taponar aquel manantial rojizo.

—La plata nos debilita. Y si toca nuestra sangre aún más.

No me lo pensé dos veces, cogí el cuchillo por la empuñadura y lo arranqué

de cuajo, ignorando muy a mi pesar el grito desesperado de Anika. Lo lancé tan lejos como pude y lo vi caer en una alcantarilla por la que se coló y desapareció.

—¡Abi! —exclamó Max, como si le hubiera querido hacer daño a propósito.

—¡Ya lo sé! —Me defendí cada vez más histérica—. Ya sé que esto no es lo que hay que hacer, en un caso normal. Pero este no lo es. La plata le iba a hacer más daño que el que haya podido hacerle yo.

—Tienes razón. —Max inspeccionó la herida ahora que ya no había nada en ella que le dañara a él—. Pero se desangrará —sentenció aterrizado.

—No si la llevamos ya a un hospital y le hacen una transfusión. —Me desgarré parte de las largas telas del vestido y las utilicé para taponar la herida. —Ayúdame a meterla dentro, Max. ¡Vamos!

—No servirá de nada. Ninguna sangre le valdrá. —Ahora se balanceaba, de rodillas en el suelo a los pies de Anika, con una temblorosa voz infantil—. Los licántropos solemos curarnos solos, pero no podemos recibir sangre de otros. A excepción de la de nuestros familiares y Anika no tiene ninguno en la ciudad.

El derrotismo de Max me estaba haciendo perder el juicio, pero me negaba a darme por vencida. Tenía que haber una solución.

—¿Un compañero es como un familiar? —pregunté de pronto, esperanzada.

—Sí, pero Anika no lo tiene aún. Creo que aunque ella lo ha elegido, él... Marcus no siente lo mismo.

—Sí lo siente. ¡Él y Anika están juntos! Lo sé, lo he visto.

—¿Está segura? —En sus ojos había más duda que esperanza.

—¡Sí! Ayer él le dijo que cuando todo esto acabara la reclamaría formalmente. Y... ¡el detector! —recordé—. El invento de Anika mostró que sus corazones se iluminaban en rojo intenso, como el tuyo y el mío. ¿Es eso suficiente?

—Sí. —Max se levantó de un salto y se frotó la cara, manchándosela de sangre—. ¡Sí! No importa que no hayan hecho el ritual. Si sus corazones ya están vinculados, su sangre servirá.

—Entonces hay que llegar a la sede cuanto antes —insistí, incorporándome para llevar a Anika conmigo dentro del coche.

—Os lo advertí —masculló el vampiro moviendo la cabeza con desaprobación cuando Max abrió la puerta y me ayudó a acomodar a Anika sobre mi regazo.

Vi en la cara de Max que se le cruzaba por la mente echarlo de allí, pero enseguida cambió de idea. No iba a dejar a un prisionero suelto como si nada. En lugar de eso, optó por amenazarlo.

—Échate a un lado, chupasangre, y no te muevas ni te acerques a ellas o te arrancaré la cabeza y la tiraré por la ventanilla. ¿Has entendido? —Él asintió con la cabeza y vi que tenía las manos esposadas a su espalda. Max me miró a los ojos antes de cerrar la puerta y dirigirse al asiento del conductor—. Tranquila, todo irá bien.

Arrancó y pisó a fondo en dirección a la sede. Mientras, Anika convulsionaba entre mis brazos. Supuse que la plata había estado en contacto con su sangre demasiado tiempo, y que esta estaba recorriendo todo su sistema circulatorio llevando ese daño a todas las partes de su cuerpo. De pronto, dejó de convulsionar y cerró los ojos.

—¡Anika! ¡Anika! —Le di un par de tortitas en la cara—. ¡Despierta!

—¡No dejes que pierda la consciencia, Abi! —gritó Max desde la parte delantera—. Mantenla despierta hasta que lleguemos a la sede.

Vaya, ahora era responsabilidad mía hacer un milagro. Contuve las lágrimas y traté de obrarlo.

—Anika, quédate conmigo, vamos, quédate. —Esta vez en lugar de dos tímidas palmaditas le di dos sonoras bofetadas, sin miramientos. Pero los ojos se le abrían solo para volvérselo a cerrar de nuevo—. Max, se está yendo, no consigo que me mantenga la mirada.

—Yo puedo ayudar —dijo de pronto el vampiro—. Lo sabes.

Max y él se miraron a través del espejo retrovisor central.

—No dejaré que toques su mente.

El vampiro soltó un bufido e hizo una mueca de asco.

—No ayudaría a ninguno más de vosotros ni aunque me lo pidierais de rodillas o me amenazarais de muerte. Pero esta es la única Conciliadora que no me ha tratado como un animal en los mil seiscientos años que tengo. Quiero hacer esto por ella. Voluntariamente. Y tú tampoco tienes más opciones.

Max dudó, lo vi en el perfil de su rostro, pero no dijo nada.

—¡Max! Si puede ayudarla déjale hacerlo. Es eso o que se muera. ¡Por favor!

Él cogió una curva de forma demasiado brusca y saltó un par de groseros tacos.

—Hazlo, maldita sea, hazlo —cedió finalmente.

—Necesito tener las manos libres —me indico el vampiro y señaló con la barbilla el bolsillo del pantalón de Anika—. No la morderé, acabo de beber de uno de esos donantes ancianos que los clanes ya no quieren y que tenéis como menú para presos.

—Adelante, Abi —permitió Max.

Mirando con recelo al mismo vampiro que había estado paseándose a sus anchas por mi cabeza durante mis entrenamientos, saqué la llave y le solté las esposas. *Ipsa facto*, él me arrancó a Anika del regazo y le sujetó la cabeza con ambas manos, acercándola a su cara. A pesar de que eso suponía estar muy pegada al vampiro, yo no dejé en ningún momento de taponar la herida, que no paraba de sangrar y sangrar, manchando de rojo el coche, mis manos y el cuerpo del vampiro. Confiaba en que aquello no le abriera el apetito dándole ganas de un postre de última hora.

—Sigue mi voz, ojos de esmeralda, síguela y obedece mis órdenes.

Después de unos segundos con la mirada perdida, Anika pareció centrarla en los ojos de aquel vampiro. A diferencia de como había hecho conmigo, todas sus órdenes fueron dichas en voz alta, supuse que para que Max no sospechara de que pudiera estar haciendo otra cosa más que mantenerla consciente. Estaba a punto de ser liberado, no podía arriesgarse a ser condenado a otro castigo.

En los escasos cinco minutos que duró el trayecto, oí sin cesar las mismas y taladrantes palabras: *mírame, sigue consciente, respira profundamente y obliga a tu corazón que siga latiendo*.

Una vez en el garaje, entre los tres sacamos a Anika del coche y Max se la llevó en brazos mientras nos gritaba que le siguiéramos. Tiró abajo de una sola patada la puerta de acceso a la sala central y bajó las escaleras hacia el sótano sin apenas pisarlas, haciendo resonar un grito de decibelios incalculables por todo el edificio.

—;Marcus!

CAPÍTULO 11

Samuel —que era el nombre del vampiro fugitivo y que yo oí por casualidad cuando uno de los Conciliadores le indicó con un brutal empujón que se apartara, pero que ni se le ocurriera intentar huir— me miró desde la otra esquina de la enfermería cuando Max cerró por fin la puerta. Fue entonces cuando me di cuenta de que llevábamos horas pegados contra las blancas paredes, uno en frente del otro, dejando hacer y sin movernos ni hablar para no molestar ni interrumpir el ir y venir de Conciliadores en el indescriptible caos e histeria que se había creado en la sede.

Todos se imaginaban qué había sucedido, porque era la primera vez que Anika salía en meses, pero la confirmación por parte de Max de que el vampiro que ella había dejado manco con su arma había ido a vengarse e incluso a más que eso, enfureció tanto a todos que los gruñidos, rugidos, blasfemias y gritos no cesaron hasta que Max les hizo salir de la enfermería para dejar descansar a Anika y a Marcus, quien en mi opinión estaba inconsciente.

Samuel y yo no habíamos tenido el valor de decir nada, al menos ese era el sentimiento en mi caso. Sentirme empapada de la sangre de Anika había contribuido a mi sensación de horror e impotencia. Y ver a Marcus como si fuera un cadáver, sentado junto a la camilla donde yacía Anika y con el brazo estirado dejándose drenar más y más sangre, me estaba empezando a preocupar sobremanera. Samuel vio mis intenciones y pareció advertirme con la mirada que no lo hiciera, pero yo hablé.

—Creo que Marcus está muy mal, Max. ¿Cuánta sangre le habéis extraído ya?

Max me miró como si de repente se percatara de mi presencia allí. Sus ojos,

fijos hasta entonces en Anika, estaban como apagados, habían perdido el brillo y el verde de sus iris ahora parecía pardusco en lugar de radiante.

—Aguantaré —murmuró el propio Marcus, sin abrir los ojos.

—Está dormida, pero está estable —intervino entonces Samuel, con más valor que yo. Incluso levantó la mano para impedir que Max le dijera lo que parecía que iba a decirle—. No le he hecho nada. Aun así puedo percibirlo. Su sangre ya no está dañada. No huele como antes.

Max, después de mirar con gesto amenazante a Samuel, se acercó a Anika y le inspeccionó la herida que hacía rato le habían desinfectado, suturado y cubierto de una masa densa y de un blanco radiante que alguien llamó «rayos de luna». Al tocarla, Anika emitió un leve sonido, un suave gemido que interpreté como dolor, y Marcus se levantó de golpe para atenderla.

—Estoy aquí, mi vida, estoy contigo.

Anika apenas movió la cabeza, fue un gesto mínimo pero perceptible, y después vi cómo le apretaba a Marcus la mano que él le mantenía sujeta, la misma cuyo brazo recibía la sangre de él. Luego, volvió la quietud y aquel hombre enorme y en apariencia todopoderoso, se desplomó en la silla y pareció empequeñecer en segundos.

—¿No deberías beber algo más de eso que te han traído? —le indiqué a Marcus y yo misma le entregué una de las botellas que aún estaban llenas de una especie de zumo o batido que supuse le ayudaba a reponer la sangre que iba perdiendo.

Él me miró de reojo con actitud severa, pero acabó aceptando y bebió media botella de un solo trago.

—Las constantes vitales están en parámetros aceptables, Marcus. —Max había estado observando algunas de las pantallas de las máquinas a las que habían conectado a Anika nada más llegar a la sede—. Voy a quitarte ya los tubos.

—¿Estás seguro? —La mirada de súplica que Marcus le dirigió a Max reveló la tristeza que se había apoderado de él.

—Segurísimo. Se va a recuperar. Es fuerte, y tu sangre lo es aún más.

Marcus se dejó hacer. La herida que le había producido la aguja se cerró casi de inmediato, lo que me dio una idea de cuán poderoso era Marcus como Alfa de todos los Conciliadores del mundo, y lo sorprendente que era el

poder autocurativo de los licántropos.

—Cuídala bien, Max. —Esas tres palabras sonaron más a solicitud que a orden. Parecía completamente concentrado mientras se bajaba la manga de la camisa y se abrochaba el botón del puño, como quien se viste para un evento —. Cuídala por mí hasta que vuelva.

—Ni se te ocurra. —Max le sostuvo por los hombros y volvió a hacerle sentar en cuanto él hizo amago de levantarse.

—¡Aparta de mi camino, Máximo! Tengo un trabajo que hacer. Lo sabes tan bien como yo.

Los ojos se le encendieron de rabia, tanto que parecieron ir a saltársele las lágrimas. Pero la fuerza que Max ejercía sobre él le impedía levantarse.

—Aún estás débil —aporté yo, temiéndome a qué trabajo se refería.

—Ya he perdido demasiado tiempo, aunque Anika lo necesitaba y eso era lo importante. Ahora tengo que cumplir mi deber como su compañero y como Alfa, y lo voy a hacer con mucho gusto.

—Te estarán esperando. —Max y Marcus giraron sus cabezas hacia Samuel y parecieron taladrarlo con la mirada. Yo tragué saliva—. Soy un vampiro nómada, no me gusta vivir mucho tiempo en una misma comunidad. Pero he pasado un año en el clan de Lope antes de decidir dejarlo, justo cuando me detuvisteis mientras tomaba aquel pequeño tentempié por el camino.

—No hay excusas para alimentarte de alguien sin su consentimiento —le indicó Max, lo que al fin me sirvió de explicación al delito por el cual Samuel había tenido que cumplir condena.

—Lo sé, y he pagado por ello. Pero lo que quiero decir es que os puedo asegurar que ese vampiro no ha huido de su clan, porque no le hace falta. Está respaldado.

—Lope jamás respaldaría la Opción de Revancha —contradijo Max con rotundidad—. Sabe que eso supondría el asedio a su clan.

—No digo que haya sido Lope —aclaró Samuel.

Max y Marcus se miraron, y yo supe qué estaban pensando.

—Elías —pronuncié en un susurro.

Samuel hizo una mueca y dijo una palabra en algún idioma que, aunque yo no comprendía, sabía que no era ningún piropo.

—Llevaba tiempo queriendo alejarme de su clan, tampoco este encajaba

conmigo. Pero en cuanto Lope fue envenenado, no esperé más. No quería ni imaginarme en qué se convertiría ese feudo cuando llegara a gobernarlo su hijo. Elías carece de conciencia, de visión práctica. Solo ansía poder, todo el que pueda abarcar, aunque implique ganarse a sus súbditos con pequeñas concesiones. Como la Opción de Revancha.

—¿Insinúas que Elías está tratando de ganarse a sus súbditos mientras su padre está enfermo, por si no llegara a recuperarse? —le pregunté y, de pronto, algo que solo había sido una de las muchas conjeturas que habíamos hecho hasta ahora empezó a cobrar más sentido—. ¿O que incluso el propio Elías ha envenenado a Lope?

¿Cabía la posibilidad de que el traidor no fuera Armando? Todo indicaba que era él. Había enviado a sus sicarios a por mí, ya que sabía que Elías me había entregado algo o que al menos yo era importante para él. Si Armando era el traidor no querría que esa carta llegara, no le interesarían las negociaciones de alianza con Galiana. En cambio, Elías sí quería que esa carta llegara, quería la paz, aunque por otro lado no le importara anular mi libertad para obligarme a ser su esposa. Si padre e hijo querían esa alianza por igual, ¿por qué iba a envenenarlo?

—Un rey no es nada si sus súbditos no le son leales. Y no digo que le envenenara él, aunque tampoco lo descarto —me respondió Samuel—. Lo he estado pensando durante un buen rato... y creo que Lope ya está muerto. Solo así ese vampiro cobarde se habría atrevido a reclamar su venganza. Sin el respaldo de su rey jamás lo habría hecho. Y si Lope ha muerto, Elías es el nuevo rey, capaz de urdir una trampa como esa falsa nota para facilitar el ataque. Y por eso digo también que él te estará esperando —añadió esta vez mirando a Marcus.

—Perfecto entonces. —Marcus se levantó haciendo que Max diera un paso atrás, lo que me indicó que estaba algo más recuperado—. Así no perderé el tiempo buscándolo.

—Ahora no estás al cien por cien, Marcus —intervine de nuevo—. Espera a que te recuperes un poco.

—Dejar que pase el tiempo sin hacer nada es muestra de debilidad. Creerán que su acto puede pasar impune y no dudarán en cometer más ataques. No lo pienso permitir. Soy el Alfa y ese es mi deber.

—Yo tampoco estoy en mi mejor forma —comentó Max—. Pero dos Alfas al cincuenta por ciento hacen un Alfa al cien por cien. ¿No crees?

Marcus negó con la cabeza pero Max se le encaró, golpeándole el pecho con el suyo en uno de los gestos más animales que había visto nunca entre humanos.

—Esta aún es mi sede —insistió Max—, por lo que Anika sigue siendo responsabilidad mía. Sé que también es tuya, por eso voy a permitir que vengas conmigo. —Ambos se miraron unos instantes. En un primer momento fue como si se retaran, después fue como si se comunicaran con la mente algo que yo no supe interpretar y, por último, sus bocas dibujaron una sonrisa de complicidad que me hizo temerme que ya se habían puesto de acuerdo—. Además, me necesitas al volante. Lo de conducir por la derecha no se te da nada bien.

Sabía que Max intentaba suavizar a Marcus con aquel chiste, pero que ninguno de los dos estaba lo que se dice de buen humor en ese momento. Ninguno rio, pero esas palabras fueron como abrir una ventana en una sala cargada para que entrara aire fresco. Allí habría hecho mucha falta algo así, con urgencia.

—Será un juicio público, rápido y de sentencia preestablecida. —Marcus se acercó a Anika, la besó con dulzura en la frente y le susurró dos palabras: por ti. Después volvió a mirar a Max y su rostro se volvió pétreo—. Pero no te prometo que vayan a aceptarlo de buen grado si es cierto que Elías reina ahora en el clan.

—Esos juicios son los que más me gustan—. Max se giró hacia mí y me besó en los labios de forma fugaz. Si así trataba de tranquilizarme, el beso no tuvo ese efecto en absoluto. A través de sus labios sentí la adrenalina corriendo por sus venas, la anticipación de lo que se avecinaba bullendo dentro de él como si llevara tiempo esperando ese momento—. Cuida de Anika, Abi. Volveré pronto.

Ambos se encaminaron hacia la salida y comprendí que pensaban marcharse ya y así sin más, sin el apoyo de más Conciliadores y ni una sola arma.

—¿Qué? ¿Vais a ir solos? ¡Es una locura! —grité sin ser escuchada.

—Tú ya has acabado aquí, pero aguardarás a que volvamos —le informó

Marcus a Samuel, cogiéndolo por la pechera y lanzándolo fuera de la enfermería. Lo metió de otro empujón dentro de la sala de tiro y bloqueó la puerta tecleando algo en una pantalla. Samuel no se resistió ni protestó.

—¡Max! —grité de nuevo.

—Volveremos pronto —repitió mientras desaparecía por las escaleras corriendo tras Marcus.

Habría corrido detrás de ellos, habría ido a avisar a Raúl y a los demás. ¿Pero cómo iba a dejar a Anika sola en aquel sótano?

Tenía todo tipo de cables y máquinas conectadas a su cuerpo. Imaginaba que en cuanto una diera aviso de que algo iba mal, alguien bajaría. Aun así, no quise dejarla ni un segundo sin compañía.

Resignada y muerta de miedo por ambos, me senté justo a Anika a esperar. No había nada más que pudiera hacer, excepto tal vez rezar.

Tras asearme y tratar de comer algo, aunque apenas pude, bajé a la sala principal que estaba más desierta que nunca y me senté a esperar. Otra vez. Con la espalda apoyada en el respaldo de la silla giratoria y las piernas bajo la mesa de uno de los numerosos cubículos equipados con un teléfono y un ordenador, me quedé mirando a un punto fijo y con la mente en blanco por un tiempo indefinido. Era como si mi cerebro necesitara desconectar, quedarse en reposo y reiniciarse para poder seguir funcionando. Y es que nunca había sido sometida a tanta presión, ni cuando mi padre había fallecido.

Me dije con vehemencia que no era porque esto me importara más, sino porque lo que le había sucedido a mi padre tenía una explicación lógica, al menos bajo un punto de vista médico. A los ojos de una hija y una esposa, la muerte a los cuarenta años de un hombre bueno, trabajador y cariñoso no tenía lógica alguna. Sin embargo, los médicos explicaron que la afección cardíaca que sufría mi padre era un daño irreversible en un órgano vital causado por una malformación. Y que, según el historial médico de mi abuelo, era hereditaria, para mayor angustia de mi madre, quien me obligó a hacerme todo tipo de pruebas. Por suerte, descartaron esa afección en mí.

Pero mi padre ya estaba condenado antes de que le diera el primer infarto y, después, cuando ninguno de los corazones que iban llegando a la unidad de trasplantes mostró ser compatible, la condena pasó a ser sentencia de muerte.

En contraste con aquel irremediable desenlace vaticinado por los médicos, lo que llevaba viviendo desde hacía algo más de una semana no tenía lógica alguna. Si bien el hecho de que los vampiros y los licántropos existieran carecía aún de una clara explicación científica, según me habían explicado Anika y Max, que yo hubiera entrado a formar parte de ese increíble mundo quedada incluso fuera del ámbito de la probabilidad.

Había encontrado un vestido como hecho a medida para la fiesta del clan de Lope, me había confundido de dirección para llegar exactamente a aquella fiesta y la contraseña de entrada era uno de mis poemas favoritos. Además, Elías se había encaprichado de mí nada más verme y la auténtica mensajera se había esfumado de la forma más oportuna para que Elías no dudara que ella era yo. Todas esas coincidencias me habían llevado a tomar parte activa en los pasos hacia una alianza sin precedentes entre clanes vampiros, y al mismo tiempo me había puesto en el camino de Max. Toda aquella carambola me había llevado a él. Max me había seguido y me había protegido desde el primer momento, sin apenas conocerme, y en cuanto nos habíamos besado, o quizá ya desde antes, ambos nos habíamos dado cuenta de que había algo especial entre nosotros. ¿Por qué? ¿Cómo podía saberse en tan poco tiempo que una persona estaba hecha para ti y que tú le pertenecías de la misma manera?

Anika y Marcus eran Conciliadores, licántropos, y llevaban casi un año conociéndose. Ese tiempo de amistad sumado a esa magia sobrenatural que los definía como lo que eran podía haber creado ese vínculo fuerte y poderoso que los convertía en una pareja. ¿Pero yo? Yo era una chica corriente que hasta ahora solo había destacado por la tenacidad en cumplir un sueño y el esfuerzo y dedicación en los estudios para sacar las notas que me permitieran alcanzarlo. ¿Qué había visto Max en mí para elegirme como su compañera? Él era un Alfa, alguien importante entre los suyos. ¿No se merecería alguien que estuviera a su altura o, al menos, alguien que compartiera lo especial que él era?

De repente me sentía insegura, débil e insignificante. Al contrario de cómo

me sentía entre sus brazos. Él me hacía sentir como alguien precioso, valioso, amado. Porque realmente lo era, me dije de repente. ¿A qué venían de pronto esos sentimientos derrotistas? Max me quería, y yo a él, eso era lo importante. Y ninguna hembra licántropo por muy hermosa, ágil, fuerte, lista o lo que quiera que fuera podría amarle como lo hacía yo. Punto. Siempre había tenido confianza en mí misma, porque mi padre me había enseñado algo desde niña. *Quien algo quiere, algo le cuesta*, o como él decía más a menudo y a mí me hacía reír, *Quien quiera peces, que se moje el culo*. Y yo lo había aplicado toda mi vida, esforzándome por conseguir mis metas con sudor y dedicación. Esos pensamientos de hacía unos instantes no eran propios de mí.

Me levanté de la silla y me puse a caminar. Si Elías se había vuelto a colar en mi cabeza mientras la tenía en *stand by*, no se lo iba a volver a permitir. Ya había intentado engañarme en mis sueños, obligándome a que me acercara a él y me alejara de Max y los Conciliadores, pero no lo había logrado. Si no lo había podido hacer mientras estaba dormida, cuando era más vulnerable, ¿iba a conseguirlo estando despierta? No. Ni hablar. Di un par de vueltas por la sala, recordando lo que Marcus me había dicho sobre que el ejercicio ayudaba a despejar la mente. Y lo hizo. Al cabo de unos minutos estaba recordando que debía bajar de nuevo a la enfermería a cambiar el turno a Raúl.

Él me había sustituido para velar a Anika, a la cual yo había abandonado a regañadientes. Solo la insistencia de Raúl sobre que si ella despertaba, verme así vestida y cubierta de sangre la mataría del susto, consiguió convencerme de ir a adecentarme un poco y vestirme con mi propia ropa. También me ayudó, aplacando mis miedos, la confianza que me hizo Raúl, una que no podía mencionar jamás a Max ni a Marcus si no quería que todos los miembros de la sede fueran castigados por algo que, en mi opinión, se merecería más bien una recompensa.

Max y Marcus se habían ido solos sin pedir la ayuda de nadie, por lo que recibirla sería incumplir directamente un deseo de sus dos jefes, cosa que tenían prohibido hacer. Lo que no estaba vetado era, de forma casual, reforzar la seguridad habitual alrededor de los edificios propiedad de Lope. Aunque no tenían la certeza de dónde se encontrarían Elías o el vampiro manco en ese

momento, sí sospechaban que sería en uno de los edificios principales. A la menor señal de peligro, entrarían, fuese cual fuese la reprimenda posterior.

Al parecer, que su Alfa fuera herido o dañado de cualquier manera, emitía algún tipo de señal a su equipo. Él confiaba de todas formas en no tener que actuar, aunque vi cómo le dolía no poder ir a vigilar con los demás. Él era el segundo de Max y, en esos momentos, el mandamás en la sede donde una Conciliadora estaba herida de gravedad. Y eso le convertía en el encargado de velar por la seguridad absoluta de ese edificio.

Estaba a punto de bajar las escaleras cuando lo vi subiendo para anunciarme que Anika se había despertado y que preguntaba por Marcus. Como no había sabido si decirle la verdad o no, había venido a buscarme. De pronto, volver a bajar se me hizo algo demasiado duro de afrontar. ¿Cómo iba a contarle a Anika que los dos hombres que ella más quería se habían marchado a una misión vengativa y suicida, y que después de más de seis horas aún no habían vuelto?

Según Raúl, ella lo comprendería como Conciliadora que era, pero yo sabía que como mujer no lo llevaría tan bien, y no quería causarle más sufrimiento del que ya estaba padeciendo. Así que le pedí a Raúl unos instantes de reflexión para encontrar las palabras precisas y me dejó de nuevo a solas en aquella enorme sala vacía y fría que cada vez se me estaba volviendo más pequeña, casi claustrofóbica a mi alrededor.

Entre la tormenta de pensamientos y antes de que la puerta se abriera, supe que estaban allí. Y cuando esta se abrió y ambos entraron con paso lento y la cabeza gacha, pero por su propio pie, mi corazón volvió a su sitio. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, mi cuerpo reaccionó por su cuenta y mi voz hizo eco en todo el edificio.

—¡No vuelvas a hacerme esto! ¿Me oyes? ¡Nunca vuelvas a asustarme de esta manera! —Corrí hacia Max y le golpeé con fuerza con mis puños contra su pecho, ahogándome con mi propio llanto—. Si te pasara algo, yo, yo...

—No es tan fácil acabar conmigo, Abi. No tienes de qué preocuparte. —Pero le vi aspirar de dolor cuando uno de mis puños alcanzó cierta herida en sus costillas y la sangre traspasó la tela de su camiseta.

—¡Te han herido! ¡Y a Marcus también! —Observé que sus ropas estaban también cubiertas de sangre—. Habéis ido como unos kamikazes. ¡Podrías

no haber vuelto!

Marcus se desmoronó en una de las sillas y habló mirando al suelo.

—Si lo hubiéramos dejado correr habrían pensado que somos débiles, Abi. Y eso habría desencadenado una guerra de forma inminente. No podíamos esperar a montar un operativo y que el vampiro huyera o que todo ese clan decidiera unirse y atacar —comentó Marcus sin ninguna emoción en su voz.

—Les hemos demostrado que quien incumple los Concilios lo paga. —Max se levantó la camiseta y se miró la herida, la tocó y por la cara que puso vi que no le daba demasiada importancia—. Ese es nuestro trabajo. Y ellos lo saben. Esto les ha demostrado que no pueden desafiarnos ni una sola vez.

Varios Conciliadores regresaron a la sede y pasaron por nuestro lado mirando de reojo, pero al ver que ninguno de sus jefes les decía nada, se marcharon a otras zonas del edificio. Entonces Max me explicó de forma muy escueta lo sucedido mientras Marcus parecía estar recuperándose de una larga maratón.

Me contó que después de *sacudir* a varios vampiros en otros edificios para que hablaran y les dijeran dónde encontrar a Melgar, el vampiro manco, habían dado con él en los túneles subterráneos de la estación de tren de Abando, uno de los edificios más populares del clan de la margen izquierda y que habitualmente regía Armando. Para su asombro, él mismo se lo había entregado en bandeja alegando que en el clan de Lope jamás se había recurrido ni se recurriría a la Opción de Revancha ni a ninguna otra de las antiguas directrices previas a los Concilios. Ni él ni Marcus supieron si aquello era una estratagema de Armando o si velaba por los intereses de Lope mientras su hijo hacía de las suyas en su ausencia.

A pesar de las dudas al respecto, Melgar había sido juzgado delante de más de cincuenta vampiros, aunque ni Elías ni Lope estuvieron allí presentes y Armando hizo de anfitrión —que no abogado— en su nombre; el juicio no podría haber tenido lugar sin uno. De todas maneras, el acusado no pudo defenderse, aunque esto no le habría servido de nada ya que la sentencia estaba preestablecida. Tampoco pudo aclarar si había sido respaldado o no por el rey, el príncipe o por el propio Armando, aunque ahora le entregara sin miramientos. Al vampiro le habían cortado la lengua y Armando aseguró que él no había tenido nada que ver, pero tampoco dio más explicaciones.

Ante el aparente descontrol dentro del clan, Marcus se había encargado de acabar con aquello en pocos minutos. Con más detalles de los que hubiera querido sobre esta parte de los acontecimientos, Max me contó cómo Marcus se había transformado y había arrancado la cabeza del acusado de un bocado mientras sus semejantes miraban horrorizados la escena pero no hacían nada, según Max por orden expresa de Armando.

Después de asimilar todo lo sucedido y con la cabeza cada vez más confundida con respecto a si Lope estaba vivo o muerto, si Elías estaba detrás de la nota y la Opción de Revancha o había sido Armando el que había urdido toda aquella trampa, me centré en lo que ahora importaba. Ellos habían vuelto sin más que unos rasguños y Anika se estaba recuperando.

—Anika está despierta —le dije a Marcus, quien seguía derrumbado sobre la silla y se miraba las manos, manchadas de sangre casi hasta los codos—. Ha preguntado por ti. Pero no vayas a verla así. Lávate antes.

Alfa asintió mientras fijaba su vista en la sangre. Después de unos instantes en los que parecía haberse quedado petrificado, habló.

—Concilios para la Paz de 1717. Primera parte, Capítulo Primero, Artículo Primero. El ataque directo contra la vida o la integridad física o mental de un Conciliador por parte de un vampiro, sea cual sea su condición o rango, será castigado con la pena máxima y ejecutado por el Conciliador atacado, o en su defecto, por su compañero si lo tuviere, un familiar en primer grado o el Alfa de su sede, en este orden de preferencia. —Suspiró y las manos le temblaron, un solo segundo—. ¿Y por qué esto no me hace sentir mejor?

Max se le acercó y le tocó un hombro con gesto fraternal.

—La ejecución pública de un vampiro, incluso cuando se trata de cumplir el más básico de los puntos de los Concilios, no debe suponernos satisfacción alguna, Marcus, ni siquiera cuando se suma la sed de venganza. Eso nos convertiría en animales, y no los somos. Ni cuando nuestro cuerpo cambia lo somos.

—Podría haberlo hecho despacio —replicó con rabia en la voz, pero pesar en los ojos—, verle retorcerse de dolor para que sufriera lo que Anika ha sufrido, y para mostrar a los otros qué les espera si siguen los pasos de ese desgraciado. Pero solo podía pensar en acabar rápido con él y volver al lado de ella.

—Anika te necesita —intercedí yo—. Que estés con ella y vea que estás bien le ayudará a recuperarse antes. Lávate y ve a la enfermería. Sé lo preocupada que estará. Lo sé de primera mano. —Miré a Max, intentando contener las lágrimas.

Marcus dejó caer las manos y se dirigió a la zona de duchas, cabizbajo y sin añadir nada más. Cuando me permití derrumbarme sobre una silla fue cuando me di cuenta de que había empezado a temblar y a sollozar.

Max se acercó y se arrodilló a mis pies, reposando su cabeza en mi regazo. Yo le acaricié el pelo con manos trémulas y me di cuenta de que él había presenciado aquella ejecución, y que había tenido que pelear con otros vampiros para que Marcus pudiera llevarla a cabo. Podría haberlo perdido, podría estar tocándole en este momento como lo estaba haciendo y que él no sintiera mis caricias porque su corazón ya no latía.

—No vuelvas a hacerme esto, Max —repetí a lágrima viva.

—Perdóname. Perdóname.

Tuve la sensación de que con esas palabras admitía que se había expuesto demasiado, que ambos se habían puesto en peligro por acudir a ejecutar su Ley sin refuerzos ni armas, solo ellos y sus manos. Y sus fauces, recordé.

—Te quiero. Y no permitiré que nadie me separe de ti, ni siquiera tú con tus arrebatos suicidas. ¿Me has oído?

No respondió, pero le oí murmurar algo así como «nunca se sabe el tiempo que nos ha sido concedido».

Max alzó la cabeza y me miró, con los ojos húmedos de haber llorado. Se levantó, descolgó el auricular de uno de los teléfonos de los cubículos y lo extendió hacia mí, mirándome fijamente. Yo lo cogí y le devolví la mirada con una pregunta implícita. La respuesta fue corta pero concisa.

—Avisa a tu madre, porque hoy tampoco dormirás en casa.

Caminamos hasta su piso sin decirnos una sola palabra. No hacía falta. Nada más entrar me invitó a que me sentara y bebiera algo mientras él se duchaba. No quería que hubiera un solo resto de lo acontecido con aquellos

vampiros en un momento como el que iba a sucederse. El ritual debía contener la pureza y la intimidad que merecía, que ambos merecíamos.

Al contrario de lo que hubiera podido imaginarme alguna vez, no estaba nerviosa. La certeza de que él era el hombre, que aquel era el momento y que su casa era donde aquello debía tener lugar me hizo esperarlo con calma. Incluso aquellos minutos me vinieron bien para disfrutar de la expectación que unirme por completo a él me producía, y para despejar mi mente de toda la confusión a la que había sido sometida, la duda sobre qué era real y qué no lo era, el dolor y el sufrimiento de Anika, de Marcus, de Max y el mío propio. Todo eso ya había quedado atrás. Anika estaba a salvo, Marcus había hecho cumplir la Ley una vez más y Max y yo íbamos a dar un paso trascendental que cambiaría para siempre nuestras vidas. Nunca antes había estado tan segura de que algo era lo correcto. Ahora me sentía confiada, decidida y enamorada. Preparada para dar un paso más.

Cuando salió del baño le oí ir a la cocina a buscarme, pero yo ya no estaba allí. Le esperaba mirando por la ventana de su dormitorio la caída del sol sobre los tejados de mi ciudad, la que pronto iba a abandonar junto al hombre de mi vida. Todo un futuro por delante que empezaba esa misma noche.

—Todo lo que he hecho en mi vida me ha traído hasta ti —dije cuando le sentí a mi espalda. Lo había pensado antes, cuando había estado reflexionando en la sede, pero al decirlo en alto las palabras cobraron fuerza, tanta que ahora sabía que realmente había sido así—. Porque todo en esta vida sucede por algo. Ahora estoy segura.

—Somos dos mitades de un mismo ser, que han estado buscándose sin descanso. —Max me acarició los brazos y juntó nuestras manos rodeándome con sus brazos y los míos—. Ahora que nos hemos encontrado, volveremos a ser un solo espíritu, y nada podrá volver a dividirlo jamás.

Bajo los últimos rayos de sol, Max fue quitándome la ropa con delicadeza, susurrándome palabras llenas de magia y poder, palabras que eran las que debían pronunciarse.

—Te reclamo. —Sus labios se deslizaron por mi hombro, lenta y sensualmente, hasta alcanzar mi oído—. Reclamo tu cuerpo y tu mente, reclamo tu alma y tu corazón. —Sus manos grandes y fuertes abarcaron cada una de mis curvas, dibujándolas, trazando su perímetro, para volver a

empezar de nuevo en sinuosos movimientos circulares que me hicieron enloquecer, ansiando más y más—. Abi, tú serás mi compañera y caminarás a mi lado hasta que mi aliento se consuma. Entonces, te aguardaré en la otra vida para permanecer unidos hasta el fin de los días.

Sus manos me giraron, sosteniéndome por los hombros ahora desnudos y busqué su mirada en la oscuridad, tan brillante como siempre, o puede que más que nunca.

—Max, yo te reclamo —repetí sus palabras como si las tuviera grabadas a fuego en mi memoria—. Reclamo tu cuerpo y tu mente, reclamo tu alma y tu corazón. Tú serás mi compañero y caminarás a mi lado hasta que mi aliento se consuma. —Dibujé los círculos que ya sabía dónde y cómo debía trazar sobre su piel, en un ritual que una parte de mí conocía sin poder explicarme cómo—. Entonces, te aguardaré en la otra vida para permanecer unidos hasta el fin de los días.

Mis manos se deslizaron bajo su camisa sin abotonar, sobre su piel aún húmeda por el baño, y recorrieron sin pudor su cuerpo deleitándose en cada avance, mientras él acariciaba el mío reverenciando cada milímetro de piel, cada pedazo de carne que su manos abarcaban, casi con avaricia, como si me fuera a escapar entre sus dedos. Yo le respondí con el mismo fervor, la misma necesidad, la misma pasión.

El primer beso que nos dimos, lo sentí como si fuera en verdad el primero. Sus labios acariciaron los míos como si fueran pétalos de rosa, y esa suavidad fue aún mayor cuando alcancé el interior de su boca. Aquella febril invasión de su lengua sobre la mía llevaba implícita una promesa de fidelidad eterna, de entrega completa y de confianza plena. Con delicadeza, con ternura y lentitud, fuimos despojándonos de lo que quedaba de nuestras ropas y nos dejamos caer sobre la cama para continuar unas caricias guiadas por nuestro instinto, unas caricias que yo ya sabía que debía hacer, dónde y cómo, pero que había equivocado en cuándo una vez.

Ahora ya podía trazar esas espirales con mi nariz, mis labios y mis manos. Las palabras que acabábamos de pronunciar se grababan en nuestro cuerpo con aquellos movimientos circulares. El ritual empezaba con palabras y continuaba con actos que las completaban, que las hacían tangibles. El reclamo de su cuerpo y el mío, de nuestras almas, mentes y corazones.

Círculos en la frente, espirales en el pecho, dibujos no visibles en las partes de nuestro cuerpo que simbolizaban nuestro espíritu. Y una vez completados, el más puro e intenso sentimiento de pertenencia, de plenitud y de amor.

Cuando las caricias no fueron suficientes, cuando parecía que nos faltaba el aire y que solo en la boca del otro podríamos respirar, fue cuando nuestros cuerpos se fundieron en uno solo, culminando el ritual de la forma más sensual y placentera que jamás podría haber soñado.

—Me entrego a ti, Abi, desde hoy y para siempre. Soy tuyo, tu compañero. Tómame y acéptame como el único y verdadero.

Repetí una por una sus palabras y fue como si el fuego nos atravesara y nos consumiéramos en él, volviéndonos líquido y diluyéndonos el uno en el otro para al instante nacer de nuevo y volver a consumirnos, como el Ave Fénix, haciendo de aquel bucle de principio y final, de nacimiento y expiración, algo que nos convirtió en seres nuevos. Habíamos renacido de nuestras propias cenizas, unas cenizas en estado líquido, como lava que se funde pero que nunca se apaga. Y habíamos dejado de ser dos para ser solo uno.

Ser consciente de mi propio cuerpo y de la magnificencia del suyo fundiéndose con el mío en un contacto tan íntimo, sentir así su aroma, su sabor, la textura de sus músculos tensándose bajo su piel, me desató y perdí cualquier resquicio de inhibición. Se liberó dentro de mí la sensación más maravillosa que jamás había sentido, haciéndome reconocer al espíritu que habitaba en mí, que estaba tan ligado a mi cuerpo como ahora lo estaba Max, y que se había unido a su alma como nuestros cuerpos lo estaban haciendo también. Ya éramos uno, desde ahora y para siempre. Y ya nadie nos podría separar.

Me abandoné al efluvio de sensaciones y me dejé arrastrar por la ola de fuego que esta vez nos subió hasta el mismísimo cielo, dejándonos allí esa noche, en el paraíso que habíamos creado Max y yo y que íbamos a compartir hasta que nuestros días llegaran a su fin. O incluso más allá.

CAPÍTULO 12

Volver a la rutina debería haberme parecido agradable, relajante, incluso necesario. En cambio, cada día me resultaba más angustioso que el anterior. Ir a clase por la mañana, a cuidar de Carolina por la tarde y hasta comer o cenar con mi madre parecía ahogarme. Y esto último me hizo sentir de lo más rastrera. El problema no eran los demás, sino yo. Exceptuando la noche del domingo que pasé en casa de Max, con la excusa de que me quedaba a estudiar con Esther otra vez, el resto de noches soñé las cosas más extrañas que jamás hubiera podido imaginar. Y eso que había tenido una de las experiencias más terribles de mi vida cuando Elías se había colado en mi cabeza conduciéndola a un sueño en un sueño; uno empujándome a ir hacia él, a entregarme voluntariamente, el otro a huir de Max, a temerle. Pero esta vez los sueños no eran tormentosos ni increíblemente reales. Esta vez era como si no fueran míos.

Al principio había pensado que podrían ser de Max. Nos habíamos vinculado de la forma más íntima que existía y aquello podría tener consecuencias de ese tipo. Pero enseguida lo descarté. Primero porque Max me lo habría mencionado, al igual que me había explicado cómo a partir de ahora todo lo que le sucediera a uno le afectaría al otro como si lo estuviera viviendo él mismo: alegría, dolor, deseo, frustración... Todo. Pero no me había mencionado nada de comunicación mental en sueños. Y segundo, las imágenes que aparecían en mi cabeza no tenían nada que ver con Max, ni conmigo, ni con nada que yo hubiera visto antes. Y la verdad era que tampoco parecían los sueños de nadie. Más bien era como si yo estuviera espionando a través de una mirilla. Veía las cosas vagamente, sin demasiados detalles, lejanas y confusas.

Cuando me despertaba cada mañana, me quedaba una sensación de desasosiego que me acompañaba todo el día, y que no desaparecía hasta que estaba de nuevo con Max durante las dos únicas horas que me quedaban libres entre la comida y tener que ir a recoger a Carolina, además del trayecto hasta mi casa por la noche cuando acababa mi trabajo. Tras tres días igual y que Max acabara diciéndome que me notaba estresada, porque él podía sentirlo ahora, traté de explicárselo, sin mucho éxito. Solo pude contarle que a la mañana me despertaba recordando extrañas imágenes de túneles subterráneos por los que me deslizaba y en los que se oían conversaciones que no entendía. Y que una incómoda sensación me acompañaba todo el día hasta que estaba con él, que su presencia a mi lado era lo único que lograba disipar esa inquietud.

Él, por supuesto, se preocupó, y yo lo acabé sintiendo como mi propia preocupación. Tras consultar con Anika, que ya estaba recuperada y había retomado su trabajo en el laboratorio con más fuerzas, ánimos y ganas que nunca, solo se nos ocurrió una explicación. Mi mente había pasado por mucho estrés en pocos días, sobre todo al ser invadida por Elías, y mi cuerpo acababa de sufrir un cambio muy importante al vincularme a Max a través del Ritual de emparejamiento, nombre que no me agradaba demasiado y trataba de evitar mencionar. En cambio, ellos lo utilizaban como todos los demás conceptos y situaciones que tenían definidos con un nombre propio, como si el mero hecho de pronunciar esas palabras les diera más relevancia. Confiaba en que con el tiempo me amoldara a esa nueva sensación de mi cuerpo y mi cabeza, además de a esos nombrecitos, y que una vez que la paz entre clanes se afanzara y todo se calmara, mi mente pudiera descansar de sueños raros y presentimientos angustiosos. Al menos eso me dije el jueves por la mañana, al levantarme de la cama con la misma sensación de los días anteriores.

Ese era el día que iba a tener lugar el encuentro entre Galiana y Elías en el puente del Arenal, y aquel momento marcaría el curso de los acontecimientos posteriores.

Max me había prohibido ir, y en el fondo no podía culparle por ello. Después de lo sucedido en nuestros dos únicos encuentros, era comprensible que no quisiera que Elías pudiera ni siquiera verme. Además, yo tenía un examen, Max lo sabía, y no podía faltar ese día a clase. Pero aun así, yo no

estaba de acuerdo. Sentía que debía estar presente, aunque ni yo misma entendía por qué.

¿Pero qué más daría si para ellos yo solo era una mensajera? Eso siempre y cuando Elías no se hubiera puesto en contacto con Galiana y le hubiera dicho que los Conciliadores habían intervenido. Marcus opinaba que no era así, porque Galiana no habría dudado en llamar a la sede para pedir explicaciones. No era la primera vez que lo hacía. Años atrás, cuando Max había tomado posesión de su puesto como Alfa en sustitución del anterior, había llamado a la sede para exigir ser informada del cambio, pues había percibido una nueva aura de poder e interpretó como una ofensa personal no haber sido puesta sobre aviso al instante de algo tan importante.

Alardes de reina, me explicó Marcus, con cuya presencia hacía un año volvió a ocurrir lo mismo que con Max, añadiéndose a la reclamación telefónica una carta en toda regla detallando los inconvenientes que encontraba a esa situación. Bajo su criterio, dos Alfas en una misma ciudad se asemejaba demasiado a dos gallos en un mismo corral, solo podía traer problemas. Ella se negaba a que, en consecuencia, su clan pagara los platos rotos de sus desavenencias.

Para que dejara su campaña de protesta —según Marcus, secuela de la cantidad de levantamientos y revoluciones que Galiana había presenciado a lo largo de sus siglos— habían tenido que asegurarle que en cuanto los disturbios de ambos clanes dejaran de tener lugar, uno de los Alfas se marcharía. Con esa promesa, ella pareció contentarse y aseguró contribuir con un control exhaustivo de sus propias filas. Desde luego, no se hacía responsable de las del clan de Lope. Desde aquellas palabras cordiales y bienintencionadas, muchas cosas habían cambiado, y ya nadie parecía fiarse de lo que fuera a suceder.

Así que esa mañana, mientras yo me vestía para ir al instituto, el operativo más grande que habían preparado en mucho tiempo en la sede de Bilbao se desplegaba para controlar aquel encuentro sin precedentes entre la realeza de ambos clanes, a plena luz del día, en un lugar concurrido y sobre las aguas de la ría que les separaba como una frontera natural.

Acudirían muchos Conciliadores, rodearían la zona, tendrían controlados los accesos, todo para asegurarse de que de aquel encuentro resultaba una

alianza que daría paso a la paz que tanto ansiaban. Pero no todos los Conciliadores estarían allí. Otros permanecerían vigilando los edificios que conocían como propiedades de vampiros, porque allí había un traidor, uno como poco, y había que dar con él para evitar que echara por tierra tanto esfuerzo y tanto sacrificio con algún tipo de jugarreta de última hora. Y además de todo aquello, al menos uno de los Conciliadores se encargaba de vigilar otro edificio, uno en el que no había vampiros: mi instituto.

Nada más llegar a la puerta, había reconocido un vehículo pequeño y oscuro con las lunas tintadas, como casi todos los que había visto aparcados en el garaje de la sede y en los que yo misma había viajado. Aunque no pude ver quién había dentro, supe que no estaba allí solo para velar por que no hubiera algún vampiro que pudiera intentar ir a por mí. Estaba allí por orden de Max, para asegurarse de que yo permanecía allí a salvo hasta las tres de la tarde. Lo sabía, lo percibía. Su preocupación era ahora la mía, y su miedo por mi seguridad había rozado la desconfianza. Él me había dicho que no fuera al encuentro de ese mediodía, pero percibía tan bien como yo misma que algo me incitaba a acudir. Era una necesidad que no podía ocultarle a él, pero que estaba intentado pasar por alto lo mejor que podía. Más allá de la curiosidad, querer estar allí no tenía ningún sentido. Así que iría a clase, haría mi examen de dibujo técnico y, a las tres, volvería a mi casa con la esperanza de que todo hubiera terminado como esperábamos.

Pero la mañana empezó a torcerse desde segunda hora. La profesora de matemáticas se había puesto enferma y tuvimos libre la hora previa al examen. La secretaria nos indicó que fuéramos a estudiar a la mediateca, aunque antes de que pudiera acercarme a la puerta con el resto de mis compañeros, Esther me cogió de un brazo y tiró de mí para huir por la escalera contraria, a escondidas de la secretaria.

—Tienes cara de necesitar que te dé el aire, no de enterrarla entre los libros —susurró y salimos del edificio en dirección al patio donde estaban las canchas de baloncesto, a la explanada de césped a la que acostumbrábamos a acudir en los recreos y en las horas libres.

Yo le agradecí la idea. Un poco de brisa y el sol de la mañana me iban a venir muy bien. Pero en cuanto pusimos un pie fuera del edificio, chocamos de frente contra alguien. En concreto, contra un chico moreno de pelo casi

rapado y de amables ojos verdes que yo conocía de sobra, y que pareció aún más alucinado de vernos que nosotras a él, sobre todo yo.

—Perdón —dijo Raúl mientras se ponía colorado como un tomate—. Buscaba la cafetería.

Esther se lo quedó mirando unos instantes con los ojos entrecerrados, después se echó a reír y me miró de reojo, con una de esas miradas suyas que me advertían que ella lo había visto primero, y retiró su pelo rojizo hacia atrás con un movimiento que tenía más que ensayado.

—Aquí no hay cafetería, ni comedor, ni nada parecido. Solo tienes unas máquinas de bebidas y de *snacks* al lado de secretaría. —Le sonrió de esa manera que ella sabía hacer tan bien, una de esas sonrisas que acompañaba con un parpadeo de sus radiantes ojos azules y que dejaba patas arriba a cualquier chico—. El pasillo de la derecha —señaló con el pulgar extendido, mostrando la perfecta manicura de sus uñas.

—Gracias —murmuró él, sin perderla de vista ni un segundo. Le dio la mano en señal de agradecimiento, algo más propio de empresarios que de alumnos de instituto y, ante el asombro de Esther, que no era mayor que el mío, se la besó de refilón, apenas tocando sus nudillos, en un gesto que me resultó muy familiar. Después salió corriendo por el pasillo de la izquierda y, tras frenar en seco, retrocedió y retomó el de la derecha mirándonos de reojo, cabizbajo y aún más colorado que antes.

—¡Me encantan los tímidos! —exclamó Esther mientras yo la arrastraba fuera del edificio para evitar ser testigos de alguna estupidez más de Raúl que pudiera acabar delatándolo.

Una vez fuera, sentadas en nuestro rincón favorito del césped y mirando sin interés alguno hacia el patio donde uno de los grupos del curso de los más jóvenes practicaba baloncesto como parte de la clase de educación física, Esther y yo nos quedamos calladas, bajo el único sonido de la suave música de su móvil. En pocos minutos logré relajarme y disfrutar de los rayos de sol que calentaban nuestros rostros, aunque por menos tiempo del que me hubiera gustado.

—Vale. —Esther apagó el móvil y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta—. Ya te he dejado suficiente tiempo. Habla.

Las mil excusas que le di sobre que estaba cansada, que Max había estado

enfermo y que yo había estado cuidándolo y que para no perder horas de estudio había renunciado a horas de sueño, no sirvieron de nada. Esther me conocía demasiado bien, y había hecho de todo por mí, trabajar en mi lugar, mentir en clase y a mi madre, todo sin pedir nada a cambio. Solo ahora me pedía que le dijera la verdad, cosa que además yo le había prometido.

Me sentí tan culpable que acabé optando por algo descabellado. Decirle la verdad. Toda la verdad. Como mucho se reiría o se enfadaría quejándose de que le estuviera tomando el pelo. Pero antes de que pudiera hablar, Esther se me adelantó.

—Te has acostado con él, ¿verdad?

Me sonrojé en cosa de décimas de segundo. Esther se rio y me dio un abrazo, uno muy fuerte y que yo no sabía que necesitaba tanto hasta que lo recibí. Sin que yo dijera nada, me cogió la cara con ambas manos y me miró como lo haría una hermana mayor, y eso que yo le llevaba diez meses a ella.

—Estoy segura de que encontraremos el momento para que me cuentes, con lujo de detalles, todo, de principio a fin. Pero por la cara de tonta enamorada que se te acaba de poner, creo que eso no es lo que te tiene así de preocupada. Vamos, cuéntamelo. Sabes que puedes confiar en mí.

Esther debía de pensar que lo que me pasaba era muy grave si ella misma proponía que pospusiéramos el tema de mi primera vez y nos centráramos en lo que me inquietaba.

—Te voy a decir la verdad, Esther, pero te advierto que vas a pensar que estoy loca. Loca de remate. —Suspiré y organicé en mi mente un resumen lo más conciso posible—. La verdad que te he estado ocultando es que los vampiros existen. Los hay por toda la ciudad, por todo el mundo, pero aquí en concreto están organizados en dos clanes que tratan de llegar a un acuerdo de paz. Y yo me he metido accidentalmente en sus negociaciones.

—¡Anda ya! —Su cara mostraba asombro aunque no la incredulidad que me había esperado—. Tu novio no puede ser un vampiro. Está demasiado bueno para estar muerto.

Me quedé muda por un instante. Desde luego esa no era la respuesta que me había esperado. Ni en un millón de años.

—Max no es un vampiro, aunque tampoco son como creo que te los imaginas. Él y los suyos luchan contra ellos... Bueno, no es eso exactamente.

Se llaman Conciliadores y se encargan de que los vampiros respeten unas normas y no vayan por ahí, sin control, mordiendo a la gente.

Esther me escuchó atenta, asimilando la información sin que yo supiera qué estaba pasando ahora por su cabeza. Di un brinco cuando dio una palmada como si hubiera encontrado la solución a un acertijo.

—¡Ah! Entonces es un hombre lobo. Eso me cuadra más. Sí, mucho más—. La vi entrecerrar los ojos y mirar al cielo, como si estuviera visualizando a Max en su forma animal.

—Prefieren que se refieran a ellos como licántropos. Pero... —¡Caramba! ¿Tan obvio era?—. ¿Cómo sabes que Max es un licántropo?

—Tú misma has dicho que lucha contra los vampiros, o los vigila o lo que sea que haga, ¿no? No soy tan aficionada a las novelas de ese estilo como tú, pero sí he visto algunas pelis, y todo el mundo sabe que los vampiros y los hombres lobo, perdón, los licántropos, no se llevan bien. Blanco y en botella....

—Muy aguda. —Me sentí un poquito tonta—. Pero yo no lo había pensado hasta que lo vi con mis propios ojos. En muchas novelas personas normales y corrientes persiguen a los vampiros.

—Sí, ya, bueno... no te sientas mal. —Se rio de mí sin pudor alguno—. Tienes una buena excusa. El amor te tenía cegada —se burló y después me pidió detalles al respecto. Muchos, todos lo que pudiera darle.

Como teníamos casi una hora por delante y estábamos solas en mitad de aquel césped donde nadie nos podría oír, yo le conté —haciéndole jurar que guardaría el secreto— cómo se alimentaban hoy en día los vampiros, que al contrario de lo que cabría esperar no estaban muertos y que las comunidades en las que vivían estaban gobernadas por reyes y reinas.

Sobre los licántropos le conté que solo se transformaban una noche al mes a no ser que fuera necesario recurrir a la fuerza del lobo para protegerse a sí mismos o a otros. Después le resumí lo sucedido con la carta, con Elías y con Galiana, y cómo Max se había visto afectado por la maldita marca del Beso del Príncipe en mi cuello. Le hablé sobre los sueños, las alucinaciones y mi reciente sensación de angustia al despertar. Por último le conté que aquel era un día muy importante, el esperado encuentro entre Elías y Galiana que pondría fin a toda aquella pesadilla, y que yo me lo iba a perder porque tenía

que estar en clase.

Esther me estuvo escuchando sin decir una sola palabra, atenta y con los ojos tan abiertos que parecían ir a salirse de las órbitas. Cuando acabé después de media hora, ella permaneció tan callada que no supe qué pensar.

—Me crees, ¿verdad? —Sabía que no podía ser tan fácil como simplemente contárselo. ¿O sí?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Eres mi mejor amiga, nos conocemos desde la guardería. Y que yo recuerde, nunca antes me has mentido. ¿Para qué ibas a hacerlo ahora? No tienes necesidad y, perdona que te lo diga, pero tampoco la suficiente imaginación como para inventarte una historia como esa.

—Gracias —dije algo confusa.

—De nada. Para eso estamos las amigas. ¿O no? —Me limité a asentir con la cabeza—. ¿Y a qué hora va a tener lugar ese encuentro?

—A las doce en punto.

Esther miró su reloj e hizo cálculos mentales.

—Bueno, los exámenes de dibujo técnico no suelen ser muy largos, y el profe siempre nos deja salir según vamos acabando. Si además después de todo lo que te ha pasado por fin has dejado de ser una cobardica y te dejas llevar en mi moto, llegarás a tiempo.

—No —rechacé muy a mi pesar—. No es que no quiera ir, es que no puedo.

—¿Y por qué?

Le expliqué que a Max no le gustaba la idea, pero que yo tenía una sensación de angustia con respecto a ese día y a ese momento que me tenía en vilo desde hacía días.

—Supongo que quiere que estés a salvo, me cae aún mejor solo por eso, pero no me gusta que te diga lo que puedes o no hacer. Ya sabes lo que pienso al respecto de ese tipo de chicos.

—Max no es así, en general. Solo lo es con esto. Más bien, con Elías.

Esther me observó en silencio. Yo me retorció las manos mientras miraba a lo lejos a los alumnos corriendo por las canchas, tirando el balón y encestándolo en el aro para después caer por la red hecha de cadenas cuyo sonido trajo a mi mente parte del sueño de la pasada noche. De pronto aparecieron ante mis ojos otras cadenas, unas relucientes, tanto que parecían de plata. La imagen desapareció en cuanto Esther volvió a hablar.

—¿Para ti es importante ir?

—Sí —confesé—. Lo necesito. —Ahora estaba aún más convencida.

—Entonces iremos.

La miré a la cara. Encontré decisión en sus ojos y confianza en su sonrisa, dos de sus mejores cualidades.

—No puedes faltar a clase, ya has hecho suficiente por mí. Más que suficiente.

Esther me cogió ambas manos y me miró a los ojos en una especie de pacto fraternal.

—Yo te acompañaré —insistió—, si me prometes que te quedarás a una distancia prudencial del principito. Después del examen tenemos el recreo, me dará tiempo a volver antes de cuarta hora.

Era perfecto, claro que lo era, podría llegar a tiempo, asegurarme de que mi extraño presentimiento era solo infundado y marcharme sin que nadie me viera. Solo perdería la cuarta hora, pero ese no era el mayor de los inconvenientes.

—Te lo agradezco mucho, muchísimo, pero no puedo salir del instituto. Estoy, digamos que algo así como vigilada.

La cara de Esther se ensombreció para después iluminarse con una sonrisa.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que había visto a ese tío en algún sitio!

—¿De qué hablas?

—El guaperas, el que decía que buscaba la cafetería. Lo vi rondando la calle donde vive Carolina los días que te sustituí. Y aunque me he sentido muy halagada de que no me quitara ojo, se le ha notado que ha hecho auténticos esfuerzos por no mirarte a ti. No ha disimulado muy bien.

Claro, aquel edificio estaba siendo rondado por los sicarios de Armando desde el día de la fiesta. Aún me andaban buscando y Max había puesto vigilancia para dispersarlos y que no se acercaran ni dañaran a Carolina o a su familia, o a la propia Esther, que estaba haciendo mi trabajo.

—Sí, es el segundo de Max —confesé—. Está apostado en un coche en la entrada, en el parking. Nos verá salir.

—¡Vaya! Eso suena muy importante. ¿Y cómo has dicho que se llama? — Esther parecía entusiasmada con Raúl, e imaginé que con la idea de que él también fuera un licántropo. No sabía si eso me gustaba o no. Mi cara debió

de mostrar mi duda—. Déjalo, ya hablaremos en otro momento de cuándo piensas presentarnos. Ahora tengo una idea para que podamos salir sin que nos vea. A no ser que sepa que tengo una moto, cosa que dudo, porque solo la uso para venir al insti. ¿Qué me dices? ¿Ponemos en marcha la operación huída?

No vacilé, accedí en cuanto me explicó cómo podríamos salir sin ser vistas. Así que en cuanto sonó el timbre, ambas corrimos al aula y nos esmeramos en hacer nuestros ejercicios de dibujo lo más rápido posible, para lo cual yo tuve que luchar por mantener mi pulso firme y no salirme de las líneas haciendo un borrón. En cuanto terminamos, algo más tarde de lo que yo había calculado, nos escabullimos por la parte trasera del edificio donde todas las bicis y motocicletas aparcaban habitualmente, en un patio cubierto que no se usaba ya para nada más.

Me coloqué el casco de Rubén, un compañero de clase que también tenía moto y que llevaba años loco por Esther, por lo que había accedido a prestarnos el casco en cuanto ella se lo había pedido, asegurándole —sin necesidad, ya que él le habría dado su propia cabeza si ella se lo hubiera solicitado— que se lo devolvería antes de que acabaran las clases. Me subí aterrada y por primera vez detrás de mi amiga en ese trasto de dos ruedas que tan poca seguridad me inspiraba y nos encaminamos a la parte delantera del edificio subiéndonos a la acera, rodeando así el parking en lugar de atravesarlo.

Por suerte, el vehículo de Raúl estaba aparcado de frente al instituto y nosotras pudimos pasar por detrás en lugar de delante de sus narices. No supe si el ruido de la moto habría llamado su atención haciendo que mirara a través del retrovisor. Pero de haberlo hecho, se habría encontrado con dos personas en moto, con las chaquetas cambiadas entre sí para despistar un poco más, y todo el pelo metido dentro del casco. Yo por si acaso podía ver a través de mi visera e identificar mi rostro, miré hacia otro lado justo en el momento de cruzarnos con su coche.

Como nadie nos siguió, al menos que a mí me pareciera, después de unos minutos me relajé y me concentré en pensar qué iba a hacer cuando llegara al centro de Bilbao. Tenía que buscar una posición discreta para no ser descubierta pero cercana para poder presenciar el encuentro.

En cuanto llegamos a los alrededores del puente del Arenal, donde no se podía acceder en vehículo privado, solo a pie o en transporte público, le di las gracias a Esther y, después de hacerme jurarle que tendría muchísimo cuidado, se marchó de vuelta al instituto tan solo cinco minutos pasadas las doce.

No conocía la ubicación exacta de los vigilantes del operativo que habían organizado Marcus y Max, ni si vampiros de ambos clanes acechaban o no por los alrededores, así que caminé entre la gente como una viandante más, procurando estar siempre rodeada por grupos a los que pareciera que pertenecía como un miembro más.

En mi corto trayecto a pie, no me costó reconocer a algunos de los Conciliadores fingiendo mirar escaparates de los comercios colindantes ni a vampiros que, a pesar de no haberles visto nunca antes, eran delatados por sus sinuosos movimientos y sus miradas suspicaces. Me detuve pocos pasos antes de llegar al puente, justo detrás de un grupo de turistas alemanes que, desde un semáforo que no terminaba de ponerse en verde, admiraba y fotografiaba el emblemático Teatro Arriaga.

Enseguida llegarían hasta él y podrían hacer todas las fotos que quisieran pero, mientras tanto, la guía les explicaba en su idioma algo que supuse que era el estilo arquitectónico señalando diferentes partes del edificio. Entonces mi mente recibió una especie de descarga y tuve una visión. Era como en mis sueños, pero más intenso. Yo misma estaba viendo el exterior del teatro, muy de cerca, y no porque de repente tuviera unos prismáticos ni nada parecido. Era como si mis ojos estuvieran viendo lo que veían otros ojos, unos que estaban mucho más cerca del teatro.

Me froté la cara tratando de recuperar mi propia vista. Pareció funcionar, pero el alivio duró poco. De pronto me invadió una sensación de ira, el enfado más repentino y enfurecido que jamás había sentido jamás. Y lo peor era que esos sentimientos no eran míos. ¿Serían los de Max? No, me respondí al instante. Había percibido muchos sentimientos de Max, y destilaban un aura radicalmente distinta a la que estaba percibiendo. Ahora me sentía poderosa, peligrosa y con un instinto asesino que jamás pensé que pudiera sentir. Luché contra ello, traté de sacarlo de mí, y corrí hasta el comienzo del puente para asomarme sobre la barrera de piedra y respirar aire fresco.

Entonces, lo comprendí todo.

A pocos metros de mí, al otro lado de la carretera que atravesaba el puente, estaban Elías y Galiana. Ella hablaba con una radiante sonrisa, como si le estuviera contando algo que le agradaba. Por el contrario, Elías tenía la mirada fija en el teatro, y supe por la dirección de su mirada que estaba mirando lo que yo acababa de ver como si fuera con mis propios ojos: las figuras de piedra con forma humana que sobresalían de la fachada a media altura. Y de la misma forma que supe que mis ojos habían estado viendo lo que los suyos veían, supe que mis sueños habían estado conectados a él, a sus pasos por túneles por los que él y sus secuaces se desplazaban bajo la ciudad y conspiraban a espaldas de Lope y de Galiana. Y también supe que, bien su beso en mi cuello, bien la sangre que había bebido de mí o bien ambas cosas, nos habían vinculado en una conexión mental que esta vez Elías no podía controlar. Pero yo tampoco.

La ira que estaba sintiendo me llegaba como si nuestro lazo fuera muy estrecho, tal vez porque ahora estábamos muy cerca físicamente y ese poder se volvía más fuerte. Tras varios segundos respirando con dificultad a causa del odio que Elías emitía, recuperé el aliento y algo aún peor golpeó mi pecho. Elías había canalizado toda esa rabia en un plan. Algo maravilloso a sus ojos, pero terrible a los míos, a pesar de no saber con exactitud qué se traía entre manos. Solo sabía que había que impedirlo y que yo no podía entrar en escena así sin más, ya que eso solo empeoraría las cosas.

Miré a mi alrededor buscando a alguno de los Conciliadores, a ser posible a Max, pero no vi a ninguno por ningún lado. En cambio, a pocos pasos de mí, tan cerca que no supe cómo no nos habíamos visto antes, encontré a alguien observando a Elías y Galiana, alguien que a pesar de tener el rostro cubierto con una gorra oscura y gafas de sol, no pasaba tan desapercibido como pretendía.

—¿Beñat? —pregunté y me acerqué a él.

—¿Abigail? —El secretario personal de Galiana pareció asustarse al oír su nombre. Dio un paso atrás antes de reconocermelo y quitarse las gafas como para comprobar que era yo—. ¿Qué haces tú aquí?

—Es muy largo de explicar. —Demasiado—. Solo puedo decirte que Elías y Galiana creen que soy una mensajera enviada por el otro, pero realmente

trabajo con los Conciliadores. Todo lo que he hecho ha sido para que las negociaciones salieran adelante, de verdad. De hecho, yo no pinto nada más en esta historia, y no debería estar aquí, pero no lo he podido evitar. Tenía que venir. Y ahora... presiento que algo va mal. Tienes que ir a advertir a Galiana.

Beñat parecía confundido, y no me extrañaba con lo mal que le había explicado las cosas. Pero me miró a los ojos, como buscando alguna mentira en ellos, y supe que confiaba en mis palabras y que mi presencia no le suponía ningún peligro. Después volvió a mirar hacia el puente y suspiró. Parecía resignado.

—No puedo acercarme. Se supone que yo tampoco debería estar aquí.

—¿Por qué?

—Mi Reina quiere hacer esto sola, sin ningún tipo de escolta. Siempre se ocupa de sus asuntos personalmente. Pero hoy estaba muy débil y yo... Tenía que vigilarla. Ese clan no es de fiar. —Volvió a mirarme a los ojos, y yo pude ver en los suyos que estaba a punto de llorar. ¿Estaría acaso enferma? ¿La habrían envenenado también?—. No sé si serás capaz de comprender lo que me mueve a estar aquí, Abigail, amiga de los Conciliadores. —Ese sobrenombre llevaba implícita una acusación de traición. Aun así, sus ojos me miraron con intensidad y confianza—. ¿Existe alguien en este mundo por quien serías capaz de hacer cualquier cosa?

—Sí —respondí sin necesidad de pararme a pensarlo ni un segundo.

—Imagina entonces que, además, ese alguien lleva esperando por ti más de un milenio. ¿Qué no harías entonces por él?

De pronto, su presencia allí se me hizo mucho más lógica, pero no podía comenzar un debate sobre el amor y el destino en esos momentos. No había tiempo que perder.

—Beñat, escucha. No me preguntes cómo, pero puedo percibir parte de los pensamientos de Elías. Hay algo que Galiana le acaba de decir, algo que no le ha gustado. Y está ideando hacerle algo. Algo malo.

Me lo quedé mirando mientras su cara adquiría una expresión entre el pánico y el instinto homicida, volviendo su rostro más aterrador que el de cualquier vampiro.

—¡El bebé!

¿Qué bebé?, me pregunté, pero en cuanto seguí la mirada de Beñat supe de qué hablaba. Elías se había agachado a la velocidad del rayo, cogía a Galiana por las rodillas y la lanzaba por el borde del puente, de cabeza a la ría.

—¡No dejes que ese bastardo se escape! —gruñó Beñat antes de tirarse de cabeza al agua desde el mismísimo punto en el que estábamos, al otro lado del puente con respecto al lugar de la caída.

Yo, al igual que docenas de personas que pasaban por ahí en ese momento, me asomé para tratar de ver a Galiana en el agua. La corriente venía desde el lado del puente por donde ella había caído, por lo que Beñat la aventajaba en el sentido de la fuerza de las aguas.

Hasta que no vi que la interceptaba no fui capaz de dejar de mirar, como el resto de testigos, por lo que al igual que ellos no me percaté de que el agresor había escapado, al menos no hasta que Elías me sorprendió por la espalda y decidió asegurar su huída con una rehén. Ya me tenía cogida por el cuello cuando Max y unos cuantos Conciliadores más llegaron al punto donde estábamos.

—¡No te acerques más o le parto el cuello, Máximo! Sabes que puedo hacerlo antes de que te dé tiempo ni siquiera a reaccionar.

El tiempo pareció detenerse. Todo el mundo se quedó paralizado y mudo hasta que un vehículo llegó a nuestro lado frenando con violencia y abriendo una de las puertas traseras desde dentro. Elías me arrastró con él y me empujó dentro mientras yo mantenía la mirada fija en Max, suplicándole que me perdonara por haberle desobedecido y haber aparecido allí sin avisar, poniéndome yo misma en peligro. Sentir su decepción mezclada con su miedo y sus ganas de arrancarle la cabeza a Elías me puso furiosa y me revolví entre los brazos de mi captor tratando de agredirle.

—¡Suéltame! Los Conciliadores acabarán contigo, no puedes huir —lo amenacé mientras me lanzaba sobre el asiento trasero.

—Vas a ser mi esposa, podrías tener un poquito más de confianza en mí —comentó con sarcasmo y me volvió a rodear con los brazos con fuerza. Cuando me pegó contra la ventanilla para que pudiera ver a Max mientras él me besaba en la mejilla y deslizaba la punta de su lengua por la comisura de mis labios, se me revolvió el estómago—. ¡A los túneles, deprisa!

El conductor vampiro aceleró y se metió por la zona peatonal sin

preocuparse de esquivar a la gente que paseaba por allí, por lo que estuvimos a punto de llevarnos a varias personas por delante.

—¡Jamás seré tu esposa! Ya pertenezco a Max, no hay nada que tú puedas hacer para impedir eso.

La mandíbula de Elías se contrajo cuando me miró a la cara, como para asegurarse de que no le mentía. Después se rio a carcajadas.

—Sí, lo hay. Puedo matarlo. Y lo haré. Si te ha tomado como su compañera vendrá él mismo a buscarte y yo lo estaré esperando. —Me giró la cara y trazó un círculo en mi cuello, en el punto donde me había mordido una vez, donde había dejado la despreciable huella de sus labios—. En cuanto lo mate nuestro vínculo se romperá y entonces serás lo que yo quiero. Mi reina, Valeria.

—¡No me llames por ese nombre! ¡Valeria era tu madre, lo sé!

—Por eso tú eres la elegida. Su rostro, tan parecido al tuyo, lleva obsesionándome desde que era un crío. Ahora por fin lo tendré a mi lado, para siempre.

Aquellas palabras consiguieron que dejara de forcejear. El horror paralizó mi cuerpo.

—¡Es enfermizo! ¡Estás enfermo, loco de remate!

La risa malévola que salió de su garganta confirmaba lo que acababa de decir de él. No estaba en sus cabales.

—No es muy educado por tu parte faltar al respeto a tu prometido. Así que será mejor que te haga dormir, *chérie*, hasta que arreglemos algunos inconvenientes, como tu lobito. —Una de sus manos rodeó mi cuello por el lateral que siempre elegía y apretó poco a poco produciéndome una horrible sensación de mareo—. Tomaré este desliz tuyo como una aventurita, un pequeño capricho antes de la boda. Pero tranquila, para cuando te despiertes ya habré acabado con él. Va a seguirnos y yo ya tengo una trampa preparada en su honor.

Antes de que pudiera protestar de nuevo, me apretó más en el cuello, en un punto que me dolió tanto que me hizo perder el conocimiento sin poder hacer nada por evitarlo.

CAPÍTULO 13

Me desperté con un terrible dolor de cabeza. Estaba tumbada en el suelo y la única luz que había era un cuadrado delante de mi cara, la luz mortecina del atardecer que se colaba por un ventanuco en lo alto de una de las tres paredes que me rodeaban. El cuarto lado de mi celda lo formaban unos barrotes más gruesos que mi brazo.

Traté de recordar todo lo sucedido mientras me levantaba, algo desorientada. Los recuerdos llegaron a mi mente como un chorro de agua fría y me hicieron reaccionar. Elías me había secuestrado. Tenía que salir de allí cuanto antes.

Me acerqué a la puerta de la celda y examiné la cerradura. Era enorme, la llave debía de serlo también, pero por intentarlo no perdía nada. Me quité una de las horquillas que llevaba en el pelo. Lo había visto hacer en las películas, pero jamás había probado a abrir así una cerradura. Lo intenté hasta la desesperación. Finalmente, las dos horquillas que tenía acabaron rotas en pedazos. Maldije y le di una patada a la puerta, haciéndola sonar e incluso moverse un poco. ¿Mi única opción era liarme a golpes con hierro de a saber cuántos kilos? Lo tenía claro.

—¡Quiero salir de aquí! —grité llena de furia, y acabé sentada en el suelo, mirando el cuadrado que iba desapareciendo por segundos. Genial, ahora me iba a quedar a oscuras.

—Es increíble cuánto te pareces a ella —oí de repente al otro lado de las rejas—. Mi vista me engañó durante un instante, hasta que te olí. El aroma, al igual que el color del pelo y los ojos, no lo compartís. Pero eso es algo que Elías no podía saber.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿De quién estás hablando?

Me puse en pie y me alejé lo más que pude de los barrotes, con la espalda pegada a la pared contraria.

—Hablo de Valeria. Mi hermana.

Armando salió de entre las sombras. Después de todo ese tiempo huyendo, finalmente me había encontrado, y justo cuando yo estaba encerrada. Menuda suerte.

—¿De dónde sacaste su vestido?

El gesto de su cara mostraba que aquello le molestaba por encima de todo lo demás.

—Lo compré en una tienda de disfraces. —Apretó la boca con fuerza y traté de hacer que no sonara tan mal—. Era bastante caro para ser un disfraz, pero tan bonito que no pude resistirme. Decía ser de Dama Oscura.

Y resultaba ser que realmente lo era. Recordé que el nombre del modelo era el mismo que el de ella, pero preferí omitir esa parte.

—No me sorprende. Cuando se marchó tuvo que vender todas sus pertenencias al primero que quiso pagar por ellas.

¿Pero no estaba muerta? No entendía nada. Aunque de algo estaba segura: empezaban a hacer fila para matarme. O morderme. O convertirme, ya que Elías seguía empeñado en que fuera su reina.

Sentí un escalofrío.

—Si vienes a matarme, te advierto que Elías quiere que me case con él, cosa que por supuesto no pienso hacer. Pero será mejor que no le hagas enfadar.

Se rio y se acercó hasta tener la cabeza entre dos de los barrotes.

—Tampoco os parecéis nada en el carácter. Por suerte para ti, tú te has rebelado a tiempo.

Me miraba casi con amabilidad, y lo que me decía no parecían las palabras de alguien que iba a matarte en cuanto consiguiera abrir la puerta de la celda.

—¿De qué hablas?

—No te has dejado engañar por Elías como mi hermana lo hizo por Lope. Y eso te va a salvar de una vida llena de desdicha.

Parpadeé confundida, y di un paso inseguro pero amistoso hacia él.

—¿No piensas matarme?

—No. He venido a sacarte de aquí.

Comenzó a apretar con fuerza uno de los barrotes, empujándolo hacia un lateral. Le oí gruñir y le vi ponerse rojo, pero al cabo de un par de minutos, el hierro se dobló un poco. Si era capaz de seguir así una media hora más, acabaría habiendo un hueco por el que salir. O entrar.

—¿Por qué quieres ayudarme? —Nunca te confíes, me había advertido Anika—. ¿Acaso no lideras tú la facción rebelde que quiere derrocar a Lope?

Podría haber dicho quería derrocar, porque Samuel había insinuado que ya había muerto. Pero podía no ser así y prefería no decir algo erróneo.

—No existe ninguna facción rebelde en nuestro clan, es algo que inventó Elías al conocer las intenciones de algunos de los seguidores de Galiana de disputarle el poder. Trató de hacer creer a Lope que algunos de mis hombres de confianza y yo tramábamos algo similar, pero al no conseguirlo, tuvo que darle una prueba.

Claro. ¿Quién podía estar más cerca de él que Armando y Elías? Y era más fácil desconfiar de su cuñado que de su propio hijo.

—Lo envenené y te echó la culpa a ti.

—Exacto. Yo he querido ayudarte desde el principio. Sabía que tu parecido con mi hermana iba a traerte problemas. Pero Elías me retuvo y no pude advertirte la noche que apareciste de la nada. Y aunque algunos de los miembros del clan que, como yo, están hartos de los abusos de Elías trataron de dar contigo, no pudieron encontrarte.

Siguió empujando el barrote y yo aproveché para seguir preguntándole.

—¿Pero por qué querría matar Elías a su propio padre? Tarde o temprano iba a acabar siendo rey.

—Elías es joven, apenas tiene trescientos años. No está preparado para reinar. Tal vez lo habría estado si hubiera intentado aprender algo de su padre en todo este tiempo. En cambio se ha dedicado a criticar su forma de gobernar, insinuando que Lope estaba mayor para el puesto, que no se adaptaba a los nuevos tiempos. Siempre ha tenido obsesión con Galiana, con su forma de ver el mundo. Creía que iba a acabar quitándole el terreno de la margen izquierda. Pero la gota que colmó el vaso de su falta de paciencia fue una discusión que oyó a escondidas entre Lope y yo. Una sobre su madre.

—Sé que Valeria murió al dar a luz a Elías. Lo lamento —añadí. Era lo menos que podía decir ya que estaba ayudándome.

—No. No murió en el parto. Y Elías lo descubrió al oírnos discutir a su padre y a mí hace poco más de un año. —Se secó el sudor de la frente y volvió a apretar el barrote con fuerza, esta vez poniéndose de rodillas—. Esa es la mentira que Lope nos obligó a mantener de puertas afuera, para todo aquel que no perteneciera al clan, y de puertas adentro para todo vampiro novel, incluido su hijo. Mi hermana sigue viva.

Aquella noticia me dejó de una pieza. Ni siquiera los Conciliadores sabían eso. Los vampiros sabían guardar muy bien sus secretos cuando querían. Me acerqué a él, ya sin temor de que quisiera dañarme, y decidí tratar de echarle una mano con mi liberación. Los barrotes parecían inamovibles, pero la fuerza de dos, aunque una fuera yo, siempre era más que la de uno solo.

—¿Y por qué os obligó a mentir Lope?

Eso pareció causarle tanta rabia que el barrote se movió de golpe un par de centímetros, aunque por un momento había llegado a pensar que había sido por mi colaboración.

—Por orgullo. ¿Cómo iba un rey a ser respetado por otros clanes o por los nuevos súbditos si descubrían que su propia esposa lo había abandonado? Pero esa fue la única opción que encontró mi hermana. —Parecía realmente interesado en que yo lo comprendiera, parecía querer excusarla—. Él la trató bien hasta que nació Elías y ella lo crió como humana el primer año de vida. Después, en cuanto la convirtió, justo a la vez que a mí, perdió el interés por ella. —Carraspeó, algo incómodo—. En otros aspectos Lope era un buen rey, pero en cuanto a mujeres... Eran su perdición, principalmente sus donantes. Le era infiel con todas y cada una de ellas.

Estaba hablando de él en pasado. Efectivamente, Lope había muerto. Vaya panorama.

—Y ella se marchó. No me extraña.

Mi comentario logró hacerle sonreír y yo volví a unirme a la tarea de mover aquella testaruda barra de hierro.

—Bueno, lo hizo, pero después de desangrar a una de las donantes hasta la muerte. Una a la que Lope había dejado embarazada.

Me llevé las manos a la boca. Aquello era atroz. Por parte de ambos.

—Valeria se dejó llevar por los celos. Hacía mucho que él no mostraba ningún interés por ella, y mientras tanto ella se desvivía por criar a su

heredero. Después de aquel incidente, del que nunca se sintió orgullosa, decidió abandonarle, pero no podía llevarse a Elías, porque Lope la perseguiría adonde fuera. Así que dejó a su único hijo con él. Entre lágrimas, se despidió de mí y me hizo prometer que cuidaría de mi sobrino. —Confesar aquello parecía haberle agotado por completo, porque dejó de forzar el barrote y se quedó sentado sobre sus talones, mirando al suelo—. Yo siempre he mantenido mi promesa, aunque Elías dejó de hacerme caso hace mucho, en cuanto descubrió todo lo que podía conseguir abusando de su poder, que es uno de los más grandes que he visto hasta ahora en un vampiro tan joven.

Sí, yo había sido víctima de ese abuso que ejercía con su poder, una especie de magia mental que obligaba a los demás a ver y creer lo que a él le viniera en gana.

Decidí darle un respiro a Armando y me afané en tratar de mover el barrote paralelo al que él ya había doblado lo suficiente para que mi cabeza cupiera casi hasta las orejas. Como solo hacía falta un poco más de hueco, me dije que por qué no intentarlo con todas mis fuerzas. Para mi asombro, y el de él, lo moví un poquito. Yo solita.

—Y entonces, tú entraste en escena —murmuró como si hubiera estado perdido en sus pensamientos—. Su plan era deshacerse de su padre y reinar en su lugar, para lo que necesitaba una reina a su lado si quería mostrarse como un rey que asegura el futuro de su reinado. Tú llegaste en el momento justo, con el mismo rostro que él lleva grabado en la mente, el del único retrato que tiene de mi hermana.

Te había confundido con otra persona... Ahora encontraba sentido a aquellas palabras, las primeras que me dijo Elías. Y que no esperaba a alguien tan familiar como mensajera... ¡Claro!

—¿Dónde está ella? —pregunté entre los jadeos que me provocaba el esfuerzo.

—Se unió a otro clan, en otra ciudad. Incluso cambió de nombre. Aunque yo sigo manteniendo contacto con ella. Ya le he puesto al tanto de la muerte de Lope y vendrá a su ceremonia funeraria. Solo espero que me perdone por no haber podido evitar que su hijo se convirtiera en lo que es ahora, el asesino de su propio padre.

No pude contener el pequeño grito de asombro que salió de mi garganta al

oír aquello.

—Sí, finalmente lo ha matado. Por irónico que parezca, volvió a usar una de las donantes, como si estuviera escrito que estas iban a ser su ruina. Elías logró eludir todos los controles que yo mismo había instalado en los aposentos de Lope. Y esta vez el veneno fue fatal.

—No creo que tu hermana te culpe porque Elías se haya convertido en un monstruo. Esa ha sido su propia elección.

Yo era mucho más joven que él, ¡siglos más joven que él!, y era muy capaz de diferenciar entre el bien y el mal. Armando no podía ser responsable de que Elías hiciera lo que le viniera en gana, incluso algo tan terrible como asesinar a su propio padre. Cada vez se confirmaba más mi teoría de que era un loco, un psicópata. Hasta los vampiros podían necesitar un buen psiquiatra.

—Tal vez lo haga o tal vez no. Pero sí sé que jamás perdonó a Lope por lo que le hizo y por lo que le obligó a hacer a ella. Igual que sé que Elías no le perdonará a Valeria que lo abandonara, ni le perdonó a su padre que la incitara a dejarlos y después le mintiera haciéndole creer toda su vida que estaba muerta, motivándole incluso a matarlo. —Suspiró con cansancio y pareció desinflarse como un globo—. ¿Cuánto cuesta el perdón, Abigail?

No tenía respuesta para eso. Pero esperaba que Max me perdonara por no haberle hecho caso y haber acudido al encuentro a pesar de que él se temía que algo podría sucederme si iba.

Oí rugir a Armando quien, en un último empujón, desplazó más la reja. Yo intenté salir, pero no pude.

—Un poco más —pedí y me uní a él de nuevo, clavándome el hierro en las manos hasta que comenzaron a sangrarme los dedos a la altura de las uñas.

Agotados, nos detuvimos unos segundos a respirar.

—Entonces su plan nunca fue aliarse con Galiana. —Mi cabeza no podía descansar aunque mis brazos lo necesitaran.

—Le oí hablar con algunos de sus seguidores aún fieles. Su estrategia era mantener una aparente alianza temporal, algo que nunca antes había sucedido, y que eso le afianzase como rey en nuestro clan, sobre todo una vez de que tú... bueno, de que te quedaras embarazada. Después sí pensaba deshacerse de ella, cuando todo pareciera estar calmado. No sé qué le habrá

llevado a adelantar sus planes.

—Yo sí lo sé. —Ahora me tocaba a mí compartir información. Que Armando lo supiera podría suponer una verdadera alianza entre clanes. Un nuevo heredero, competencia para Elías. Justo lo que él no querría—. Galiana se ha adelantado a los planes de Elías. Está embarazada.

—No puede ser —dijo Armando después de unos segundos mirándome, buscando alguna evidencia de que mentía.

—Me lo ha dicho el padre de su futuro hijo. O hija —conjeturé.

Armando se levantó y comenzó a dar vueltas de un lado al otro. Quizás debería haberme callado, porque aún no había logrado salir de allí.

—Eso lo explica todo. Si te hacía su reina y engendrabas un heredero, Galiana perdería aún más devotos. Una reina sin descendencia es vulnerable, porque cualquiera de su clan que decida matarla podría reclamar el trono. En cambio con un heredero, no es tan fácil. Pero ahora, conociendo esa noticia, Elías se vería más amenazado que nunca. Ella le usurpaba la estrategia de reforzar su reinado con vástagos.

—Bueno, ahora tal vez ya no haya ese problema. Imagino que sabes que la ha tirado a la ría. —Él asintió con la cabeza—. ¿Sabes si está bien?

—No. No mantenemos contacto. Pero te adelanto que permanecer sumergido en agua corriente es casi letal para cualquier vampiro. Y si ella estaba embarazada era más débil. Tal vez haya perdido el bebé. O la vida.

—¡No!

No pude evitar sentir lástima por aquella criatura, por mucho que fuera a ser un vampiro, no era más que un bebé. Y uno que Galiana había tardado mucho en concebir. Imaginaba cuánto desearía ese hijo, y cuánto iban a sufrir tanto ella como Beñat si lo perdía. ¿Y si ella había muerto? Mil quinientos años esperando el amor y, ahora que lo encontraba, moría. Ella solo quería ser feliz, me lo había dicho ella misma, y Elías había tratado de robarle ese sueño.

Aquella injusticia me llenó de rabia y me cebé con el barrote.

—Tú misma podrás averiguarlo en cuanto te saque de aquí y te lleve de vuelta con los Conciliadores. Solo ellos pueden detener ahora a Elías.

Se unió a mí de nuevo y, con el último empujón, el barrote cedió lo justo para que yo pudiera pasar.

Corrí detrás de Armando, casi de puntillas, pues estábamos en el sótano de uno de los edificios de Elías, en los que solo sus seguidores más fieles podían entrar. Armando, como parte de su corte, conocía cómo colarse sin ser visto, ya que de otro modo no podría haber accedido, no desde que su sobrino escuchara la discusión entre Lope y Armando, por la cual descubrió la mentira sobre su madre.

Nos dirigimos hacia unas escaleras pero distinguí un olor que me dejó paralizada. Me quedé tan impactada que aunque Armando me hizo gestos para que lo siguiera, mi instinto me dictaba que me encaminara hacia otro lado.

—¡No! Abigail, no vayas por ahí.

—Debo ir.

Mi olfato se había vuelto un sentido nuevo. Lo que percibía era como una llamada, la intuición de que algo no iba bien y que debía remediarlo. A cualquier precio.

Armando me siguió, encolerizado, insistiendo entre susurros que debía ponerme a salvo. No le hice caso ni me detuve hasta que escuché aquella voz, su voz, y un dolor agudo me atravesó las entrañas.

—Puedes matarme o torturarme, pero eso no cambiará nada. Abi nunca será tuya —oí sobre mi cabeza, justo en el piso de arriba.

—No la llares así, no me gusta. Será Valeria, como mi madre. Y en cuanto acabe contigo, ese estúpido vínculo perruno vuestro se romperá y ella vendrá a mí de nuevo.

—No lo hará, jamás lo hará. Ahora es más fuerte, no lograrás manipularla.

—Bla, bla bla —se burló Elías—. Había pensado dejarte un poco más así, hasta que las cadenas de plata te quemaran las muñecas y tobillos tan profundamente que te quedaran amputados. Pero visto que tu cháchara me resulta de lo más repetitiva, tal vez use la daga ahora mismo y te silencie para siempre.

Las voces me llegaban con claridad, pero no podía ver nada. El techo era de madera, era el propio suelo que ellos pisaban, ya que el edificio era muy antiguo y estábamos en unos sótanos que no habían sufrido ningún tipo de reforma en siglos. Con una habilidad que no sabía que tuviera, me encaramé a un armario que había contra una de las paredes y logré acercarme tanto al

techo que pude ver parte de lo que sucedía en el piso de arriba a través de una de las rendijas entre los listones de madera. Veía a Elías, pero no veía a Max. Y en el fondo no hacía falta, podía percibir su dolor en mis propias muñecas y tobillos. Aunque eso no era lo que más le dolía. Haber sido capturado sin llegar a liberarme antes le estaba dañando más que las cadenas de plata. Su cabeza barajaba la más mínima posibilidad de salir de allí para encontrarme.

—Hace unos días tu clan fue testigo de la pena máxima contra uno de los tuyos, uno que faltó al más básico de todos los puntos de los Concilios. ¿Vas a arriesgarte a repetirlo? Que seas un príncipe no afecta al Artículo Primero.

—Nadie sabrá que he sido yo. Aparecerás en el territorio de Galiana, con el corazón atravesado por una de las dagas de plata de su ridícula colección de armas japonesas del siglo X. No sabes cuántos están deseando deshacerse de esa reina con aires de diosa, tanto como para arriesgarse a robarle algo de lo que ella se ha vanagloriado de poseer.

—Mi equipo analizará las armas con una tecnología que tu mente prehistórica ni se imagina que existe, y verá que has sido tú —replicó Max—. No escaparás, Elías. Estás acabado.

—Me temo que es al revés. Tú estás acabado. —Todo mi cuerpo se puso en tensión y mi pulso se aceleró en cuanto le vi acercarse a una mesa y coger algo—. Qué ligera. Soy muy buen tirador. Podrás comprobarlo ahora mismo.

Los latidos de mi corazón, que habían estado aumentando de ritmo, se dispararon y todo pareció cubrirse de sangre, como si me hubieran cubierto los ojos con una película traslúcida roja y yo viera ahora través de ese filtro. Después, lo que viera dejó de tener importancia, porque sentí tal calor en el cuerpo que parecía ir a explotar. De hecho, sentí como si lo hiciera. La furia asesina que se apoderó de mí, que me incitaba a acabar con él, con la amenaza que ponía en peligro a mi hombre, me hizo atravesar el techo de madera con la cabeza tras saltar con el impulso de una fuerza en mis piernas que no sabía que poseyera.

El empujón que se llevó Elías tras mi entrada en escena le hizo errar el tiro y la daga se desvió lo justo para solo rozar el hombro de Max, aunque la herida le comenzó a sangrar de inmediato, a borbotones. La plata. Recordé el cuerpo empapado de sangre de Anika y aquello aumentó más mi furia.

—Valeria, tú no... ¡No puede ser! ¡No olí al lobo en ti!

—No me llames Valeria —mascullé, o al menos eso quise hacer, porque apenas comencé a hablar, las palabras se convirtieron en un gruñido que resonó por todo el sótano.

Elías se lanzó contra mí y me tiró al suelo. Esperaba que se lanzara a mi cuello, pero en lugar de eso, corrió hacia Max y yo me levanté para evitar que le hiciera más daño. Aunque lo que Elías quería era recuperar el arma y lo logró tras arrancarla de la pared en la que se había clavado. Se encaró contra mí y la volvió a lanzar sin miramientos, lo que le hizo no apuntar demasiado bien o, tal vez, mis reflejos fueran tan rápidos como para esquivarla. Realmente no lo supe, solo recuerdo hacerme a un lado y saltar sobre él, sujetarle brazos y piernas con fuerza con mis propias extremidades, apoyada con el peso repartido entre las cuatro, lo que de pronto era una postura de lo más natural para mí. Después, le grité que se rindiera, aunque de nuevo mi voz no salió como debería.

—¡Jamás! —rechazó él—. Ahora os mataré a los dos. A todos los vuestros. No quedará un solo lobo en esta ciudad. ¡Mi ciudad! Encontraré otra reina digna de albergar a mi hijo en sus entrañas.

—Abi —oí de pronto a Max, con una voz que no llegaba a ser ni un susurro—. A tu espalda.

Dos vampiros se acercaban por detrás y yo tuve que soltar a Elías para enfrentarlos a ellos, quienes además iban armados con dos lanzas.

El de la derecha fue el primero en atacar. Yo lo esquivé de un salto y lo tumbé, pero no pude evitar que la lanza me rozara un costado. Gruñí de dolor, sin embargo no fue tan intenso como para creer que el arma fuera de plata. Ahora era consciente del ser en el que me había transformado, incluso de por qué, y sabía que la plata me mataría.

Cuando logré desarmarlo de un cabezazo, le mordí por instinto en la pierna, para dejarlo fuera de combate un rato y poder enfrentarme al otro, que me rodeaba y amenazaba con la otra lanza.

Se abalanzó sobre mí pero Armando lo interceptó de un salto, como en una jugada de fútbol americano. Los dos cayeron al suelo y rodaron comenzando un forcejeo.

El vampiro al que había mordido en la pierna se arrastraba intentado huir, así que busqué con la mirada a Elías, y lo encontré con la daga de nuevo en la

mano, pero en lugar de dirigirse a mí, le vi apuntar hacia Max, en el movimiento previo a lanzar el arma.

Esta vez no pensé, salté hacia Elías con la boca abierta y atrapé su cuello entre mis fauces, apretándolo con toda la fuerza de la que fui capaz. Cuando el sabor de su sangre llenó mi boca, sentí una terrible náusea, pero el instinto de protección que sentía hacia Max era más fuerte que cualquier otra cosa, y acabé lo que había empezado. Retorcí aquel cuello hasta romperlo, hasta oír el crujido de las cervicales, y no paré hasta arrancarlo por completo de la columna. Era así como debía ser, si quería que no volviera a dañar a nadie, sobre todo, a mi otra mitad.

—Abi. Ya está. Para. Ya está muerto.

Max colgaba de las cadenas con las muñecas echándole humo y los tobillos ensangrentados. Me lancé a morder aquellas ataduras pero el dolor que sentí en la boca cuando las toqué me empujó hacia atrás como una descarga. Yo no podía hacer nada, yo también era un licántropo.

—¡Armando! ¡Ayúdale!

Esta vez mi voz salió como debería, y me di cuenta de que volvía a ser yo, bien porque las cadenas me habían debilitado o bien porque el lobo que habitaba ahora en mí sabía que había terminado su tarea. O tal vez fuera la necesidad de poder hablar para pedir ayuda lo que me había vuelto a transformar. Daba lo mismo. Lo importante era que mi llamada había surtido efecto y Armando ya se apresuraba a soltar a Max tras noquear al último de los vampiros.

En cuanto las cadenas se abrieron, Max se desplomó y yo apenas tuve tiempo ni fuerzas de cogerlo antes de que se cayera al suelo de bruces.

—Gracias, Abi —susurró un instante antes de cerrar los ojos y hundir la cabeza en mi pecho.

Armando se quitó la chaqueta que llevaba y la pasó por mis hombros. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba desnuda. Sujetó a Max por mí unos instantes mientras yo metía los brazos por las mangas y me abotonaba la prenda que, por suerte, era bastante grande y me llegaba por las rodillas.

Vi entonces un reguero de ropas rasgadas, zapatos reventados, todo hecho pedazos junto al agujero que yo misma había hecho en el suelo del sótano. Y

a pocos pasos, el cuerpo degollado de Elías, cuya cabeza no estaba a la vista. Preferí no buscarla tampoco con la mirada, aunque eso no fue suficiente para contener las arcadas.

—Vamos, os acompañaré afuera. —Armando chasqueó los dedos para sacarme del aturdimiento que acababa de bloquearme—. Los vuestros tienen el edificio rodeado.

Reaccioné y entre los dos cargamos con el cuerpo sin fuerzas de Max, quien respiraba con gran dificultad, y salimos a la luz de la luna menguante en busca de al menos uno, uno cualquiera de los Conciliadores, para que nos llevara a la sede y poder curar a Max cuanto antes. Pero en lugar de caminar por los alrededores y buscar a alguno, Armando se detuvo en la puerta del edificio y gritó a pleno pulmón.

—¡Elías ha muerto! —informó haciendo salir de su escondite a varios de los miembros del equipo de Max. Después lo sujetó cargando todo su peso y me dio un pequeño empujón para que diera un paso adelante—. Esta Conciliadora le ha aplicado la pena máxima tras haber incumplido el Artículo Primero contra ella y vuestro Alfa. A partir de ahora, los clanes estarán en paz. Como rey regente, así os lo aseguro.

CAPÍTULO 14

—**M**ax, Abi. ¿Podéis venir un momento? —preguntó Raúl, asomando la cabeza por la puerta de la enfermería—. Tengo algo que enseñaros.

Max se levantó de la silla donde yo le había mantenido sujeto por los hombros para conseguir que se sometiera a unas segundas curas en manos y tobillos, los cuales ya solo lucían unas marcas rojas, como si fueran una irritación o una reacción alérgica de la piel y no las quemaduras más profundas que hubieran visto jamás mis ojos.

En apenas unas horas, en las que se había sumido en un profundo sueño, su carne se había regenerado prácticamente sola. Incluso la herida producida por la daga de plata en su hombro se había cerrado sin necesidad del ungüento de «rayos de luna» que yo sí había tenido que soportar en mis labios y barbilla hasta el amanecer. Aquel potingue olía fatal, sabía aún peor y era tan frío como el hielo, pero debía reconocerle el mérito de haberme curado de forma milagrosa las quemaduras que las cadenas de plata me habían causado al intentar morderlas para liberar a Max.

Apartando a Sheila a un lado, quien trataba sin éxito de terminarle el vendaje en una de las muñecas, Max me tomó de la mano para ir tras Raúl, quien le había venido de perlas para poder librarse de las atenciones médicas. Iba a tener que hablar muy en serio con Max sobre eso de ser tan mal paciente. Curarse como por arte de magia no le excusaba de ser un inconsciente y, además, un desagradecido con quienes solo tratábamos de que se recuperara.

—Gracias, Sheila —dijo Max entre dientes antes de subir las escaleras—. ¿Ves? No soy un desagradecido.

Me solté de su mano y me crucé de brazos, parándome en el primer escalón.

—También vamos a tener que hablar de esta conexión que tenemos. Una cosa es que percibas mis sentimientos, y otra muy distinta mis pensamientos. ¿Es que no puedo tener intimidad?

Me rodeó por la cintura con un brazo y me condujo escaleras arriba pegada a su cuerpo. Pude notar cómo se reía a pesar de no verle la cara, pues la mía ya estaba hundida entre su cuello y su hombro.

—Que te parezca que soy un desagradecido no es solo un pensamiento, es un sentimiento tuyo hacia mí. Por eso lo he percibido. No puedo leer tu mente, no es una de las consecuencias del emparejamiento. Y tampoco podría percibir todos y cada uno de tus sentimientos si los bloquearas. Es algo que tendrás que aprender a hacer poco a poco. Ahora eres como un libro abierto.

Enrojecí y, aunque él no pudo verlo, me besó en la frente con ternura. Seguro que también había percibido que me sentía algo cohibida. Era como estar desnuda todo el tiempo. No era que no quisiera que Max supiera todo lo que sentía por él, pero estar tan expuesta me hacía sentir vulnerable. Y en desventaja. Porque yo percibía que él me quería, pero no cada una de sus reacciones ante mí, como estaba claro que sí sucedía a la inversa.

—¿Quieres que anule mis bloqueos? Así no estarías en desventaja.

Me detuve de nuevo para que Raúl se adelantara y no pudiera escuchar nuestra conversación, que era bastante privada.

—¿Seguro que no estás leyendo mis pensamientos? Aquel día, en el parque, cuando nos besamos por primera vez... yo creí leer los tuyos.

Max se giró hacia mí, con las piernas separadas y los brazos a la espalda, como si estuviera en formación ante un general a pesar de que aparentaba estar relajado.

—Ahora lo que percibo es que tú también quieres saber lo que yo siento. Solamente eso. Lo que sucedió en el parque era comunicación visual, leer las palabras en la mirada en lugar de decirlas. Es como hablar pero solo mirándonos a los ojos, algo que podemos hacer todos los Conciliadores, y no solo con nuestro compañero.

Bueno... eso ya lo veríamos. Tampoco se suponía que yo iba a convertirme en licántropo como consecuencia del Ritual de emparejamiento y había resultado que, cuatro días después de vincularme a Max, me había transformado para poder salvarle la vida, sin tener ni idea de cómo había

sucedido. Lo más extraño de todo era que nadie era capaz de explicárselo. No había precedentes de una primera transformación como la mía, a los dieciocho años, sin luna llena y con dos únicos factores desencadenantes: el reciente ritual y que la vida de mi compañero corriera peligro.

Sí se conocía la existencia de transformaciones tardías, más allá de la pubertad, como si fuera un trastorno del crecimiento. Pero en todos los casos documentados, alguno de los progenitores, el del mismo sexo, era licántropo. Y ese no era mi caso, de eso estaba segura. Mi madre jamás se había convertido en una loba bajo ninguna luna llena. Lo habría descubierto alguno de los veranos que mis padres y yo pasábamos en el caserío de mis abuelos y cenábamos cada noche en el porche. Ni ella ni ninguno de nosotros había pasado la velada a los pies de la mesa con Pintxo, el perro labrador de mis abuelos.

Quizás otra de mis rarezas fuera poder transmitirle a Max mis pensamientos, aunque él asegurara que eran solo sentimientos. Para mí no existía mucha diferencia entre una cosa y la otra.

—¿Tú estás bloqueando sentimientos que tienes hacia mí para que yo no los perciba?

—Sí. Pero hasta que tú aprendas cómo funciona, dejaré de hacerlo yo. Me parece justo.

—Vale —accedí—. Hazlo. Ahora.

—¿Estás segura? —Sonrió de medio lado con gesto pícaro.

Sí lo estaba. O había creído estarlo hasta que lo hizo.

La sensación fue abrumadora, casi tangible, casi visible. Como chorros de agua cálida y rayos de luz cegadora que salían por cada poro de la piel de Max y me atravesaban, me inundaban. Amor, esperanza, confianza, devoción, ternura, instinto de protección, deseo, pasión... Aquel conjunto de sentimientos empezó a dificultarme la respiración y a hacerme hervir la sangre. Perdida en la intensidad de la mirada que él había clavado en mí, tuve que agarrarme a sus brazos para no caerme, pero tocarle no hizo más de incrementar esas sensaciones, tanto en él como en mí, y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no abalanzarme sobre él y comérmelo a besos allí mismo.

—Vale, creo que es mejor que los mantengas bloqueados —solicité

jadeante—. Al menos de momento. Y en público.

La carajada de Max resonó por el pasillo e hizo que Raúl se detuviera y se diera la vuelta para venir a buscarnos.

—¿Venís o qué? Lo que tengo es bastante importante.

Tratando de mantener la compostura, me aparté un paso de Max y seguimos a Raúl hasta una zona de la sede que era la primera vez que yo pisaba. Un área reservada para los Conciliadores, supuse. Me esforcé en cambiar de tema para distraerme de las imágenes que me había transmitido Max sobre nosotros, sobre un futuro juntos, unos hijos adorables que tenían mi sonrisa y sus ojos, o las noches, muchas sin dormir, que íbamos a pasar juntos... Contuve un escalofrío.

—Esto... una cosa en la que me he fijado acerca de los ojos... Casi todos vosotros los tenéis verdes, un tono de verde muy brillante. Anika, tú, los cuatro hijos que quieres que tengamos...

A pesar de mantenerme a cierta distancia de él, sentí como si me tocara, como si me abrazara. Cuando levanté la vista, sus ojos me miraban risueños y su sonrisa hacía que su rostro, siempre bello, reluciera como si fuera un ángel caído del cielo. Sentí cómo la piel me ardía de puro deseo, recordando sus besos y las caricias de sus manos por todo mi cuerpo durante la noche del ritual. Tuve que forzarme a alejarme un paso más de él.

—Cuatro me parece bien —susurré levantando una mano para que él no redujera la distancia entre nosotros—. Pero no ahora, evidentemente. Bloquea, por favor. ¡Vas a acabar conmigo!

Supuse que mi tono de súplica le había convencido, porque aquella sensación de necesidad por él se calmó y continuamos caminando por el pasillo detrás de Raúl.

¿Cómo sentirme así de deseada podía hacerme flaquear en solo unos segundos? Era, era... desconcertante de una forma maravillosa.

—Cuando ambos padres son licántropos, los ojos de sus hijos son verdes. Siempre es y ha sido así. En cambio, si solo uno de los progenitores lo es, sus hijos heredan el color de los ojos del que no posee el Don.

»Hasta hace cerca de cinco siglos, se hacían distinciones sociales entre licántropos por este rasgo. Eran otros tiempos, en los que se diferenciaba entre sangre pura y mezclada. Pero no hay pruebas que indiquen que un

Conciliador sea más o menos capaz de cumplir su deber por ser hijo de dos o de un solo licántropo. Hoy en día es solo una peculiaridad que para nosotros no tiene ninguna importancia.

Max me invitó a pasar delante de él para atravesar una enorme puerta que daba paso a una sala muy bien iluminada. Los ojos se me abrieron de par en par al contemplar los libros más gruesos y antiguos que jamás había visto. Miles de ellos estaban allí, en estanterías tan altas que había que subirse a unas enormes escaleras para alcanzarlos. Varias filas de esos estantes flanqueaban una mesa central además de varios cubículos con equipamiento informático de última generación.

—Estos son los libros que he consultado —nos indicó Raúl, señalando tres pilas de más de seis enormes volúmenes cada una, apoyados sobre una mesa auxiliar junto a su ordenador. En las mesas contiguas, otros Conciliadores consultaban sus propios ejemplares, concentrados en su tarea, y algunos introducían datos en sus ordenadores—. Pero para poder mostrároslo con mayor claridad, lo he pasado a un programa informático que yo mismo he diseñado. Anika no es la única que va a exportar su trabajo a otras sedes.

Nos guiñó un ojo y se detuvo frente a una impresora con papel continuo que no paraba de hacer ruidos y escupir más y más papel, lo cual no parecía tecnología punta, la verdad.

—*El Linaje nunca se pierde* —pronunció Raúl de forma reverencial—. ¿Lo recuerdas, Max? ¿Recuerdas que eso era algo que siempre decía la señora Blanco?

—La profesora de *Fuentes Documentales de los Linajes*, sí, como para olvidarlo. Lo coreaba al comienzo de cada clase. Era una especie de lema.

—Y un lema está hecho para ser recordado, y repetido. Basándome en eso, he creado esto.

La impresora por fin terminó su tarea y Raúl extendió el papel a lo largo la mesa, que en realidad eran tres mesas alargadas unidas por los extremos en el centro de la biblioteca, las cuales parecían hacer la función de sala de reuniones. A pesar de que en conjunto la superficie mediría unos ocho o nueve metros, cayó papel por ambos laterales.

—Por mucho que seas un tipo especial, Max, el mero hecho de emparejarte con Abi no puede haberla convertido en una de nosotros por completo. Debía

haber algo latente en ella que tú despertaste con el ritual y que ella después dejó salir para salvarte. A través de su instinto supo cómo hacerlo. No es el primer caso.

—Sí es el primer caso, Raúl. Marcus lo ha consultado con el Consejo por videoconferencia hace solo un par de horas.

Eso mismo me había explicado a mí Marcus antes de irse con Anika a visitar a ambos clanes para dejar las posiciones de todas las partes claras tras lo sucedido el día anterior.

El Consejo estaba formado por, hasta la fecha, seis Alfas. Todos ellos habían ocupado el puesto de Marcus antes de ser sustituidos a la edad de cuarenta años, cuando pasaban a formar parte del Consejo donde, con su experiencia y conocimientos, servían de apoyo a los Alfas de todas las sedes. Mi mente se había puesto a hacer cálculos de la edad que debía de tener el más anciano de todos ellos, cuando Marcus había tomado posesión del cargo a los veintiuno.

—No es el primer caso si ella tiene Linaje —aclaró.

—Pero ninguno de mis padres ni de mis abuelos es licántropo. Estoy segura —repuse.

—De acuerdo, ninguno lo es, o más bien ninguno lo llegó a ser. Pero eso no significa que alguno de ellos no lo llevara en la sangre.

Señaló con el dedo la parte más baja de aquel enorme papel. No pude evitar sonrojarme al comprobar que al lado de mi nombre y de mi rostro dibujado de la forma más bella que jamás me había visto a mí misma, se encontraban el rostro de Max y su nombre paralelo al mío, unidos por dos ramas entrelazadas. Abigail Izarra y Máximo Galarza. Eso me hizo recordar que, a ojos de los Conciliadores, Max y yo ya éramos como un matrimonio para la sociedad común. Me llevé la mano al pecho cuando mi corazón empezó a latir más deprisa, justo cuando Raúl comenzó la explicación de aquel asombroso gráfico.

—Sabemos que solo los hijos del mismo sexo que su progenitor licántropo desarrollan los cambios en la pubertad. ¿Cierto?

—Cierto —respondió Max.

—¿Pero qué ocurriría si los descendientes de un licántropo fueran todos del sexo contrario?

—El Don se perdería —fue la inmediata respuesta de Max.

—Exacto.

—Pero el Linaje nunca se pierde —repliqué yo. Ellos mismos lo habían dicho hacía un minuto.

—¡*Equilicuá!* —exclamó Raúl, entusiasmado—. Por eso he buscado en los archivos del registro la ascendencia de tu padre. Sabemos que tu madre no podría ser porque como tú eres mujer, de ser así la herencia habría sido directa. Pero si te fijas, tu padre no tuvo hermanos, ni varones ni hembras, y tu abuelo tampoco. Por lo que si seguimos por ahí, llegamos a tu bisabuelo, Adrián Izarra, nacido en 1909 y casado con Isabel Sarabia en 1928.

Desde un lateral de la mesa, Raúl fue subiendo a lo largo del papel, y Max y yo le fuimos siguiendo por el otro lado, recorriendo la rama paterna de mi árbol genealógico, uno que Raúl había diseñado con colores hermosos, dibujos con aires medievales y letra cursiva al estilo tan característico de las *Cántigas de Amigo*, con imágenes de mis familiares, que a saber de dónde habría sacado. Mi corazón dio un pequeño vuelco al ir descubriendo los nombres y los rostros de mis ancestros, todos fallecidos, incluido mi padre. Aun así, todos parecían haber contribuido con su legado a que yo hubiera podido salvar al amor de vida horas antes.

—1885, nace tu tatarabuelo, José Izarra, se casa en 1906 pero no tiene más descendencia que Adrián. En cambio, sí tiene tres hermanos, todos hombres, al igual que sus sobrinos, con cuyos herederos ocurre lo mismo, tienen varones o carecen de descendencia. 1842 —continuó—. Nace Andrés, su padre, hijo único. Seguimos por ahí y encontramos a su abuelo, Claudio, sin hermanos, y a su tatarabuelo, otro Adrián, con una hermana, Alicia. —Levanté la vista hacia Raúl. No me esperaba una hembra antes de llegar al final del papel. Él lo aclaró enseguida—. Pero esta muere a los seis años. No cuenta, debe llegar a la pubertad. Seguimos. 1766. Su padre, cinco hermanos, todos varones. ¡Casi nada!

Empezaban a acabarse los nombres y mi corazón parecía querer salirse de mi pecho. Max me dio la mano y conseguí controlar el ritmo. De pronto, conocer cómo había llegado el Don hasta mí me mataba de curiosidad, y la expectación amenazaba con provocarme un ataque de ansiedad.

—1720, Carlos, hijo único de Abigail Montero y Pedro Izarra. ¿Y sabéis

quién era Abigail Montero?

Evidentemente, yo no tenía ni idea. Bueno sí, ahora sabía que era mi abuela con muchos «tatara» por delante. O dicho con más propiedad, como me había explicado después Raúl, mi abuela novena. Que casualmente yo me llamase como ella cuando mi madre siempre me había explicado que aquel era el nombre de chica favorito de mi padre, hizo que me recorriera un escalofrío.

—¿Debería sonarme? —preguntó impaciente Max.

—¡Por supuesto que sí! Fue una de las *Pioneras*. Esta Abigail nacida en 1698, a pesar de no ser hija más que de madre licántropo, fue una de las primeras Alfas hembra de la Historia. Junto a su esposo Pedro —quien evidentemente no poseía el Don ya que fue en su único hijo Carlos donde la herencia comenzó a aplazarse— y tras la firma de los *Concilios para la Paz de 1717*, fundó la *Primera Sede Regulada del Norte* que, por cierto, es esta en la que estamos. Aunque el edificio se caía ya a cachos y fue derribado a mediados de los setenta por orden de tu Alfa predecesor, Max. Y se levantó este en su lugar.

—Eso último sí lo sabía —aportó Max tras carraspear, incómodo por el desconocimiento de unos datos que se suponía debería recordar.

Raúl rebuscó entre los libros que tenía sobre la mesa auxiliar hasta encontrar uno tan pequeño en comparación al resto que apenas parecía una revista. Se lo entregó a Max, quien pareció reconocerlo.

—Como me sonaba muchísimo, lo he consultado y he comprobado que sale en el tema siete de nuestro libro de texto de *Historia de los Asentamientos*. Deberían suspenderte esa asignatura con carácter retroactivo —bromeó Raúl. Luego me miró a mí, que me había quedado perpleja—. Tienes ascendencia muy importante Abi. Enhorabuena.

Me quedé mirando la imagen de la otra Abigail, a quien trataba de sacarle algún parecido conmigo, pero no se lo encontraba, por lo que me dije que bastante era ya haber heredado su Don después de tres siglos relegado a la espera de poder emerger en alguna hembra como para encima pedir compartir algún rasgo facial con ella. Era un dibujo que Raúl habría escaneado de algunos documentos antiguos en los que algún dibujante habría inmortalizado el rostro de una mujer que, al parecer, había hecho algo muy relevante. Aunque para mí, que su Don hubiera permanecido en la sangre de todos sus

descendientes hasta llegar a mí me parecía algo insuperable.

Quise asegurarme de que lo había comprendido bien, porque mi cabeza estaba hecha un pequeño lío con tanto nombre y tanta fecha.

—¿Esto significa que mi padre y todos sus ascendientes varones han estado transmitiéndoles a sus hijos el Don hasta que llegara a haber una heredera hembra?

—Exacto —confirmó Raúl—. Durante casi trescientos años. Aunque el Linaje nunca se pierde, lógicamente estaba muy diluido. Por eso ha hecho falta algo que lo despertara. Un Ritual de emparejamiento con nada menos que un Alfa y una amenaza de perder a tu compañero son dos motivaciones bastante fuertes, ¿no crees?

Nos quedamos en silencio, analizando aquel gráfico que, además del contenido de valor incalculable, era tan hermoso que daba miedo tocarlo por si se fuera a deshacer entre las manos. Su aspecto era tan antiguo a pesar de estar diseñado por ordenador que parecía un ejemplar único y original en vez de un archivo del que se podrían sacar tantas copias como se quisiera.

—Increíble, Raúl —reconoció Max tras un suspiro, sacudiendo la cabeza con incredulidad pero con una radiante sonrisa—. Eres el mejor.

—Solo he hecho mi trabajo. —Ahora parecía tan humilde que supe que el reconocimiento de Max era muy importante para él, no solo como su Alfa, sino como su mejor amigo. E imaginaba que ese esfuerzo dedicado a buscar toda esa información en tan poco tiempo, apenas unas cuantas horas, por lo que probablemente no hubiera dormido en toda la noche, no lo había hecho como parte de su trabajo, sino como el amigo que era para él.

—No, de verdad, Raúl, eres el mejor —admití también yo, y me acerqué para darle un abrazo y un beso en la mejilla—. Gracias. Comprender esto significa mucho para mí. Además, es precioso. —No pude evitar tocar el rostro de mi padre impreso con una de sus mejores sonrisas. La fotografía de su último carnet de identidad, el que yo guardaba en mi caja de tesoros en el cajón de mi mesilla.

—A tu servicio. —Raúl me hizo una reverencia que yo no creía merecer en absoluto—. Pero acuérdate de dejárselo caer a tu amiga, la pelirroja.

—¿Esther? —Pasé página por completo ante aquella revelación—. No me digas que...

Se llevó la mano al pecho, hizo como que el corazón se le salía de un potente latido y alzó la vista al cielo, fingiendo derretirse y caer de rodillas. Después, sonriendo de esa forma en la que lo hacen —o al parecer, hacemos— los enamorados, cogió un montón de libros que tenían pinta de pesar una tonelada cada uno y desapareció por el fondo de la biblioteca.

Aunque no pude evitar echarme a reír, aquello me pareció maravilloso. Tal vez podría acabar devolviéndole el enorme favor que le debía a Esther antes de lo que había imaginado. Sobre todo después de la pasada noche, en la que mi mejor amiga me había encubierto sin que ni siquiera yo se lo hubiera pedido.

Al ver que no había vuelto al instituto se había imaginado que algo había ocurrido y ella misma había decidido encubrirme cuidando de nuevo de Carolina y avisando a mi madre de que esa noche la pasaría con ella para terminar por fin uno de los trabajos para clase. Si luego yo acababa apareciendo, con alegar que al final había cambiado de idea habría sido suficiente. Aun así, me había estado llamando al móvil hasta que este se quedó probablemente sin batería en algún rincón de los sótanos donde Elías me había tenido retenida. Solo cuando yo la había llamado a media noche desde la sede, cruzando los dedos por que hubiera hecho exactamente lo que ella había cavilado, pude darle señales de vida y aliviar el susto de muerte que me acusó de haberle causado, con un montón de prematuras canas como consecuencia.

—Así que Raúl y tu amiga la pelirroja se traen algo entre manos —se interesó Max.

—A Esther le parece... interesante. Le conté todo, más o menos. Podemos confiar en ella, no te preocupes.

—¿Y te creyó?

—Sí. Desde el primer momento. Ahora solo me queda contárselo a mi madre. Eso va a ser menos fácil.

Max me posó las manos sobre los hombros.

—¿Quieres que te acompañe y se lo expliquemos juntos?

Valoré la posibilidad, pero la descarté enseguida.

—Creo que no. De momento, será mejor que le dé las noticias una por una. Le explicaré lo que he heredado de mi padre y cómo se ha manifestado

después de... estar contigo, y otro día ya te presentaré oficialmente. —Miré el árbol genealógico y me pareció un buen aliado—. ¿Puedo quedármelo, Max? Me gustaría enseñárselo a mi madre. Un poco de documentación de apoyo no me vendría mal.

—Desde luego, quédatelo. —Enrolló el enorme papel como si fuera un rulo. Cuando me lo entregó, una chispa brilló en sus ojos y supe que algo se le había ocurrido de repente, algo que le parecía estupendo. Empezaba a poder entenderlo con solo mirarlo, y eso sí que era extraordinario—. Y creo que hay algo más que podrás llevarte. Si soy capaz de encontrarlo, claro. Ven conmigo.

Seguí a Max por los pasillos de la biblioteca, de suelo enmoquetado y coronados por carteles de códigos alfanuméricos que no comprendía, hasta llegar a un rincón apenas iluminado en el que nos detuvimos. Me mantuve en silencio mientras él inspeccionaba cada estantería a una velocidad considerable, como si supiera muy bien lo que estaba buscando pero no tuviera muy claro dónde se encontraba.

Después de subir y bajar por diferentes escaleras de mano, sacó varios libros ajados y los abrió uno por uno, consultando la primera página de todos ellos. Descartó al menos una docena hasta dar con el que quería, y lo bajó para mí desde uno de los estantes más altos.

—Desde el día de su aprobación el 10 de junio de 1717, todo Conciliador tiene su propio ejemplar de los Concilios. Lo poseemos desde que aprendemos a leer y lo estudiamos durante toda nuestra vida. A ti se te hará entrega de uno cualquier día de estos, pero primero Raúl tendrá que adjuntar las páginas de tu árbol genealógico en la parte posterior, como es tradición. De momento, puedes empezar con este.

—Gracias. ¿Pero no está un poco... viejo? —comenté con cautela, no quería sonar desagradecida cuando hacía unos instantes yo misma le había acusado a él de serlo.

Pero cuando lo abrí y vi el nombre de su dueña en la primera página, me quedé sin aliento.

—Claro que lo es. Porque es una primera edición. Si Abigail Montero fue fundadora de esta sede y no tuvo ninguna heredera hembra hasta ti, tuvo que entregar su propio ejemplar al Archivero de esta biblioteca para que se

mantuviera a salvo. Como comprenderás, un libro como este no puede andar perdido por ahí. Pero ahora que hemos descubierto quién eres, puede salir de estos fríos estantes bajo tu protección.

—Es un tesoro, Max. —Tuve que contener las lágrimas—. Muchas gracias.

—No te parecerá tan maravilloso cuando empieces a leerlo. Créeme, es una lectura bastante densa —me advirtió, jocoso.

—No me importa, pienso empezar a leerlo hoy mismo. —Abracé el libro contra mi pecho, inhalando el característico olor de las páginas antiguas y el lomo de piel. El aroma de la sabiduría—. Hay muchas cosas que quiero saber. Los próximos días te voy a acribillar a preguntas.

—En los próximos días puede que tengamos visita. Mis padres —aclaró sin mucho entusiasmo—. Marcus ha escrito un documento oficial por lo sucedido, y eso es algo que llega a todas las sedes por correo electrónico. Tú y yo somos parte importante en esa información.

—¿Porque maté a un príncipe vampiro? —Se me secó la boca al decir aquello en alto.

—También, pero sobre todo porque salvaste a un Alfa. Y te transformaste de manera insólita. Ahora ya tenemos la explicación, pero no por eso deja de ser menos excepcional.

—Pero maté a un hombre, Max. Por muy vampiro que fuera.

—Ahora eres una Conciliadora. Ese es tu deber. Eres como 007, tienes licencia para matar vampiros que se saltan la Ley —bromeó con una comparación que yo misma había usado una vez, pero no me hizo sentir mejor—. Solo lo hiciste porque era necesario, Abi, porque si no me habría matado a mí y después a ti. Sé que es duro, sobre todo la primera vez. Pero con eso se ha dado otro paso más para la paz, lo que hará que la pena máxima no tenga que aplicarse con tanta frecuencia. Cada año que pasa, se reduce el número de sentencias de muerte. Vamos por el buen camino.

—No por eso me siento menos culpable.

—¿Recuerdas lo que le dije a Marcus después de que ejecutara a Melgar? Si le diera lo mismo, si no se sintiera mal por ello, no sería más que un animal.

—Y no somos animales, ni siquiera cuando nos transformamos lo somos.

Lo recordé y recordé aquellas palabras con exactitud. Porque cuando me

había sucedido a mí, yo seguía sabiendo que era yo. A pesar de que mi instinto me guiara a hacer lo que hice, a asegurar mi supervivencia y la protección de Max, realmente seguía siendo yo.

—Esa parte no se la contaré todavía a mi madre —murmuré.

—Me parece buena idea.

—Ahora tengo que irme. Quiero llegar antes de que se vaya a trabajar para poder hablar con ella con tranquilidad.

—Te acompaño, al menos hasta la puerta de tu casa.

—No, no hace falta. —Le apreté la mano a modo de disculpa por rechazar su ofrecimiento—. Me apetece ir dando un paseo, para despejarme. Necesito estar un rato a solas con mis pensamientos, para encontrar la manera de decírselo. —Le di un pequeño puñetazo en el estómago, como había visto hacer una vez a Raúl en su particular juego de colegas—. Además, sabes que ahora puedo defenderme sola sin problema.

Max hizo una mueca de desagrado, pero acabó cediendo.

—Está bien, pero ten cuidado. ¡Ah! Y toma también esto.

Sacó de uno de sus bolsillos un teléfono móvil muy parecido al suyo.

—Ahora eres una de nosotros, aunque no una más. Eres la compañera de un Alfa. Eso tiene mucho caché, ¿no te lo había dicho? —Quiso sonar como si él mismo se diera más aires de grandeza de los que en realidad se daba. Aunque yo sabía que en ningún momento él se consideraba demasiado importante, a pesar de la responsabilidad que implicaba y que él asumía. Nunca había tratado de impresionar, ni a mí ni a nadie que yo hubiera visto, con su rango. Él era uno más—. Tienes que estar localizable en todo momento. Pronto tendrás que empezar también con los entrenamientos, las clases que te has perdido de niña...

—¿Ahora que soy Conciliadora ya no podré estudiar lo que quería? —deduje de repente, y la idea me estrujó el corazón.

—Claro que sí. En las sedes también tenemos escuelas, ¿sabes? Y hay muchas asignaturas relacionadas con la Literatura. Seguro que serás una estupenda profesora. Era una de las salidas profesionales que tenías en mente, ¿verdad?

Del mismo modo que el susto se me había clavado en el pecho, el alivio liberó mi corazón de la opresión.

—Sí, sería fantástico.

Sentí que Max también se sentía aliviado, aunque de pronto sentí sus dudas.

—¿Podrás estudiar para tus exámenes cotidianos y para los nuestros para ponerte al día?

—Soy la más aventajada de mi clase —alardeé yo esta vez, aunque también sin auténticos aires de grandeza.

—Bueno, eso tendrás que demostrarlo.

Lo miré con el ceño fruncido y él me dio un tierno beso en los labios que me hizo perdonarle esa pequeña duda en un segundo.

—Hola, parejita —dijo Marcus tras toser a propósito, con Anika aferrada a su mano.

—¿Qué tal la reunión con Armando y Galiana? —se interesó Max, rodeándome por la cintura con su brazo, de una forma que empezaba a gustarme cada vez más, pues me permitía estar muy cerca de él.

—Reuniones —matizó Marcus—. Los hemos visto por separado. Ella aún está en cama, aunque ya está mejor.

—Y el bebé también —añadió Anika al ver mi cara de preocupación. Uno de los nudos que tenía en la garganta pareció aflojarse con esa buena noticia—. Galiana nos dio un mensaje para ti. Dijo textualmente: «Decidle de mi parte a Abigail que me alegra saber que ha encontrado lo que andaba buscando».

Todos me miraron extrañados, y yo les expliqué cómo ella me había preguntado, a raíz de la canción que sonaba en su despacho, qué era lo que yo buscaba. Resultaba curioso descubrir que ambas buscábamos lo mismo y, cada una a nuestra manera, lo había encontrado. Ella sería una reina vampiro y yo una licántropo recién convertida, pero como mujeres, no éramos tan distintas.

—El que no tenía muy buen aspecto era el padre del pequeño príncipe, o princesa, vampiro. Beñat —comentó Marcus—. Ya sabéis, no hay nada como la sangre de tu compañero para recuperarte cuanto antes.

Era la primera vez desde que conocía a Marcus que le veía bromear. Se me hizo muy raro que muy raro, tanto que dudé que fuera eso lo que estuviera haciendo. Tal vez el humor neozelandés —que era de donde resultaba ser originario Marcus según me había contado Sheila para distraerme, dándome

conversación mientras me había estado aplicando los rayos de luna la noche anterior— fuera así de peculiar.

—¡Oye! —protestó Anika—. Yo no bebí de ti. Solo fue una transfusión.

—Pero me dejaste igual de seco, *baby*.

Ella le dio un codazo, pero se rio.

—Hemos dejado un margen de una semana para celebrar la *I Cumbre para la Alianza por la Paz*. —Todo aquello sonaba como a nombre propio. Ya estaban con los nombrecitos otra vez. No entendía qué le veían a ponerle título todo—. Es tiempo suficiente para que Galiana se recupere del todo y para que Armando pase el testigo de su corta regencia, como él mismo ha dicho a la legítima reina del clan de la margen izquierda.

—Valeria —susurré.

—Sí. Cuando nos hemos marchado él se dirigía a recoger a su hermana, que llegaba hoy. Después de siglos en el exilio, vuelve donde le corresponde.

Recordé lo que me contó Armando sobre su huída. Excepto los vampiros más jóvenes o más recientemente convertidos, todos sabían que ella no había muerto. La aceptarían como reina, ya que lo era. ¿Pero querría ella volver a su pasado? ¿No preferiría continuar donde se había labrado una nueva vida hacía ya tantos siglos?

—¿Cómo lograron mantener tanto tiempo esa mentira? —Aquello todavía me parecía inverosímil, y eso que habían sucedido cosas que en teoría serían mucho más increíbles—. Ni siquiera vosotros sabíais que estaba viva.

Marcus se encogió de hombros, aunque su rostro reflejaba que no le gustaba reconocer lo engañados que habían estado tanto tiempo.

—Los vampiros son muy celosos de su intimidad. Los clanes son grupos muy cerrados, tanto para otros clanes como para nosotros. Hay muchas, muchísimas cosas de ellos que aún no sabemos. El equipo de Raúl está haciendo un trabajo fantástico recopilando en programas de información cruzada todos los datos sobre los clanes recogidos en libros durante siglos. Pero, de momento, contamos con lo que contamos.

—Hablando de Raúl —hiló Max—. No os vais a creer lo que ha averiguado.

—Seguro que me lo acabo creyendo —farfulló Marcus—. Puedes contármelo mientras organizamos el nuevo Plan Estratégico. En breve en

ambos clanes habrá cambios, cambios muy importantes. Tenemos mucho trabajo, Max. Te espero en mi despacho —indicó mientras subían la escaleras.

—Dame un minuto —solicitó—. Voy enseguida.

—Gracias por la ropa —le grité yo a Anika desde la puerta. Si no hubiera sido por ella y por el vestuario para operativos que albergaba en un armario del laboratorio, aún llevaría puesta la chaqueta de Armando, y nada más.

Ella me guiñó un ojo y levantó el pulgar como queriendo decirme que mi nuevo atuendo me sentaba muy bien. Me miré a mí misma diciéndome que, a pesar de ser un vestido de lino blanco con chaqueta a juego muy elegante y acompañado de unas bailarinas muy cómodas, se notaba que me quedaba algo grande, lo que me hizo sentir un poquito ridícula.

—Estás encantadora —intercedió Max a lo que yo solo pude responder tratando de bloquear mi mente para que no se escaparan más mis pensamientos o sentimientos como si fuera un colador—. Demasiado. Tanto que me está costando mantener las formas.

Rápido como un rayo, Max me arrancó todo lo que llevaba en las manos y me atrajo hacia sí en un abrazo enfebrecido, llevándome a un beso devastador, al que yo me sumé con todas las ganas que había estado reprimiendo desde que habíamos salido de la enfermería.

«Te quiero», resonó en mi mente, y no supe si era yo la que se lo decía a él, él a mí, o si lo hacíamos ambos a la vez. Solo supe que aquel era el sentimiento más grande que mi corazón había albergado jamás, y que había estado a punto de perder a ese hombre, de perderlo a manos de un monstruo.

Precisamente la fuerza de ese amor era la que me había llevado a transformarme y ser capaz de luchar para protegerlo, para evitar otra tragedia que hubiera destrozado mi vida para siempre.

—No pienses más en eso. Todo ha acabado ya —solicitó acariciándome la mejilla con el dorso de su mano—. Vamos, ve a casa. Habla con tu madre, con calma. Pero prométeme que tendrás cuidado por el camino.

En otras de sus caricias descubrí su muñeca a medio vendar y tuve que colocar bien el vendaje para poder marcharme tranquila de allí. Aún recordaba la imagen de Max atado de pies y manos a una pared mohosa, sufriendo un dolor indescriptible y que yo había sentido como mío.

—Si alguien se mete conmigo, le enseñaré mis garras —aseguré sintiendo mi rabia crecer por momentos.

Los ojos de Max se abrieron de par en par.

—No puedes ir por ahí asustando a la gente, Abi. Existe una norma por la cual...

—¿No has percibido que era una broma? —lo interrumpí antes de que me diera otra clase magistral—. Igual estoy aprendiendo ya a bloquear mis sentimientos.

—Puede. Aunque he de confesarte que me encanta sentirlos. —Sus ojos volvieron a brillar con aquella chispa de picardía.

—A mí los tuyos me hacen desmayarme.

—Mañana volveré a desbloquearlos si quieres. —Se acercó peligrosamente a mí—. En mi casa. Nuestra casa.

Nos besamos de nuevo, pero me detuve antes de que sus bloqueos cayeran, y yo con ellos.

Después de varios intentos por marcharme sin conseguirlo, ya que Max volvía a rodearme entre sus brazos para darme un beso más, conseguí alejarme un par de pasos, recuperar mis documentos y decirle adiós, esta vez sin tocarlo.

El hormigueo en los labios me acompañó buena parte del camino hacia mi casa. Y los recuerdos de los sentimientos que me había transmitido en pocos segundos me aceleraron el pulso, consiguiendo que fuera capaz de oír los latidos de mi propio corazón.

Saberme así de querida, de deseada, de venerada, saber que todo lo que sentía por él era correspondido de igual manera o, ¡cielo santo!, tal vez superando la intensidad de mis propios sentimientos, me daba tantas fuerzas que me sentía capaz de afrontar cualquier cosa, cualquier problema, cualquier dificultad y cualquier peligro. Todo... O puede que todo no.

Porque no estaba preparada para encontrarme algo así de repente. No me había parado a pensar que podría encontrarme con ella en cualquier momento, pero aún menos tan pronto. No hasta que la vi de frente y fue como verme a mí misma dentro de unos diez años. Pero sobre todo, como verme en el lado opuesto de donde ahora mismo me sentía, que era en el paraíso de la felicidad. Y es que los ojos de Valeria reflejaban el pesar más grande que

podía sentir una mujer. El dolor inconsolable por la muerte de su único hijo.

CAPÍTULO 15

Sumida en mis propios pensamientos, había estado un buen rato caminando distraída, mirando a mi alrededor ahora que mi ciudad parecía diferente ante mis sentidos. Era como si todo se moviera con mayor lentitud, como si yo pudiera filtrar qué sonidos escuchar y cuáles obviar, qué aromas relegar y cuáles disfrutar.

Sin embargo, sabía que no era la ciudad la que había cambiado, a pesar de que Bilbao llevaba años en continua transformación y ya no era la ciudad oscura e industrial que mis padres me contaron que habían conocido de niños. Ahora era una urbe luminosa, cosmopolita, a la vanguardia —entre muchos otros— en movimientos artísticos y culturales. La villa estaba más viva que nunca, sobre todo gracias a su ciudadanía, que animaba sus calles cada vez más amplias, cada vez más limpias y cuidadas.

Fui consciente de que, si bien pretendía marcharme en unos meses, nunca podría olvidarla y, algún día, volvería a formar parte de ella, porque ella ya formaba parte de mí. Al margen de todo aquello, sabía que la que había sufrido un importante cambio, no solo físico sino también en mi forma de pensar y ver el mundo, había sido yo.

Abstraída en mis nuevas percepciones y en la felicidad que me colmaba, no me di cuenta de que había llegado a la estación de ferrocarril de Abando — por la cual tenía que pasar de camino a mi casa— hasta que una mujer vestida de negro y con un velo del mismo color cubriendo su rostro se cruzó en mi camino.

El destino quiso que, justo en ese momento, por la puerta de la estación, surgiera Valeria cogida del brazo de su hermano. Los tres nos quedamos quietos, como paralizados, mirándonos, aunque yo apenas dirigí mi atención

a Armando. Todos mis sentidos se centraban en ella, en mirarla a unos ojos colapsados por el pesar más allá del fino tul con el que trataba de cubrirlos, y en transmitirle sin palabras lo mucho que sentía su dolor, un dolor que había provocado yo.

Yo había matado a su hijo, y ella lo sabía.

Pero más sorprendente que descubrir que ella supo nada más verme quién era yo, fue sentir lo que me transmitía con su mirada después de haberle suplicado su perdón con la mía.

Con mis ojos nublados por las lágrimas, que por fin habían aflorado desde lo más hondo de mí, vi en los suyos, negros como la noche más profunda, otro sentimiento. Vi que se sentía más abatida por todo lo que su hijo había sido capaz de hacer —y por no estar ella allí para poder evitarlo— que por cuál había sido su triste final. Y también pude percibir que precisamente eso, la causa que me había llevado a hacer lo que hice, le permitía perdonarme, aunque no mitigara en absoluto su dolor, ya que ella misma cargaba con parte de las culpas a un nivel que rozaba lo autodestructivo.

—Debemos irnos, cariño —dijo Armando en cuanto un vehículo clásico de estilo inglés, que identifiqué como un Rolls Royce, se detuvo junto a la acera.

Él solo se alejó dos pasos para abrírle la puerta a su hermana, pero ella aprovechó ese momento para tomarme de la mano con firmeza y susurrarme tres palabras que apenas comprendí.

—Pena de gracia.

Después asintió con la cabeza, no supe si a modo de despedida o de confirmación, y entró en el asiento trasero del vehículo. Armando cerró la puerta, se despidió de mí con una formal y sincera reverencia y rodeó el vehículo para entrar por el lado contrario.

Vi a Valeria en el interior del coche, mirándome con gesto suplicante, nerviosa y pendiente de los pasos de Armando, quien se había detenido unos instantes para esperar a que el intenso tráfico se interrumpiera un momento y le permitiera abrir la otra puerta.

Fue entonces cuando Valeria aprovechó para echar su aliento sobre el cristal de la ventanilla y dibujar con un dedo cinco signos en ella. Agucé mi vista para distinguirlos y ella señaló el libro que yo llevaba bajo el brazo antes de borrar a todo correr lo que había escrito, mientras Armando se

sentaba junto a ella y el coche arrancaba para sumarse a la densa circulación de los viernes por la mañana en pleno centro.

Me quedé mirando cómo se alejaba el vehículo y hasta que no lo perdí de vista no fui capaz de reaccionar. ¿Qué había querido decirme Valeria? Y fuera lo que fuera, ¿por qué parecía estar suplicándomelo, además, a escondidas de Armando?

A113C. Eso era lo que había escrito en el cristal. Pero no tenía ningún sentido. Al menos no para mí.

Algo aturdida por lo que acababa de suceder, caminé hacia mi casa con la cabeza llena de preguntas y con una imagen tatuada en mi retina. Yo, vestida de blanco inmaculado e irradiando felicidad por los cuatro costados, plantada en mitad de la acera frente a Valeria, vestida de negro riguroso y hundida en su pesar. Dos rostros muy similares pero a la vez tan distintos, no solo por nuestros estados anímicos, sino por nuestra naturaleza.

Ella era una reina de los vampiros, yo la compañera de un Alfa licántropo. Aquello debería separarnos, pero yo sentía que de alguna manera nos acercaba más. Me había tocado una mano apenas un par de segundos y solo con eso yo ya había sentido una especie de fognazo, como el reconocimiento de alguien con quien ya has estado antes. Solo era porque nos parecíamos físicamente, me dije a mí misma, y traté de no pensar en ello mientras recorría la última calle hasta mi casa.

Cuando llegué al portal me di cuenta de que no llevaba las llaves encima. La mochila con mis cosas se había quedado en clase el día anterior, ya que suponía que iba a volver en un par de horas, y finalmente Esther se la había llevado consigo. Así que no tuve más remedio que llamar al timbre de mi casa.

Tras varios intentos sin que mi madre respondiera, llamé al piso de enfrente, al de la señora María, una anciana con la que nos llevábamos muy bien y quien guardaba por si acaso un juego de llaves de nuestra casa, al igual que nosotras de la suya. Después de una regañina, a la que tuve que alegar que no había hecho novillos si no que me encontraba algo indispuesta, logré entrar a la paz de mi hogar.

Imaginando que mi madre habría salido a la compra o a algún otro recado, lo primero que hice fue ir directa a la nevera. Me moría de hambre. Y allí,

pegada a la puerta, encontré una nota. Mi madre había cambiado el turno para poder comer conmigo ese día, ya que últimamente no nos veíamos mucho, por lo que no llegaría hasta las tres y media.

Me sentí culpable por haberla tenido que mentir todo ese tiempo y por no pasar más ratos con ella. Ese era mi último año en casa, ya lo iba a ser antes de conocer a Max, y yo me había propuesto aprovechar cada momento para pasarlo juntas, puesto que pronto la iba a dejar sola. En cambio, durante las últimas semanas la había tenido muy abandonada.

Ahora iba a decirle toda la verdad e iba a poder entender por qué estaba tan ausente. Confiaba en que lo comprendiera y en que no le diera un soponcio. La documentación con la que contaba podría serme muy útil para convencerla de que no me había vuelto loca.

Devoré tres bocadillos esperando que el metabolismo de los licántropos no solo fuera capaz de abrirme así el apetito, sino que quemara esas calorías con la misma facilidad.

Después de comer a dos carrillos, no pude esperar más y me puse a investigar que podía significar A113C. Valeria había señalado mi libro. Eso significaba que ella sabía lo que contenía. ¿Pero cómo una vampiresa podía conocer la primera edición de un libro de los Conciliadores? Miré el lomo del volumen, que reposaba sobre la mesa de la cocina, y vi unas letras doradas que desvelaban el título. Y entonces me di cuenta de que los Concilios habían sido firmados tanto por vampiros como por licántropos. Y si ella además era una reina, ¿podría conocer de memoria todos los artículos? ¿A, podía referirse a la inicial de la palabra *artículo*?

Abrí el libro sin más demora, buscando el número 113. En cuanto lo encontré y lo leí, y lo releí por segunda vez porque no podía creer que aquello pudiera ser cierto, los bocadillos que acababa de comer se me subieron hasta la garganta.

«Primera Parte. Capítulo Octavo. Artículo 113. Sobre la conversión al vampirismo de un Conciliador».

Ya solo el título me puso la piel de gallina. ¿Era acaso eso posible? ¿Podía un licántropo convertirse en vampiro? Y si era así, ¿estaría amenazándome Valeria? ¿Habría malinterpretado su cara bajo aquel velo negro y en lugar de pesar estaría tratando de transmitirme su rencor por lo que le había hecho a su

hijo?

Seguí leyendo para tratar de comprender qué estaba sucediendo.

«Sección a. El menor indicio de intención de ejercer la Conversión sobre un Conciliador será castigado con la Pena máxima sobre el vampiro o vampiros implicados, quienes serán ejecutados bien por el propio Conciliador si el intento hubiera resultado fallido, o bien por cualquier otro Conciliador en el supuesto de que la Conversión hubiera llegado a producirse».

Lógico, pensé. Hacerle eso a un licántropo era algo así como matarlo. Era convertirlo en uno de sus enemigos. Seguí leyendo.

«Sección b. El licántropo convertido será considerado un vampiro más en todos los aspectos, incluso podrá ser castigado como cualquier otro de su nueva especie si incumple alguno de los artículos de los Concilios. En cambio, tendrá derecho a ser amparado por su sede de origen siempre y cuando renuncie a todo contacto con su especie y se someta a las normas recogidas en los artículos comprendidos entre el 114 y el 151».

¡Madre mía! Casi cuarenta artículos dedicados a normas sobre cómo actuar en el caso de ser convertido. Me llamó además la atención, puesto que los Conciliadores eran muy cuidadosos a la hora de utilizar los nombres, que en este segundo punto ya no se refirieran a la víctima de la Conversión como Conciliador sino como licántropo convertido, como si ya no formara parte de su grupo. Probablemente, por mucho que lo acogieran, así sería. Ya solo me faltaba leer la sección C, la que parecía ser que Valeria me había indicado — si era este artículo a lo que se refería con su mensaje— pero me daba pavor leerla en vista de lo que decían las secciones anteriores.

Recordándome a mí misma que no era ninguna cobarde, cogí todo el aire que mis pulmones eran capaces de retener y terminé la lectura.

«Sección c. Pena de gracia: Todo aquel vampiro que antes de su Conversión hubiere sido licántropo y que así lo solicite voluntariamente, puede, en cualquier momento de su existencia, recurrir a la Pena de gracia, por la cual será ejecutado por el Conciliador que él elija mediante un método indoloro, privado y sin juicios. Ningún Conciliador podrá negarse a conceder este derecho, puesto que hacerlo supondría incurrir en el incumplimiento del Artículo 7».

Como en un siniestro juego de pistas, retrocedí en las páginas hasta

encontrar el séptimo artículo.

«Artículo 7. Muerte digna. Todos los Conciliadores, así como sus compañeros y sus descendientes directos, tienen derecho a una muerte digna. Véanse tanto los métodos de Ejecución clemente como los casos aplicables en los artículos...»

No pude seguir leyendo. Esta vez no. Mi mente solo hacía una cosa. Pensar en cómo Valeria podría haber pasado de ser un licántropo a convertirse en reina de los vampiros del clan de la margen izquierda. Porque no la habían convertido sin más, ella había tenido un hijo antes, a Elías, y para eso debía seguir siendo humana... o licántropo, en este caso. Y no me cabía duda de que así era, porque si no, ¿por qué me habría solicitado que le aplicara la Pena de gracia? Porque estaba claro que así había sido.

A no ser que pensara convertirme contra mi voluntad como venganza para que después yo tuviera que solicitar la Pena para mí misma...

Pero no, eso era demasiado rebuscado. Y realmente me había parecido leer súplica en sus ojos. Así que me armé de valor e hice algo que me había estado conteniendo de hacer desde que había empezado a leer el Artículo 113. Valeria era demasiado parecida a mí, o más bien yo a ella, y ya no creía que eso fuera una mera casualidad.

Extendí el pliego de Raúl y busqué el nombre de Abigail Montero. Solo constaba ella con sus fechas de nacimiento, emparejamiento y defunción. El dibujo de su rostro mostraba a una mujer nada parecida a mí o a Valeria. Además, no aparecía ningún hermano, y su madre se llamaba Abigail como ella, como yo, aunque en su rostro sí pude encontrar algún parecido a mí. La forma de la barbilla y de la nariz tenía cierta similitud. Aun así, tampoco era Valeria. La teoría de que hubiera sido ella y que al convertirse en vampiresa hubiera cambiado de nombre quedaba descartada.

No obstante, aún me quedaba otra hipótesis. Una idea fundamentada en algo que me había dicho Marcus. Los vampiros eran muy celosos de su intimidad, y los manuscritos que se conservaban sobre los clanes, o más aún sobre las comunidades previas a 1717, no estaban aún informatizados por completo. Abigail había nacido en 1701, y en aquella época todo era diferente, tal vez jamás podría llegar a entender cuánto.

Recurrí entonces con dedos temblorosos al ejemplar de los Concilios de

nuevo, y busqué las últimas páginas. Allí, según me había dicho Max que era tradición, debería haber otro árbol genealógico. El de Abigail Montero. Uno que se habría basado en manuscritos que tal vez ahora ya no existieran o estuvieran perdidos o archivados en algún rincón, de forma que ni Raúl con su mente prodigiosa hubiera podido llegar a conseguir.

Convencida de que allí iba a encontrar la verdad, leí atentamente los distintos nombres de aquel dibujo que nada tenía que envidiar al creado por el segundo de Max.

En cuanto posé mis ojos sobre el nombre de mi antepasada y miré los que constaban a su izquierda, muchas cosas comenzaron a cobrar sentido. Y muchas de ellas me hicieron desear que esto volviera a ser un sueño.

Tras caminar sin rumbo por toda mi casa y acabar en mi habitación como si fuera un refugio, y en cuanto mi corazón se recuperó del impacto, hice varias pruebas con mi voz para comprobar que por fin salía por mi garganta, pues la sentía sin aliento. Solo entonces llamé a Max.

—Hola, preciosa. ¿Estrenando tu nuevo móvil?

—¡Max! —sollocé. Su nombre fue todo lo que fui capaz de pronunciar.

—¿Abi? ¿Ya has hablado con tu madre?

—¿Qué sabes sobre la Pena de gracia?

No habría sido eso lo primero que le hubiera querido decir, pero fue lo primero que me salió.

—¿Qué?

—¡Responde!

Se hizo un silencio y yo creí ir a perder el control de mi respiración otra vez. Me obligué a sentarme en el suelo y calmarme.

—Espera, Abi. Voy a poner el altavoz. —Supe que ya lo había conectado en cuanto el sonido ambiente se dejó oír antes que sus siguientes palabras—. Estamos en el despacho de Marcus. Raúl y yo les contábamos a él y a Anika lo de tus ancestros. Los cuatro te escuchamos.

Muy bien, mejor que estuvieran todos, así solo tendría que dar el notición una vez.

—Me temo que tendrás que añadir una nueva información a tus reportes. El árbol genealógico que Raúl ha hecho para mí está incompleto.

—No es posible —replicó el propio autor, al que se le oía algo más lejos

que a Max.

—Lo es. Lo he contrastado con el que aparece al final del ejemplar de los Concilios que perteneció a Abigail Montero.

—Se lo he dado yo, ya que ella es su legítima dueña —justificó Max—. Sabía que el Archivero de su sede tendría que haberlo guardado en la biblioteca antes de su muerte si ella no tenía herederos licántropos. Así que me ha sido relativamente sencillo encontrarlo.

—¿Y qué aparece en él? —preguntó ansioso Raúl.

—Según consta aquí, Abigail tuvo dos hermanos. Dos hermanos que no solo nacieron el mismo año sino que también murieron en la misma fecha.

—¿Hermanos nacidos a la vez? ¿Gemelos? —se oyó a Marcus, con voz preocupada y aguda—. Dime al menos que eran del mismo sexo.

—No. Fueron chico y chica. ¿Qué tiene de malo?

—Eso es muy poco habitual, además de una tragedia familiar si solo uno de los progenitores es licántropo, que era el caso de los padres de Abigail —se lamentó Raúl.

—¿Por qué?

Fue Anika, tal vez por su conocimiento especializado en ciencia y medicina, la que me dio la explicación.

—Porque al igual que en los humanos, los gemelos sienten un vínculo afectivo mucho más estrecho que dos hermanos que no han compartido el vientre materno. Pero como los licántropos somos más sensibles ante cualquier sentimiento, este lazo va mucho más allá de lo que puedas imaginar, es casi como una relación entre dos compañeros. Lo es al menos hasta que llegan a la pubertad y uno de ellos desarrolla el Don y el otro no. Entonces, ese nudo que los unía cambia, se afloja. Aunque no se deshace, dejan de sentirse dos partes de un mismo ser.

»El Don no se puede compartir, cuando hasta entonces lo han compartido todo. E inevitablemente, poco a poco se van distanciando, lo que resulta doloroso para ambos. Un dolor que puede llegar a ser físico para el no licántropo, sumiendo a su gemelo en un sentimiento de culpa que le puede llevar incluso a una depresión.

Ahora que sabía lo que era percibir los sentimientos de Max en estado puro, podía imaginarme lo intenso que podría ser el dolor que me explicaba Anika.

Lo que yo podría sentir si llegara a perderlo, si ahora de repente algo lo separara de mí.

—¿Algo así podría llevar a alguien a querer renunciar a ser licántropo, para que así su hermano dejara de sufrir?

—Tal vez —aventuró Anika.

—Pero no se puede dejar de ser licántropo —intervino Marcus.

—¿Ni siquiera convirtiéndote en vampiro? —planteé yo.

La respuesta tardó un poco en llegar, lo que imaginé que no era una buena señal.

—Sí, así sí —se corrigió Marcus—. Pero hasta ahora no ha habido constancia de que alguno de nosotros haya querido ser convertido por voluntad propia. Al considerarlos nuestros enemigos, es algo que cualquier licántropo rechaza por naturaleza. Por lo tanto, solo se han dado casos de Conversión por un ataque vampírico. Si no recuerdo mal, el último se registró a mediados del siglo XIX en un pueblecito dentro de un territorio que a día de hoy pertenece a Bangladés, y fue castigado con la Pena máxima como indica el...

—El Artículo 113 —me adelanté—. Lo sé.

—¿Y cómo lo sabes? —oí preguntar a Max.

—Eso no es del todo cierto —dijo a su vez Raúl, evitando que pudiera responder a la anterior pregunta—. En algunos documentos no oficiales, de esos que se nos dice que destruyamos y a los que no debemos darles credibilidad, pero que documentalistas como yo no podemos resistirnos a salvar y mantener a buen recaudo —se excusó Raúl—, he leído ciertas leyendas que aseguran que algunos licántropos llegaron a enamorarse de vampiros, y viceversa, dejándose contagiar con el virus del vampirismo para así estar eternamente a su lado.

»Cuando esto sucedía, las familias no lo aceptaban, ni padres ni hermanos, así que el hijo en cuestión se escapaba para poder estar con su ser amado. Entonces, para evitar esa humillación a ojos de los demás miembros de su asentamiento o, años después, de su sede, solían alegar que ese hijo o hija había muerto.

Tras analizar las palabras de Raúl, revisé las fechas. Abigail, 1701-1803. Sus hermanos figuraban como nacidos en 1683 y fallecidos en 1699. Ni

siquiera los había conocido. Probablemente ella creyera que en verdad habían muerto.

—Me parece que este caso puede contener un poco de ambas motivaciones —expliqué— o que, quizás, la una llevara a la otra. Ella podría haber querido evitar el sufrimiento de su hermano y, al tratar de hallar la forma, acabara enamorándose del vampiro que la iba a ayudar a conseguirlo. Más concretamente, de un rey vampiro.

—¿Un rey vampiro? —Raúl sonaba entre encantado y horrorizado.

—Rey o, quizás en aquel momento, solo príncipe. Lope —aclaré, dejando en silencio el otro lado de la línea—. Valeria y Armando son los hermanos de Abigail Montero. Teóricamente fallecidos a los dieciséis años, poco después de la pubertad y solo dos años antes de que naciera Abigail, pero aun así constan en el árbol de su libro. Y por eso Valeria y yo nos parecemos tanto. Es mi... —tuve que pensarlo un poco— mi tía abuela novena.

—Vale. —El sonido de la silla al ser arrastrada reveló que Max se había levantado de golpe—. Esto es una locura. A pesar de que todo parece indicar que tienes razón, es una idea descabellada. Pero eso es lo que menos me importa en este momento. —Lo oí suspirar y coger aire de nuevo—. Abi, cuando has llamado, antes de que pusiera el altavoz, me has hecho una pregunta. Quiero saber qué tiene que ver todo esto con la Pena de gracia.

Los demás se hicieron eco de las últimas palabras de Max con una exclamación. Me sentí como si hubiera abierto la caja de Pandora. Otra vez. La sensación era muy parecida a cuando ellos habían descubierto el Beso del Príncipe en mi cuello y me habían mirado aterrados. Casi podía verlos mirándome así de nuevo a través del teléfono.

Me alegraba de no estar allí en ese preciso momento. Si no, quizás no habría sido capaz de confesar lo sucedido.

—Valeria me ha pedido que yo la ejecute. Cosa que, desde luego, no pienso hacer.

Como todos se quedaron de pronto en silencio, les conté mi encuentro con ella, el mensaje en el cristal a escondidas de Armando y cómo había descubierto después todo en el libro de Abigail Montero.

—No puedes negarte —concluyó Marcus después de casi un minuto de silencio, durante el cual llegué a pensar que se había cortado la comunicación

—. Tú eres una Conciliadora, la que ella ha elegido. Ahora puede exigirlo ante un Alfa. Y en ese caso, tanto Max como yo nos veremos forzados a obligarte.

—¡No! No puedo ejecutarla a sangre fría. ¡Es mi familia! —Eso me hizo darme cuenta de que Elías también lo era, de que había matado a un primo muy, muy lejano, pero a alguien con quien compartía parte de mis genes. Recordé entonces las incestuosas intenciones que él había mostrado hacia mí, y se me terminó de revolver el estómago—. De alguna manera... aún es una de los nuestros —continuó, tratando de mostrar la imposibilidad de lo que ella pedía—. Aunque la hayan convertido después, el Don debe seguir en alguna parte de ella. ¿No es así? ¿Anika?

—No... no lo sé. Lo siento, Abi.

—Son pocos, poquísimos los casos documentados sobre eso —apoyó Raúl—. Ya era delito mucho antes de los Concilios. Además, lo habitual era que un vampiro desangrara de muerte a un licántropo si lo atacaba, no que lo acabara contagiando con su propia sangre. Pero de hacerlo, el convertido actuaba como un vampiro y jamás volvía a transformarse en lobo, ni bajo luna llena ni ante peligro alguno. Si el virus es como una infección en el cuerpo de un humano corriente, en el de un licántropo... seguramente mate el Don.

Me quedé sin argumentos. No tenía nada que pudiera rebatir las palabras de Raúl, pero no pensaba rendirme. Aquello no podía suceder, no iba a suceder.

—Le quede algo de licántropo o no, ella pertenece a la especie de los vampiros, como indica la Sección b. —Ahora la voz de Marcus volvía a ser la del Alfa que yo había conocido el primer día. Estricta y rotunda—. No es el primer caso, y por eso existe la Pena de gracia, para aplicarla cuando un licántropo convertido no quiere continuar viviendo. Después de un tiempo, su naturaleza inicial no puede seguir soportando tantos años de existencia, necesita morir. Además, en este caso, acaba de perder a su marido, al que podemos pensar que aún amaba a pesar de que ya no estaban juntos, y a su único hijo. Es comprensible y respetable que no quiera seguir viviendo.

—Yo también preferiría que me ejecutara alguien de mi familia —apoyó Anika contra todo pronóstico. Y yo que había pensado que ella era diferente—. Y por eso existe este artículo, Abi. Para tener la opción de morir

dignamente.

—¡No! Es de locos. ¡No sabéis lo que decís! Muriendo no arregla nada, solo permaneciendo viva podría... llegar a solucionar lo que está mal, lo que le hace sentir mal... Si muere, todo su sufrimiento, todos los sacrificios que ha hecho, primero por su hermano, luego su exilio, no habrán servido de nada.

Esperé a que alguien me apoyara. ¡A que al menos Max me apoyara! Pero tras varios segundos de silencio, un silencio en el que yo estaba segura que ellos se miraban entre sí y se comunicaban aunque yo no pudiera darme cuenta a través del teléfono, Max me partió el corazón.

—Lo siento, Abi. Ya sé que los Concilios fueron redactados hace casi trescientos años y que por eso cuentan con una normativa que en parte es poco aceptable hoy en día. Pero es cierto que te verás obligada a cumplir el Artículo 113 Sección c. —Oí un golpe, un golpe seco que asocié con el impacto de un puño contra una mesa—. A no ser que...

—¿A no ser que qué? —exigí, con el alma en vilo.

—A no ser que ella recule. Si consigues que ella retire su petición de ser ejecutada por ti, no tendrás que hacerlo.

Estupendo. Eso estaba muy bien. Pero...

—¿Y cómo consigo eso?

—Tendrás que ayudarla a encontrar una razón para seguir viviendo —le apoyó Anika—. No soy madre, Abi, ni tú tampoco. Pero somos mujeres y podemos imaginar lo que supondría la pérdida de un hijo, de tu único hijo. Tras la muerte de Lope, tal vez ella se planteara que iba a poder recuperarlo. En cambio, ni siquiera ha podido verlo.

¿No iba a decir nada constructivo? Su intervención había sonado tan positiva y de repente se había vuelto aún más fatalista que todo lo que a mí se me había pasado ya por la cabeza.

—Y yo lo maté. —Las palabras me dolieron al pronunciarlas—. ¡Dios mío! No puedo con esto.

Me eché a llorar, a mares. El teléfono se resbaló entre mis manos y mi cuerpo empezó a temblar como si en mi cuarto la temperatura fuera de diez grados bajo cero. Todo se había vuelto duro y frío. Ya no había esperanza...

Yo permanezco en el rugido de una ribera atormentada por las olas, y

aprieto en la mano granos de arena de oro. ¡Qué pocos y cómo se escurren entre mis dedos al abismo, mientras lloro, mientras lloro! ¡Oh Dios!, ¿no puedo yo estrecharlos con más ceñido puño? ¡Oh, Dios!, ¿no puedo salvar ni uno, de la despiadada ola?

Las palabras de la segunda parte del poema con el que todo aquello había comenzado, bulleron desde mi garganta, y nunca antes las había comprendido de tal forma, nunca antes habían sido tan mías. Porque yo creí haber alcanzado la felicidad plena hacía escasos minutos, y ahora todo parecía desaparecer para ser sustituido por el horror y la desolación.

¿Todo lo que vemos o parecemos no es más que un sueño en un sueño?

—Poe —murmuró Marcus como si yo no pudiera oírle—. Está desesperanzada.

—¡Sí puedes, Abi! —Era Max. Y su voz me llegó como si estuviera a mi lado, enérgica y llena de coraje—. Te ayudaré, todos te ayudaremos a encontrar el modo de convencerla. Lleva siglos viva, seguro que habrá cosas que la hagan feliz, que la motiven a seguir adelante.

¿Feliz? Aquella palabra despertó el germen de una idea, una con muchas posibilidades, una que en cuestión de segundos le dio un giro de ciento ochenta grados a todo.

—¡Galiana! —exclamé tras recuperar el teléfono tirado en el suelo—. Max, tenemos que ir a ver a Galiana.

—¿Para qué? —Sonaba extrañado, pero a la vez, ilusionado. Probablemente, por el tono hilarante de mi voz.

—¿No era la otra Abigail una Pionera? Yo también lo voy a ser. Y su hermana, también.

—¿De qué hablas? ¿Qué se te ha ocurrido?

¡Oh, sí! Aquello podía funcionar.

—Antes de esa Cumbre que Marcus ha dicho que tendrá lugar en una semana, hablaré con Galiana para que, juntas, le propongamos a Valeria algo sin precedentes. Una Alianza entre una vampiresa, una hembra licántropo que se ha transformado de forma insólita, y una mujer que es ambas cosas a la vez. Y juntas, con el inestimable apoyo del Alfa de los Alfas y el de la sede a la que sus clanes rinden cuentas, renovaremos esos puntos de los Concilios que están obsoletos.

»Actualizaremos las normas trescientos años después de su concepción. Las adaptaremos a los nuevos tiempos. Es un gran proyecto que como reina debería sentirse orgullosa de liderar; que como la licántropo que una vez fue debería estar feliz de poder ajustar para, más que conciliar, reconciliar a vampiros y licántropos; y que como madre que ha perdido a un hijo por las desavenencias que aún se suceden entre clanes y entre especies, debería desear llevar a cabo para que nunca, nunca más, una madre tenga que perder a su hijo de esta manera.

Les oí murmurar. No les entendí apenas nada, pero que esta vez no se quedaran en silencio sino que debatieran entre ellos me llenó de esperanza.

—Abi... —Max parecía dudar y supuse que era un sentimiento compartido por todos los que estaban al otro lado del teléfono—. ¿Crees que eso le hará anular su petición?

—Yo no pude evitar que mi padre muriera, al igual que ella no ha podido evitar que Elías se comportara como lo hizo y que la Ley cayera sobre él, a través de mí. Pero yo encontré una forma de aliviar ligeramente ese dolor. —Desde el suelo de mi habitación, donde me había quedado sentada como si mis piernas no me respondieran, me giré para poder observar la foto que atesoraba sobre mi mesilla de noche. Una foto de mis padres, abrazándose en medio de ambos, en nuestras últimas vacaciones de verano en la playa. Mis ojos se centraron en mi padre antes de pasar a la arena del fondo de la imagen—. Es como en el poema, Max. La esperanza de salvar aunque solo sea un grano de arena de la despiadada ola.

»Haciéndome donante no conseguiría que mi padre volviera, porque eso era imposible, pero tal vez algún día mis órganos salvarían otras vidas, aunque fuera una sola. Y eso es reconfortante. Saber que puedes evitar a otras personas el dolor que tú has sentido, que aún sientes, es liberador. Es como soltar gran parte del lastre que te acompaña día a día.

Tragué saliva, obligándome a no parar, a seguir hablando, a hacerme con cuatro grandes aliados.

—Si Valeria establece la Alianza con Galiana creando un precedente, como dijo Marcus, en el que los clanes de una misma ciudad no sean enemigos sino aliados, mostrando al resto de clanes del mundo que algo así es posible, podrá salvar muchas vidas, de Conciliadores, de humanos y de vampiros. ¿No sería

esa una buena motivación para vivir?

Esperé alguna respuesta a mi improvisado discurso, convencida de que si podía persuadirles a ellos, Valeria no sería menos.

—El propio Consejo opina que muchos de los artículos están obsoletos —comenzó a explicar Marcus, consiguiendo que me levantara del suelo y volviera a caminar en círculos por mi cuarto, con el teléfono pegado con fuerza contra mi oreja—. Hay esbozos de reformas, ideas que aún no se habían compartido con ningún vampiro. Esta podría ser una buena oportunidad. Pero... supondría una reforma de los Concilios que debería ser votada y aprobada por mayoría en cada sede del planeta. Y eso... ¡Santo cielo! Eso puede llevar años.

—Lo sé. —Eso era lo mejor de mi plan—. Pero ambas disponen de ellos, ¿no? A no ser que renuncien a vivirlos. Y confío en que no lo hagan. Todos los argumentos que os he explicado son mi baza para persuadir a Valeria. Pero Galiana puede hacerlo desde el punto de vista de una reina de los vampiros, un punto de vista que ninguno de nosotros puede comprender. Y sé que hará todo lo que pueda si se lo proponemos. ¿O acaso no querría ella un futuro mejor para su heredero, para el hijo que ha tardado casi mil quinientos años en engendrar?

Se quedaron callados. Demasiado tiempo.

—¿Qué os parece?

Se oyó una risa. Fue un sonido tan desconcertante que enseguida comprendí que era Marcus quien reía. Era la primera vez que le oía carcajearse de verdad. Y no porque el plan le resultara gracioso, no. Aquella era una risa triunfal.

—Me parece que tenemos mucho trabajo por delante, Abigail Izarra, Pionera de las Alianzas.

¡Vaya! Por fin un nombre propio al estilo de lo Conciliadores que me gustaba cómo sonaba.

—Voy a buscarte ahora mismo —se apresuró a indicar Max—. Y no protestes. Si te recojo en moto estarás aquí mucho antes.

—Vale. Te espero. Pero a la hora de comer tengo que estar de vuelta. Mi madre me estará esperando.

—Trato hecho.

La comunicación se cortó y yo, por fin, después de un sonoro suspiro, logré respirar de forma acompasada, sentándome en mi cama y fijando mi mirada de nuevo en la foto de mi familia.

Mi padre me miraba sonriente. Su sonrisa era un rasgo suyo que yo había heredado y del que más orgullosa me había sentido, al menos hasta ahora. Ahora sabía que había heredado mucho más, pero aquel Don se quedaba corto en comparación con todo lo que había aprendido de él en vida.

Abrí el cajón de la mesita y saqué mi caja de los tesoros. Como tantas otras veces, extraje una por una cosas que a ojos de cualquiera podrían parecer insignificantes, pero que para mí eran lo más valioso del mundo. Algunos de esos objetos habían pertenecido a mi padre antes de que yo naciera: una medalla al primer puesto en un campeonato de atletismo escolar, una moneda de cinco francos del viaje de fin de curso de su instituto, una foto que él les hizo a mis abuelos y que llevó en su cartera los cinco años que estuvo estudiando en la universidad lejos de casa...

Pero otros eran los tesoros que él había guardado en esa misma caja desde que yo había nacido: mi primera horquilla para el pelo, diminuta y de color rosa; un retrato nada brillante que le había hecho como regalo del día del padre cuando solo tenía cinco años; mi boletín de impecables notas globales al finalizar el colegio... Pequeñas cosas que él había querido conservar de mí para que, el día que me hiciera mayor y abandonara el nido, algo de su única hija se quedara siempre con él.

Esas habían sido las palabras que me había dicho el último día que lo había visto. Mi madre había abierto la puerta y, sin mirarme a la cara, me había pedido que entrara porque mi padre quería decirme algo. Antes de dar un solo paso dentro de aquella oscura habitación de hospital, yo ya había sabido que mi padre iba a despedirse de mí. Y así fue.

Pero antes de hacerlo, me había explicado que tenía una caja de tesoros guardada en el cajón de su mesilla que quería que fuera mía. Después me había rodeado la cara con unas manos delgadas y débiles que ya no parecían las suyas y me había llamado «mi pequeña Abigail», como siempre hacía. Yo, también como siempre, le había dicho «ya no soy pequeña, papá», porque ya tenía quince años y llevaba diciéndole lo mismo desde los doce. Él se había reído casi sin fuerzas, sabía que iba a responderle eso. Lo había

esperado, y por eso me lo había dicho. Era el pie que necesitaba para poder decirme que ya era mayor para entender lo que iba a suceder y para ayudar a mi madre a seguir adelante.

—Estás llamada a hacer grandes cosas, mi pequeña Abigail —había susurrado con lágrimas en los ojos—. Desde el primer momento que te tuve en mis brazos, supe que harías algo importante. Deja tu huella, hija mía, sé fuerte, sé una mujer ejemplar. Y nunca, nunca te rindas. Recuerda que yo siempre estaré cuidando de ti.

Tal vez porque Max ya era parte de mí, como yo lo era de mis padres, el recuerdo de unas palabras que él me había dicho acudió a mi mente, dándome paz y fuerzas para salir de casa y no rendirme, a enfrentar algo grande de modo ejemplar, a dejar mi huella.

—Estés donde estés, papá, haré que te sientas orgulloso de mí.

Si te ha gustado

Como un sueño en un sueño

te recomendamos comenzar a leer

Aire entre las manos

de *Marta Márquez*



CAPÍTULO 1

Sara se despertó y miró el reloj con forma de luna que había sobre su mesita de noche. Eran las seis y cinco minutos. Como siempre, se había despertado antes de que sonara la alarma. Era algo que le sucedía desde que era una niña. Parecía que su cabeza tuviera un propio despertador interior.

Se frotó los ojos y miró hacia la ventana: aún era de noche. La luz de un par de farolas dibujaba sombras en el alféizar.

Se levantó despacio, sintiendo los ojos demasiado pesados, castigados bajo un peso invisible. Encendió la luz de la habitación y lo primero que vio fue su imagen reflejada en el gran espejo circular que estaba colgado de la pared. Tenía los ojos hinchados y bajo ellos se habían instalado unas ojeras azules que hacían su expresión un tanto abatida.

Salió al estrecho pasillo que separaba su habitación del cuarto de baño. Pese a que siempre intentaba evitarlo, su mirada se volvió hacia la pequeña sala de estar.

Allí estaba él, como casi todas las mañanas. En esta ocasión ni siquiera se había quitado los zapatos. Sara caminó hacia allí y no pudo evitar sentir una arcada que subía por su garganta cuando percibió el olor que emanaba de su cuerpo. El olor rancio y nauseabundo del alcohol. No tuvo demasiado cuidado al quitarle los viejos zapatos gastados; nunca lo tenía, pero no importaba porque casi nunca se despertaba. Le lanzó una última mirada cargada de rencor; pese a todas las veces que había tenido que enfrentarse a aquella imagen, no podía evitar que una nueva herida se abriera en su maltrecho corazón. Cerró los ojos con fuerza y se apoyó en la pared descolorida del pasillo. Necesitaba unos segundos para recomponerse.

Las calles se veían desiertas a aquella hora y la madrugada había traído un viento frío. Se subió la cremallera de su abrigo negro y comenzó a caminar en dirección al supermercado que había al final de la calle y en el que trabajaba desde hacía más de cuatro años, desde que hubo tenido edad suficiente para

trabajar.

Su jornada como reponedora comenzaba a las siete y terminaba sobre las nueve, momento en que empezaba su cargo de cajera.

Sara estaba absorta colocando los productos de limpieza en el estante de la góndola cuando Juanjo se situó junto a ella. Era su encargado desde hacía unos meses y, desde ese momento, la joven había sentido repulsión hacia él. Con su abultada barriga, que casi podía verse intentando escapar entre los botones de su uniforme; con su limitado cabello, que pretendía inútilmente de simular bajo un peinado ridículo, y con sus ojos, que siempre parecían ansiosos, era el hombre más vomitivo que había conocido en su vida. Pese a sus escasas cualidades, se sentía el hombre más poderoso del mundo y trataba a sus empleados con despotismo y arrogancia. A todos menos a ella, con quien era aún peor. Era evidente que se sentía atraído por la joven y lo demostraba cada vez que se le presentaba la menor oportunidad. Lo único que ella podía hacer era ocultar su desprecio bajo una falsa sonrisa.

—Muy bien, Sara, lo estás haciendo muy bien.

La joven alzó la vista y lo primero que vio fue su sobresaliente barrigón; tuvo que contener una risa que amenazaba con escapar. No dijo nada; sonrió, como hacía siempre, y prosiguió con su tarea. Podía sentir sus ojos clavados en ella, una mirada que parecía querer traspasar su ropa.

—Quedan solo unos minutos para que termines tu turno de reponedora; si quieres, podemos ir a tomar un café antes de que empieces en caja. —Su voz, ronca y pastosa, era tan desagradable como el resto de su ser.

—Te lo agradezco, pero me tomaré el descanso más tarde, aún es pronto.

Él chascó la lengua y alzó una mano a modo de disculpa.

—Claro, podemos tomarlo más tarde, si lo prefieres.

La joven cerró los ojos y maldijo para sus adentros; no parecía captar nunca sus negativas.

—Sí, supongo —dijo y se puso de pie, mientras miraba su reloj de pulsera—. Ya son casi las nueve y media, voy a empezar a preparar mi caja. —Y se marchó lo más deprisa que pudo, sabiendo que él siempre aprovechaba aquel momento para recrearse en su trasero.

Se colocó tras la caja y comenzó a realizar todas las comprobaciones que hacía siempre a principios de semana. En unos minutos el supermercado estaría otra vez abierto al público.

—Buenos días. —La voz joven y dulce de Mateo la sobresaltó. Lo miró y una sonrisa, esta vez sincera y pura, se asomó a sus labios.

—Buenos días.

El chico le sacó la lengua en un gesto cariñoso y se apoyó en su caja.

—No sé cómo puedes aguantar levantarte todos los días a las seis de la mañana; yo me he levantado hace un rato y estoy destrozado.

Sara lanzó una carcajada. Mateo era tan divertido como perezoso. Trabajaba en la frutería desde hacía un par de años y era casi tan joven como ella. Siempre que lo veía no podía evitar sonreír; le divertía su cara de niño, su pelo rubio —cortado siempre a la última moda— y sus ojillos verdes, que eran tan traviosos como él.

—Mateo, ¿qué esperas?, llegas tarde.

La voz de Juanjo se escuchó desde el final del pasillo. Era evidente que le enfurecía la relación de amistad que unía a los jóvenes. En realidad, nadie del supermercado sentía la más mínima deferencia hacia él y, pese a que fingía que no le importaba, con sus miradas despectivas y con sus comentarios jocosos, era algo que lo corroía.

—Este tío es un imbécil —dijo el chico en un susurro, para más tarde añadir, suavizando al máximo su voz y adoptando con evidencia un tono burlón—: Ahora mismo voy, jefe. —Sara no pudo evitar lanzar una risotada.

Cuando Sandra se colocó frente a su caja —la número dos—, sonrió con ternura. Ella era mucho más que su compañera; era su mejor amiga, y llevaba siéndolo prácticamente desde toda la vida. Se dio cuenta enseguida de que la joven parecía cansada.

¿Qué?, ¿un día duro ayer? —Sara se acercó a su amiga sin dejar de sonreír.

La chica de cabello moreno y de grandes ojos castaños ladeó la cabeza y resopló.

—Quería volver pronto a casa, pero al final..., ya sabes. —Sara lanzó una carcajada y volvió a su caja.

La mañana transcurrió tranquila. De vez en cuando Juanjo pasaba por su caja y le dedicaba una de sus lacónicas sonrisas; estaba convencida de que él

las creía irresistibles, pero lo cierto es que eran poco menos que perturbadoras.

Una nueva visión del mundo de los vampiros que te hará replantearte todas las ideas preconcebidas que tenías sobre una leyenda que podría ser más real de lo que imaginas.



Es el día de Carnaval y Abigail acude a una fiesta de disfraces, donde debe recoger a la niña a la que cuida por las tardes para poder pagarse la universidad. El destino quiere que confunda la dirección y acabe en una fiesta que no tiene nada de infantil.

En un ambiente decimonónico, conocerá a Elías, el cautivador hijo del líder del clan vampírico de la margen izquierda de la ciudad de Bilbao, quien la confundirá con una mensajera del clan que controla la margen derecha. Elías le entregará una crucial carta que puede suponer bien una alianza entre clanes o bien la guerra.

Tras ser extrañamente embrujada por Elías, será interceptada por los Conciliadores, una organización secreta cuyo objetivo es mantener controlados a los vampiros bajo sus leyes. Max, el líder de la Sede de la ciudad, será el encargado de protegerla.

A pesar de que su relación comienza siendo poco amistosa, pronto surgirá una poderosa atracción entre ambos y descubrirán que han nacido el uno para el otro. Pero su amor se verá amenazado por Elías, dispuesto a lo que sea para lograr que Abigail sea para él.

Atrapada entre dos mundos, entres dos amores, Abigail deberá encontrar su verdadera naturaleza en su interior y luchar para salvar la paz entre vampiros y humanos, además de su propia vida y la de aquel a quien su corazón ha elegido como compañero para la eternidad.

Mina Vera es el seudónimo que utilizo para firmar mis obras, centrándome principalmente en novela romántica, en casi todos sus subgéneros. Nací en Bilbao en junio de 1981, y desde entonces ya no pude estarme quieta. El interés por la creatividad y la redacción me llevó a estudiar Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad del País Vasco, aunque el mercado laboral me ha llevado a trabajos más comerciales que creativos. Tal vez por ese motivo, acabé fusionando esa inquietud creativa con mi pasión por la lectura. Así que un día, comencé a escribir esas historias que revoloteaban por mi cabeza.

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2018, Mina Vera

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-940-9

Composición digital: Mandala Estudio

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Como un sueño es un sueño

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Mina Vera

Créditos